

UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

SIENKIEWICZ

LA FAMILIA
POLANIECKI

1

AG7158

.S4

F38

v.1



1020025883



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA FAMILIA POLANIECKI

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 0 N
Núm. Autor 0 5 1 2 4
Núm. Adg. 34994
Procedencia - 8 -
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 24
Catalogó 24

OBRAS DE ENRIQUE SIENKIEWICZ

de venta en esta Casa Editorial

QUO VADIS? (3.ª edición, completa é ilustrada) 2 tomos.

A SANGRE Y FUEGO. 2 tomos.

EL DILUVIO. 2 tomos.

PAN MIGUEL VOLODYOVSKI. 2 tomos.

MAS ALLÁ DEL MISTERIO (Sin dogma) 1 tomo.

LUCHAR EN VANO (La Viuda)—En la costa azul. 1 tomo.

SIGÁMOSLE!—Bartek el Vencedor.—Diario de un Preceptor.—El Angel.—La misma dicha.—La cordura de los locos.—Oso. 1 tomo.

EN BUSCA DE FELICIDAD. (Por el pan.)—Vida rústica. 1 tomo.

HANIA.—El Juicio de Júpiter. (1 tomo).

LILIANA.—El organista de Ponikla.—Janco el músico.—El Torrero.—Una corrida de toros.—Un sueño.—Sachem. 1 tomo.

LA FAMILIA POLANIECKI. 2 tomos.

LOS CRUZADOS. 2 tomos.

ENRIQUE SIENKIEWICZ

La Familia Polaniecki

TRADUCCIÓN

de

F. LUIS OBIOLS

TOMO PRIMERO

100451

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

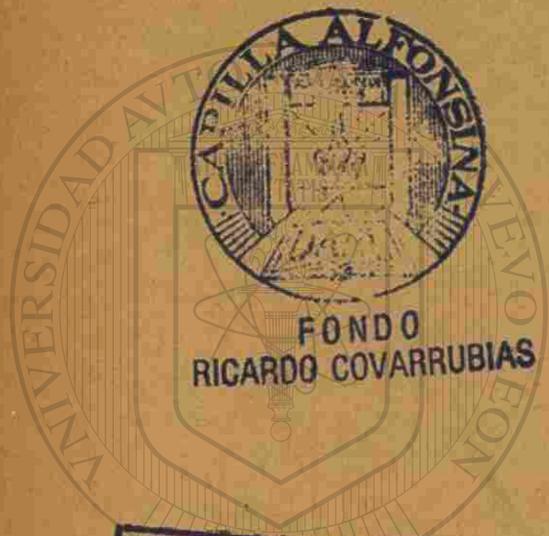
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BARCELONA "ALFONSO REYES"
CASA EDITORIAL MAUCCI.—MALLORCA, 226 y 228
BUENOS AYRES
Maucci Hermanos
Cuyo, 1070
MÉXICO
Maucci Hermanos
1.ª Del Belox, 1

1901

34994

89/86-
S.

PG 7158
S4
F38
V.1



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Tipografía de la Casa Editorial Maucci, Barcelona.



Là Família

Polaniecki

I

Acababa de dar la una de la madrugada, cuando Polaniecki llegó al término de su camino, á la hacienda de Kerzemien. Al principio de su juventud había estado allí con frecuencia. Su madre, una parienta lejana de la primera mujer del actual propietario de la finca, le conducía allí dos veces al año durante las vacaciones.

Polaniecki se esforzaba en reconocer los sitios por donde pasaba. Pero no era posible. La noche, clareada por la luna, daba á las cosas un aspecto diferente. Sobre el follaje, sobre los prados, sobre los campos, en una palabra, sobre todos los objetos

se extendía una pertinaz y blanca niebla, que daba al parque el aspecto de un mar sin límites. El graznido de las ranas que salía de aquel mar de niebla, no hacía otra cosa que hacer más verosímil el error.

Era una hermosa y serena noche de Julio. Apenas callaban las ranas, resonaba el melancólico canto de la codorniz y allá á lo lejos en los pantanosos estanques ocultos entre los alisos resonaba, cual si saliera de las entrañas de la tierra, el lúgubre grito del buho.

Polaniecki sentíase subyugado por el encanto de aquella noche. Y era mayor esta impresión por cuanto se hallaba en su patria, recién regresado del extranjero, donde había pasado su juventud y los primeros años de la edad viril, dedicado por completo al comercio.

Mientras se aproximaba al pueblo, acudíale á la mente el recuerdo de su niñez, la figura de su madre, fallecida cinco años atrás, y todos los pequeños cuidados de la juventud, que se le figuraban insignificantes, comparados con los graves pensamientos del presente.

El coche llegó pausadamente al pueblo, pasando junto á una pequeña eminencia de tierra, encima de la cual se levantaba una cruz que, completamente desgastada, amenazaba venirse á tierra.

Cerca de la cruz empezaban las primeras casas. Pero los moradores de estas hallábanse entregados al sueño. No había ventana alguna que estuviese iluminada. Los techos de las casas, clareados por la luna, brillaban en medio de la noche con un color gris plateado, mientras en medio de los árboles

resplandecía con el color amarillo del oro alguna que otra choza fabricada con greda. En cambio otras, ocultas entre los pabellones, los girasoles y las verdaderas, entreveíanse apenas en medio de la oscuridad.

El coche, que avanzaba lentamente por la arenosa calle, detúvose al fin delante de un oscuro callejón. En el fondo de éste se destacaba la blanca fachada de un edificio, cuyas ventanas estaban en parte iluminadas.

Al ruido del coche, un criado salió apresuradamente de la casa y, recogiendo el reducido equipaje de Polaniecki, le condujo al comedor, donde estaba preparado el té.

Nada había cambiado allí. Una de las paredes estaba ocupada por un buffet de nogal y por un voluminoso reloj de péndola del cual pendían enormes pesas, de la pared opuesta colgaban, con ridícula ostentación, dos retratos mal pintados de mujeres jóvenes extravagantemente vestidas; en el centro de la sala estaba colocada la mesa, cubierta con blanco mantel y rodeada de viejos sillones con elevados respaldos.

Polaniecki dió algunos pasos por la estancia, pero el ruido de sus pasos en medio de aquel silencio le distrajo; acercóse de consiguiente á la ventana, contemplando en silencio el patio iluminado por la luna.

Al cabo de breves instantes, abrióse poco á poco la puerta de la habitación inmediata y una jovencita penetró en el comedor. Polaniecki creyó reconocer en ella á la hija de la segunda mujer del dueño de la finca.

A su aparición, separóse él de la ventana y se aproximó á la mesa inclinándose y pronunciando su propio nombre.

La jovencita tendió ambas manos y dijo:

—Hemos recibido el telegrama en que nos anunciaba usted su llegada. Pero mi padre está algo indispuesto y ha tenido que acostarse. Tendría mucho gusto en saludarle mañana por la mañana.

—Siento muchísimo haberos molestado en hora tan intempestiva,—contestó Polaniecki,—llegué á Ezerniov en el tren de las once.

—Y de Ezerniov á nuestra casa hay dos largas millas de camino. Mi padre me ha dicho que no es ésta la primera vez que ha venido usted aquí.

—Sí, venía á menudo con mi madre. En aquella época usted no había venido aún al mundo.

—¿Es usted pariente de mi padre?

—La primera esposa del señor Plavicki era una parienta mía algo lejana.

—Mi padre me habla de usted con frecuencia,—repuso la jovencita, mientras servía el té resguardándose con la mano derecha del vapor que se desprendía de la tetera.

Decayó la conversación y únicamente se oía el rítmico tic-tac del reloj.

Polaniecki, á quien todas las mujeres jóvenes interesaban, examinaba atentamente á la señorita Playicki.

Esta era de mediana estatura, bastante desarrollada; tenía el cabello negro, dulces y expresivas las facciones, la tez algo tomada del sol, ojos azules, bien delineada la boca sí bien con cierto aire

sarcástico, produciendo el conjunto la impresión de un sér dulce y delicado.

Polaniecki, á quien la muchacha no le parecía fea, pero que no la hallaba hermosa por completo, pensaba para sus adentros que, á juzgar por su aspecto, tenía que ser buena y cariñosa, y que, bajo un exterior algo frío, podía ocultar aquellas dotes de formalidad que distinguen á las muchachas educadas en el campo.

A pesar de ser aún joven, sabía por experiencia que las mujeres, conocidas de cerca, ganan siempre, mientras que los hombres sólo pueden salir perdiendo. Y sobre todo sabía que la señorita Plavicki estaba dotada de una actividad poco común. Tenía ella á su cuidado no tan sólo los asuntos domésticos, sino todo lo concerniente á la administración de la casa, que por lo demás estaba próxima á la ruina, y que con todo y ser ella sola quien llevara las molestias y las cargas inherentes á tales cuidados, no por eso dejaba de aparecer tranquila y serena.

De pronto se le ocurrió que la joven estaba fatigada y necesitaba descansar. Leíase en sus ojos la dificultad con que luchaba contra el sueño.

Indudablemente habría sido para ella más favorable el exámen, si la conversación no se hubiera ido llevando tan penosamente. Lo cual en parte tenía su explicación, considerando que era la primera vez que se hallaban juntos, y comprendiendo el embarazo que debía experimentar ella al tener que recibir sola y á tales horas á un forastero. Además, ella sabía perfectamente que Polaniecki había veni-

A su aparición, separóse él de la ventana y se aproximó á la mesa inclinándose y pronunciando su propio nombre.

La jovencita tendió ambas manos y dijo:

—Hemos recibido el telegrama en que nos anunciaba usted su llegada. Pero mi padre está algo indispuesto y ha tenido que acostarse. Tendría mucho gusto en saludarle mañana por la mañana.

—Siento muchísimo haberos molestado en hora tan intempestiva,—contestó Polaniecki,—llegué á Ezerniov en el tren de las once.

—Y de Ezerniov á nuestra casa hay dos largas millas de camino. Mi padre me ha dicho que no es ésta la primera vez que ha venido usted aquí.

—Sí, venía á menudo con mi madre. En aquella época usted no había venido aún al mundo.

—¿Es usted pariente de mi padre?

—La primera esposa del señor Plavicki era una parienta mía algo lejana.

—Mi padre me habla de usted con frecuencia,—repuso la jovencita, mientras servía el té resguardándose con la mano derecha del vapor que se desprendía de la tetera.

Decayó la conversación y únicamente se oía el rítmico tic-tac del reloj.

Polaniecki, á quien todas las mujeres jóvenes interesaban, examinaba atentamente á la señorita Plavicki.

Esta era de mediana estatura, bastante desarrollada; tenía el cabello negro, dulces y expresivas las facciones, la tez algo tomada del sol, ojos azules, bien delineada la boca si bien con cierto aire

sarcástico, produciendo el conjunto la impresión de un sér dulce y delicado.

Polaniecki, á quien la muchacha no le parecía fea, pero que no la hallaba hermosa por completo, pensaba para sus adentros que, á juzgar por su aspecto, tenía que ser buena y cariñosa, y que, bajo un exterior algo frío, podía ocultar aquellas dotes de formalidad que distinguen á las muchachas educadas en el campo.

A pesar de ser aún joven, sabía por experiencia que las mujeres, conocidas de cerca, ganan siempre, mientras que los hombres sólo pueden salir perdiendo. Y sobre todo sabía que la señorita Plavicki estaba dotada de una actividad poco común. Tenía ella á su cuidado no tan sólo los asuntos domésticos, sino todo lo concerniente á la administración de la casa, que por lo demás estaba próxima á la ruina, y que con todo y ser ella sola quien llevara las molestias y las cargas inherentes á tales cuidados, no por eso dejaba de aparecer tranquila y serena.

De pronto se le ocurrió que la joven estaba fatigada y necesitaba descansar. Leíase en sus ojos la dificultad conque luchaba contra el sueño.

Indudablemente habría sido para ella más favorable el exámen, si la conversación no se hubiera ido llevando tan penosamente. Lo cual en parte tenía su explicación, considerando que era la primera vez que se hallaban juntos, y comprendiendo el embarazo que debía experimentar ella al tener que recibir sola y á tales horas á un forastero. Además, ella sabía perfectamente que Polaniecki había veni-

do no para hacer una visita, sino para reclamar un crédito que pretendía tener contra la familia.

En época muy remota, la madre de Polaniecki había prestado al señor Plavicki veinte mil rublos, garantizados por hipoteca de la finca, y el hijo venía ahora á reclamarselos por dos razones: primera, porque no se pagaban los intereses, y la segunda porque interesaba en una casa de comercio de Varsovia, y como se hallase empeñado en varios negocios, tenía necesidad absoluta de poder disponer de un capital.

Ya desde el principio de su viaje se había propuesto no conceder prórroga alguna é insistir en que se le pagase todo en seguida. Este era su sistema en semejantes ocasiones, por más que su carácter nada tenía de duro ni de inflexible.

Mientras examinaba á la niña, á pesar de que ésta le inspiraba simpatía, pensaba para sus adentros:

—Es bonita y buena, pero tendrá que pagar.

A los pocos instantes dijo, dirigiéndose á la señorita Plavicki:

—He oído decir que está usted siempre atareada.

¿Le gusta mucho el campo?

—Tengo mucho cariño á Kerzemien.

—También yo de niño le había tomado cariño, mas ahora no quisiera verme precisado á tener que hacer algo aquí, debe ser una administración muy difícil.

—¡Muy difícil, difícilísima! Francamente, nosotros hacemos todo lo que está á nuestro alcance.

—Lo cual quiere decir que hace usted más de lo que sus fuerzas le permiten.

—Ayudo á mi padre que está enfermo muy á menudo.

—Yo entiendo de todo, menos de esto, mas por lo que veo y oigo decir, no hay gran cosa que ganar en la industria agrícola.

—Nosotros confiamos en la Providencia.

—Eso es una cosa muy bonita y muy buena, pero á los acreedores no se les puede enviar á la Providencia.

Un vivo rubor invadió el rostro de la señorita Plavicki, y á las palabras del viajero siguió una pausa embarazosa.

—Permitame usted que le dé á conocer el objeto de mi visita,—observó Polaniecki.

La joven fijó en él una mirada que á las claras quería decir:

—Acaba usted de llegar ahora mismo, es muy tarde ya; el cansancio no me permite casi tenerme en pie aun cuando sólo fuese por un resto de atención debiera usted haber evitado hablarme de semejante cosa.

Al mismo tiempo se limitó á decir:

—Sé el objeto de su visita, pero creo que es mejor que hable usted de eso con mi padre.

—Está bien: dispense usted,—respondió Polaniecki.

—Yo soy quien tengo que suplicarle me dispense. Cada cual tiene derecho á pedir lo que se le debe: pero hoy es sábado y los sábados se tiene mucho más trabajo que los otros días. Y en estas ocasiones... ya comprenderá usted... A veces, cuando vienen los judíos, yo despacho sola los asuntos con ellos... Pero con usted... prefiero que hable con mi

padre. Créame usted, será mucho mejor para uno y otro.

—Pues hasta mañana,—repuso Polaniecki, sintiéndose con menos valor para proseguir, y á pesar de que en cuestión de dinero, hubiese preferido que se le tratase como á judío.

—¿Quiere usted otra taza de té?

—No, gracias. Buenas noches.

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, Polaniecki se puso de pie y tendió la mano á la joven. Tendiósela también ella, si bien con mucha menor cordialidad que la primera vez, y de tal suerte que él apenas le pudo tocar las puntas de los dedos.

—El criado le enseñará á usted su cuarto,—dijo la joven antes de alejarse.

Cuando se encontró solo, Polaniecki se sintió malhumorado contra sí mismo, Su conciencia le reprochaba el no haber obrado tal como se había propuesto, en vez de dejarse llevar de un sentimiento de compasión hacia la fatigada niña. No dejaba de contribuir también la señorita Plavicki á su malhumor; irritábase porque la muchacha le había gustado.

El mismo sentimiento que había experimentado á la vista del melancólico paisaje iluminado por la luna, lo experimentó ahora respecto á la joven.

Sus modales y su persona toda le eran simpáticos, hallaba en ella algo que le impresionaba fuertemente, con una impresión muy superior á cuantas había experimentado hasta entonces. Pero con frecuencia los hombres se avergüenzan de sus propios sentimientos, y esto le acaeció á Polaniecki, y

se juró proceder al siguiente día con un rigor inexorable.

Pero mientras interiormente se felicitaba por la resolución que acababa de tomar, maldecía el destino que le había enviado á Kerzemien con el carácter de acreedor; y por más esfuerzos que hacía para conciliar el sueño, éste se alejaba de sus ojos. El gallo entonó su primer canto matinal, los primeros y pálidos rayos del alba iluminaron con su lánguida luz los cristales de su ventana, sin que él hubiese conseguido alejar de su mente la melancólica imagen de aquella niña.

II

Era bastante tarde ya cuando fué á despertarle el criado, invitándole á que bajara á tomar el desayuno.

Polaniecki le preguntó si no había costumbre de desayunarse juntos en el comedor.

—No,—contestó el criado;—la señorita se levanta temprano y el señor duerme hasta una hora avanzada.

—¿Se ha levantado ya tu joven ama?

—La señorita ha ido á misa.

—¡Ah, sí! es verdad; hoy es domingo. ¿No va con su padre?

—No. El amo va á la misa mayor, y luego hace una visita al canónigo; por eso la señorita prefiere asistir á misa primera.

—¿Qué hacen tus amos el domingo?

padre. Créame usted, será mucho mejor para uno y otro.

—Pues hasta mañana,—repuso Polaniecki, sintiéndose con menos valor para proseguir, y á pesar de que en cuestión de dinero, hubiese preferido que se le tratase como á judío.

—¿Quiere usted otra taza de té?

—No, gracias. Buenas noches.

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, Polaniecki se puso de pie y tendió la mano á la joven. Tendiósela también ella, si bien con mucha menor cordialidad que la primera vez, y de tal suerte que él apenas le pudo tocar las puntas de los dedos.

—El criado le enseñará á usted su cuarto,—dijo la joven antes de alejarse.

Cuando se encontró solo, Polaniecki se sintió malhumorado contra sí mismo, Su conciencia le reprochaba el no haber obrado tal como se había propuesto, en vez de dejarse llevar de un sentimiento de compasión hacia la fatigada niña. No dejaba de contribuir también la señorita Plavicki á su malhumor; irritábase porque la muchacha le había gustado.

El mismo sentimiento que había experimentado á la vista del melancólico paisaje iluminado por la luna, lo experimentó ahora respecto á la joven.

Sus modales y su persona toda le eran simpáticos, hallaba en ella algo que le impresionaba fuertemente, con una impresión muy superior á cuantas había experimentado hasta entonces. Pero con frecuencia los hombres se avergüenzan de sus propios sentimientos, y esto le acaeció á Polaniecki, y

se juró proceder al siguiente día con un rigor inexorable.

Pero mientras interiormente se felicitaba por la resolución que acababa de tomar, maldecía el destino que le había enviado á Kerzemien con el carácter de acreedor; y por más esfuerzos que hacía para conciliar el sueño, éste se alejaba de sus ojos. El gallo entonó su primer canto matinal, los primeros y pálidos rayos del alba iluminaron con su lánguida luz los cristales de su ventana, sin que él hubiese conseguido alejar de su mente la melancólica imagen de aquella niña.

II

Era bastante tarde ya cuando fué á despertarle el criado, invitándole á que bajara á tomar el desayuno.

Polaniecki le preguntó si no había costumbre de desayunarse juntos en el comedor.

—No,—contestó el criado;—la señorita se levanta temprano y el señor duerme hasta una hora avanzada.

—¿Se ha levantado ya tu joven ama?

—La señorita ha ido á misa.

—¡Ah, sí! es verdad; hoy es domingo. ¿No va con su padre?

—No. El amo va á la misa mayor, y luego hace una visita al canónigo; por eso la señorita prefiere asistir á misa primera.

—¿Qué hacen tus amos el domingo?

—No se mueven de casa. Después de comer viene el señor Gatoski.

Polaniecki conocía desde niño á ese Gatoski, á quien se daba el apodo del *Oso* por ser grueso, rudo, tonto y regañón; mas el criado le advirtió que éste era el padre del señor Gatoski, y que había muerto hacía ya cinco años.

—¿Viene todos los domingos?—preguntó Polaniecki.

—A veces viene también los días festivos por la tarde.

—Un rival,—pensó Polaniecki.

Y tras breve pausa preguntó:

—¿Se ha levantado ya tu amo?

—El señor debe haber llamado, porque José está en su habitación.

—¿Quién es ese José?

—El ayuda de cámara.

—¿Entonces, qué eres tú?

—Yo ayudo al ayuda de cámara.

—Pues bien; anda á preguntar al señor Plavicki si me puede recibir.

Alejóse el criado volviendo á los pocos instantes.

—El señor me encarga le diga á usted que en cuanto se haya acabado de vestir se pondrá á su disposición.

—Está bien.

Salió el criado y Polaniecki quedó solo.

Aguardó largo rato y perdiendo al fin la paciencia, disponíase á bajar al jardín, cuando vino José á anunciarle que su amo le esperaba.

Polaniecki le siguió por un camino de árboles

hasta otra habitación situada al extremo opuesto de la casa.

De momento no reconoció al señor Plavicki. Recordaba á un hombre joven y extraordinariamente guapo; y ahora hallábase en presencia de un viejo arrugado con el bigote teñido y los cabellos también teñidos y cuidadosamente peinados. Era el viejo que quiere hacerse pasar por joven, sin que consiga otra cosa que aumentar la impresión de su decrepitud y dar muestras de una vanidad inextinguible.

El viejo abrió los brazos y exclamó:

—¡Estanislao! ¿Qué tal vamos, mi querido muchacho? Ven acá.

Y rodeando á Polaniecki con los brazos, lo estrechó contra su pecho.

Algunos minutos transcurrieron antes de que el señor Plavicki se decidiese á librar á Polaniecki de su abrazo.

Al fin le dijo con acento emocionado:

—Deja que te contemple. ¡Todo el retrato de Ana! ¡Mi pobre y adorada Ana!

Esto diciendo, se puso á sollozar, pasándose las manos por los ojos, en los cuales, sin embargo, no se percibía señal alguna de lágrimas, y luego prosiguió:

—El verdadero retrato de Ana... tu madre es la pariente á quien he profesado más cariño.

Polaniecki se hallaba en un verdadero apuro. Nunca se hubiera esperado una acogida semejante. Además le aturdió el olor de pomadas, esencias y otros perfumes que se desprendía del rostro, del

bigote, de los cabellos y de todo el traje del señor Plavicki.

—¿Y usted, querido tío, como sigue?—preguntó al fin, resolviéndose á emplear una frase que le era habitual cuando era niño, y tratando de dar á aquella el tono festivo propio de quien al fin vuelve á ver á una persona querida, después de una larga separación.

—¿Cómo sigo?—repitió el señor Plavicki.—¡Esto se acaba: me voy acercando á las postrimerías! Precisamente me alegro de que hayas venido á esta casa... Y si la bendición del individuo más viejo de la familia, para quien no ha de tardar en abrirse la tumba, tiene algún valor, yo te la doy.

Esto diciendo, abrazó de nuevo á Polaniecki, lo besó y lo bendijo. Este se hallaba cada vez más contrariado. En sus facciones se dejaba adivinar fácilmente el esfuerzo que hacía para contenerse. Realmente su madre estaba emparentada con la primera mujer del señor Plavicki, pero no la ligaban á ella los lazos de una verdadera amistad, por cuya razón aquellas demostraciones de cariño no le impresionaban en modo alguno, antes por el contrario, lo fastidiaban. El mismo tampoco experimentaba ni el más mínimo afecto hacia el señor Plavicki, y pensaba para sus adentros:

—Este insulso individuo me bendice en vez de hablarme de mi crédito.

Apoderóse de él la cólera y de nuevo se juró que sabría hacerse pagar incontinentemente. Entre tanto, el señor Plavicki exclamó:

—Siéntate, querido joven; aquí se te considera como si estuvieras en tu propia casa.

Polaniecki dió inmediatamente principio al ataque:

—Querido tío, no tengo necesidad de asegurar á usted que experimento un verdadero placer en haber venido á encontrarlos aquí y que lo habría hecho también si no estuviera de por medio cierto asunto. Ya sabe usted que el dinero que mi madre...

De pronto el señor Plavicki apoyó las manos en sus hombros y preguntó:

—Oye, ¿has tomado café?

—Sí,—contestó Polaniecki completamente desconcertado.

—Marina ha ido á misa. Debo suplicarte que me dispenses si no he destinado para tí esta habitación; pero estoy tan acostumbrado á dormir en ella... es mi nido.

Mientras hablaba, dirigía la mirada en torno suyo.

Polaniecki siguió involuntariamente aquella mirada.

En otro tiempo aquella habitación había ejercido sobre él un singular atractivo, porque en ella estaban colocadas las armas del señor Plavicki. En cambio ahora no había otra cosa que un tapiz nuevo de color de rosa dividido en muchos compartimientos, y en el cual se veían representadas varias jóvenes pastorcillas vestidas á la Watteau. Debajo de la ventana estaba colocado un pequeño tocador de mármol blanco con espejo encuadrado en un marco de plata y atestado de potes, cajitas, frascos, cepillos, peines, pinceles, etc. A un lado, en un ángulo de la habitación, un estante lleno de pipas;

en una de las paredes, encima del sofá, destacábanse algunas cabezas de jabalí, debajo de las cuales estaban colgados dos fusiles, zurrones, un cuerno y otros objetos de caza; la pared opuesta estaba ocupada por un escritorio y un estante para libros. En una palabra, era el cuarto de un señor viejo, del perfecto egoísta, déspota y lleno de cuidados por su propia persona.

No le fué preciso gran ingenio á Polaniecki para comprender que por nada en el mundo habría el señor Plavicki cedido su habitación.

El hospitalario señor continuó:

—Creo, sin embargo, que en la habitación que te he destinado habrás estado á tu gusto. ¿Qué tal has pasado la noche?... Dí, ¿supongo que serás nuestro huésped por una semana cuando menos?

Polaniecki, impaciente, se puso en pie y contestó: —Hágase usted cargo, tío, de que yo tengo abierto mi despacho en Varsovia, y que durante mi ausencia, mi socio se ve precisado á trabajar por dos. Tengo que partir lo más pronto posible y terminar en todo el día de hoy el asunto que me ha traído aquí.

—No, hijo mío, do puede ser. Hoy es domingo: hoy eres el sobrino que ha venido á hacer una visita al tío, mañana serás el acreedor. Tienes que someterte. Todos los asuntos se aplazan para mañana. Tienes que consentir, Estanislao, es tu deber. Te lo pide tu viejo pariente que te quiere, y que hasta tiene el derecho de exigir de tí un poco de cariño.

Polaniecki, cuyo semblante estaba cada vez más ceñudo, contestó, después de una breve pausa.

—Aplacemos pues los negocios para mañana.

—Así es como debe hablar el hijo de Ana... ¿Fumas la pipa?

—No, no fumo más que cigarrillos.

—Haces mal, créeme, pero también tengo cigarrillos para mis huéspedes.

El ruido de un coche que se detenía frente á la puerta, vino á interrumpir aquel diálogo.

—Es Marina que vuelve de la iglesia,—dijo el señor Plavicki.

Polaniecki se asomó á la ventana. La joven que en aquel momento se apeaba del carruaje, iba vestida de color de rosa, y llevaba un sombrero de paja.

—¿La conoces ya á mi hija?—preguntó Plavicki.

—Tuve el gusto de trabar conocimiento con ella anoche.

—¡Una buena muchacha! Es inútil que te diga que sólo por ella vivo.

En este momento llamaron á la puerta y una voccecita fresca preguntó:

—¿Puedo entrar?

—Sin duda. Estanislao está aquí,—respondió el señor Plavicki.

Marina entró con viveza en la habitación, corrió á abrazar á su padre y tendió una mano á Polaniecki.

Con un traje de percal rosa, llevando el sombrero colgado del brazo, aparecía verdaderamente encantadora. Hubiérase dicho que con ella acababa de entrar la fresca luz de la mañana, el festivo aire de un día de fiesta. Con el cabello ligeramente descompuesto, vivaces los ojos y coloreadas las mejillas, parecía la personificación de la juventud, y

produjo á Polaniecki impresión todavía más favorable que la de la noche anterior.

—La misa mayor se celebrará un poco más tarde de lo acostumbrado,—empezó á decir ella dirigiéndose á su padre.—El canónigo ha tenido que ir, inmediatamente después de la primera misa, al molino á llevarle á toda prisa el Viático á la señora Sintkavoski que se halla á las últimas.

—Mejor,—respondió Plavicki.—Así podré hacer más rato de compañía á mi Estanislao.—Te digo que es el verdadero retrato de la pobre Ana; si la hubieses conocido convendrías conmigo en que es así. Y además te hago notar, Marina, que hoy es nuestro huésped como pariente y como amigo. Mañana, si le place., será nuestro acreedor.

—Siendo así,—observó la niña,—podremos pasar un buen domingo.

—Anoche,—interrumpió Polaniecki, solo por terciar en la conversación,—me olvidé de transmitirle recuerdos de la señora Emilia Evatovski.

—Hace algunos años que no la veo, pero nos escribimos con frecuencia. ¿Habrá marchado á Reichenhall con la pequeña.

—Estaba haciendo los preparativos de viaje.

—¿Cómo está la niña?

—Es demasiado alta para su edad. Está muy anémica y en conjunto es una chiquilla débil y enfermiza.

—¿La visita usted con frecuencia?

—Con mucha frecuencia. Es una de mis relaciones de Varsovia que más estimo.

—Dime, chico,—repuso el señor Plavicki mien-

tras se metía en el bolsillo del chaleco un par de guantes nuevos,—¿á qué te dedicas en Varsovia?

—Me he asociado con un tal Bigiel y negocio en granos, azúcares y alguna que otra vez en maderas; en una palabra, en todo lo que se me presenta.

—Yo creía que eras ingeniero.

—Lo soy; pero desde que volví del extranjero, no pudiendo hallar un destino, me he dedicado al comercio, para el cual siempre he tenido ciertas disposiciones.

—Vivimos en una época en que no es lícito avergonzarse de tener una ocupación, sea ésta la que fuere,—hizo notar con cierta dignidad el señor Plavicki.—No estamos obligados todos á seguir las viejas tradiciones de la familia. Además, el trabajo no resulta un desdoro para nadie.

Polaniecki, que al entrar la joven había recobrado su buen humor, rióse cordialmente de la salida del viejo, dejando ver dos hileras de dientes blancos y sanos.

Marina se sonrió también y observó:

—Emilia me dice á menudo en sus cartas que trata usted los negocios con mucho criterio y discernimiento.

—La señora Emilia entiende tanto de negocios como la pequeña Litka.

—Lo creo; nunca ha sido una mujer práctica. Si ha salvado su hacienda lo debe á su cuñado y al señor Teófilo, que le tiene mucho cariño á la pequeña.

—¿Quién es capaz de no querer á la señorita Litka? Yo mismo la profeso un verdadero afecto,

Es una niña muy simpática, que sabe conquistar todos los corazones.

Mientras le escuchaba, Marina contemplaba con aire pensativo su rostro franco y abierto, y pensaba:

—Debe de tener un poco de mal genio, pero tiene corazón.

El señor Plavicki advirtió que era hora de ir a misa.

Separóse de Marina como si debiera estar ausente de ella un mes, y por último trazó sobre su frente la señal de la cruz y tomó el sombrero.

Marina estrechó cordialmente la mano de Polaniecki, el cual, mientras acompañaba al viejo, iba pensando:

—Es muy bonita y muy simpática.

Cuando hubo salido del callejón, el coche dió la vuelta por un camino á cuyos lados se elevaban viejos abedules, colocados á distancias desiguales, y entre cuyas ramas volaban las urracas y las abubillas.

A lo lejos, en los senderos que cruzaban los campos cubiertos de espigas de granos amarillentos ya, caminaban las jóvenes aldeanas de las cuales gracias á la altura de las espigas, solo se alcanzaba á ver las cabezas cubiertas con pañuelos encarnados que semejaban enormes amapolas en flor.

—El campo promete,—observó Polaniecki.

—No está mal. Tú, amigo mío, eres joven, y por lo mismo te puedo dar un consejo que te será muy útil para el porvenir. Cumple siempre tus deberes, y lo demás déjalo al cuidado de Dios. El sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Este año la

cosecha será abundante; yo lo había previsto ya, porque Dios cuando me quiere castigar me envía siempre una señal.

—¿Cuál?—preguntó asombrado Polaniecki.

—Siempre que amenaza alguna desgracia, de debajo del estante de las pipas, no sé si habrás reparado en él, sale durante algunos días un ratón que da vueltas por el tapiz.

—Habrá algún agujero en la pared.

—¡Quiá!—respondió el viejo medio cerrando los ojos y sacudiendo misteriosamente la cabeza.

—Ponga usted un gato en su habitación.

—Por nada del mundo; si esta es la voluntad del Señor, yo tengo el deber de respetarla. Este año no ha aparecido ratón alguno. Tal vez Dios, con esta señal, quiere advertirme que vela sobre mi familia. Mira, querido: yo sé que la gente habla de nosotros y cree que estamos arruinados, ó cuando menos avocados á la ruina. Tú mismo vas á juzgar. Kerzemien, junto con los predios de Stocki, Magierov y Sacacin tiene una área de unas doscientas veinticinco hectáreas. Sobre ellos hay cerca de ciento treinta y cinco mil rublos de débitos hipotecados, incluso el tuyo. Ahora calcula tres mil rublos por hectárea, que forman seiscientos setenta y cinco mil rublos, en total ochocientos diez mil rublos.

—¡Cómo!—interrumpió vivamente Polaniecki.—Pero, tío, usted suma los créditos con los débitos.

—Naturalmente. Si la finca no tuviese valor, nadie me daría un céntimo, y de consiguiente tengo que agregar los débitos al valor de la finca.

Mientras Polaniecki pensaba que aquel hombre

estaba loco y que era inútil hablar con él, Plavicki continuó:

—Magierov lo quiero dividir en lotes y vender el molino. En Stocki y en Sacacin hay gran riqueza de marga. ¿Sabes cuánto vale? Dos millones de rublos.

—¿Ha hallado usted ya comprador?

—Dos años atrás vino á verla y á buscar muestras un tal Scaun. Verdad es que no me habló de comprarla, pero estoy seguro de que volverá. Por otra parte, cuento con el ratón que no se me ha vuelto á aparecer desde aquel entonces.

—Es probable que vuelva.

—¿Sabes lo que pienso? Ya que tú estás metido en los negocios, podrías ocuparte de eso. Naturalmente, tendrías tu comisión.

—No tengo ni tiempo, ni medios.

—Búscame otro comprador. Te abonaré el tres por ciento.

—¿Qué piensa de eso su hija de usted?

—Marina es una niña que vale un Potosí; es de mi opinión; confía en la Providencia.

Entre tanto habian llegado frente á la pequeña iglesia de Vatoré. A la sombra de los árboles velanse los vehiculos de los fieles. El señor Plavicki se santiguó.

—Esta es nuestra iglesia,—dijo.—Tú deberías acordarte de ella. Aquí han sido enterrados todos los Plavicki y creo que no tardaré en serlo también yo. Ningún otro sitio encuentro tan adecuado como este para rezar.

—Presumo que la iglesia estará atestada de gente,—dijo Polaniecki.

—Veo el carruaje de Gatoski, el de Yamiz y de muchos otros. ¿Te acuerdas de la familia Yamiz? Ella, una mujer extraordinaria, él, en apariencia un excelente administrador y un buen consejero, pero en realidad un necio que de nada entiende. Cuando hayamos oído el oficio, te conduciré á la tumba de mi primera mujer; ruega por ella, ha sido pariente tuya. Era una mujer excelente. ¡Que Dios la tenga en gloria!

Para no verse obligados á pasar por entre la multitud, penetraron en la iglesia por la sacristía. Las mujeres estaban sentadas en los bancos colocados á ambos lados del coro. El señor Plavicki tomó sitio junto con Polaniecki al lado de los señores Yamiz.

El marido era un viejo cuyo rostro inteligente denunciaba una pesadumbre interior; la mujer contaba unos cincuenta años, pero llevaba, como Marina, vestido de percal y sombrero de paja. La manera como el señor Plavicki la saludó, la amigable sonrisa que cambió con ella, podían dejar creer que entre los dos existían estrechas relaciones. La presencia de Polaniecki despertó desde luego la curiosidad de la señora. Examinóle un instante á través de su lente, pero sin poder adivinar quién era el compañero del señor Plavicki.

Al entrar en la iglesia despertáronse en el joven los recuerdos de la infancia. En ella nada había cambiado.

Al exterior y frente á una de las ventanas, elevábase aún la misma encina cuyas oscuras ramas agitadas por el viento, venían á chocar contra los vidrios. La luz, pasando á través de las hojas, lle-

naba la nave de una claridad de un verde pálido.

Polaniecki, cuya mente estaba constantemente ocupada por los recuerdos de otros tiempos, empezó á pensar, por una asociación natural de ideas, en lo fugaz de la vida y á preocuparse de no tener á quien transmitir todo lo mejor que existía en él. De repente, se le apareció como en sueños la graciosa figura de Marina con su largo traje de verano, apretado en torno de su joven y flexible talle.

Antes de que él partiera de Varsovia, la señora Evatovski le había dicho:

—Si no vuelve usted de Kerzemien enamorado de Marina, le prohibo para siempre pisar los umbrales de mi casa.

El había sostenido que el único objeto de su viaje era el cobro de su crédito. Esto, sin embargo, no impidió que partiera llevando aquella idea en la imaginación. Si no hubiese tenido la esperanza de hallar á Marina, tal vez no se habría movido, y para cobrar su crédito habría hecho por carta la reclamación al padre, recurriendo de seguro á una citación.

—Es hermosa como un día de Mayo—pensaba— y ella lo sabe.

Estaba deseando con impaciencia que terminase la misa y tenía prisa por volver al predio para proseguir el estudio que se había propuesto hacer sobre las mujeres.

Apenas hubieron terminado los divinos oficios, el señor Plavicki se santiguó de nuevo y salió rápidamente de la iglesia, seguido de Polaniecki. Dos cosas traía en su imaginación: en primer lugar, quería ir á rezar ante la tumba de sus dos difuntas

mujeres; en segundo lugar quería acompañar á la señora Yamiz hasta su coche. Y como no quería renunciar á una ni á otra de estas dos cosas, convenia que se diese prisa.

Trasladóse, pues, con su huésped al cementerio, situado á uno de los costados de la iglesia, se arrojó por algunos minutos rezando devotamente, secóse luego los ojos humedecidos por el llanto, y cogiendo el brazo de Polaniecki, exclamó:

—Las he perdido á las dos y aun tengo que vivir.

Frente á la iglesia se encontraron con los señores Yamiz y el joven Gatoski.

El señor Plavicki presentó á Polaniecki, y volviéndose luego á la señora y sonriéndose como quien está convencido de decir una frase ingeniosa, lo presentó así:

—Un pariente que ha venido para abrazarme... y para estrujarme.

—Nosotros no permitimos más que lo primero,— exclamó la señora Yamiz,—de lo contrario tendrá que habérselas con nosotros.

—En Kerzemien (roca, peña),—prosiguió Plavicki,—puede romperse los dientes, aun cuando sea joven y robusto.

—¡Es inaudito tanto valor!—repuso la señora.— ¿Cómo está usted hoy?

—En este instante me siento sano y robusto.

—¿Y Marina?

—Ha venido á la primera misa. A las cinco les aguardamos á todos. El tiempo es excelente.

—Veremos si mi neuralgia me lo permite... y si consentirá mi señor marido.

—¿Qué piensa usted de eso, vecino?—preguntó Plavicki dirigiéndose al marido.

—Yo voy siempre con mucho gusto,—respondió el interrogado con la voz cavernosa que le era habitual.

—Entonces, hasta la vista.

—Hasta la vista,—repitió la señora Yamiz.

—Volviéndose luego á Polaniecki, le tendió la mano diciendo:

—He tenido una verdadera satisfacción en conocerle.

El señor Plavicki le ofreció el brazo y la acompañó hasta el carruaje.

Polaniecki quedó por unos instantes solo con Gatoski, que lo miraba con aire de mal humor. Del *Oso* había nacido un robusto joven. Polaniecki aguardaba que le dirigiese la palabra; mas éste permanecía inmóvil con las manos metidas en los bolsillos y sin despegar los labios.

—Es hijo de su padre,—pensaba Polaniecki,—no es un *oso*, pero es un *osezno*.

—Tienes que servirte de tu carruaje, mi querido Gatoski—gritó en aquel momento el señor Plavicki, que se les acababa de reunir,—en el mío no hay sitio más que para dos.

—A la fuerza,—respondió el joven;—casualmente traigo conmigo el perro de la señorita Marina.

Y se alejó inclinando ligeramente la cabeza.

Pocos momentos después seguían el camino que conducía á Kerzemien.

—¿Ese Gatoski es pariente vuestro?—preguntó Polaniecki.

—En noveno ó décimo grado. Esa familia ha de-

caído. Adolfo tiene una quinta, pero los bolsillos los tiene vacíos.

—No debe tener libre el corazón.

El viejo hizo con la boca una mueca de desdén.

—Tanto peor para él si se enzarza en sueños de amor. Es un buen muchacho, pero un simplón. Su educación es incompleta. Marina soporta su compañía.

—¡Ahl! ¿lo soporta?

—Mira como van las cosas. En el campo estamos sacrificados. Aquí la vida es muy enojosa y escasea la juventud. El pobre Gatoski nos distrae algo. Ahora trae un perro para Marina.

Mientras el coche seguía por la calle arenosa, permanecieron ambos en silencio.

Detrás de ellos venía Gatoski en su calesa. Iba pensando en Polaniecki.

—Si ha venido como acreedor, é insiste en querer que se le pague, le tuerzo el cuello—decía para sí.—Y si viene como enamorado, se lo retuerzo con doble motivo.

Cerca de una hora después, halláronse reunidos en torno de la mesa en el espacioso comedor. El perrito traído por Gatoski, queriendo hacer uso de las prerrogativas que se le otorgaban como recién llegado, daba saltos alrededor de la mesa poniendo á veces confidencialmente las patas delanteras sobre las rodillas de los comensales.

—Es un sabueso que respondé al nombre de Gordón,—creyó deber hacer notar el señor Gatoski,—aun cuando éste es muy ignorante todavía, su raza se distingue por el inmenso cariño hacia su amo.

—Es muy gracioso y os quedo muy agradecida, contestó la señorita Plavicki.

—Además son magníficos para la caza.

—¿Sois aficionado á la caza?—preguntóle Polaniecki.

—No; nunca me ha dado por ahí. ¿Y usted?

—Alguna vez. Por otra parte, como vivo en la ciudad...

—¿Tienes muchas relaciones?—le preguntó el señor Plavicki.

—Casi ninguna. Fuera de la señora Emilia, mi socio y mi antiguo maestro Vascovseki, un sér muy original, no tengo otras. Pero trato á mucha gente con motivo de mis negocios.

—Haces mal, hijo mío. Un joven como tú debería procurar relacionarse con la buena sociedad. Un Polaniecki sería bien acogido en cualquier casa. A Marina le tengo que reprochar también lo mismo. Dos años atrás, con motivo de su cumpleaños, la llevé durante el invierno á Varsovia. Ya comprenderás que esto me costó no pocos sacrificios. Pues bien, se pasaba todo el día leyendo libros en casa de su amiga Emilia. Ha sido educada como una pequeña salvaje, y no cambiará jamás. Tú y mi hija os podéis dar la mano, sois tal para cual.

—Démonos pues la mano,—exclamó Polaniecki con tono jovial.

Pero Marina contestó sonriéndose:

—En rigor no puede ser, porque lo que mi padre dice es algo exagerado. Es verdad que leí mucho en compañía de Emilia, pero también hice varias visitas contigo, y luego bailé tanto que hubo para

que quedara satisfecha y cansada por todo el resto de mi vida.

—Oye, Estanislao, ¿conoces á Bukacki?

—Claro está que sí: es tan pariente de usted como mío.

—Es verdad, nosotros estamos emparentados con medio mundo. Bukacki era el que bailaba más constantemente con Mariana: bailaba toda la noche con ella.

Polaniecki se sonrió.

—Es el viejo más elegante de Varsovia: un ente original de los de más buena sombra. Cierta día le encontré y, sabiendo que había regresado de Venecia, le pregunté qué había visto de bueno allí, y me contestó: «En la playa de los Schiavoni ví cierto día media cáscara de huevo y media corteza de limón que nadaban, se movían, se empujaban y se alejaban; por fin la corteza cayó dentro de la cáscara y continuaron sobrenadando juntas». ¿No parece que se necesita gran virtud? Pues bien, Bukacki se ocupa siempre en estas tonterías; y es una lástima, porque es un hombre que tiene talento y que posee un verdadero gusto de artista.

—Dice que es muy rico.

—Puede ser que lo sea; pero no se le conoce. Menos mal, si á lo menos fuese un hombre alegre; pero por el contrario está siempre más triste que un resposo. Olvidaba decir á usted que está locamente enamorado de la señora Emilia.

—¿Recibe muchas visitas Emilia?—preguntó la señorita Plavicki.

—Cuando yo la visitaba, iba alguna vez Bukacki y cierto abogado de fama llamado Masko.

—Aunque ella quisiera, no podría recibir mucha gente; la pequeña Litka la tiene ocupada la mayor parte de su tiempo.

—¡Pobrecita!—dijo Polaniecki.—Dios quiera que los aires de Reichenhall le aprovechen.

Una ligera nube pasó por su despejada frente. En aquel momento Marina lo miraba con una expresión de íntima simpatía, y á su mente acudía este pensamiento:

—Debe ser bueno.

Al mismo tiempo Polaniecki, por su parte, repetía, como si hablara consigo mismo:

—Masko... Masko ha hecho también la corte á Mariana; por fortuna no dejó rastro de su paso.

Terminada la comida, pasaron á la sala á tomar café. Cuando lo hubieron tomado, Marina se puso al piano. No podía decirse que fuese una artista de primera fuerza, pero tocó con gusto y con sentimiento.

A eso de las cinco, Plavicki miró el reloj, y dijo:

—Temo que los señores Yamiz no vengan.

Desde aquel momento siguió, mirando el reloj á cada minuto, no cesando de manifestar el mismo asombro de que aquellos señores se hiciesen aguardar tanto. Por fin, á eso de las seis, exclamó con lúgubre acento:

—Debe haber sucedido alguna desgracia.

En aquel momento Polaniecki se hallaba al lado de Marina, que le dijo en voz baja:

—Es una verdadera calamidad: no será verdad que les haya sucedido desgracia alguna, pero lo seguro es que mi padre estará de malhumor toda la noche.

—Creo,—contestó Polaniecki,—que los señores Yamiz no viven muy lejos de aquí: podría enviarse alguien allá para que se enterase.

—¿Qué te parece, papá?

—Es inútil,—contestó el viejo con cierta amargura;—iré yo mismo.

Llamó al criado, mandóle que preparase el coche, y añadió:

—*En fin*, podría suceder que viniese gente y no conviene que encuentren á Marina sola. Tú puedes quedarte á hacerle compañía; en el campo no es como en la ciudad, y luego... vaya... sois parientes. Tú Gatoski, puedes serme útil y tendría mucho gusto en que me acompañases.

La cólera y el disgusto se retrataron en el semblante del joven; pasóse la mano por sus espesos cabellos, y respondió:

—He prometido á la señorita Marina que le pondría á flote la barquilla, porque al jardinero no le acomoda hacerlo. El domingo pasado no quiso dejarme salir porque llovía á cántaros.

—Puedes ir en seguida; de aquí al estanque no hay más que treinta pasos: en pocos minutos puedes estar de vuelta.

De buen ó de mal grado, Gatoski tuvo que ceder. Plavicki sin cuidarse de los otros dos recorría en todas direcciones la sala, murmurando:

—La neuralgia... de seguro... Será preciso que Gatoski corra á casa del médico. El asno de su marido, consejero sin consejos, ni siquiera habrá pensado en ello.

En la necesidad de desahogar su malhumor, volvióse á Polaniecki, diciendo:

—No puedes figurarte lo imbécil que es.

—¿De quién habláis?

—De Yamiz.

—¡Pero papá!...—exclamó Marina.

—El señor Plavicki no la dejó continuar,—añadió cada vez más encolerizado.

—Ya sé que tú no puedes soportar que esa señora me demuestre afecto y amistad. Tú lee los libros de Yamiz sobre agricultura, levántale si quieres un monumento; pero permite que también yo siga mis inclinaciones.

Polaniecki no pudo menos de admirar la bondad y la afabilidad de Marina, la cual sin dar muestra alguna de impaciencia corrió á su padre, aplicó los labios á sus teñidos bigotes, y dijo:

—Pronto estará dispuesto el coche; de consiguiente no te enojés: ya sé que esto te hace daño.

Plavicki, que en el fondo la quería, la besó en la frente.

—Ya sé que tienes buen corazón...—observó.—Pero ¿qué hace aquel bendito de Gatoski?

Y desde la puerta que daba al jardín, y que estaba abierta, se puso á llamar al joven, que volvió casi en seguida todo atareado, manifestando que el bote estaba lleno de agua y tan agarrado al fondo, que á pesar de todos sus esfuerzos no había logrado hacerlo mover.

—Toma tu sombrero y démonos prisa, porque oigo llegar el coche.

Pocos instantes después los dos jóvenes estaban solos.

—Mi padre,—dijo Marina,—está acostumbrado á una sociedad mejor que la que puede encontrarse en el campo. Por eso da tanta importancia á la amistad de la señora Yamiz. En cuanto al señor Yamiz, es un hombre de muy buen sentido y muy inteligente.

—Le he visto en la iglesia y me ha parecido notar en él cierto abatimiento.

—Está enfermo y trabaja demasiado.

—Lo mismo que usted, señorita.

—¡Oh, no! el señor Yamiz sabe administrar bien su hacienda, y además se ocupa mucho de la agromía. La señora es una buena mujer, sólo que á mí me parece un poco afectada.

—Es una belleza marchitada.

—Eso es. La afectación es una enfermedad que se adquiere en el campo. En la ciudad, por el contrario, con el continuo trato de la gente, esta enfermedad se modifica y acaba por desaparecer. Nosotros los del campo les debemos parecer ridículos á los de la ciudad.

—No todos; usted, por ejemplo, señorita, no lo parece.

—Ya vendrá con el tiempo,—replicó ella sonriéndose;—aquí en el campo, si algo cambia, lo cual acaece raras veces, es siempre en peor.

—En la vida de una mujer hay que esperar siempre los cambios.

—Mi principal deseo es el de poder poner en orden la hacienda de Kerzemiën.

—¿Pero quiere usted dedicar su vida toda entera al cuidado del padre y de la hacienda?

—Sin duda. Y es natural, pues yo no conozco ni amo nada más en el mundo.

—El papá, Kerzemien... y basta,—repitió Polaniecki.

Hubo una pequeña pausa, después de la cual Marina propuso á Polaniecki ir á dar un paseo por el jardín. Encamináronse allí y no tardaron en llegar á la orilla del estanque.

Polaniecki, que en el extranjero se había ejercitado en el *sport*, logró poner á flote la barquilla; pero velase que estaba inservible, porque el agua había entrado en ella por gran número de hendiduras.

—En eso puede usted formarse una idea de nuestra situación económica,—dijo Marina sonriéndose con amargura;—el agua entra por todas partes. Cuando que se seque el estanque lo haré recomponer.

—Tal vez sea el mismo bote al cual se me prohibía saltar cuando yo era niño.

—Puede muy bien ser.

—Si es aquél, confieso que no tengo suerte. Entonces no se me permitía manejarlo, y ahora casi me he estropeado la mano para ponerlo á flote.

Esto diciendo, había sacado del bolsillo el pañuelo y con la mano izquierda trataba de atárselo en la derecha, pero tenía tan poca destreza, que Marina intervino, diciéndole:

—Usted solo no lo conseguirá: yo le ayudaré.

Dió principio la operación. Polaniecki procuraba prolongarla, moviendo la mano en todos sentidos, porque experimentaba una dulce complacencia al contacto de aquellos delicados dedos. Apercibióse

ella, y alzando los ojos le miró: mas en el momento en que sus miradas se encontraron, adivinó la causa y ruborizándose vivamente bajó la cabeza.

Polaniecki sentía su proximidad, el suave vapor que de ella se desprendía se le subía á la cabeza, y su corazón empezó á palpar fuertemente.

—Sabía yo que estos lugares despertarían en mí dulces recuerdos, pero que debiesen llegar á serme tan queridos no me lo esperaba,—dijo el joven.

Marina comprendió que era sincero, que aquella audacia era efecto de su viveza de carácter y que no trataba de aprovecharse de su soledad; de consiguiente, en vez de ofenderse, contestó con aire burlón:

—Le ruego que no me dirija usted cumplidos, porque de lo contrario le ataré mal la mano y luego le dejaré solo.

—Déjeme mal envuelta la mano, si usted quiere, pero quédese usted. ¡Es tan hermosa la tarde!

La operación había terminado, y la joven pareja reanudó su paseo.

Realmente la tarde estaba hermosa. El estanque brillaba como oro bruñido bajo los oblicuos rayos del sol, muy bajo ya en el horizonte. Al otro lado, bordeando el pequeño lago extendíase un bosquecillo de alisos cuyos elevados remates se destacaban límpidamente sobre un cielo de color de fuego; ni una hoja se movía á impulsos del aire; todo estaba perfectamente tranquilo. En el corral, situado en la parte posterior de la casa, oíase parlotear las cigüeñas.

—¡Qué hermoso es Kerzemien! ¡Es suavemente hermoso!—exclamó Polaniecki;—ahora comprendo

porque le tiene usted tanto cariño. Además quien trabaja con fe, acaba por amar su propia obra, y Kerzemien le debe mucho á su actividad. También se vive en el campo, y en este momento lo comprendo yo. En la ciudad los hombres se gastan mucho; sobre todo los que agobiados por los negocios y por los cálculos, están completamente solos como yo. Bigiel, mi socio, tiene mujer é hijos, y de consiguiente puede ser feliz. Pero yo, ¿qué tengo? A veces me pregunto porque trabajo y á quién puede ser útil el dinero que ahorro. ¿Ve usted, señorita? cuando un hombre está acostumbrado á correr tras el dinero, acaba por estar convencido de que éste es el único objeto de su vida.

Los dos jóvenes dieron algunos pasos en silencio. El reflejo rojo del cielo iluminaba sus rostros con un color sanguíneo. Comprendían que sus sentimientos eran idénticos, y se sentían dichosos. Pocos instantes después Polaniecki prosiguió:

—Tenía mucha razón la señora Evatovscki cuando me aseguraba que me bastaría una hora para conocerla y estimarla á usted, mientras que para otras no habría tenido bastante con un mes. Parece como si la conociera ya de años. Sin embargo, creo que una impresión semejante únicamente la pueden producir las personas verdaderamente buenas.

—Emilia me quiere bien y por esto me alaba,— respondió con sencillez Marina;—aún cuando esto fuese cierto, hay que confesar que no tengo igual poder sobre todo el mundo.

—Anoche usted se me apareció bajo distinto aspecto; pero estaba usted cansada y tenía sueño.

—Algo.

—¿Por qué no fué usted á acostarse? Para recibirme habría habido bastante con el criado, y hasta habría podido pasarme sin el té.

—No, no somos tan poco galantes. Papá me dijo que uno de nosotros tenía que recibirle á usted, y como temía que el velar podía serle perjudicial, me encargué yo.

—Por eso le pido que me perdone usted el haberla hablado de intereses. He hablado como verdadero hombre de negocios, pero cuando me encontré á solas me dije á mí mismo: «Eres un payaso». Ahora le pido humildemente que me dispense.

—No vale la pena de hablar de eso.

La roja luz del ocaso había invadido todo el firmamento, dándole el aspecto de una inmensa sábana de fuego.

Los dos jóvenes deshicieron su paseo y llegados junto á la casa, la joven se sentó en la balaustrada que conducía al jardín.

Polaniecki penetró un momento en la sala y volvió trayendo un pequeño taburete que fué á colocar debajo de los pies de Marina.

—Mil gracias,—dijo ella,—¿es usted muy amable!

—Mi carácter no me da por la galantería; lo poco que me he civilizado en este sentido se lo debo á la señora Evatovscki.

—Si no se hubiese marchado á Reinchenhall me habría gustado invitarla á que nos viniese á hacer una visita.

—Y yo habría venido con Litka, sin que se me hubiese invitado.

—Ahora le invito á usted en nombre de mi padre y una vez por todas,—dijo riendo la joven.

—No sea usted tan imprudente,—observó Polaniecki,—porque soy capaz de abusar de su autorización. Me encuentro tan bien aquí, que vendré á refugiarme, bajo su salvaguardia, siempre que me aburra en Varsovia.

Marina fijó en él sus azules ojos como si quisiera preguntarle si hablaba de veras ó de burlas; luego en voz baja contestó:

—Venga usted.

Callaron ambos, poseídos del mismo sentimiento que paulatina é inexorablemente les ligaba. Al fin Marina rompió el encanto, diciendo:

—Me sorprende que papá no esté ya de vuelta.

El sol había desaparecido ya del horizonte. Con el crepúsculo, volaban los murciélagos describiendo silenciosos círculos; en el estanque empezaban á oírse los estridentes cantos de las ranas.

Polaniecki, sin fijarse en la observación de Marina, dijo, como si continuase una conversación entablada ya consigo mismo:

—Yo no hago estudios sobre la vida, porque me faltaría para ello el tiempo necesario. Cuando se apodera de mí el sosiego, como en este instante, siento un bienestar; cuando tengo el corazón apenado, percibo un malestar, y esto me basta. Sin embargo, cinco ó seis años atrás era muy diferente. Entonces me relacionaba con cierto número de personas á quienes se les había metido en la cabeza resolver el problema de la vida. Eran varios hombres de ciencia y un literato que hoy tiene gran celebridad en Bélgica. Los problemas propuestos

solían ser: «¿á dónde iremos á parar? ¿qué es el sentido? ¿qué valor tiene la vida?» Leían todos los tratados de filosofía; pero al fin me apercibí de que, con todas aquellas filosofías, se me habían marchado todas mis ganas de trabajar. Me di, mentalmente, un tirón de orejas, y volví al trabajo, diciéndome en su consecuencia: «ya que es preciso vivir, saquemos de la vida el mayor provecho posible». Mi amigo Vascovscki me decía que nosotros los esclavos no somos capaces de contentarnos sólo con eso; pero todo esto es música. Que no sepamos contentarnos con sólo el dinero lo comprendo; yo mismo me he dicho muchas veces que, además del dinero, se necesitan otras dos cosas: amigos, y... ¿sabe usted cuál otra?... una mujer que nos ame para que el hombre pueda compartir con alguien lo que posee. Este es el verdadero objeto de la vida, y luego venga lo que quiera. Yo raras veces hablo de esto, —continuó Polaniecki después de una breve pausa; —pero Emilia tenía razón al decirme que se adquiere mayor intimidad con usted en un día que con otras en un año. Debe usted ser inmensamente buena. ¡Qué locura habría cometido no viniendo á Kerzemien! Si me lo permite usted volveré á menudo.

—Venga usted á menudo.

—Gracias.

Polaniecki le tendió la mano y Marina apoyó en ella la suya como para poner el sello á su consentimiento.

También ella encontraba bello á Polaniecki; agradábale aquel semblante varonil y abierto, como le gustaban sus negros cabellos, sus maneras francas

34994

y sus ojos de fuego. Aquel hombre trala consigo un soplo de vida que hasta entonces había faltado en Kerzemien; veía ella abrirse ante sus ojos un horizonte nuevo, que se extendía mucho más allá de los estrechos límites en que se había deslizado su pasado. Por esto se había prendado de él en un solo día, cosa que jamás habría creído posible.

Nuevamente reinó entre ellos un prolongado silencio. El pensamiento les transportaba lejos, muy lejos. Al fin Marina señaló con la mano la fúlgida claridad que de improviso habíase dejado ver á través de los alisos.

—La luna,—dijo,

Rojo se elevaba por el horizonte el astro de la noche. Ladraron los perros, oyóse el ruido de un coche y pocos instantes después, Plavicki entraba en la sala, cuya lámpara había sido encendida poco antes. Marina entró también en la estancia, seguida de Polaniecki.

—Mis temores eran infundados,—dijo el viejo,—únicamente el señor Yamiz se ha sentido un poco indispuerto: mañana por la mañana sale para Varsovia. La señora me ha prometido venir pasado mañana. ¿Y vosotros dos, os habéis aburrido mucho?

—No, estábamos oyendo gritar las ranas,—respondió Polaniecki.

—Dios sabe para que crió las ranas, pero yo no tengo el derecho de quejarme, lo cual no impide que esos enojosos animalitos me priven de dormir. Marina trae el te.

Mientras bebían, el señor Plavicki refería la visita á los señores Yamiz. Los dos jóvenes guardaban

silencio. De vez en cuando encontrábanse sus ojos y cuando se dieron las buenas noches se estrecharon muy calurosamente la mano.

Al desnudarse, Marina experimentaba un suave cansancio. Reposaba ya su cabeza sobre las almohadas, y, en vez de lamentarse de que al siguiente día fuese lunes, y de que con el lunes daba principio toda una semana de trabajo, pensaba en el joven cuyas palabras resonaban aún en sus oídos.

Por su parte, Polaniecki mientras estaba fumando en la cama un cigarrillo, entregábase á las siguientes reflexiones:

—Marina es buena, bella y amable, ¿dónde podría hallar otra parecida?

III

Al siguiente día, estaba nublado el cielo y la señorita Plavicki, al despertar, se dirigió á sí misma una serie de reproches. Comprendía que el día anterior había ido demasiado adelante y que había estado algo coqueta con Polaniecki. Acrecentaba su contrariedad la idea de que aquel hombre había venido como acreedor. Ella lo había olvidado, y ahora se hacía la siguiente reflexión:

—Si él se llegase á figurar que yo he tratado de enamorarle para hacerle más tratable, y menos serio...

Y ante este solo pensamiento, la sangre le afilaba á la cabeza. Era altiva, y su noble carácter se rebelaba ante la simple suposición de que ella hubiese obrado por cálculo.

Y pensando en la posibilidad de una sospecha se-

y sus ojos de fuego. Aquel hombre trala consigo un soplo de vida que hasta entonces había faltado en Kerzemien; veía ella abrirse ante sus ojos un horizonte nuevo, que se extendía mucho más allá de los estrechos límites en que se había deslizado su pasado. Por esto se había prendado de él en un solo día, cosa que jamás habría creído posible.

Nuevamente reinó entre ellos un prolongado silencio. El pensamiento les transportaba lejos, muy lejos. Al fin Marina señaló con la mano la fúlgida claridad que de improviso habíase dejado ver á través de los alisos.

—La luna,—dijo.

Rojo se elevaba por el horizonte el astro de la noche. Ladraron los perros, oyóse el ruido de un coche y pocos instantes después, Plavicki entraba en la sala, cuya lámpara había sido encendida poco antes. Marina entró también en la estancia, seguida de Polaniecki.

—Mis temores eran infundados,—dijo el viejo,—únicamente el señor Yamiz se ha sentido un poco indispuerto: mañana por la mañana sale para Varsovia. La señora me ha prometido venir pasado mañana. ¿Y vosotros dos, os habéis aburrido mucho?

—No, estábamos oyendo gritar las ranas,—respondió Polaniecki.

—Dios sabe para que crió las ranas, pero yo no tengo el derecho de quejarme, lo cual no impide que esos enojosos animalitos me priven de dormir. Marina trae el te.

Mientras bebían, el señor Plavicki refería la visita á los señores Yamiz. Los dos jóvenes guardaban

silencio. De vez en cuando encontrábanse sus ojos y cuando se dieron las buenas noches se estrecharon muy calurosamente la mano.

Al desnudarse, Marina experimentaba un suave cansancio. Reposaba ya su cabeza sobre las almohadas, y, en vez de lamentarse de que al siguiente día fuese lunes, y de que con el lunes daba principio toda una semana de trabajo, pensaba en el joven cuyas palabras resonaban aún en sus oídos.

Por su parte, Polaniecki mientras estaba fumando en la cama un cigarrillo, entregábase á las siguientes reflexiones:

—Marina es buena, bella y amable, ¿dónde podría hallar otra parecida?

III

Al siguiente día, estaba nublado el cielo y la señorita Plavicki, al despertar, se dirigió á sí misma una serie de reproches. Comprendía que el día anterior había ido demasiado adelante y que había estado algo coqueta con Polaniecki. Acrecentaba su contrariedad la idea de que aquel hombre había venido como acreedor. Ella lo había olvidado, y ahora se hacía la siguiente reflexión:

—Si él se llegase á figurar que yo he tratado de enamorarle para hacerle más tratable, y menos serio...

Y ante este solo pensamiento, la sangre le afilaba á la cabeza. Era altiva, y su noble carácter se rebelaba ante la simple suposición de que ella hubiese obrado por cálculo.

Y pensando en la posibilidad de una sospecha se-

y sus ojos de fuego. Aquel hombre traía consigo un soplo de vida que hasta entonces había faltado en Kerzemien; veía ella abrirse ante sus ojos un horizonte nuevo, que se extendía mucho más allá de los estrechos límites en que se había deslizado su pasado. Por esto se había prendado de él en un solo día, cosa que jamás habría creído posible.

Nuevamente reinó entre ellos un prolongado silencio. El pensamiento les transportaba lejos, muy lejos. Al fin Marina señaló con la mano la fúlgida claridad que de improviso habíase dejado ver á través de los alisos.

—La luna,—dijo.

Rojo se elevaba por el horizonte el astro de la noche. Ladraron los perros, oyóse el ruido de un coche y pocos instantes después, Plavicki entraba en la sala, cuya lámpara había sido encendida poco antes. Marina entró también en la estancia, seguida de Polaniecki.

—Mis temores eran infundados,—dijo el viejo,—únicamente el señor Yamiz se ha sentido un poco indispuerto: mañana por la mañana sale para Varsovia. La señora me ha prometido venir pasado mañana. ¿Y vosotros dos, os habéis aburrido mucho?

—No, estábamos oyendo gritar las ranas,—respondió Polaniecki.

—Dios sabe para que crió las ranas, pero yo no tengo el derecho de quejarme, lo cual no impide que esos enojosos animalitos me priven de dormir. Marina trae el te.

Mientras bebían, el señor Plavicki refería la visita á los señores Yamiz. Los dos jóvenes guardaban

silencio. De vez en cuando encontrábanse sus ojos y cuando se dieron las buenas noches se estrecharon muy calurosamente la mano.

Al desnudarse, Marina experimentaba un suave cansancio. Reposaba ya su cabeza sobre las almohadas, y, en vez de lamentarse de que al siguiente día fuese lunes, y de que con el lunes daba principio toda una semana de trabajo, pensaba en el joven cuyas palabras resonaban aún en sus oídos.

Por su parte, Polaniecki mientras estaba fumando en la cama un cigarrillo, entregábase á las siguientes reflexiones:

—Marina es buena, bella y amable, ¿dónde podría hallar otra parecida?

III

Al siguiente día, estaba nublado el cielo y la señorita Plavicki, al despertar, se dirigió á sí misma una serie de reproches. Comprendía que el día anterior había ido demasiado adelante y que había estado algo coqueta con Polaniecki. Acrecentaba su contrariedad la idea de que aquel hombre había venido como acreedor. Ella lo había olvidado, y ahora se hacía la siguiente reflexión:

—Si él se llegase á figurar que yo he tratado de enamorarle para hacerle más tratable, y menos severo...

Y ante este solo pensamiento, la sangre le afluí a la cabeza. Era altiva, y su noble carácter se rebelaba ante la simple suposición de que ella hubiese obrado por cálculo.

Y pensando en la posibilidad de una sospecha se-

mejante, experimentaba una especie de sentimiento de cólera contra Polaniecki. Tanto más penosa le era la cosa, por cuanto sabía que en su casa no había dinero y que se hallaban en la imposibilidad de proporcionárselo. Aún cuando no hubiesen faltado los medios, sabía que, apesar de todos sus esfuerzos, su padre no habría consentido en que se pagase á Polaniecki antes que á los demás acreedores. En los asuntos campestres, él la dejaba entera libertad de acción pero cuando se trataba de dinero, hacía lo que le parecía bien y raras veces le pedía su opinión.

En realidad, él trataba de salvar su triste situación valiéndose de mil subterfugios, haciendo promesas que sabía no podía cumplir, y procurando engañar á la gente, por todos los medios que le sugería su fecunda imaginación. Este sistema, sin embargo, no podía librarle de la ruina. Y al propio tiempo procuraba tener alejada de sus *negocios* á su hija, temeroso de su recto criterio y de sus justas observaciones que habrían ofendido su amor propio.

Esos *negocios* le hacían pasar á la pobre Marina una vida llena de humillaciones. Su existencia en el campo solo tenía de idilio las apariencias. A la señorita Plavicki no le faltaban disgustos, dolores ni fastidios. Si su semblante aparecía sereno no era solamente á la amabilidad de su carácter á lo que lo debía, sino en gran parte á una fuerza de voluntad poco común. Pero la humillación que en aquel momento la amenazaba era superior á sus fuerzas.

—Que á lo menos no sospeche de mí,—se repetía sin cesar.

Pero como conseguirlo. Su primer pensamiento fué invitar á Polaniecki á una conferencia con ella y enterarle del estado verdadero de las cosas pero abandonó en seguida esta idea. No; tenía que mostrarse fría, glacial, para que no pudiese creer él que ella había tratado de influir sobre su voluntad.

Tomada esta resolución, decidió buscarlo. No le fué difícil, porque, de regreso de su paseo matinal estaba él en la galería jugando con el perro. Apenas notó la presencia de Marina se levantó apresuradamente y corrió hacia ella con radiante rostro.

—Buenos días, señorita,— la dijo;—¿ha pasado usted bien la noche?

—Bien, gracias,—contestó ella tendiéndole friamente la mano.

En cambio él la contemplaba con una mirada en la cual se traslucía el placer que su presencia le causaba.

Marina lo notó, y su alma se sintió atraída hacia él, experimentando un vivísimo dolor al tener que contestar tan ceremoniosamente á su amable saludo.

—¿No ha salido usted de paseo todavía?—la preguntó.—En este caso si me lo permite usted le acompaño. Tengo que volver hoy á la ciudad, y de consiguiente necesito aprovechar todos los instantes que se me presentan de poder gozar de su compañía. Solo Dios sabe con cuanto placer me quedaría, si pudiese. Más ahora he aprendido ya el camino de Herzemien.

—Si sus ocupaciones se lo permiten, bien venido sea.

Solo hasta este momento no se apercibió Pola-

niecki del aire glacial del semblante y de las respuestas de la joven, por lo cual fijó en ella una mirada de asombro.

Entre tanto Marina esperaba que desengañado por su fría acogida, él se abstendría de seguir hablándola pero se equivocó. Polaniecki tenía sobrado amor propio para renunciar á conocer la causa de aquella frialdad. De consiguiente, sin apartar los ojos del rostro de la joven, repuso:

—¿Qué tiene usted? ¿Por qué está usted tan cambiada conmigo?

Marina experimentó cierta confusión.

—No, se equivoca usted,—baluceó.

—Bien sé yo y usted lo sabe también, que no me equivoco. Ahora se me presenta usted como la primera noche. Pero entonces yo tenía la culpa: ayer, sin embargo, le pedí perdón, y todo quedó arreglado. Hoy está completamente cambiada, ¿no quiere usted decirme la razón?

Y con pesaroso tono, añadió:

—Explíqueme usted que significa este cambio. Le ruego que me lo diga. Su padre de usted quería que yo fuese primeramente vuestro huésped, y después vuestro acreedor: pero esto no tiene razón de ser. Usted no es mi deudora, porque yo se lo debo todo á usted; yo soy su deudor, y le quedaré eternamente agradecido, por la bondad de que ayer me dió muestras, y Dios sabe cuanto daría para ser eternamente su deudor.

Fijó nuevamente los ojos en su rostro con el ávido deseo de encontrar la amistosa mirada del día anterior; pero Marina, con el corazón más oprimido; evitó mirarle, resuelta á proseguir el camino

que se había trazado hasta por temor de que si entonces cambiaba, se vería en la precisión de explicar el motivo.

—Le aseguro,—contestó reuniendo todo su valor que ó se engaña usted en este momento ó se engañaba ayer. Yo soy siempre la misma, y sentiré mucho que se marche usted de aquí desagradablemente impresionado.

La cólera y el despecho se retrataron en el semblante de Polaniecki.

—Si tiene usted empeño en que la crea, está bien; pero partiré con la convicción de que en el campo los lunes son diferentes de los domingos.

—¿Puedo cambiarme acaso?—dijo Marina á media voz.

Y se alejó pretextando que tenía que ir á dar los buenos días á su padre.

En cuanto quedó solo, Polaniecki echó de sí con visible rabia el perro, que se le había acercado buscando sus caricias y dió libre suelta á su coraje.

—¿Pero qué significa toda esta comedia?—se preguntó.—¡Qué estúpido é injusto es esto! Ayer era el próximo pariente hoy no soy más que el acreedor. Que se figura ella para que me trate así como á un perro. El objeto de mi venida, lo sabía también ayer.

Entre tanto Marina había subido á la habitación de su padre. El señor Plavicki estaba sentado en su escritorio entre un alubión de cartas. Volvióse un instante para contestar al saludo de su hija y volvió de nuevo á sus papeles.

—Papá,—empezó á decir Marina,—tengo que de-

cirte algo apropósito del señor Polaniecki. Tengo...

Interrumpióla su padre sin abandonar, empero, la lectura de sus documentos, diciéndola:

—Polaniecki en tus manos es un pedazo de mazapán.

—Te equivocas por completo. Mi deseo sería que se le pagase antes que á todos los demás, aún cuando esto debiese acarrear graves perjuicios.

El viejo cambió de posición en su silla y miró con fijeza á su hija. Luego le preguntó con frialdad:

—¿Estos son asuntos tuyos ó míos?

—Son asuntos de honor.

—No te formes la ilusión de que vaya á seguir yo tu consejo.

—Lo sé, papá; pero...

—¡Vaya un tono sentimental! ¿qué tienes?

—Te suplico...

—Y yo te suplico que no te metas en mis asuntos. Todo lo que se refiere á la administración de los bienes está á tu libre voluntad. Tú me has puesto á un lado, y yo he cedido para no tener cuestiones con mi hija en los últimos años de mi vida. Pero á lo menos déjame este rinconcito, este ángulo de mi casa; permíteme que desarrolle á mi modo mis negocios.

—Pero, papá, yo tan solo te suplicaba...

—Que me sometiese á tu voluntad: pues bien, hija mía, manda á tu padre.

El viejo había adoptado una actitud de *Rey Lear*. Habíase apoyado nerviosamente en el respaldo de su poltrona para hacer creer á la hija cruel, que poseído de un síncope estaba á punto de caer tendido al suelo.

Las lágrimas asomaron en los ojos de la pobre niña, y, sintiéndose impotente, un amargo desaliento invadió su corazón. Permaneció silenciosa por un instante luchando violentamente con su dolor y luego dijo con voz medio apagada:

—Perdona, papá.

Y abandonó la habitación.

Un cuarto de hora después entró Polaniecki, presa de una viva excitación de ánimo pero haciendo visibles esfuerzos para dominarse.

Plavicki lo hizo sentar al lado de su poltrona y poniendo una mano sobre sus rodillas le dijo:

—Estanislao, ¿quieres pegar fuego á mi casa? ¿quieres asesinarme? ¿quieres hacer huérfana á mi hija?

—No,—contestó Polaniecki,—no es esta mi intención. Pero le ruego que no me hable usted en estos términos, porque de nada le servirán y me son insoportables.

—Está bien,—repuso Plavicki, algo enojado por el poco efecto que su exordio había producido;—pero recuerda que en otros tiempos esta casa estaba abierta para tí como si fuese para un hijo.

—Venía á ella con mi madre porque esta se veía en la precisión de reclamar el pago de intereses que usted, en cambio, jamás se ha tomado la molestia de satisfacer. Esta deuda de usted data de veintinueve años atrás. Hoy con los intereses acumulados, debe ascender á veinticuatro mil rublos. Redondeemos la suma y quedarán veinte mil rublos, que tengo que cobrar irremisiblemente porque para esto he venido aquí.

El viejo inclinó la cabeza con aire de resignación.

—¿Para esto has venido? Entonces, ¿por qué ayer, Estanislao, te mostraste tan diferente de hoy?

Polaniecki, que media hora antes había dirigido igual pregunta á Marina, estuvo á punto de ponerse en pie de un salto pero se contuvo y contestó:

—Le ruego á usted que acabemos este asunto.

—Pronto estará acabado, pero permíteme algunas palabras y no me interrumpas. Tú sostienes que no se pagaron los intereses. Esto es verdad; ¿pero sabes por qué? Tu madre, desgraciadamente para todos nosotros, no pudo entregarme todos sus bienes, porque el consejo de familia no se lo habría consentido. De consiguiente solo recibí algunos millares de rublos. Entonces yo pensé: «Esta mujer está sola en el mundo, el pequeño capital que me ha confiado será para ella una pequeña mina de oro.» Tu madre me entregó doce mil rublos, tú encuentras veinticuatro mil. Este es el resultado, y ahora tú me recompensas con la ingratitud.

—Mi querido tío,—replicó Polaniecki,—le suplico que no me tome por un estúpido. Usted dice que encuentro veinticuatro mil rublos: ¿dónde están? Entréguemelos usted sin tantos preámbulos.

—Ten un poco de paciencia y de moderación, debes considerar que soy un viejo,—contestó encolerizado el señor Plavicki.

—Y yo le digo claro y neto que hace dos años que le vengo escribiendo inutilmente para recobrar mi dinero: ahora estoy cansado y no quiero esperar más.

El viejo apoyó los codos en el escritorio, cubrióse

el rostro con las manos y guardó silencio. Polaniecki le contempló disgustado, preguntándose á sí mismo:

—¿Es un bribón? ¿es un egoísta? ¿Es más bien un loco que en su ceguedad no sabe distinguir el bien del mal? ¿Es todo eso á la vez?

El señor Plavicki seguía con el rostro oculto y sin articular palabra.

—Es preciso que yo sepa algo,—repuso Polaniecki.

De repente el viejo alzó la cabeza y dijo con tono jovial:

—Pero, Estanislao ¿á qué preocuparnos tanto, cuando hay una solución tan sencilla.

—Cual.

—Te reembolsarás con la marga.

—¿Cómo?

—Haz venir á tu socio á alguien que lo entienda y que sepa apreciar mi marga, y los tres juntos formaremos una sociedad. Tu socio... ¿cómo se llama? ¿Bigiel?... Pues este tiene que poner inmediatamente su parte. Tú me entregas algo, y hasta nada, trabajamos juntos y hasta podemos realizar grandes beneficios.

Polaniecki se levantó.

—Dispéñseme usted,—dijo,—pero no puedo permitir que se burle usted de mí. Yo no sé que hacer de su marga; no quiero más que mi dinero. Lo que me propone usted lo considero como una farsa indigna é insensata.

Durante unos instantes reinó un profundo silencio entre aquellos dos hombres. El semblante del señor Plavicki estaba alterado por la ira, y sus

ojos centelleaban. Levantándose de pronto, corrió hacia la pared y descolgando un cuchillo de caza lo tendió á Polaniecki gritando:

—Hay otra salida, mátame.

Polaniecki, no pudiéndose dominar ya por más tiempo rechazó brutalmente la mano y el cuchillo, exclamando:

—Esto es una comedia indigna: ¡basta! Es inútil que pierda tiempo, me marchó: tengo bastante de usted y de Kerzemien. Pero le advierto que voy á vender mi crédito, hasta por la mitad de su valor, al primer judío que me salga al paso: éste ya sabrá sacar dinero de su caja.

—Anda,—gritó Plavicki:—vende tu crédito. Abre al judío la puerta de la casa de donde procede tu estirpe; pero ten entendido que mi maldición y la maldición de todos cuantos en ella habitaron te seguirá á todas partes.

Pálido de coraje y lanzándose imprecaciones á sí propio, Polaniecki salió rápidamente de la habitación. Llegado á la sala, buscó su sombrero, dió al fin con él y se disponía á enterarse de si había llegado el coche, cuando apareció Marina. Al verla, trató de dominarse pero habiéndole acudido á la imaginación que tal vez ella era la causa indirecta de cuanto había acaecido, la dijo:

—Tengo que despedirme de usted. Mis asuntos con su padre de usted están terminados. Vine aquí para reclamar todo lo que se me debía, y él empezó por darme su bendición, me ofreció después la marga, y al fin me maldice.

Marina se disponía á tenderle la mano y á decirle:

—Comprendo su indignación: hace pocos minutos que fui á encontrar á mi padre para suplicarle que satisficiera su crédito de usted; proceda usted contra nosotros, contra Kerzemien, como se propone, pero no me juzgue usted culpable, y consérveme su aprecio.

Más no le fué posible, porque Polaniecki, ciego de despecho por haber perdido para siempre aquella niña, prorrumpió:

—Le digo esto porque se mostró usted ofendida y me dirigió á su padre, cuando la primera noche quise hablar con usted. Agradecí su excelente consejo; más este ha resultado más ventajoso para vosotros dos que para mí.

Marina palideció con una palidez cadavérica, lágrimas de cólera y de dolor bañaron sus ojos, levantó altivamente la cabeza y contestó:

—Puede usted insultarme impunemente: no tengo un hombre que me pueda defender.

Dicho esto volvióle friamente la espalda y salió.

Polaniecki comprendió que se había dejado llevar de su amor propio ofendido. Súbitamente dominado por una profunda compasión, quiso seguirla para pedirle perdón, pero era demasiado tarde: Marina había desaparecido. Partió sin despedirse de nadie. Era tanta la cólera de que estaba poseído, que durante mucho tiempo no pudo pensar en otra cosa que en la manera de vengarse.

—Cederé mi crédito,—se decía,—aun cuando solo me den la tercera parte de su valor; les haré embargar: palabra de honor.

Entre tanto el coche había salido del callejón y tomado la carretera. Dos sentimientos opuestos lu-

chaban ahora en Polaniecki: pensaba en Marina en su dulce voz, en su mirada serena, en su bondad. Recordando el tono con que le había hablado, se reprochó á sí mismo.

—Demasiado es ya para ella, tener por padre á un viejo comediante, un bribón y un loco. Cualquiera hombre de corazón la habría comprendido y se habría compadecido de ella, en vez de lanzar invectivas contra la pobrecita muchacha, como yo he hecho... sí, yo...

En esto le vinieron ganas de abofetearse á sí mismo, con tanto mayor motivo, cuanto que en aquel momento comprendió que las cosas habrían pasado de muy distinto modo, que se habría conquistado la confianza y el cariño de la niña, si, después de la disputa sostenida con el padre, la hubiese sabido tratar á ella con la debida delicadeza.

—¡Cargue el diablo con el dinero, y conmigo por añadidura!—exclamó.

Lo que había hecho ya no tenía remedio. Esta reflexión le hizo perder la razón y le hizo volver á sus planes de venganza.

—Ya que todo se ha perdido, quiero que la obra sea completa. Vendo mi crédito al judío más bribón que pueda encontrar, y éste les despojará y les echará á la calle. Vaya el viejo á mendigar su pan, y la hija que se haga camarera ó que se case con Gatoski.

Esta última idea le hizo estremecer.

—Que tome por marido otro cualquiera,—se dijo,—pero no ese rústico villano.

En tal disposición de ánimo, llegó á Erzeniov. Positivamente, Polaniecki habría embestido furio-

samente al pobre Gatoski, si por desgracia suya el infeliz muchacho se hubiese encontrado en la estación. Afortunadamente sólo encontró allí á algún empleado, dos ó tres aldeanas, un judío y la cara inteligente del señor Yamiz, que le invitó á subir á su coche.

—Yo he sido muy amigo de su padre de usted,—empezó á decirle;—precisamente en sus buenos tiempos. Hasta su abuelo de V. fué uno de los propietarios más ricos, más hoy todo ha pasado á otras manos.

—No es de hoy,—observó Polaniecki,—sino ya de muchos años atrás. Mi padre, aun en vida, perdió todos sus bienes. Estaba enfermo, vivía en Niza y no podía cuidar sus asuntos. Si después de su muerte, mi madre no hubiese heredado á un pariente suyo, lo habríamos pasado muy mal.

—En cambio usted sabe arreglarse. Conozco la razón social de su casa; por medio de Abdalashi he hecho con su casa varios contratos de cebada.

—¿Abdalashi ha hecho contratos para usted?

—Sí, y debo confesar que he quedado muy contento de él. En seguida he observado que su casa trata los negocios con verdadera lealtad.

—Con la deslealtad no se va á ninguna parte, caballero. Mi socio Bigiel es un hombre honrado, y yo no soy Plavicki,—dijo Polaniecki.

—¿Qué piensa usted de él?—preguntó Yamiz con curiosidad.

Polaniecki, cuyo corazón estaba aún lleno de coraje, le refería todo cuanto le había pasado en Kerzemien.

—Hum,—observó Yamiz.—Puesto que con tanta

llaneza se explica usted respecto á él, espero que me permitirá usted que yo haga otro tanto, apesar de que sea pariente suyo.

—No es pariente mío; únicamente su primera esposa era pariente y amiga de mi madre.

—Yo le conozco ya desde cuando era joven. Es más débil que malo. Como era hijo único, sus padres le acostumbraron mal y otro tanto hicieron sus mujeres, dos criaturas dulces y pacíficas que le idolatraban; él acabó por creerse una especie de sol, en torno del cual debían girar los demás como otros tantos planetas. Ese Plavicki es una mezcla de cualidades diversas; constantemente se expresa con afectación y con ampulosidad, no habla más que de sí mismo, canta eternamente sus propias alabanzas y se lo permite todo sin permitir nada á los demás. Esto ha venido á ser para él una especie de segunda naturaleza. Llegaron los momentos difíciles; un hombre de caracter habría sabido hacer frente á ellos, más él no tiene caracter. Luego se vió en la precisión de recurrir á las trampas para poderse sostener. El suelo que pisamos ó nos ennoblece ó nos corrompe, sobre todo tratándose de grandes propietarios de predios.

—Créame V., yo he nacido campesino y no siento atractivo alguno por la vida del campo. La agricultura, tal como se ejerce hoy, no tiene porvenir. Tarde ó temprano, todos los agricultores están destinados á la ruína; Plavicki el primero.

—Nó, mi pesimismo no llega hasta tal extremo. Respecto á Plavicki, también yo estoy convencido de que no puede sostenerse por mucho tiempo en Kerzemien. Lo siento por la pobre Marina, que es

una niña de sano criterio, de buenos sentimientos y de una actividad poco común. Usted tal vez ignora que dos años atrás, el viejo Plavicki quería deshacerse de Kerzemien y trasladarse á la ciudad; si no se efectuó eso, débese en parte á las súplicas de su hija. Tal vez la piedad filial fué lo que la indujo á hacer tal súplica, por hallarse enterrada su madre cerca de Kerzemien; no hay que decir que se opuso á la venta con todas sus fuerzas. La pobre niña empleó toda su energía para mejorar la condición de la familia, haciéndose la ilusión de que podría convertir en posible lo imposible. Será para ella un rudo golpe cuando quede roto el último hilo que sostenía aún su esperanza... ¡Es una lástima, á su edad!...

—Es usted un hombre de corazón,—exclamó Polaniecki con su acostumbrada vivacidad.

El anciano sonrióse, contestando luego:

—Quiero bien á esa chiquilla que hasta fué mi discípula, y que más de una vez ha acudido á mis consejos para la administración de la finca. Confieso que me causara viva pena el perderla.

Polaniecki se mordía nerviosamente las guías del bigote, y al fin dijo:

—Podrá casarse con alguno de aquellas cercanías y quedarse allí.

—¡Casarse! No es cosa tan fácil para una niña sin dote. ¿Con quién puede contar? ¿Con Gatoski? Este se casaría con ella: es un pobre diablo, no tan estúpido como se cree pero ella no siente inclinación alguna hacia él, y es muchacha incapaz de casarse sin sentir inclinación hacia el hombre que la pretenda. Por otra parte, el padre se opone porque

considera á los Gatoski inferiores á los Plavicki. Lo que puedo asegurar es que el hombre que adquiriera á Marina, adquirirá una joya.

En aquel momento, Polaniecki era de esta misma opinión. Ahora le parecía que no podía vivir sin Marina pero luego recordó que en otras circunstancias parecidas habla experimentado idéntica impresión y que al fin el tiempo lo había desvanecido todo. Apesar de esto, siguió pensando en ella; en ella pensaba todavía cuando llegó á la ciudad, y al bajar del tren en Varsovia, murmuraba entre sí:

— ¡Qué locura, qué locura!... ¡es una lástima!

IV

En la misma noche de su regreso á Varsovia, Polaniecki fué á casa de su consocio Bigiel, con quien, por ser antiguo discípulo suyo, le unían los lazos de una cordial amistad.

Bigiel, bohemio de origen, pero descendiente de una familia que desde muchas generaciones se había establecido en Varsovia, antes de asociarse con Polaniecki, tenía establecida una casa de banca. No hacía entonces grandes operaciones, ni eran extensas sus relaciones, más en cambio se había conquistado fama de comerciante sólido y probo. Cuando Polaniecki hubo entrado como socio, la casa ensanchó notablemente el círculo de sus operaciones mercantiles y su crédito creció de una manera extraordinaria. Los dos socios se convenían uno á otro. Polaniecki, capaz y emprendedor, concebía siempre nuevas ideas, viendo el alcance y los resultados de las operaciones, mientras Bigiel cuida-

ba de su ejecución. Sus caracteres eran completamente opuestos, y tal vez de esto provenía su íntima amistad. ¿Había precisión de energía y viveza de imaginación para lograr un objeto, para conseguir un intento? Este era el fuerte de Polaniecki. ¿Necesitábanse, por el contrario, cálculos, prudencia ó paciencia? Entonces le tocaba á Bigiel.

Merced á esta diferencia, la parte más importante de los negocios estaba, naturalmente, reservada á Polaniecki. Bigiel tenía una confianza inquebrantable en su amigo, y cuando este entró en la nueva sociedad, aportando á ella ideas nuevas, ni siquiera trató de discutir las. Los felices resultados que estas dieron, no hicieron más que afirmar esta confianza. Su sueño favorito era acumular un capital importante y fundar un gran establecimiento de tejidos, del cual Polaniecki habría sido director y Bigiel administrador. Pero estaban muy lejos aún de su ambicionada meta, por más que casi podían tenerse por ricos.

Polaniecki que, apesar de la vivacidad de su temperamento había adquirido un claro sentimiento de observación, hizo un singular descubrimiento en aquella sociedad, á la cual por sus relaciones y por su nombre, tenía fácil acceso. Su habilidad en los negocios le valían elogios y felicitaciones en todas partes, pero se le tributaban al mismo tiempo con cierto aire de indulgencia y de protección.

— Se dan aire de protectores míos, — decía Polaniecki.

Y realmente era así.

Estaba además convencido de que, si hubiese perdido la mano de alguna de las señoritas pertene-

considera á los Gatoski inferiores á los Plavicki. Lo que puedo asegurar es que el hombre que adquiriera á Marina, adquirirá una joya.

En aquel momento, Polaniecki era de esta misma opinión. Ahora le parecía que no podía vivir sin Marina pero luego recordó que en otras circunstancias parecidas habla experimentado idéntica impresión y que al fin el tiempo lo había desvanecido todo. Apesar de esto, siguió pensando en ella; en ella pensaba todavía cuando llegó á la ciudad, y al bajar del tren en Varsovia, murmuraba entre sí:

— ¡Qué locura, qué locura!... ¡es una lástima!

IV

En la misma noche de su regreso á Varsovia, Polaniecki fué á casa de su consocio Bigiel, con quien, por ser antiguo discípulo suyo, le unían los lazos de una cordial amistad.

Bigiel, bohemio de origen, pero descendiente de una familia que desde muchas generaciones se había establecido en Varsovia, antes de asociarse con Polaniecki, tenía establecida una casa de banca. No hacía entonces grandes operaciones, ni eran extensas sus relaciones, más en cambio se había conquistado fama de comerciante sólido y probo. Cuando Polaniecki hubo entrado como socio, la casa ensanchó notablemente el círculo de sus operaciones mercantiles y su crédito creció de una manera extraordinaria. Los dos socios se convenían uno á otro. Polaniecki, capaz y emprendedor, concebía siempre nuevas ideas, viendo el alcance y los resultados de las operaciones, mientras Bigiel cuida-

ba de su ejecución. Sus caracteres eran completamente opuestos, y tal vez de esto provenía su íntima amistad. ¿Había precisión de energía y viveza de imaginación para lograr un objeto, para conseguir un intento? Este era el fuerte de Polaniecki. ¿Necesitábanse, por el contrario, cálculos, prudencia ó paciencia? Entonces le tocaba á Bigiel.

Merced á esta diferencia, la parte más importante de los negocios estaba, naturalmente, reservada á Polaniecki. Bigiel tenía una confianza inquebrantable en su amigo, y cuando este entró en la nueva sociedad, aportando á ella ideas nuevas, ni siquiera trató de discutir las. Los felices resultados que estas dieron, no hicieron más que afirmar esta confianza. Su sueño favorito era acumular un capital importante y fundar un gran establecimiento de tejidos, del cual Polaniecki habría sido director y Bigiel administrador. Pero estaban muy lejos aún de su ambicionada meta, por más que casi podían tenerse por ricos.

Polaniecki que, apesar de la vivacidad de su temperamento había adquirido un claro sentimiento de observación, hizo un singular descubrimiento en aquella sociedad, á la cual por sus relaciones y por su nombre, tenía fácil acceso. Su habilidad en los negocios le valían elogios y felicitaciones en todas partes, pero se le tributaban al mismo tiempo con cierto aire de indulgencia y de protección.

— Se dan aire de protectores míos, — decía Polaniecki.

Y realmente era así.

Estaba además convencido de que, si hubiese perdido la mano de alguna de las señoritas pertene-

cientes á tal sociedad, su calificativo de *mercader* habría sido para él, apesar de todos los elogios y de todas las felicitaciones un obstáculo, y que más bien habría sido preferido un propietario de fincas perfectamente hipotecados ó bien uno que se hubiese dado aires de gran señor comiéndose los intereses de su capital y hasta el mismo capital. Adquirido este convencimiento, Polaniecki empezó á prescindir de esta sociedad, hasta el punto de que todas sus relaciones quedaron reducidas á la señora Emilia Evatovski, á su socio Bigiel y á algunos otros caballeros con quienes había hecho su vida de joven.

Apenas se hubo sentado delante de su socio, desahogó su corazón lleno de los recuerdos que había traído de Kerzemien y de ira contra el tío Plavicki con la esperanza de encontrar en su socio un oyente atento y complaciente; más Bigiel no se dejó conmover poco ni mucho, limitándose á decir tranquilamente:

—Conozco este tipo. Por otra parte, ¿dónde quieres que vaya Plavicki á pescar el dinero, si no lo tiene? Con los créditos hipotecarios hay que tener paciencia. Las fincas rústicas absorven grandes capitales, y sólo muy raras veces los producen.

—Bien se ve,—exclamó Polaniecki desconcertado,—que como tú cada día después de comer echas tu sueñecito para reforzar los nervios, no es posible discutir contigo, á no ser que se posea la paciencia de Job.

—¿Tienes, acaso, necesidad de este dinero?—repuso Bigiel, sin hacer caso de los sarcasmos de su amigo.—Tú tienes á tu disposición la suma que

cada uno de nosotros tiene el derecho de retirar del capital social.

—Esto nada tiene que ver con Plavicki. Yo quiero cobrar todo lo que me debe, y para lograrlo me valdré de todos los medios posibles.

En aquel instante entró la señora Bigiel con su larga fila de chiquillos, quedando interrumpida la discusión. Era una mujer en apariencia joven aún, con negro cabello que orlaba su rostro, en el cual se revelaba una gran bondad. Dejábase tiranizar por sus seis vástagos, á quienes amaba con delirio. También Polaniecki se había encariñado con aquellos rapazuelos, lo cual hacía que la señora Bigiel, lo propio que la señora Emilia Evatovski le profesasen una sincera amistad.

Las dos señoras, que conocían y apreciaban á Marina, habían concebido el plan de casarla con él, por esto habían excitado á Polaniecki á que se trasladara personalmente á Kerzemien para reclamar su crédito. Por lo tanto, la señora Bigiel estaba llena de curiosidad por saber si la niña le había gustado, pero la presencia de los chiquillos hacía imposible toda conversación. El más pequeño de éstos, Yas, se encaramó desde luego sobre las rodillas de Polaniecki. Las dos niñas, Evca y Joasia se apoyaron sin miramiento alguno en sus hombros. Edzio y Yozió le nombraron árbitro en una cuestión importantísima: los dos niños habían leído la *Conquista de México* y querían introducir una escena de ella en sus juegos pero había un punto, sobre el cual no estaban de acuerdo. Edzio le refería todo esto con entusiasmo como á su gran amigo.

—Figúrate,—decía hendiendo el aire con la ma-

no,—que ni Evecá ni Joasia quieren encargarse del papel de Moctezuma. Yo seré Cortés y Yozió será un caballero; ¡pero sin Moctezuma no podemos jugar! ¿Qué tenemos que hacer? Alguno tiene que hacer de Moctezuma, porque sino ¿quién será el jefe de los americanos?

—¡Caballero! pero, ¿y los americanos donde están?— preguntó Polaniecki.

—¡Oh! esto es muy sencillo,—respondió Yozió,— las sillas serán respectivamente los americanos y los españoles.

—Pues bien, yo seré Moctezuma. Con que adelante, conquistad México.

Comenzó un desorden indescriptible. Polaniecki, que con los niños se volvía niño, opuso tal resistencia á Cortés, que éste al fin se decidió á llamar en su auxilio á la Historia. Moctezuma tenía que ser derrotado, porque realmente lo había sido, más el nuevo Moctezuma replicó que esto á él nada le importaba y siguió batiéndose, con lo cual se prolongó el juego.

La señora Bigiel no podía dominar por más tiempo su curiosidad, y dirigiéndose á su marido, preguntó:

—¡Y bien! ¿cómo ha ido la visita á Kerzemien?

—Ha hecho lo que está haciendo en este momento; ha tirado al aire las sillas y los taburetes y después se ha marchado,—contestó Bigiel con su flema acostumbrada.

—¿Qué te ha contado?

—De la señorita Marina no hemos hablado aún pero con Plavicki la cosa no ha podido ir peor.

Quiere traspasar la hipoteca y si esto sucede, todo estará perdido.

—Sería una verdadera lástima,—exclamó la señora.

Tomando el té después que los chiquillos hubieron sido llevados á la cama, la señora preguntó á Polaniecki si Marina le había gustado.

—No puedo decírselo á usted,—contestó el joven; no me he fijado en ella, y de consiguiente no puedo decir si es bonita ó fea.

—Esto es falso,—replicó la señora.

—Eso quiere decir que la he mirado, y debo confesar que es bonita, encantadora y todo lo que usted quiera. Es una muchacha que merece que uno se enamore de ella y la haga su mujer pero eso no impide que yo no vuelva á poner los pies en su casa. ¿Acaso se figura usted que no sabía yo por qué las señoras se empeñaban en que fuese á Kerzemien? He conocido lo suficiente al padre, y esto me servirá de aviso. Podría muy bien ser que la hija tuviese el mismo carácter del padre y en tal caso, muchísimas gracias.

—Dispéñeme usted, está usted hablando sin reflexionar. Primero me dice usted que es hermosa y que merece que uno se enamore de ella y se case con ella y luego añade que podría tener el carácter de su padre. La premisa no está de acuerdo con la conclusión.

—Podrá ser, más para mí es todo uno. En esas cosas siempre he sido desgraciado: ahora tengo bastante ya.

—Nó, no tiene usted bastante y va usted á ver la razón. En primer lugar, porque Marina ha produci-

do en usted una impresión de que no se puede librar; en segundo lugar, porque esa niña es la más noble y la mejor de las jóvenes y cualquiera podría tenerse por dichoso de poderla conquistar.

—Entonces, ¿por qué no se ha casado?

—Porque es demasiado joven aún; y por otra parte, ¿tan ingénuo es usted que vaya á figurarse que nadie le hace el amor.

—Tanto mejor, así se casará con otro.

Las palabras de Polaniecki, sin embargo, no estaban de acuerdo con sus sentimientos; habría sentido muchísimo que otro hubiese tomado á Marina por mujer. Interiormente, pues, quedó agradecido á la señora Bigiel por los elogios que esta había tributado á Marina.

—Por lo demás á mí me es indiferente,—repuso Polaniecki después de un breve rato de silencio:—de todos modos me he convencido que es usted una sincera amiga suya.

—No lo soy únicamente de Marina, lo soy también de usted, y por lo tanto, le ruego que me dé una respuesta sincera y formal. ¿Le ha impresionado á usted Marina, sí ó nó?

—¿Si me ha impresionado? Naturalmente, me ha impresionado mucho.

—¡Ya ve usted, pues!—gritó con júbilo la señora.

—No veo nada, absolutamente nada. Es verdad que me ha gustado mucho: no puede usted formarse una idea de lo interesante y simpática que es para mí aquella criatura. Pero, ¿de qué sirve eso? Una nueva visita á Kerzemien es imposible ya de todo punto. Partí de allá con tal excitación de ánimo,

mo, les dije tanto al padre como á la hija, cosas tales, que ahora se ha perdido todo.

—¿Tan descortés ha estado usted?

—Más de lo que usted puede imaginarse.

—Con una carta se puede remediar todo.

—¿Cree usted que puedo escribir yo á Plavieki? ¡Por na'ca del mundo lo haría! Por otra parte, él me ha regalado su maldición.

—¡Qué! ¿le ha maldecido á usted?

—Sí, como patriarca de la familia, en nombre propio y en el de todos sus antepasados ha fulminado el anatema contra mí. Me causa tal horror, que me sería imposible escribirle dos líneas. Es un viejo comediante. Con mucho gusto le pediría perdón á la hija pero, ¿de qué serviría? Esta se pondrá, naturalmente, de parte de su padre; estoy seguro de ello. Aun en la hipótesis más favorable, se limitaría á darme alguna contestación cortés y basta.

—En cuanto Emilia regrese de Reichenhall, ella, con un pretexto cualquiera, hará que Marina venga á Varsovia y luego... luego, el remediar la falta será ya asunto de usted.

—Demasiado tarde, demasiado tarde,—replicó Polaniecki;—he resuelto traspasar mi crédito, y lo traspasaré.

—Tal vez sea lo mejor que puede usted hacer.

—Sería lo peor,—objetó Bigiel;—yo he tratado de disuadirle de semejante despropósito. Pero tengo la confianza de que no encontrará tan fácilmente comprador.

—Litka estará ya casi curada, y por lo tanto

creo que Emilia estará pronto de vuelta,—prosiguió la señora como hablando consigo misma.

Y luego dirigiéndose á Polaniecki, añadió:

—En cuanto á usted, le ruego que se fije en la impresión que le producirán las otras jóvenes comparadas con Marina. Confieso que no es tanta mi intimidad con la señorita Marina como lo es la de Emilia pero, á la primera ocasión que se me presente, voy á escribirla, para pedirle me diga claramente qué opinión tiene formada de usted.

Era hora ya de que Polaniecki se despidiese de sus amigos.

Mientras iba camino de su casa, convencíase cada vez más de que Marina se había hecho dueña de todo su sér pero al mismo tiempo reconocía que sus relaciones con ella habían empezado de una manera tan desgraciada, que obraría muy acertadamente, mientras estaba á tiempo, en alejar por completo de su pensamiento la imagen de aquella niña. Mas positivo que soñador y no acostumbrado á dejarse mecer por ilusiones quiméricas, empezó á analizar detenidamente su situación respecto á la señorita Plavicki. Bien era verdad que aquella joven poseía todas las cualidades apetecibles en una buena esposa; pero el padre era insoportable, y tan indigesto, que él solo bastaba para contrabalancear todas las buenas dotes de la hija.

—Yo no podría vivir con ese insulso presuntuoso —pensaba Polaniecki,—con él es imposible toda relación. O habría que someterse completamente á su voluntad, cosa que no me siento capaz, ó se le tendría que tratar como le traté últimamente en Kerzemien. En el primer caso me convertiría en es

clavo de aquel viejo egoísta; en el segundo caso le crearía á mi mujer una situación insoportable, y desaparecería nuestra felicidad. Por lo tanto tengo que hacer lo posible para olvidarla: ya vendrá esto con el tiempo.

Puestas en claro las cosas creía que no necesitaba pensar más en ella, pero al propio tiempo sintió que le atormentaba un sordo pesar, por haber dejado escapar la realización de todas sus esperanzas. Había entrevisto por un instante, un porvenir de color de rosa y ahora todo volvía á ponerse tan obscuro como antes. Tenía que reanudar la vida de siempre, aquella vida que desde aquel momento le había parecido insulsa, insubstancial y sin objetivo alguno. El trabajo y las ganancias deben servir únicamente para llegar á un objeto determinado, sin el cual todo es inútil. Tomados ó considerados bajo este aspecto hasta los más desagradables deberes de la vida parecen ligeros y soportables.

Bajo ciertos puntos de vista Polaniecki era hijo de nuestro siglo. Diferenciábase empero de nuestros contemporáneos *decadentes*, es decir no era un escéptico atacado de esa epidemia nerviosa, tan generalizada hoy, y que al fin y al cabo conduce á la desesperación. Crearse una familia y trabajar para ella, era el objetivo que desde largo tiempo se proponía. Llegado á la puerta de su casa, formuló entre sí, con la convicción de un fatalista la siguiente conclusión.

—La señorita Plavicki no es la verdadera mujer predestinada; en caso de que lo sea, no es éste el momento oportuno.

Al día siguiente, se fué á comer al restaurant

donde solía ir, y se encontró allí con Vascovski y Bukacki. Después de él, entró también Masko con su aire arrogante, su cara congestionada, sus largas patillas, el monóculo en el ojo y el chaleco blanco. Después de los saludos de costumbre, todos quisieron enterarse del resultado del viaje, por haberles indicado las señoras el porque había ido personalmente á Kerzemien. Cuando Polaniecki llegó al término de su relato, Bukacki observó con la flemma que le era habitual.

—¿Con qué guerra? Me parece que esta señorita te ataca los nervios. Este sería el momento oportuno para intentar su conquista. Las mujeres aceptan más fácilmente el brazo en un sendero pedregoso, que en un camino real.

—Ofrécele pues tu brazo,—exclamó vivamente Polaniecki.

—Esto no, amigo mio; hay tres cosas que se oponen á ello. Primeramente, porque la señora Emilia es la señora absoluta de mis sentimientos; en segundo lugar, porque cada mañana, cuando me levanto, siento en el cuello, bajo la nuca, un dolor que me dice que me amenaza una enfermedad cerebral, y finalmente, porque soy pobre.

—¿Tú, pobre?

A lo menos en este instante. He comprado cerca de veinte Falckows, todos con pago adelantado, y de consiguiente durante todo un mes estaré sin un céntimo. Después, si recibo de Italia un cuadro que me ha llamado la atención, estoy arruinado por todo un año.

Vascovski, que por sus facciones y por el color subido de la cara, se parecía á Masko, si bien no

era ni tan viejo ni tan feo, fijó sus azulados ojos en Bukacki y dijo:

—Hé aquí otro enfermo de nuestro siglo, el *coleccionista*.

—¿Qué tenéis de observar contra los coleccionistas?

—Nada,—contestó Vascovski.—En nuestros días esto se considera como una prueba de gran amor al arte; siendo así que se tendría de considerar como un indicio de decadencia. En otros tiempos los hombres se apasionaban por las grandes obras maestras esparcidas por los museos y por los templos: hoy se tiene el fanatismo de las colecciones privadas. Actualmente hasta los chiquillos son apasionados por las colecciones: no digo esto por Bukacki pero hasta los rapazuelos quieren ser originales y ser coleccionadores. Menos mal si se tratase de objetos de algún valor; pero casi siempre se trata de bagatelas inútiles, ¿No es así? Yo encuentro gran diferencia entre el amor y la pasión y sostengo, por ejemplo, que un hombre que es sumamente apasionado por las mujeres, es incapaz de un sentimiento más noble, como lo es precisamente el amor.

—Es muy posible,—apoyó Polaniecki.

Masko, á quien todas esas filosofías aburrían en gran manera sacóse del bolsillo de la levita un cigarro, cortó la punta con los dientes y dijo, volviéndose hacia Polaniecki.

—Oye, Estanislao, ¿piensas formalmente vender tu crédito sobre Kerzemien.

—Sí; ¿por qué me lo preguntas?

—Porque pudiera tener la idea de comprarlo.

—¿Tú?

—Sí, ya sabes que hago amenudo estas operaciones. Hoy nada puedo decirte de seguro pero mañana iré á tomar datos al Registro de Hipotecas y así podré darte una respuesta positiva. Mañana, después de comer, ven á tomar café y hablaremos detenidamente.

—Está bien. Me alegraré de poder despachar pronto ese asunto porque ya he advertido á mi socio que mañana parto.

—¿A dónde quieres ir?—le preguntó Bukacki.

—Todavía no lo sé. Aquí en la ciudad hace demasiado calor. De seguro iré á algún sitio donde pueda encontrar agua y sombra.

—Otra preocupación añeja; en la ciudad siempre hay sombra á lo menos por un lado de la calle, mientras en el campo no siempre la hay. Yo ando por la parte de la sombra y me va muy bien. Por eso no me muero en la ciudad ni en lo más recio del estío.

—¿Y usted, maestro, no tiene aún residencia de verano?—preguntó Polaniecki al viejo Vascovski.

—La señora Emilia me ha invitado á Reinchenhall; y probablemente iré allá.

—Entonces iré con usted. A mí lo mismo me dá un sitio que otro. De momento me había tentado Salizburgo pero me gustará volver á ver á la pequeña Litha.

En este momento Bukacki tendió su delicada y diáfana mano, sacó de un vaso un palillo con el cual empezó á limpiarse los dientes, y con su acento sosegado é indiferente dijo:

—Siento que se apoderan de mi cérebro unos fu-

riosos celos, que hasta pueden inducirme á partir con vosotros. Ten cuidado, Polaniecki, porque de un momento á otro puedo hacer explosión como la dinamita.

Era tan cómico el contraste entre lo terrible de sus palabras y el tono apacible con que las pronunciaba, que Polaniecki, no pudo contener la risa y dijo con tono burlón.

—Nunca se me ha ocurrido la idea de poder enamorarme de la señora Emilia: te doy las gracias por el magnífico pensamiento que me has sugerido.

—¡Hay de vosotros dos!—exclamó Bukacki sin dejar de morderse los dientes.

V

Al día siguiente, después de haber comido en casa de Bigiel, Polaniecki fué á reunirse con Masko á la hora convenida.

Indudablemente se le esperaba, porque en la sala donde el criado le introdujo estaban preparados los licores y el servicio de café. No estaba Masko allí, pero le hizo decir que se aguardara un instante, porque estaba ocupado con dos señoras. En efecto oíanse sus voces á través de la puerta que daba acceso á la habitación inmediata.

Para pasar el tiempo, Polaniecki se puso á contemplar los retratos de los ascendientes de Masko, que colgaban de las paredes de la sala. Los amigos del joven abogado no tenían gran fe en su autenticidad; especialmente el de cierto prelado bizco y mirado, era el blanco de los sarcasmos de Bukacki. Pero Masko, indiferente á las pullas seguía firme

en su propósito, decidido á hacer que el mundo aceptase como auténticos sus ascendientes y su talento de abogado, sabiendo que la gente con quien tenía que habérselas, tomaría por fin el oropel por oro. Aún cuando descendiese de una familia de origen muy dudoso, se relacionaba con individuos de la más antigua nobleza, á quienes trataba con tal altivez, como si en su presencia, fuesen plebeyos. Y aún cuando no era rico, trataba á los ricos como si fueran unos pordiseros.

Esta táctica le servía admirablemente, y si bien algunas veces se extralimitaba, procurando empero siempre no caer en el ridículo logró rápidamente el crédito y la celebridad que era lo que más le interesaba.

Valiéndose de hábiles manejos, había logrado ganar importantes procesos. No era empero el lucro lo que de momento codiciaba; lo que le preocupaba era el porvenir, convencido de que el dinero ya vendría después por sí solo. No era pródigo, porque sostenía que esta era una característica distintiva de los *parvenus* que creen hacer carrera en el mundo con la prodigalidad. Si era preciso gastaba, pero con una generosidad razonada y calculadora. Poseía una gran dosis de audacia, un espíritu emprendedor, un prudencia extraordinaria y una fe inquebrantable en su estrella, que sucesos recientes habían reforzado. No se conocía la importancia de sus bienes, pero como gastaba mucho se le tenía por rico.

Lo que daba impulso á su actividad no era la manía del lucro, sino la vanidad. Quería hacerse rico, pero á lo que más aspiraba era á ser tenido

por un gran señor, á parecer un inglés. Hasta estaba pagado de su fealdad, porque creía que le daba un aire aristocrático. Y en efecto, sus lábios abultados, su prolongada nariz y el tinte subido de su cara congestionada, eran realmente poco comunes. Un cierto aspecto de fuerza con mezcla de brutalidad y prepotencia, que él procuraba acrecentar llevando alta la cabeza, mientras se dejaba crecer sus largos bigotes contribuía á darle precisamente el aire exótico de un habitante del otro lado de la Mancha.

Al principio Polaniecki no lo podía soportar y lo dejaba comprender á las claras; pero con el tiempo se acostumbró á su presencia. Por otra parte, Masko le trataba con todo miramiento, porque, sabedor de que era un hombre de primera fuerza, no quería hacerse de él un enemigo.

Y en efecto ahora, después que hubo despedido á las señoras, entró en la sala, escusándose de haberse hecho esperar, y sin tomar aquel aire de buen señor que le era habitual.

—¡Oh las mujeres, las mujeres! Son el cuento de nunca acabar. Coloqué por cuenta de ellas un pequeño capital, cuyos intereses cobran con regularidad, y á lo menos una vez por semana acuden aquí por temor de una catástrofe.

—Y bien, ¿que me dices de mi asuato?—interrompió Polaniecki.

—Ante todo tomemos el café,—respondió Masko, mientras encendía el hornillo colocado debajo de la maquinilla;—contigo no es cuestión de perder el tiempo en palabras inútiles. He estado en el registro de hipotecas y no creo que tu crédito sea fácil

de cobrar, pero no se puede considerar completamente perdido. La exacción de una suma semejante exigirá grandes gastos y por lo tanto no te lo puedo pagar por su valor nominal pero te ofrezco dos tercios de su valor, pagaderos en tres plazos en el decurso del año.

—Como estoy resuelto á deshacerme de este enredo, acepto tu proposición, por más que salga perdiendo. ¿Cuándo piensas pagar el primer plazo?

—Dentro de dos meses.

—Si por acaso estoy ausente todavía, encargará el cobro á Bigiel.

—Vais á Reinchenhall.

—Es muy probable.

—Temo que Bukacki le haya sugerido cierta idea.

—Cada cual tiene sus fines particulares, como tú por ejemplo. ¿Por qué pues, compras mi crédito. Este negocio es demasiado mezquino para tí.

—Amigo mío no conviene despreciar los negocios, aún que sean de poca monta. Por otra parte, contigo puedo hablar con franqueza. Tú sabes que yo no puedo quejarme ni de mi posición, ni de mi crédito; pero estos aumentarán considerablemente, si puedo convertirme en propietario de una gran hacienda. En cierta ocasión Plavicki me dijo que de buena gana habría vendido Kerzemien, ahora ha llegado para mí el instante favorable de comprarle.

—Pues yo puedo asegurarte que no será tan fácil la cosa como te figuras. La señorita Plavicki no quiere saber nada de esa venta; está enamorada de su Kerzemien y luchará con todas sus fuerzas para que la finca siga perteneciéndole á ella y á su padre.

—En la peor de las hipótesis, no me tocará otra cosa que seguir tu ejemplo; si no logro hacerme dueño de Kerzemien, venderé nuevamente el crédito. Por más que como ahogado, ya sabré hallar el medio de hacerles pagar.

—También puedes hacer vender la hacienda en pública subasta, y luego comprarla tú mismo.

—Es verdad, pero esto no podría hacerlo si no fuese quien soy. Semejante procedimiento no es para un hombre como yo. Hay otro medio más noble, y del cual me quedará muy agradecida la señorita Plavicki.

Polaniecki, que estaba bebiendo el café, dejó súbitamente la taza encima de la mesa.

—¡Ah!—dijo,—comprendido..... Positivamente... Por este medio, no solamente se puede adquirir la finca sino al mismo tiempo el nombre.

Nuevamente se encolerizó contra sí mismo. Ganas le dieron de ponerse en pie y manifestar que desistía de traspasar su crédito; pero se contuvo al instante. Al propio tiempo Masko se retorció los bigotes, y tras una breve pausa repuso:

—¿Y si fuera así? Por de pronto te doy mi palabra de honor que no he pensado adoptar semejante plan; antes quiero madurarlo mucho. Pero supongamos que sea así. Tuve ocasión de conocer á la señorita Plavicki, cuando vino con su padre á pasar el invierno, y me produjo una impresión muy favorable. Pertenece á una de las mejores familias. La finca está cargada de deudas; pero es grande y todavía hay medios de salvarla. Pero quien sabe. Es una idea como otra cualquiera, Contigo seré franco como lo soy con casi todos. Tú fuiste á Kerzemien

con el pretexto de reclamar tu crédito pero yo sabía porque las señoras te habían invitado á que fueras. Cuando te vi volver tan predispuesto contra ellos, comprendí que no querías saber absolutamente nada de esto. Ahora no tengo intención alguna de presentarme como pretendiente á la mano de la señorita; mi pensamiento es completamente opuesto á esto, y bastaría una sola palabra tuya para que renunciara definitivamente este proyecto. Esto lo puedes tener por seguro. Dime pues francamente tu modo de pensar.

Polaniecki, que se acordaba perfectamente de todo cuanto había resuelto dos días antes, respondió:

—No tengo intención alguna respecto á la señorita Plavicki. Me es completamente indiferente que te cases ó no te cases con ella. Lo único que hay, y dispensame la franqueza es que me sabe mal que tú quieras comprar mi crédito. Si actualmente no tienes intención alguna determinada, la puedes tener con el tiempo, y entonces tu proceder podría parecer extraño. Tendrá la apariencia de una imposición ó de una trampa pero esto es cosa tuya.

—Claro está que es cosa mía; á otro ya se lo habría dado á entender á las claras. De todos modos, puedes estar seguro de que, aún sin todo esto, habría comprado tu crédito; es un negocio que le puede convenir á cualquiera. Tal como están hoy las cosas, considera que puede aconsejarse la adquisición de Kerzemien. No puedo omitir medio alguno lícito que pueda conducirme al objeto que me he propuesto.

—Está bien: así sea. Extiende el contrato y en-

viamelo, ó mejor, si te parece bien, traemelo tú mismo.

—No es menester. Mi pasante lo ha extendido ya, solo falta tu firma.

Un cuarto de hora después todo estaba terminado. Durante el resto de aquel día, Polaniecki estuvo de un humor atroz. Cuando al anoecer, se dirigió la señora á casa Bigiel lo miraba apenada mientras el marido le pedía detalles sobre la operación realizada.

—Es indudable que Masko tiene alguna intención sobre la señorita Marina,—dijo Bigiel con su voz tranquila, sería cuestión de saber si, sosteniendo lo contrario, trataba de engañarte, ó si lo hacia de buena fe.

—Díos la libre de Masko,—exclamó la señora.— Todos sabemos que está enamorado de ella.

—Yo creía,—repuso Bigiel,—que un hombre como Masko debía atender con preferencia al dinero; pero me he equivocado. Parece, por el contrario que trata de elegir una muchacha que pertenezca á una familia antigua. De seguro que, por este medio, confía consolidar su posición, trabar nuevas relaciones y tener en sus manos toda la clientela de la alta sociedad. El pensamiento no es descabellado tanto más si se figura que, con el crédito de que goza, podrá mejorar la desesperada situación de Kerzemien, y hasta puede muy bien ser que con prudencia consiga librarla de sus cargos.

—De que esté enamorado de la señorita Mariana no puedo dudar,—observó Polaniecki,—ahora recuerdo haber oído algo respecto al señor Plavicki.

—¿Y cuales serán las consecuencias?—preguntó la señora.

—Si la señorita Marina quiere, llegará á ser la señora Masko,—respondió Polaniecki.

—¿Y Vd?

—Yo, mientras tanto, me voy á Reinchenhall.

VI

Una semana después, partió efectivamente para Reinchenhall. Antes de salir de Varsovia, había recibido una carta de la señora Emilia, en la cual esta le rogaba le diese noticias de su estancia en Kerzemien. Creyó inútil contestar, pensando satisfacer verbalmente este deseo. Además tenía noticia de que Masko había salido para Kerzemien. Esta noticia le preocupó más de lo que se había figurado pero esperaba que, una vez llegado á Viena lo olvidaría todo pero se engañaba. La sospecha de que tal vez Marina hubiese aceptado las proposiciones de Masko le atormentó de tal manera que desde Salzburgo se decidió á escribir á Bigiel. Con el pretexto de pedirle noticias de los negocios, pediale incidentalmente noticias del viaje de Masko.

Tan ocupada tenía su mente con la imagen de Marina, que escasa atención prestaba á las disertaciones de Vascovski, su compañero de viaje, sobre las diversas nacionalidades del Austria y sobre la cuestión de los idiomas, y hasta á veces le acaecía no contestar siquiera á las preguntas que se le dirigian. Vela su faz noble y delicada, sus dulces ojos, su figura elegante, respirando una frescura virginal. Recordaba con singular lucidez de ima-

ginación las más insignificantes particularidades de su traje, sus piecitos, sus delicadas manos algo tostadas por el sol y sus negros cabellos. Jamás habría creído que una joven, á quien puede decirse que apenas había entrevisto, pudiese continuar tan viva en su mente.

Y luego, cuando pensaba que todo esto podía caer entre las manos de Masko, un estremecimiento de deseo y de rabia recorría todo su cuerpo. Entonces su primer movimiento era el de disputarle la joven, è impedir que eso se realizara; mas en seguida recordaba que no podía alegar derecho alguno, y que había declarado categóricamente que renunciaba á Marina.

Los dos compañeros de viaje llegaron á Reinchenhall una mañana temprano. Preguntaron en seguida per la habitación de la señora Evalovski pero, mientras que se encaminaban á ella, la encontraron en el parque junto con la pequeña Litka.

La señora Emilia, que no se esperaba volverle á ver tan pronto, se alegró muchísimo, pero no tardó en desvanecerse su alegría.

La pobre Litka, que era asmática y padecía del corazón, al volver á ver á su amigo sufrió tan grave ataque de asma y se sintió presa de una agitación tan violenta, que estuvo á punto de desmayarse. Mas el acceso pasó, como de costumbre, en seguida. La niña volvió á ponerse alegre y durante todo el regreso no soltó la mano de su Stach (1), y de cuando en cuando se la apretaba dulcemente; como si quisiera asegurarse de que lo tenía á su lado.

(1) Diminutivo de Estanislao.

—¿Y cuales serán las consecuencias?—preguntó la señora.

—Si la señorita Marina quiere, llegará á ser la señora Masko,—respondió Polaniecki.

—¿Y Vd?

—Yo, mientras tanto, me voy á Reinchenhall.

VI

Una semana después, partió efectivamente para Reinchenhall. Antes de salir de Varsovia, había recibido una carta de la señora Emilia, en la cual esta le rogaba le diese noticias de su estancia en Kerzemien. Creyó inútil contestar, pensando satisfacer verbalmente este deseo. Además tenía noticia de que Masko había salido para Kerzemien. Esta noticia le preocupó más de lo que se había figurado pero esperaba que, una vez llegado á Viena lo olvidaría todo pero se engañaba. La sospecha de que tal vez Marina hubiese aceptado las proposiciones de Masko le atormentó de tal manera que desde Salzburgo se decidió á escribir á Bigiel. Con el pretexto de pedirle noticias de los negocios, pediale incidentalmente noticias del viaje de Masko.

Tan ocupada tenía su mente con la imagen de Marina, que escasa atención prestaba á las disertaciones de Vascovski, su compañero de viaje, sobre las diversas nacionalidades del Austria y sobre la cuestión de los idiomas, y hasta á veces le acaecía no contestar siquiera á las preguntas que se le dirigian. Vela su faz noble y delicada, sus dulces ojos, su figura elegante, respirando una frescura virginal. Recordaba con singular lucidez de ima-

ginación las más insignificantes particularidades de su traje, sus piecitos, sus delicadas manos algo tostadas por el sol y sus negros cabellos. Jamás habría creído que una joven, á quien puede decirse que apenas había entrevisto, pudiese continuar tan viva en su mente.

Y luego, cuando pensaba que todo esto podía caer entre las manos de Masko, un estremecimiento de deseo y de rabia recorría todo su cuerpo. Entonces su primer movimiento era el de disputarle la joven, è impedir que eso se realizara; mas en seguida recordaba que no podía alegar derecho alguno, y que había declarado categóricamente que renunciaba á Marina.

Los dos compañeros de viaje llegaron á Reinchenhall una mañana temprano. Preguntaron en seguida per la habitación de la señora Evalovski pero, mientras que se encaminaban á ella, la encontraron en el parque junto con la pequeña Litka.

La señora Emilia, que no se esperaba volverle á ver tan pronto, se alegró muchísimo, pero no tardó en desvanecerse su alegría.

La pobre Litka, que era asmática y padecía del corazón, al volver á ver á su amigo sufrió tan grave ataque de asma y se sintió presa de una agitación tan violenta, que estuvo á punto de desmayarse. Mas el acceso pasó, como de costumbre, en seguida. La niña volvió á ponerse alegre y durante todo el regreso no soltó la mano de su Stach (1), y de cuando en cuando se la apretaba dulcemente; como si quisiera asegurarse de que lo tenía á su lado.

(1) Diminutivo de Estanislao.

Polaniecki no tuvo tiempo de hablar con la señora Emilia, porque Litka, orgullosa de poderle enseñar Reinchenhall, hablaba sin cesar, sin cansarse de enseñarle las bellezas de la ciudad.

—Pero eso es nada todavía,—decía,—hay que ver el lago de Thum que es magnífico: iremos mañana.

Después, volviéndose hacia su madre, continuaba:

—¿Verdad, mamá, que me lo permitirás? Ahora estoy buena, y luego, que no está lejos.

Sin abandonar la mano de Polianeecki deteníase un instante delante de él, le examinaba atentamente y repetía con afectuoso tono:

—¡Señor Stach, señor Stach!

Polaniecki le contestaba con la tierna dulzura de un hermano mayor:

—Corazoncito mío, no andes tan deprisa, porque si no te volverás á poner mala.

Litka hacía una ligera mueca de malhumor, y gritaba:

—¡Chito, señor Stach, chito!

Polaniecki miraba intencionadamente á la señora Emilia, como para darle á entender que deseaba hablarle, pero sin resultado.

La cariñosa madre no quería turbar la alegría de su pequeñuela, privándola casi en seguida de su amigo.

Por fin, después de comer, en el jardín, en medio del verdor y del parloteo de los pájaros, Polaniecki, aprovechando un momento en que el sabio Vascovski distraía á la niña hablándola de los pajaritos y de la predilección que por ellos tenía San

Francisco de Asís, rogó á la señora Emilia que diese una vuelta con él por el jardín.

—Con mucho gusto,—respondió ella.—Litka, quédate un momento con el señor Vascovski; pronto volveremos.

Y dirigiéndose de nuevo al joven, añadió:

—Y bien, ¿qué me tiene usted que decir?

Polaniecki dió principio á su relato. Pero fuese que no tuviera valor suficiente para decir con toda su crudeza la realidad de las cosas, fuese que temiera la excesiva sensibilidad de la señora Emilia, el caso es que refirió los hechos atenuándolos en gran parte.

Explicó la disputa sostenida con Plavicki, pero calló la manera irrespetuosa conque había tratado á Marina, y terminó su relato con estas palabras.

—Esta deuda fué la causa de mi discordia con el señor Plavicki, cosa que de seguro habría de desagradar á la señorita Marina. De consiguiente, resolví traspasar mi crédito á una tercera persona, y antes de salir de Varsovia, vendí la hipoteca á Masko.

—Ha hecho usted muy bien,—observó la señora.

—Entre vosotros dos no deben mediar cuestiones de intereses.

En este momento Polaniecki se avergonzó de engañar á aquel sér tan ingenuo, y exclamó:

—¡No! he hecho muy mal, Bigiel opina también que yo he obrado indignamente. Masko puede perseguirlo, ponerlo entre la espada y la pared. No, señora, no; mi proceder no tiene excusa, y es tal, que hace imposible toda reconciliación. Si yo no

hubiese ido allá completamente resuelto á acabar de una vez con este maldito asunto, habria obrado de una manera muy distinta.

—¿Qué quiere usted que le diga? Yo soy algo fatalista y estoy convencida de que la Providencia os ha predestinado al uno para la otra.

—Yo no abrigo esta convicción.

—Yo no soy más que una mujer y puedo decir tonterías pero me parece que la Providencia debe ser quien dispone mejor las cosas. Admitido está, al hombre es á quien le toca escoger aquello que más le agrada pero las más de las veces está cegado por sus propias pasiones y acontece que escoge según estas, creándose su propia infelicidad.

—Puede ser, pero es difícil que el hombre obre contra sus propias convicciones. La razón es también un dón de la Providencia. Por otra parte, ¿quién me asegura que Marina se hubiese casado conmigo?

—Desde su visita de usted á Kerzemien, no he recibido carta alguna de ella; esto me sorprende muchísimo, porque nos escribíamos todas las semanas. Espero que recibiré carta mañana.

—¿Sabe Marina que se halla usted en Reinchenhall?

—No; cuando me hallaba en Kerzemien, ni yo misma sabia que debiese venir aquí.

—Tanto mejor. Así Marina se expresará con más sinceridad; por más que, como es tan franca, tampoco habria sido capaz de decir una cosa por otra.

El primer día transecurrió agradablemente para todos.

Por la noche, antes de separarse, acordaron ac-

ceder al deseo de Litka y dar un paseo hasta el lago de Thum.

A eso de las nueve de la mañana siguiente, Vasovski y Polaniecki se encontraron frente á la quinta habitada por la señora Emilia y por su hija. Esta se hallaba ya dispuesta para salir.

La hija y la madre eran objeto de general admiración entre los habitantes de Reinchenhall. Esta, con su rostro de una dulzura angelical, venía á ser la personificación del amor materno, aquella con sus grandes ojos oscuros y sus cabellos rubios, parecía más una concepción de artista que un sér viviente.

El decadente Bukacki dijo que le producía el efecto de una aparición indefinida, saliendo de la niebla, dulcemente iluminada por la rosada luz del alba. Su enfermedad y la exquisita sensibilidad que aquella le producía, ayudaban á dar á esta aparición un aspecto ultra terrenal.

La madre nada podía negar á su adorada hija, cuyos más insignificantes deseos eran satisfechos en seguida. Si la niña no se aprovechaba de tal condescendencia, debíase á su índole excepcionalmente buena.

Polaniecki las visitaba con frecuencia, y esta intimidad habia bastado para que en Varsovia se murmurase de ellos.

La señora Eyatovski era, en el verdadero sentido de la palabra, ingenua como una niña, no pensaba en el mal, y de consiguiente, no sospechaba que los demás pensarán mal de ella. Por lo tanto, jamás habia experimentado la necesidad de hacer

cesar aquellas hablillas, evitando lo que las motivaba.

Aquel á quien Litka profesara cariño, estaba seguro de ser bien recibido en su casa.

Había rechazado varias proposiciones matrimoniales sosteniendo que en este mundo no necesitaba á nadie más que á su hija.

En cuanto la señora Emilia se apercibió de la presencia de los dos amigos, salió á su encuentro y después de haber correspondido á sus saludos, dijo volviéndose á Polaniecki.

—He recibido la carta que usted sabe y la traigo conmigo.

—¿Se puede leer?

—Sí; ahí la tiene usted.

Habíanse encaminado hacia el lago de Thum, siguiendo el camino que se internaba en el valle. La señora Emilia Vascovski y Litka iban delante; Polaniecki les seguía á paso lento, embebido en la lectura de la carta, que decía:

«Mi querida Emilia: Hoy he recibido tu grata carta y me apresuro á contestar á tus preguntas, deseosa también yo de abrirte mi corazón.

»Polaniecki partió dos días después de su llegada.

»La noche en que llegó, le acogí con la cordialidad que acostumbro emplear con todos los demás huéspedes, y sin abrigar idea alguna especial. Al día siguiente, como era domingo, yo estaba libre, y permanecimos solos casi toda la tarde, porque papá había ido á casa de los señores Yamiz.

»¡Qué joven tan simpático y tan sencillo! Por la

manera como hablaba de tí y de Litka comprendí que debía tener un gran corazón.

»Estuvimos paseando largo rato por el jardín: él se sentía conmovido á la vista de los lugares que le recordaban su infancia; cuando llegamos al estanque, quiso poner á flote un viejo bote que estaba encallado en la orilla, y se hirió en la mano con una astilla, de tal modo que me vi precisada á vendarsela.

»¡Cuán agradable me era su compañía! Hablaba tan bien, su conversación era tan en extremo interesante, que yo estaba pendiente de sus labios: estaba como fascinada, y mi pobre cabeza, vergüenza me da el decirlo, empezó á dar vueltas.

»Tú sabes la vida que llevo, que mi único pasatiempo es el trabajo y que muy raras veces vienen á mi casa personas distinguidas y de una educación superior. De consiguiente no te extrañará que él me produjera la impresión de un extranjero que venía de un mundo más hermoso y desconocido para mí.

»Por la noche, no pude conciliar el sueño, porque mi pensamiento estaba constantemente ocupado por su imagen.

»¡Pero el encanto fué de breve duración!

»Al día siguiente él tuvo una escena violenta con mi papá y yo experimenté los efectos de aquella escena. Unicamente Dios sabe cuánto habría dado yo para evitar aquel altercado. Me produjo un pesar inmenso, y si el cruel supiera cuantas lágrimas derramo á solas en mi pequeña habitación, de seguro se compadecería de mí.

»Poco á poco, sin embargo, me convencí de que,

si el señor Polaniecki fué demasiado violento, mi padre tenía en aquel momento la culpa de todo, y de consiguiente, mi enojo acabó por desvanecerse. ¿Sabes lo que quiero decirte en confianza? El no traspasará su crédito sobre nuestras tierras como amenazó hacerlo, y volverá á Kerzemien.

El señor Polaniecki ha adquirido en mí una amiga leal que una vez vendida Magierov hará todo lo posible para hacer desaparecer la causa de toda disidencia. De este modo, él se verá precisado á volver á Kerzemien aun cuando sólo sea para cobrar su crédito. Un hombre se deja arrastrar fácilmente por la cólera y de esto no hay para qué asombrarse; mas yo estoy segura de la bondad de su corazón, estoy segura de que no querrá hacer daño á mi papá ni á mi querido Kerzemien. Si le ves, te ruego que nada le digas, y que no le riñas.

» Muchos besos á Litka, sigue escribiéndome, y no dejes de quererme.»

Terminada la lectura, Polaniecki ocultó la carta en el bolsillo interior de su americana, encasquetóse el sombrero y de pronto viniéronle ganas de hacer trozos su bastón y arrojarlo al agua. Contúvose, empero, murmurando entre dientes:

— Verdaderamente conoces á Polaniecki. ¡Abri- gas la confianza de que será capaz de no hacerte daño! Tiene algo de mal genio, pero tiene tan buen corazón...

Y después de reflexionar un instante repuso:

— Más vale que sea así, porque esa niña es un ángel y no soy digno de poseerla.

Ahora se apercibía de que el alma de la joven se

le había entregado expansiva y confiada, y que él debía haberla dado uno de esos desengaños que no se olvidan en toda la vida y que son un martirio eterno.

Menos mal si se hubiese limitado á vender su crédito; pero cederlo á un hombre del temple de Masko, equivalla á decirle á la niña: «no sé qué hacer de tí, cástate con Masko si te acomoda.»

Al reconocer su error, había pensado en todo lo que él le había dicho aquel domingo. En las cordiales y afectuosas frases que tanta impresión habían producido en su inexperto corazón, y cuya veracidad debía ser tan perfectamente demostrada luego.

Ella trataba de hallar una excusa á su acción, pero no lograba encontrarla. ¡Cuán fácilmente habría podido Polaniecki conquistar su corazón y su mano!

Polaniecki, en medio de sus flaquezas, poseía un corazón bueno y amante, por eso las conmovedoras frases de aquella carta habían obrado poderosamente sobre él.

Reunióse rápidamente á la comitiva y dirigiéndose á la señora Emilia, le dijo:

— ¿Quiere usted regalarme esta carta?

— Con mucho gusto. ¡Cuánta bondad! ¿verdad?

¿Por qué me ha ocultado usted que antes de partir fué descortés hasta con ella? Mas ya que la pobre niña le defiende á usted, á pesar de todo, no quiero hacerle reproches.

— ¡Ah, señora! si eso pudiera servir de algo, debería rogarle que me diese de palos. Pero ¿de qué serviría? Todo se ha perdido ya.

La señora Emilia no participó de esta opinión.

—Lo veremos dentro de un mes,—respondió.

—Usted no puede figurarse lo que tal vez sucederá,—replicó Polaniecki pensando en Masko.

—No olvide usted,—objetó la señora,—que quien una vez ha ganado el corazón de Marina, jamás recibirá un desengaño.

—Yo creía,—repuso Polaniecki con acento apesadado,—que un corazón como aquel, una vez rechazado, no se podría volver á ganar.

En este punto tuvieron que interrumpir su diálogo porque en aquel momento se les reunieron Litka y el señor Vascovski, y la niña se apoderó en seguida del brazo de Polaniecki, abrumándole á preguntas, á las cuales él contestaba distraídamente.

Anduvieron todavía un rato, siguiendo el camino que descendía á la sazón, cuando de improviso apareció á sus pies el lago Thum.

Cosa de media hora después llegaron al sendero que costea el lago. En la orilla, algunos puentecillos de madera se adelantaban algunos metros lago adentro por encima del agua, y como Litka espresara su deseo de ver de cerca los peces, Polaniecki la cogió de la mano y, vigilando sus pasos, la acompañó hasta el extremo de uno de aquellos puentecillos. Los peces, habituados á los forasteros, que les echaban pedacitos de pan, acudieron en gran número.

—Sí. Otra vez que vengamos llevaré pan,—dijo Litka.—¡Qué curiosos son; quién sabe lo que estarán pensando!

—A esos les cuesta mucho el pensar,—contestó Polaniecki,—y tal vez de aquí á una ó dos horas se

dirán entre sí: «Mira una señorita pequeña de cabellos de oro, con vestido encarnado y medias negras.»

—¿Y del señor Stach, qué dirán?

—Que soy un gitano porque tengo los cabellos negros.

—Pero los gitanos no tienen casa.

—Tampoco la tengo yo, Litka. Habría podido tener una, pero he dejado de merecerla.

Polaniecki dió esa respuesta con acento tan pesadoso, que la niña le miró sorprendida. El dolor de su amigo se reflejó tan claramente en su expresivo rostro, como se reflejaba en las aguas del lago su graciosa figura.

Cuando se hubieron reunido de nuevo con sus dos compañeros, la niña fijó de nuevo sus ojos en el semblante de Polaniecki con aire de muda interrogación, y luego, estrechándole la mano, le preguntó:

—¿Qué le pasa á usted, señor Stach?

—Nada, hija mía. Estoy admirando el lago; por eso no hablo. ¡Mira qué graciosa casita se vé al otro lado del lago!

—Allí almorzaremos.

Entre tanto, la señora Emilia y Vascovski sostenían una conversación cada vez más animada. Este último, con el sombrero en la mano, estaba todo atareado secándose el sudor que manaba de su cabeza completamente calva.

El profesor le comunicaba sus observaciones sobre Bukacki.

—Es un hereje, y por eso se halla atacado de una inquietud eterna, para alcanzar la eterna quietud,

Ahora le ha dado por comprar cuadros y estampas, con la esperanza de poblar por este medio el desierto de su alma. Los hijos de nuestro tiempo buscan sin cesar nuevo alimento para su espíritu. Es como si se abandonaran sobre un abismo, profundo como este lago, y quisieran llenarlo de pequeñas estatuas, de estampas y de cuadros. ¡Pobres pájaros, que no logran otra cosa que romperse la cabeza contra las paredes de su jaula. Lo mismo que si yo pretendiera llenar este lago, arrojando en él no más que una piedrecita.

—¿Pero, ¿qué es lo que puede llenar el vacío de nuestra vida?

—Las ideas grandes, los sentimientos profundos, cimentados en la idea cristiana. Si Bukacki amase el arte cristiano, habría encontrado ya aquella paz serena que hasta ahora ha intentado en vano conseguir.

—¿Y no trata usted de convertirlo.

—Sí, me esfuerzo á persuadirle á él y á los demás de que lean la vida de san Francisco de Asís. Pero, ¿de qué sirve? Ellos se burlan sencillamente de mí. Y sin embargo, fué el hombre más notable, el santo más grande de la Edad Media; por él cobró el mundo nueva vida. Si un hombre como aquel viviese en nuestros tiempos, la vuelta á Cristo sería más poderosa y más completa.

Era ya cerca de mediodía y el calor empezaba á hacerse insoportable. Desprendiase del bosque un fuerte olor á pino; el lago de un azul oscuro, completamente tranquilo, parecía dormir.

La pequeña comitiva penetró en el jardín de la posada, y tomó asiento alrededor de una mesa som-

breada por frondosas hayas. Polaniecki dió órdenes para la comida, y luego se puso á contemplar en silencio el lago y las alturas que lo rodeaban. A corta distancia de la mesa florecían unos iris ligeramente regados por el surtidor de agua que salía de entre gruesos bloques de piedra.

La señora Emilia miraba pensativa las flores:

—Cuando me hallo sentada cerca de un lago,—decía,—y veo algunos iris se me figura que me hallo en Italia.

—Porque en ningún paraje como en Italia se encuentran tantos lagos y tantas flores de iris,—observó Polaniecki.

—Ni tanto encanto,—agregó Vascovseki.—Desde hace algunos años, voy á pasar el otoño en Italia. Durante largo tiempo estuve en la duda de si debía escoger por residencia Perusa ó Asís, pero el año pasado di la preferencia á Roma. Allí uno se cree transportado á la antecámara de un mundo más bello. Positivamente este Octubre vuelvo allá.

—¡Cuánta envidia le tengo!—exclamó la señora.

—Litka tiene casi doce años,—observó Vascovseki y....

—Doce años y tres meses,—interrumpió ofendida la niña.

—Y tres meses,—repitió el profesor;—para su edad ha visto muy poca cosa y ahora sería la edad oportuna para mostrarle Roma. Cuando se es joven las impresiones son más vivas y más duraderas. Y si á esa edad son muchas las cosas que no se comprenden, más tarde la inteligencia las sabrá explicar. Decídase usted pues ¿quiere usted que hagamos juntos este viaje?

—En Octubre no puedo: tengo varios compromisos que me retienen en Varsovia.

—¿Qué compromisos?

La señora Emilia se sonrió con finura.

—El primero,—dijo señalando á Polaniecki es el de casar á ese señor que está sentado ahí abismado en sus pensamientos. El pobre señor está enamorado.

Polaniecki alzó la cabeza como asustado é hizo una señal negativa. Pero Vasovski preguntó, con la ingenuidad de un niño:

—¿De Marina Plavicki?

—Sí,—respondió la señora Emilia.—Durante su visita á Kerzemien recibió una profunda herida en el corazón, por más que ahora trate de negarlo.

—No ruego cosa alguna,—exclamó Polaniecki,—pero...

No pudo continuar. Todos se volvieron hacia Litka que acababa de tener un ataque de su enfermedad. Se había puesto pálida como la muerte. La pobre madre tomó en brazos á la niña, y mientras Polaniecki corría en busca de hielo, el señor Vasovski empleando todas sus fuerzas, aproximó un banco del jardín, encima del cual, tendió á la niña que respiraba con dificultad.

—¡Vida mía! te has cansado demasiado ¿verdad! —la preguntó la señora Emilia.—Ha sido demasiada fatiga para ti. Y sin embargo, el médico la había permitido; pero con este calor... No será nada: ya pasará, ya pasará.

Y esto diciendo, la besaba la frente inundada de sudor.

Polaniecki volvía con el hielo, seguido de la due-

ña de la posada, con una almohada que se colocó debajo de la cabeza de la niña.

Mientras la madre envolvía el hielo en una servilleta, Polaniecki se había inclinado sobre la niña y le preguntaba:

—Y bien, prenda, ¿cómo te encuentras?

—Un poco mejor, pero siento una opresión...—respondió Litka para aspirar el aire. Latía con tal fuerza el corazón, que se percibía su movimiento debajo de la ropa. El hielo la alivió mucho. Poco á poco fueron desapareciendo los síntomas alarmantes quedando solamente una gran postración. Antes de emprender el regreso, era preciso reforzar á la enferma. Polaniecki hizo traer la comida pero era tanto el temor que tenían todos de que se repitiera el ataque, que nadie á excepción de Litka probó bocado. Una hora después, habiendo mejorado mucho el estado de la niña, se decidieron á emprender la marcha. A pesar de que el coche que se envió á buscar á Reinchenhall, andaba al paso, fatigaba tanto á Litka, que poco antes de llegar á su casa ella no se sintió con fuerzas para resistir más y quiso apearse. La señora Emilia quería llevarla en brazos; más Polaniecki se adelantó y cogió en brazos á la niña, diciendo:

—Ven, Litka, te llevo yo. Tu mamá está cansada y se pondría mala.

Procuraba andar sin dar sacudidas y de prisa, porque como percibía sobre su pecho los latidos del corazón de la niña, tenía prisa en llegar pronto á casa y correr en busca del médico. Obedeciendo á una orden suya, Litka le había pasado alrededor

del cuello sus descarnados brazos pero á cada momento le decía con suplicante voz:

—Póngame usted en el suelo, no puedo., déjeme bajar.

—No, no quiero: otra vez tomaremos una litera bien cómoda, y en cuanto la señorita esté cansada, la colocaremos en ella.

—¡No, no!—replicó la niña, con lágrimas en los ojos.

Polaniecki continuó llevándola así, con la ternura de un hermano, con la solicitud de un padre.

VII

Al día siguiente, Litka no estaba verdaderamente enferma, pero se hallaba muy cansada. Salió, empero á dar un corto paseo, porque el médico había ordenado un poco de movimiento. Su estado tenía inquietos á los amigos, por cuyo motivo Vascovski había ido á ver al doctor para saber algo positivo. Polaniecki que le aguardaba en la sala, comprendía desde luego, por su semblante, que no traía buenas noticias.

—El médico no cree en un peligro inminente,—dijo el profesor,—pero prevee un fin no muy lejano. Ha recomendado mucho que se vigile de cerca á Litka, porque de un momento á otro es de temer una catástrofe.

Polaniecki se cubría los ojos con una mano. ¡Qué desgracia! ¡Qué golpe para la infeliz madre! La desgraciada tal vez no podría sobrevivir á tan inmensa pérdida.

—Le he preguntado,—continuó Vascovski, mien-

tras se enjugaba los ojos,—si sufriría mucho, y me ha contestado que no, y que es probable que se vaya extinguiendo insensiblemente.

—¿Y eso se lo ha dicho á su madre?

—No. No le ocultó que la niña tenía una grave enfermedad de corazón pero añadió que aquellos ataques son frecuentes á los niños, pero que acaban por desaparecer sin dejar consecuencias. Sin embargo él no abriga esperanza alguna.

Polaniecki no era de los que se dejan abatir por la desgracia.

—El médico puede engañarse,—exclamó;—mientras hay un resto de esperanza, no hay que desesperar, sobre todo con los niños. Conviene que á Litka la visite un especialista. La señora Emilia se espantará, pero ¿qué otra cosa se puede hacer?... ¡Esperad! Hasta esto se puede evitar. Yo me encargo de hacerlo venir en seguida. De consiguiente podemos decir á la señora Emilia que uno de los enfermos que vienen aquí para curarse, ha consultado á un célebre especialista y ella aprovechará la ocasión y hará visitar á su hija. Pero será mejor que se le escriba, para que sepa cómo debe conducirse con la madre.

—¿Y á quién piensa usted escribir?

—No sé. El médico de casa podrá indicarnos uno. Vamos á verle en seguida.

Aquel mismo día se arregló la cosa. Al anocheecer, los dos amigos volvieron á casa de la señora Emilia. Litka afirmaba que se sentía mejor; pero estaba taciturna y sus miradas eran más tristes de lo habitual. Bien era verdad que sonreía á su madre y á los dos amigos, en prueba de la gratitud

por los cuidados que le prestaban; Polaniecki, á pesar de todos sus esfuerzos, no pudo aparentar alegría. La predicción del médico no se le había ido de la imaginación, y esto hacía que considerase aquella tristeza desacostumbrada como una señal de los progresos de la enfermedad. Su aprensión creció de punto cuando la señora Emilia dijo:

—Estoy contenta de que Litka se encuentre mejor pero ¿sabe usted lo que me ha pedido hoy? Que volvamos á Varsovia.

Polaniecki, haciendo esfuerzos para dominar su inquietud se volvió á Litka y le dijo con tono burlesco:

—¡Ah, loquilla! ¿No te pesa tener que dejar el lago de Thum?

—No,—respondió la niña sin vacilar y sacudiendo la cabeza.

Luego se cubrió el rostro con las manos para ocultar las lágrimas que ocultaban sus ojos.

La cosa era sencillísima. Litka había oído en el lago de Thum que su Stach, su mejor amigo se quería casar, que amaba á Marina y que su misma madre quería este casamiento. Jamás hasta entonces, había sospechado que él pudiese amar á otra, ni ser de nadie más que de ella y de su madre; hasta entonces le había considerado como exclusiva propiedad suya. No tenía una idea clara de lo que la amenazaba; únicamente comprendía que su Stach se separaría de ella y la dejaría sola. Y los que le habían causado ese pesar, eran cabalmente los dos á quienes ella más amaba, su madre y el señor Stach.

Ambos esperaban que se realizase el casamiento, ambos estarían contentos que se llevara á efecto

esta unión y cuando su madre dijo que el señor Stach estaba enamorado de Marina, éste no lo había negado. No le quedaba pues otro recurso que reprimir sus lágrimas y guardar silencio hasta con su madre.

Y Litka encerró en su pecho la primera pesadumbre de su vida. Sí, tenía que resignarse. ¿Pero, cómo? para una enferma del corazón, un pesar cualquiera es una pócima terrible, esta resignación debía obrar más profunda y trágicamente de lo que se podrían figurar las personas que la rodeaban.

El médico especialista, expresamente llamado de Mónaco llegó dos días después y confirmó plenamente el diagnóstico del médico del país.

Delante de la madre, habló con gran circunspección y hasta la tranquilizó; más á Polaniecki le dijo claramente que la niña podría vivir aún algunos meses, tal vez algunos años, pero que también podía morir de un momento á otro. Ordenó que se evitase cualquier motivo de emoción, y recordó la necesidad de vigilarla sin cesar.

Aumentaron, si era posible, los cuidados y las caricias de la madre; se procuró alejar de ella toda causa que la pudiese conmover en la más mínimo; más no se pensó en evitar la que era para ella más perjudicial, la de la emoción que podía producirle una nueva carta de Marina. La niña prestaba gran atención á todas las palabras que se pronunciaban en su presencia, y aún cuando el contenido de la nueva carta no podía contribuir á acrecentar sus temores respecto al señor Stach, dió sin embargo un rudo golpe á su salud ya delicada.

La señora Emilia estuvo indecisa durante todo el día en comunicar ó no aquella carta á Polaniecki. Pero, como ya hacía días que él no cesaba de preguntarle si había recibido noticias de Kerzemien, y como ella no podía negar que las había recibido, se resolvió á decirle la verdad entera por dura que fuese. Así, pues, por la noche, después de haber acostado á Litka, entabló el siguiente diálogo:

—A Marina, — empezó diciendo la señora Emilia, — le ha impresionado mucho la cesión que habéis hecho de vuestro crédito sobre Kerzemien.

—¿Ha recibido usted alguna carta?

—Sí.

—¿No me la quiere usted enseñar?

—No: pero le leeré una parte de ella. Marina me escribe en términos apesarados.

—¿Sabe que estoy aquí?

—Parece que no ha recibido aún mi carta.

La señora Emilia se aproximó al velador, sacó la carta de uno de sus cajones, volvió junto á Polaniecki, y después de haber dado más fuerza á la luz de la lámpara, se sentó de espaldas á ella.

Más antes de principiar la lectura dijo:

—Ante todo tengo que llamarle especialmente la atención sobre este punto, á saber, que para Marina, no se trata solamente de la cesión de la hipoteca, sino además... de lo que usted sabe muy bien, esto es, que usted le ha trastornado algo la cabeza, y de consiguiente, su conducta de usted ha adquirido para ella una importancia especial... Y para ser franca espera olvidar.

—Yo con usted hablo siempre con franqueza, — observó Polaniecki. — De consiguiente confieso lo

que jamás le diría á otra. Cometí la torpeza más grande de mi vida, pero he llevado por ella el más duro castigo.

La señora Emilia le miró con aire de profunda piedad.

—¡Pobre amigo! ¿De modo que Marina no le es indiferente? Esto no se lo pregunto á usted por mera curiosidad, sino por la amistad que le profeso. De buena gana me haría mediadora entre vosotros dos para que pudiérais hacer las paces; más antes, ya puede usted comprender que quisiera estar segura de que...

—¿Sabe usted lo que me ha dado el golpe de gracia? — interrumpió con impaciencia Polaniecki: — la carta que me dió usted á leer. En Kerzemien Marina me gustó, y desde entonces siempre he pensado conmigo mismo que no habría podido hacer mejor elección porque la señorita Plavicki reunía en ella todo lo que yo deseaba de una mujer. Más no quise mostrarme débil. A veces existen en nosotros como dos almas, de las cuales, la segunda critica constantemente lo que hace la primera. Precisamente ahora esta segunda alma murmuraba casi constantemente á mis oídos: «No cedas, porque de todos modos no te sería posible soportar al padre.» Por lo tanto, resolví cortar por lo sano y traspasé mi crédito. Me apercibí demasiado tarde de que me era imposible echar de mi imaginación la imagen de la señorita Plavicki. Con gran pesar reconocí la locura que había cometido y me arrepentí de todo corazón. Después, cuando leí aquella carta, cuando me convencí que no le era indiferente y de que me empezaba á amar y de que habría podido llegar á

ser mía, perdí completamente la cabeza y quedé desarmado contra la omnipotencia del amor. Créame usted, mientras que el hombre no conoce más que sus propios pensamientos, no se preocupa gran cosa de ellos; pero si de improviso se apercibe de que sus sentimientos son cordialmente correspondidos, entonces la cosa tiene una importancia bien distinta. ¡Aquella carta me dió el golpe fatal!

—Por eso no quiero leer toda la carta,—repuso la señora Emilia.—Marina, como es natural, escribe que su breve sueño tuvo luego un doloroso despertar. Habla del señor Masko en términos favorables; éste en vez de insistir sobre su crédito, trata este asunto con mucha delicadeza y muchas consideraciones.

—Se casará con él, lo sé.

—Sus palabras de usted demuestran que no conoce á Marina. Pero escuche usted lo que dice de Kerzemien: «Papá quiere deshacerse resueltamente de la finca y retirarse á Varsovia. Ya sabes cuánto cariño le tengo á Kerzemien, al cual me ligan tan gratos recuerdos pero después de lo que ha pasado creo que es completamente inútil hacer nuevos esfuerzos para conservarla. Únicamente Dios sabe cuánto había hecho yo para salvar este pedazo de tierra. Además, papá sostiene que la venta es una deuda de conciencia, y que no puede tenerme eternamente relegada al campo. Por lo tanto, parece, y esto es lo que me aflige, que eso es lo que ha de suceder por culpa mía.

> ¡Verdaderamente en ciertas ocasiones la vida es una amarga ironía!

> El señor Masko ha ofrecido á papá tres mil ru-

blos de renta anuales y todo lo que pueda producirle la renta de Magierov. Comprendo que piensa en sus propios intereses, pues si se acepta su proposición, se encontrará dueño de la hacienda con muy pocos gastos. Papá es favorable á ese proyecto; si vacila es porque tiene la esperanza de sacar mayor provecho. La única cosa que hará parecer menos doloroso, el abandono de estos lugares, es la idea de que en Varsovia estaré cerca de de tí y de Litka, y de que podré veros con frecuencia.»

La señora Emilia dejó de leer, y durante algunos reinó un silencio absoluto. Al fin dijo Polaniecki:

—Así yo no sólo la he sacado de Kerzemien, sino que además la he proporcionado un marido.

Inconscientemente había repetido cuasi con las mismas palabras, un fragmento de la carta de Marina, fragmento que la señora Emilia no había creído oportuno leerle, para no afligirle demasiado.

—La amistad que os profeso á entrambos,—contestó ésta,—me hacía trabajar para uniros; más ahora se agrega á ésta, otra causa muy grave: su pesar, amigo mío. Me dirigiría á mí misma eternos reproches, si no lograba volver á poner las cosas en su lugar. Existe un gracioso proverbio francés y otro muy feo en polaco sobre el poder de las mujeres, y yo tengo empeño en poner en práctica este poder.

Polaniecki la cogió ambas manos y las llevó á sus labios.

—Es usted la mejor de las criaturas de este suelo.

—Estaría muy contenta de poder serle útil,—respondió ella sonriendo.—Creo, sin embargo, que tal vez no le quede á usted más que un medio. Voy á

hacer de manera que Marina venga á mi lado lo más pronto posible.

—Tiene usted razón; es el único medio. Ya que tengo que vivir, que pueda á lo menos gozar de la vida unida á un ser querido.

—Y ya que por primera vez hago de Providencia,—contestó la señora,—quiero como tal conseguir mi propósito. Ante todo conviene saber por donde se tiene que empezar.

Al decir esto, alzaba pensativa los ojos. La luz de la lámpara al caer de lleno sobre sus facciones dulcísimas y lozanas todavía, sobre los rubios rizos que caían sobre su pura frente, daba á su semblante tal encanto, una expresión tan virginal, que Polaniecki, aún cuando tenía embargada su mente por otros pensamientos, se acordó de que una vez Bukacki la había llamado *una virgen viuda*.

—Marina,—repuso la señora Emilia,—es un carácter leal, y por lo tanto creo que será mejor escribirle toda la verdad. Le diré todo cuanto en este momento me ha confiado usted; hablaré de su vivo arrepentimiento, y añadiré que tiene usted esperanza en el perdón y en una reconciliación próxima y completa.

—Y yo escribo inmediatamente á Masko. Vuelvo á comprar mi crédito sea cualquiera el precio que exija.

La señora Emilia se rió con toda su alma de esta salida.

—He aquí al positivista, al calculador, á este Polaniecki que se alaba de no tener el carácter ni la volubilidad del polaco.

—¿Y qué?—dijo jovialmente Polaniecki.—¿Aca-

so no es cálculo reconocer el valor de una cosa? ¿Pero quién nos garantiza que no conteste que está prometida ya con Masko?—agregó poniéndose repentinamente melancólico.

—No lo creo. El señor Masko será una persona excelente, mas para Marina no sirve. A ella no le gusta, esto me consta; y ella no se casará sin inclinación. Ya conoce usted á Marina. Por su parte haga usted todo lo que pueda para reparar el mal hecho pero respecto á Masko puede usted dormir tranquilo.

—¿Sabe usted lo que haré? En lugar de escribirle le enviaré un telegrama, no es posible que se detenga mucho tiempo en Kerzemien, y recibirá el despacho en Varsovia.

VIII

Dos días después llegaba la respuesta de Masko, concebida sencillamente en estos términos: «Ayer compré definitivamente Kerzemien.» Verdaderamente, después de la carta de Marina, era fácil de prever que la cosa acabaría de este modo; á pesar de lo cual, la respuesta de Masko fué un rudo golpe para Polaniecki.

La señora Emilia, que conocía mejor que nadie el cariño que Marina profesaba á Kerzemien, comprendió que la venta de la hacienda haría más difícil la reconciliación de los dos jóvenes.

—Si Masko no se casa con Marina,—dijo Polaniecki,—Plavicki quedará sin un céntimo. Si ahora Marina y su padre están sin recursos, deben agracermelo á mí.

hacer de manera que Marina venga á mi lado lo más pronto posible.

—Tiene usted razón; es el único medio. Ya que tengo que vivir, que pueda á lo menos gozar de la vida unida á un sér querido.

—Y ya que por primera vez hago de Providencia,—contestó la señora,—quiero como tal conseguir mi propósito. Ante todo conviene saber por donde se tiene que empezar.

Al decir esto, alzaba pensativa los ojos. La luz de la lámpara al caer de lleno sobre sus facciones dulcísimas y lozanas todavía, sobre los rubios rizos que caían sobre su pura frente, daba á su semblante tal encanto, una expresión tan virginal, que Polaniecki, aún cuando tenía embargada su mente por otros pensamientos, se acordó de que una vez Bukacki la había llamado *una virgen viuda*.

—Marina,—repuso la señora Emilia,—es un carácter leal, y por lo tanto creo que será mejor escribirle toda la verdad. Le diré todo cuanto en este momento me ha confiado usted; hablaré de su vivo arrepentimiento, y añadiré que tiene usted esperanza en el perdón y en una reconciliación próxima y completa.

—Y yo escribo inmediatamente á Masko. Vuelvo á comprar mi crédito sea cualquiera el precio que exija.

La señora Emilia se rió con toda su alma de esta salida.

—He aquí al positivista, al calculador, á este Polaniecki que se alaba de no tener el carácter ni la volubilidad del polaco.

—¿Y qué?—dijo jovialmente Polaniecki.—¿Aca-

so no es cálculo reconocer el valor de una cosa? ¿Pero quién nos garantiza que no conteste que está prometida ya con Masko?—agregó poniéndose repentinamente melancólico.

—No lo creo. El señor Masko será una persona excelente, mas para Marina no sirve. A ella no le gusta, esto me consta; y ella no se casará sin inclinación. Ya conoce usted á Marina. Por su parte haga usted todo lo que pueda para reparar el mal hecho pero respecto á Masko puede usted dormir tranquilo.

—¿Sabe usted lo que haré? En lugar de escribirle le enviaré un telegrama, no es posible que se detenga mucho tiempo en Kerzemien, y recibirá el despacho en Varsovia.

VIII

Dos días después llegaba la respuesta de Masko, concebida sencillamente en estos términos: «Ayer compré definitivamente Kerzemien.» Verdaderamente, después de la carta de Marina, era fácil de prever que la cosa acabaría de este modo; á pesar de lo cual, la respuesta de Masko fué un rudo golpe para Polaniecki.

La señora Emilia, que conocía mejor que nadie el cariño que Marina profesaba á Kerzemien, comprendió que la venta de la hacienda haría más difícil la reconciliación de los dos jóvenes.

—Si Masko no se casa con Marina,—dijo Polaniecki,—Plavicki quedará sin un céntimo. Si ahora Marina y su padre están sin recursos, deben agracermelo á mí.

—No es lo peor la venta de Kerzemien,—observó la señora Emilia;—la idea de que es usted quien tiene la culpa de tal venta, será lo que ocasionará más amargura á Marina.

Polaniecki, convencido de la exactitud de aquella observación, comprendió que Marina estaba completamente perdida para él. Por eso no le quedaba más que hacer que olvidarla y buscarse otra mujer.

Pero su corazón se reveló contra este pensamiento. Apoderóse de él un sentimiento de viva compasión hacia Marina, no pudiendo pensar en ella sin conmoverse. Y la consecuencia de todo esto fué que su amor creció de un modo extraordinario.

Una semana después llegó también la carta de Marina. Pero esta vez no se mencionaba el nombre de Polaniecki ni el de Masko. Marina daba cuenta de la venta de Kerzemien pero sin quejarse y sin explicar cómo había pasado la cosa.

De esto se podía deducir cuán profundamente había lacerado su corazón aquella venta. Polaniecki hubiera preferido oírse acusar abiertamente. Si su nombre no tenía sitio asignado en la carta, era una prueba de que Marina lo había expulsado por completo de su corazón.

En cambio el silencio sobre Masko podía interpretarse de distinto modo. Si tan encariñada estaba con Kerzemien, podía volver allá tendiendo la mano á su nuevo propietario y ¿quién sabe si ella no se había familiarizado ya con este pensamiento? Había empero las preocupaciones de raza de Plavicki pero Masko conocía al viejo egoísta, sabía que en determinadas circunstancias habría sacrifi-

cado, no tan sólo las preocupaciones, sino hasta su propia hija.

La residencia de Reinchenhall, donde tenía que contentarse con esperar noticias sin poder obrar, se le había hecho insoportable, y por lo tanto, resolvió partir. Esta resolución le animó un poco. De cerca, habría podido juzgar los hechos con mayor claridad, y podía además trabajar por su causa.

La señora Emilia y Litka no se sorprendieron de esta imprevista resolución; por otra parte, su partida debía precedir de pocos días á la de ellas, porque la señora Emilia había resuelto partir á mediados de Agosto.

El día de la partida, la madre y la hija, y también Vascovski, le acompañaron á la estación. Desde la ventanilla del coche veía los tristes ojos de Litka fijos en él, lo propio que los de la señora Emilia, cuyo semblante expresaba la melancolía que aquella partida le causaba.

Impresionóle, sin embargo, la belleza de la joven viuda, y contempló lleno de asombro sus delicadas facciones, su expresión angelical y el virginal aspecto de aquel cuerpo que resaltaba con su negro vestido.

—¡Adiós!—dijo la señora Emilia;—escribame usted desde Varsovia; dentro de tres semanas nos volveremos á ver.

—No dejaré de escribir. ¡Adiós, Litka, hasta la vista!

—Hasta la vista.

—Piensen ustedes alguna vez en su amigo,—añadió él, tendiéndoles la mano desde el ventanillo.

—No le olvidaremos. ¿Tenemos que rezar para

que consiga usted su objeto?—preguntó sonriéndose la señora Emilia.

—¡Oh, sí! Desde este instante se lo agradezco. ¡Hasta la vista, señor profesor!

En este instante el tren se puso en movimiento. La madre y la hija le saludaron de nuevo con sus sombrillas. Luego el ventanillo á que Polaniecki estaba asomado quedó envuelto en densas nubes de vapor.

—Mamá,—preguntó Litka,—¿de veras tenemos que rezar por el señor Stach?

—Sin duda: tenemos que rogar á Dios para que le haga dichoso.

—¿Acaso es desgraciado?

—No... es decir... Ha tenido muchos disgustos.

—Sí, lo sé desde el día en que estuvimos en el lago de Thum,—dijo Litka.

Y tras una breve pausa continuó:

—Sí, quiero rezar por él.

El profesor Vascovski, que entre sus virtudes no tenía la de saber poner freno á su lengua, le dijo á la señora Emilia, mientras Litka caminaba delante de ellos:

—Tiene un corazón de oro; la quiere á usted como á una hermana. Ahora que todos los recelos respecto á la salud de su hija han desaparecido, puedo decirle que Polaniecki fué á Mónaco á buscar al especialista que ha visitado á Litka.

—¿El?—exclamó la señora Emilia,—¡qué corazón tan noble!

Y tras un breve espacio de silencio, añadió:

—Le recompensaré ayudándole á reconquistar á Marina.

Polaniecki partía con el corazón lleno de gratitud hacia la señora Emilia. Sentado en un ángulo del compartimento iba pensando:

—¿Si me hubiese enamorado de ella? ¡Cuánta tranquilidad, cuán sólida felicidad gozaría! Habría encontrado el objeto de mi vida, habría sabido para quién trabajar. Ella afirma que no se quiere volver á casar, pero conmigo, ¿quién sabe? Aquella señorita será el colmo de la perfección, pero debe tener el corazón frío.

Mas durante todo el viaje, únicamente pensó en *aquella señorita*.

—Le he robado la casa paterna,—deciase á sí mismo,—tal vez la he puesto en medio de la calle. No hice otra cosa que seguir el consejo de la venganza, pero mi conciencia no me deja tranquilo, y por lo tanto, tengo que reparar el mal que he hecho. ¿Pero, de qué manera? Volver á comprar Kerzemienn, es imposible: no soy bastante rico. Podría hacerlo quizás realizando todos mis capitales y sacrificando mi posición mas esto sería también la ruina de Bigiel. De consiguiente no me queda más que un medio: reanudar mis relaciones con Plavicki y pedir la mano de Mariana. Si se me rechaza, paciencia. A lo menos habré cumplido mi deber.

Ocupada la imaginación con estos pensamientos, llegó Polaniecki á Salzburgo. Como faltaba una hora larga para la llegada del tren que conducía á Mónaco y á Viena, resolvió dar un paseo por la ciudad.

Pero en el restaurant de la estación divisó inesperadamente á Bukacki, cuya pequeña cabeza es-

taba cubierta con un sombrero blanco todavía más pequeño.

—¡Eh, Bukacki! ¿eres tú ó tu sombra?—exclamó.

—Tranquillízate, soy yo,—contestó Bukacki saludándole con flemma y como si se hubieran separado una hora antes.—¿Cómo vas?

—¿Qué haces aquí?

—Estoy comiendo una chuleta frita.

—¿Vas á Reinchenhall?

—Sí. ¿Y tú vuelves á casa?

—Sí.

—Has hecho la corte á la señora Emilia?

—No.

—Está bien, hijo mío; así puedo continuar tranquilamente mi viaje.

—Guarda tus bromas para ocasión más oportuna. Litka está muy enferma.

Y en breves palabras le enteró del estado de Litka y de la opinión de los médicos. Bukacki guardó un instante de silencio y luego dijo:

—El hombre no tiene que ser pesimista. ¡Pobre niña! ¡Y pobre madre! ¿Quién sabe si podrá sobre llevar tan cruel dolor? Pero es tan piadosa, que quizás la fe en Dios la preservará de la desesperación.

—Salgamos un momento: aquí uno se muere de calor.

Mientras iban andando, Bukacki repuso:

—El hombre no tiene que ser pesimista. ¡Pobre niña!

Polaniecki, abrumado en dolorosos pensamientos, no contestaba.

—Ahora,—continuó Bukacki,—no sé si debo se-

guir ó no hacia Reinchenhall. En Varsovia, faltan do ella, me falta todo. Estaba acostumbrado á hacerle mi declaración de amor una vez al mes y á ser rechazado. Así pasaba el tiempo, esperando siempre á que llegase el primero de mes para volver á empezar. ¿Conoce la señora Emilia el peligro?

—No; el estado de la niña es muy grave, pero es probable que pueda alcanzar todavía un par de años.

Después de una breve pausa, Polaniecki preguntó:

—Dime, ¿qué novedades traes de Varsovia? ¿Has visto á Masko antes de partir?

Esas dos preguntas pugnaban ya por salir de los labios del joven desde el instante en que se encontró con su amigo.

—Sí, ha comprado Kerzemien y se ha convertido en un gran propietario, y como es un truhán, ahora trata también de hacerse querer.

—¿No se casa con la señorita Plavicki?

—Creo que tiene otra idea.

—¿Dónde se hallan actualmente Plavicki y su hija?

—En Varsovia. Se hospedan en la fonda de Roma: la chica no tiene nada de fea. Como pariente los visito y hasta hablamos de ti.

—Debías haber escogido un asunto de conversación un poco más halagüeño para ella.

—Plavicki dice que tú, sin querer, le has prestado un gran servicio. Le pregunté á la señorita si te conocía antes de tu visita á Kerzemien, y me contestó que cuando vino por primera vez á Varsovia, tú te hallabas en el extranjero.

—Es verdad; estaba viajando para el negocio.

—No me ha parecido que te tuviera rencor. Como sé que le gustaba mucho el campo, supongo que este nuevo género de vida la tendrá triste; pero no lo demuestra.

—Tal vez me lo demostrará á mí y no tardará en tener la ocasión, porque en cuanto llegue á Varsovia, iré en seguida en busca de ella.

—Entonces, hazme un favor, cástate con la señorita Plavicki. De entre dos males, es preferible que escoja el menor; y yo prefiero llegar á ser primo tuyo, que serlo de Masko.

—Bien,—contestó Polaniecki con sequedad.

IX

Apenas llegado á Varsovia, Polaniecki corrió á casa de Bigiel, el cual le enteró de las condiciones con que se había realizado la venta de Kerzemien. Estas eran ventajosas para Masko, quien se había comprometido á pagar, en el término de un año, treinta mil rublos, que se obtendrían con la venta de Magierov.

Obligábase, además, á pasar al señor Plavicki una renta anual vitalicia de tres mil rublos. A primera vista, estas condiciones no le parecieron á Polaniecki muy desfavorables para Plavicki pero Bigiel era de contraria opinión.

—No me precipito en mis opiniones,—dijo,—pero Plavicki es un viejo egoísta que sacrificará el porvenir de su hija, y además es un hombre ligero. La renta vitalicia se debe pagar con lo que se saque de los productos anuales de Kerzemien, pero Ker-

zemien, como todas las haciendas que han estado próximas á la ruina, tiene un valor ilusorio, y casi nada debe producir. Si Masko consigue ponerlo en orden, todo irá bien; si no lo consigue empezará á retardar los pagos, y Plavicki tendrá que estar, tal vez mucho tiempo, sin ver un céntimo. Y entonces, ¿qué hará? ¿Volverse á quedar con Kerzemien? En el entre tanto Masko contraerá nuevas deudas, aunque no sea más que para pagar las atrasadas; tal vez hará bancarrota, y entonces sólo Dios sabe cuántos acreedores alargarán sus manos sobre la desdichada hacienda. Todo depende de la honradez y de la habilidad de Masko, el cual podrá ser un hombre excelente, pero es demasiado atrevido en los negocios, y un sólo paso en falso le precipitará á la ruina. ¿Quién puede asegurar que esta compra no sea ya el paso en falso? Para poner en orden Kerzemien se verá precisado desde luego á hacer uso de su crédito hasta el extremo.

—Pero de todos modos, al señor Plavicki le quedará íntegro el dinero que produzca la venta de Magierov.

—Si el viejo no los derrocha ó no los pierde al juego.

—Eso no sucederá. Ya que fui yo la causa de la venta, yo mismo pensaré en la manera de prevenir sus consecuencias.

—¡Tú!—exclamó Bigiel sorprendido.—Yo creía que vuestras relaciones estaban rotas por completo.

—Las quiero reanudar. Mañana iré á visitar al señor Plavicki.

—¿Quieres que te acompañe? Si vas solo es difícil que te reciban.

—Te agradezco la oferta, pero deseo ir solo.

—Como te parezca.

Al día siguiente, después de una esmerada *toilette*, se encaminó hacia la residencia del señor Plavicki.

Cuando llegó frente á la fonda de Roma, el corazón le palpitaba con violencia.

—Casi sería de desear que no los encontrase,— pensaba entre sí.—Le dejaré mi tarjeta y esperaré á ver si Plavicki me devuelve la visita. Pero vamos, valor.

Y entregó al portero su tarjeta.

Pocos minutos después fué introducido.

El señor Plavicki estaba sentado á la mesa: de cuando en cuando aspiraba una bocanada de humo de la pipa que tenía en la mano. Al aparecer Polaniecki, levantó la cabeza, y mirándole á través de los lentes, dijo:

—Ten la bondad de sentarte.

—He sabido por Bigiel que se hallaba usted en Varsovia,—empezó á decir Polaniecki,—y no he querido dejar de venir á saludarle.

—Es mucha cortesía por tu parte,—contestó Plavicki;—pero, á decir verdad, no me esperaba una visita tuya. Como has cumplido espontáneamente tus deberes, yo, como más viejo, no puedo menos de acogerte bien.

Al decir esto, tendió la mano á Polaniecki.

—Lléveme el diablo si he venido por tí,—pensó Polaniecki.

Y luego preguntó:

—¿De modo que ha trasladado usted sus cuarteles á Varsovia?

—Sí. A decir verdad, yo soy un viejo campesino acostumbrado á levantarme con el sol y á pasearme por los campos, y de consiguiente no me hallaré tan á mis anchas en vuestra Varsovia. He hecho este sacrificio por mi hija.

Polaniecki se acordaba de que en Kerzemien, Plavicki nunca se levantaba antes de las once, y que el trabajo no le ocupaba gran cosa, pero no hizo caso de las observaciones del viejo, especialmente en aquel momento, porque estaba preocupado por una idea muy distinta. Una puerta abierta en la habitación de Plavicki conducía á otra pieza, que debía estar ocupada por la señorita Marina.

—¿No podré tener el gusto de saludar á la señorita Marina?

—Marina ha salido para ver un piso que he tomado en alquiler esta mañana. Volverá en seguida, porque es á dos pasos de aquí.

Precisamente en aquel momento entró alguien en la habitación inmediata.

—De seguro que es Marina,—observó Plavicki. Y luego, alzando la voz, preguntó:

—¡Marina! ¿eres tú?

—Sí.

—Ven, tenemos visitas.

La señorita Marina apareció en el umbral de la puerta. Al ver á Polaniecki, retratóse en su semblante la expresión de un profundo asombro. Polaniecki se levantó, inclinóse delante de ella y le tendió la mano. Esta correspondió con frialdad, pero cortesmente, á su saludo. Luego, volviéndose á su padre dijo:

—He visto el piso, es bonito y cómodo, pero temo que la calle sea muy ruidosa.

—Todas las calles son ruidosas, ya comprendes que no estamos en el campo.

—Os ruego que me dispenseis,—dijo Marina.—Tengo que quitarme el sombrero.

Y se volvió á su habitación.

—No volverá á dejarse ver,—pensó Polaniecki.

Pero no fué así, pues en cuanto se hubo quitado el sombrero y arreglado el peinado, reapareció diciendo:

—¿Estorbo?

—No,—respondió su padre:—no hablamos de negocios, de lo cual me alegro mucho.

Polaniecki se ruborizó ligeramente, y para dar otro sesgo á la conversación dijo:

—Vengo de Reinchenhall y le traigo á usted señorita, recuerdos de la señora Evatovscki. Este es uno de los motivos que me han animado á venir.

Por un instante desapareció la frialdad del rostro de Marina.

—Emilia me ha escrito, hablándome de la enfermedad de Litka: ¿ó como está ahora la niña?

—Los ataques cardiacos no se han repetido.

—Espero carta suya: tal vez habrá ido á Kerzemien porque probablemente Emilia no sabe todavía que estoy en Varsovia.

—La reexpedirán aquí,—observó Playicki.

—¿De modo que no volverá usted al campo?—preguntó Polaniecki.

—No, nos hemos establecido definitivamente en la ciudad,—respondió Marina.

Un breve silencio siguió á estas palabras. Pola-

niecki trataba en vano de volver á encontrar en el rostro de la niña, la expresión dulce y amigable á que se había acostumbrado en Kerzemien.

—Ya sé que tiene usted cariño á Kerzemien,—empezó á decir de improviso,—y sé que yo soy la causa de su venta. Lo deploro vivamente y jamás cesaré de deplorarla. No quiero aducir en disculpa mía que fué la cólera la que me arrastró, porque, por el contrario, meditè detenidamente la cosa. Lo que hice no fué ni justo ni razonable, y si mi falta fué grande con tanto mayor motivo debo implorar el perdón.

Después de pronunciar estas palabras se levantó. Sus mejillas estaban cubiertas de vivo carmín, y sus miradas expresaban la sinceridad de sus palabras, más estas no produjeron efecto. Había equivocado el camino. No conocía bastante á las mujeres, porque de ser así, habría sabido que sus juicios sobre los hombres dependen principalmente del estado de sus sentimientos.

El hombre que ha provocado, aún cuando solo sea por una vez, la aversión en una mujer, á los ojos de ella jamás tendrá razón. De ahí el que á Marina le desagradase la franqueza de Polaniecki. Ved ahí cual fué su primer pensamiento.

—¿Pero que hombre ese se que hoy juzga irracional y mal hecho lo que ayer hizo con toda premeditación?

Para ella la venta de Kerzemien era una herida, de la cual brotaba sangre al menor contacto. Y ahora sentía que Polaniecki, con la brutalidad del hombre grosero y sin nervios, la había vuelto á abrir.

Con la mirada fija en su semblante, aguardaba él á que ella le tendiera la mano en señal de perdón, pero la mirada de Marina era sombría, la expresión de su rostro era de una frialdad aterradora.

—¡Oh! no se preocupe usted por eso,—contestó la joven con glacial cortesía.—Mi padre está muy satisfecho de la manera como han ido las cosas.

Mientras hablaba así, habíase puesto en pié, como para darle á entender que estaba terminada su visita. Polaniecki vaciló aún por un instante, á pesar de que se sentía rebajado, á pesar de que su corazón estaba agobiado por la humillación que se le acababa de imponer.

—Si es así,—dijo,—tanto mejor, bien está lo que acaba bien.

—Sí, sí: hemos hecho un buen negocio,—añadió Plavicki.

Polaniecki abandonó la habitación, se caló el sombrero y bajó de dos en dos los peldaños de la escalera, murmurando:

—No me volveréis á ver más en vuestra casa.

Ne quería volver á su casa porque le ahogaba la cólera. Siguió pues andando sin dirección fija. Le parecía que ya no amaba á Marina y que por el contrario la odiaba; más cuando se hubo sosegado un poco, se dió cuenta de que su vista le había conmovido profundamente y de que, á pesar de su cólera, experimentaba un sentimiento de admiración hacia ella.

Ahora en su imaginación existían á un tiempo mismo dos Marinas, una dulce afable y amorosa, era la Marina de Kerzemien; en cambio la otra al-

tiva y desdeñosa era la señorita de Varsovia que le había rechazado.

Polaniecki que jamás se habría imaginado que Marina pudiera ser tal como se le había mostrado en aquel día, notaba que á su cólera venía á mezclarse un sentimiento de asombro. Convencido de su propio valor, había creído que le bastaba tan solo tender la mano para volver á ser admitido en seguida á la gracia de la niña, y había acaecido todo lo contrario. La mansa joven se había transformado de improviso en una princesa que trataba á su capricho al vasallo sometido.

Dominado por estos pensamientos, había llegado sin notarlo á uno de los parajes más excéntricos de la ciudad.

—¿A donde diablos he ido á parar?—se preguntó deteniéndose.

El día tocaba á su término: delante del joven, después de los verdes céspedes y de los árboles extendíase la llanura inmensa é igual, limitada á lo lejos en el horizonte por pequeñas nubes de color de rosa. Estas nubes se extendían sobre Kerzemien, sobre aquel Herzemien tan querido por Marina, é inexorablemente perdido para ella. A su vista, desaparecía como por encanto la cólera de Polaniecki; su conciencia le había murmurado: «Has cosechado lo que sembrastes».

Daban las nueve cuando llegó á casa de Bigiel. Este se hallaba en la galería, junto á la puerta del jardín, muy entretenido en tocar la cítara.

En cuanto divisó á Polaniecki, interrumpió con un trémolo la sonata, y preguntó:

—¿Has estado en casa de los Plavicki?

—Sí.

—¿Has hablado con la señorita Marina?

—Sí, me ha producido el efecto de una ducha de agua helada. Sin embargo en esta estación tan calurosa, es agradable. No he sido acojido con mucha cortesía.

—Lo había previsto.

—Continúa tu sonata

Bigiel empezó á tocar un nocturno titulado «El Sueño». Mientras tocaba, ora cerraba los ojos, ora los fijaba en la luna que estaba ya alta en el horizonte. En medio del profundo silencio de la noche, el dulce sonido de la citara llenaba toda la casa, todo el jardín. Terminada la sonata, permaneció silencioso por un instante y luego dijo:

—¿Sabes lo que se tendría que hacer? En cuanto esté de vuelta la señora Emilia, mi mujer podrá invitarla á ella y á la señorita Plavicki á venir á nuestra finca. Mucho será que no se rompa el hielo que os separa.

—Vuelve á tocar «El Sueño»

Y las argentinas notas de la citara brotaron de nuevo en medio de aquella plácida noche.

X

El señor Plavicki era un hombre bien educado; de consiguiente, tres días después devolvía la visita á Polaniecki. Este no pudo menos que asombrarse de la influencia de la vida de ciudad en su pariente. Toda la persona del viejo había adquirido el sello del perfecto elegante. Llevaba en el ojal un clavel rosa.

—Confieso que á primera vista no le había reconocido,— exclamó Polaniecki.— Parece usted un joven.

—*Bohjour, boniour*,—contestó Plavicki.— El día está muy cubierto, y se vé poco, por eso me has tomado por un joven.

—Cubierto, ó nó,—replicó Polaniecki,—su cara la veo perfectamente.

Y dió sin ceremonia un golpecito al viejo en el hombro, le contempló atentamente, y añadió:

—Es usted flexible como una señorita. ¡Oh! si yo tuviese una estatura como la suya...

Plavicki, algo picado por esta acogida algo más *sans facon* de lo que juzgaba natural, pero al propio tiempo muy satisfecho por la sorpresa que había producido,—respondió.

—*Voyons*, estás loco. Casi, casi tendría que enfadarme.

Luego continuó, mientras se arrellanaba en una butaca.

—Masko me ha invitado á almorzar, junto con otras personas. De momento había rehusado para no dejar sola á Marina; pero luego he acabado por aceptar, pensando que por ella he vivido tanto tiempo en el campo, y que me convenía una ligera distracción. ¿Has recibido tú la invitación?

—No.

—Me extraña. Verdad es que eres un hombre de negocios, pero también llevas un nombre ilustre. Al fin y al cabo Masko es simplemente un abogado. Sin embargo, te confieso que jamás habría creído que pudiera alcanzar una posición tan importante.

—Masko es un individuo que no se arredra por nada.

—Sí, es bien recibido en todas partes. Yo mismo había tenido en otro tiempo ciertas prevenciones contra él.

—¿Y ahora?

—He de convenir que en el asunto de la venta de Kerzemien, se ha portado como un verdadero caballero.

—¿Es de la misma opinión la señorita Marina?

—Sin duda; por más que se me figura que todavía está apesadumbrada por la pérdida de la hacienda. Yo me he desembarazado de la finca por ella, pero la juventud nada entiende de estas cosas. Respecto á Masko, verdad es que ha comprado Kerzemien, pero...

—Pero está dispuesto á devolverlo.

—Eres pariente mío, y por lo tanto todo te lo puedo decir. La última vez que vinimos á Varsovia, hizo la corte á Marina, pero entonces esta era demasiado joven; no le gustaba mucho, y yo mismo tenía mis prevenciones respecto á su familia, y por lo tanto, la cosa no tuvo consecuencias.

—En cambio ahora es muy distinto.

—Hazte cargo de que, haber vendido Kerzemien, y volver luego á adquirirla, es cosa que vale la pena. Pero Marina es una muchacha muy singular. Siento tener que decirlo, pero á veces es más fácil conocer el corazón de un extraño que el de nuestra propia hija. Pero ella tendría que decir como Talleyrand «Paris bien vale una misa».

—Yo creí que ésta era una frase de Enrique IV.

—Vosotros los jóvenes no tenéis afición alguna

al estudio de la historia. Vuestro único objetivo es el dinero, y os tiene sin cuidado el saber lo que puede haber dicho Talleyrand. Decía, pues, que todo depende de Marina, pero yo no influyo en su voluntad. Por otra parte en las condiciones en que nosotros nos hallamos, mi hija puede aspirar muy bien á un partido mejor; no sería cuestión sino de frecuentar algo más la sociedad y de reanudar nuestras antiguas relaciones. Esto será pesado para mí, pero algo hay que hacer para una hija. ¿Te figuras tal vez, que la invitación de Masko me ha gustado? No tal. Pero es preciso que me relacione con los jóvenes y con los solteros. Espero que tu tampoco no nos olvidarás.

—No por cierto.

—¿Sabes lo que dicen de tí? Que ganas el dinero á manos llenas. Positivamente que esta habilidad no la has heredado de tu padre. Con esto no quiero ofenderte, pues por el contrario, te tengo cierta simpatía, á pesar de que me trataste como le trata el lobo al carnero.

—Es una simpatía recíproca,—dijo Polaniecki.

Esta vez Plavicki no mentía. Sería tal vez una admiración instintiva por la riqueza. Pero no cabe duda que aquel joven comerciante que sabía ganar tanto dinero, le interesaba en sumo grado.

—¡Que bien instalado estás! ¡que lujo!—repuso el viejo.—¿Por qué no te casas?

—Me casaré en cuanto se me presente una oportunidad.

Sonrióse maliciosamente el señor Plavicki, y golpeando ligeramente el hombro de Polaniecki,—dijo:

—No te hagas el inocente, todo lo sé, todo lo sé, ¡y hasta con quien!

—¡Que astuto es usted!—respondió Polaniecki.—Es usted un diplomático finísimo, y nada se le puede ocultar.

—Es una viuda, ¿verdad?

—¡Tío!...

—Te deseo todo género de felicidades... Ahora me tengo que ir: se acerca la hora del almuerzo. Esta tarde voy al concierto suizo.

—¿Va usted con Masko?

—Con Marina, pero Masko se nos reunirá allí.

—Yo iré con Rigiel.

—Hasta la vista.

Aún cuando le gustaba la música, Polaniecki hasta entonces no había tenido ni la más remota idea de ir á aquel concierto. Bigiel fué á verle después de mediodía para arreglar ciertos negocios, y se dejó persuadir fácilmente por su amigo; y á eso de las cuatro entraron juntos en la sala de los Suizos.

Era un continuo ir y venir de señoras jóvenes y de señoritas que con sus claros y ligeros vestidos de verano, producían el efecto de un enjambre de mariposas multicolores. Entre ellas debía hallarse también Marina.

La orquesta dió principio á la primera tocata, antes de que él la hubiese podido distinguir entre la multitud. Tuvo que sentarse y escuchar forzosamente, incomodado contra Bigiel que permanecía tranquilo en su asiento con los ojos medio entornados para saborear mejor la música. Terminada la primera pieza, divisó al fin el lustroso sombrero de

copa y los bigotes teñidos de negro del señor Plavicki. Sentada á su lado estaba Marina ocupada en hablar con Masko, que tenía más que nunca el aspecto de un lord inglés.

—El señor Plavicki y su hija están aquí,—dijo Polaniecki;—tenemos que ir á saludarles.

—¿Dónde están?

—Mira allí, al lado de Masko.

—Es verdad: vamos allá.

Marina, á quien Bigiel le era muy simpático, saludó cordialmente á éste, mientras que á Polaniecki se limitó á hacerle una ligera inclinación de cabeza; después preguntó por la esposa y los hijos del primero, y éste la invitó á ir con su padre á pasar un domingo en su residencia de verano.

—Mi mujer estará muy contenta de ver á usted. Tal vez hasta pueda venir la señora Emilia.

Marina quería contestar, pero el señor Plavicki se le adelantó y aceptó la invitación. Acordaron que la visita se efectuaría después del mediodía, y que regresarían por la noche, porque la quinta de Bigiel no distaba mucho de la ciudad.

—Y ahora,—dijo Plavicki,—tome usted asiento; todavía hay sillas por ahí cerca.

Polaniecki se volvió á Marina y la preguntó:

—¿Ha tenido usted noticias de la señora Emilia?

—Iba á dirigirle la misma pregunta,—contestó Marina.

—Mañana pienso ponerle un telegrama para tener noticias de Litka.

Con estas palabras terminó el diálogo, y Marina reanudó su conversación con Masko. Rigiel se sen-

tó juntó á Plavicki, y Polaniecki tuvo que colocarse á alguna distancia del resto de la compañía.

Desde el sitio donde se hallaba solo podía distinguir el perfil de Marina. Parecióle que había adelgazado. En toda ella se revelaba el aspecto de la verdadera ciudadana; el elegante corte del vestido, el peinado cuidadosamente hecho á la última moda, todo en fin, contribuía á hacer de ella una mujer distinta; ya no era la modesta jovencita de Kerzemien. Para Polaniecki era ahora de una belleza completa y exquisita, y sin dejar de contemplarla, pensaba:

—¡Que felicidad, poseer una esposa semejante!

Pero la niña tenía fija toda su atención en Masko, y si Polaniecki no hubiese estado tan conmovido, tal vez se le habría ocurrido la sospecha de que lo hacía adrede para darle celos. El asunto de la conversación debía ser muy importante, porque de vez en cuando se coloreaba vivamente el rostro de Marina.

—Coquetea con él,—murmuró entre dientes Polaniecki.

De buena gana habría querido enterarse de lo que decían; pero entre él y Marina había otras dos personas; sin embargo, cuando lo orquesta hubo acabado de ejecutar la segunda pieza de música, oyó algunas frases del discurso de Masko, que tenía la costumbre de marcar todas las sílabas para dar mayor importancia á sus palabras.

—Yo le quiero bien,—decía Masko;—cada cual tiene su flaco, y su flaco es el dinero. Yo le estoy agradecido, porque me ha convencido... Kerzemien... El no le quiere mal porque no trató de espe-

cular... Confieso que todo eso excitó de gran manera mi curiosidad.

A esto respondió Marina con gran viveza, y Polaniecki oyó de nuevo, y esta vez perfectamente, la conclusión del discurso de Masko que decía:

—El carácter no está desarrollado aún, y su energía es tal vez mayor que su genio; pero en el fondo es un buen muchacho.

Polaniecki comprendió que hablaban de él, y adivinó la táctica de su rival. Más indulgente que imparcial en sus juicios, más inclinado a la alabanza que á la censura, reconocer en el rival ciertas buenas cualidades negándole empero al mismo tiempo toda distinción, era la finísima táctica inventada por el joven abogado. Con este sistema se creaba una aureola de hombre generoso y justo. Polaniecki comprendió además que Masko obraba de tal modo, más para ponerse en evidencia á sí mismo que para hacerle daño á él, y que de seguro habría hablado en iguales términos de cualquier otra persona en quien creyese ver un aspirante á la mano de Marina.

En el fondo, pues, era una táctica de la que tal vez se habría servido también Polaniecki en semejantes casos, pero en la disposición de ánimo en que se encontraba en aquel momento, consideró á Masko como á un verdadero bribón, y juró desquitarse á la primera ocasión que se le presentase.

Terminado el concierto, se convenció de que Masko tenía ya gran confianza con la señorita Plavicki. Cuando esta, para atarse el chal, se quitó los guantes y se los puso sobre las rodillas, Masko se apoderó de ellos junto con la sombrilla. Después

cogió del respaldo de la silla el abrigo, para ponerlo luego en los hombros de la niña á la salida de la sala.

En el jardín, Masko, después de haber ayudado á Plavicki y á su hija, en el coche quería alejarse, pero Marina se volvió hacia él, y, haciéndole seña de que subiera, dijo en alta voz:

—Ya sabe usted que papá le ha invitado á venir con nosotros. ¿No es verdad, papá?

—Así lo hablamos acordado ya,—contestó Plavicki.

Masko aceptó la invitación, y partieron después de haberse despedido de Bigiel y de Polaniecki.

Los dos amigos salieron en silencio del jardín; solo después de algún rato, Polaniecki dijo con aparente calma:

—Me gustaría saber si están comprometidos ya.

—No lo creo,—respondió Bigiel,—pero sería muy posible.

—Eso pienso también yo.

—Siempre he creído que Masko escogería una mujer rica, pero hasta parece que está enamorada. Por lo demás, si se casa con ella, ya no necesita pagar Kerzemien, y el negocio no es tan malo como parecía á primera vista... Y la muchacha es hermosa, verdaderamente hermosa.

Guardaron silencio de nuevo; pero Polaniecki tenía tan oprimido el corazón, que no pudo dominarse por más tiempo.

—Te confieso francamente,—exclamó,—que solo el pensar en semejante casamiento me dan vértigos... Y no puedo hacer nada, absolutamente nada. ¡Qué papel tan ridículo he hecho yo en este asunto!

—Te dejaste llevar de la cólera, y esto le puede suceder á cualquiera. El mal estuvo en que tú fueses acreedor de su padre. Pero, en fin, deja que el agua siga su curso y hazte la suposición que todo es para bien tuyo.

—Pero, ¿de qué me serviría esto,—replicó vivamente Polaniecki,—cuando sé que todo va al revés de mis deseos? ¡De nada! ¿Crees que me importa ahora saber si estoy enfermo ó sano? El porvenir me parece hueco y obscuro. Tu vida ha alcanzado tu objeto. ¡Pero yo! Había aparecido por último una pequeña vislumbre de esperanza y toda se ha desvanecido.

—Pero la señorita Plavicki no es la única niña que existe en la faz de la tierra.

—Para mí es la única, porque aún cuando existieran dos, ya no pensaría más que en una. Casi desearía que estuviesen prometidas, así habría terminado todo.

—Una sola cosa te voy á decir: cuando yo era niño y se me clavaba una espina en el dedo, me hacía menos daño quitándomela yo mismo, que haciéndomela quitar por otro.

—Es verdad,—replicó Polaniecki,—pero la espina solo se puede quitar con tal que no haya entrado demasiado en la carne, y se la pueda agarrar. Por otra parte, esta comparación no es aplicable á mi caso, porque si yo ahora obrase según tus principios, quedarían desvanecidas todas mis esperanzas en un porvenir dichoso.

—Cierto es, pero no hay otra salida.

—Quien no es mujer no puede saber que cosa sea la resignación.

A estas palabras se sucedió una pausa. Más antes de separarse de su amigo, Polaniecki dijo á modo de conclusión:

—El domingo no voy eontigo al campo.

—Tal vez será mejor,—le contestó Bigiel.

XI

En su casa aguardábale á Polaniecki una noticia inesperada. Halló un telegrama de la señora Ewotovski, que estaba concebido en estos términos:

«Llego mañana por la mañana. Litka está bien.»

No había presumido una vuelta tan repentina; pero tranquilo respecto á la salud de la niña, supuso que algún asunto muy urgente debía reclamar la presencia de la señora Emilia en Varsovia. Nuevas esperanzas lo reanimaron, como si la señora Emilia debiera ser la hada bienhechora dotada del poder de cambiar de un golpe los sentimientos de Marina. Aún cuando había renunciado á la invitación de Bigiel, mudó en seguida de opinión, suponiendo que la señora Emilia formaría parte de la comitiva.

Aquella misma noche escribió al señor Plavicki anunciándole la llegada de su amiga, con la esperanza de que con este acto se haría acreedor á la gratitud de Marina.

Al día siguiente, muy de mañana, se hallaba ya en la estación. Mientras aguardaba la llegada del tren, paseábase arriba y abajo con paso rápido, para entrar en calor, porque la mañana era algo fría. La estación y las largas filas de vagones estaban envueltas en la niebla que apoyándose en el suelo,

iba dilatándose hacia arriba, adquiriendo un color de rosa pálido, precursor de un día hermoso. De improviso, dos figuras se destacaron de la niebla delante de él: la primera era la de Marina que venía á saludar á la señora Emilia; la otra la de la camarera que la acompañaba.

Aquel inesperado encuentro le puso de momento en gran apuro. Más luego se acercó á Marina y dijo tendiéndola la mano:

—Buenos días, señorita; ayer recibí el telegrama y me apresuré á enterar de él á su padre de usted, creyendo que le sería agradable esta noticia.

—Muchas gracias; verdaderamente me produjo una grata sorpresa.

—El tren no llega hasta dentro de media hora y le aconsejo que no lo espere usted aquí al aire libre, porque hace demasiado frío.

—Aguardaré en la sala de espera.

E inclinándose ligeramente se retiró.

Polaniecki volvió á emprender su paseo.

Poco después se oyó la señal de la llegada y empezó á distinguirse entre la niebla la masa del tren que avanzaba. La locomotora se detuvo resollando en la estación, mientras el vapor sobrante se escapaba silbando estrepitosamente por debajo de las ruedas delanteras. Polaniecki se acercó apresuradamente al vagón cama, y divisó, apoyada en los cristales del ventanillo el rostro de Litka, que, á la vista de su amigo se había animado de alegría. Hizole seña de que subiera, y pocos instantes después Polaniecki penetraba en el carruaje.

—¡Querida mía!—exclamó cogiendo la mano de

A estas palabras se sucedió una pausa. Más antes de separarse de su amigo, Polaniecki dijo á modo de conclusión:

—El domingo no voy eontigo al campo.

—Tal vez será mejor,—le contestó Bigiel.

XI

En su casa aguardábale á Polaniecki una noticia inesperada. Halló un telegrama de la señora Ewotovski, que estaba concebido en estos términos:

«Llego mañana por la mañana. Litka está bien.»

No había presumido una vuelta tan repentina; pero tranquilo respecto á la salud de la niña, supuso que algún asunto muy urgente debía reclamar la presencia de la señora Emilia en Varsovia. Nuevas esperanzas lo reanimaron, como si la señora Emilia debiera ser la hada bienhechora dotada del poder de cambiar de un golpe los sentimientos de Marina. Aún cuando había renunciado á la invitación de Bigiel, mudó en seguida de opinión, suponiendo que la señora Emilia formaría parte de la comitiva.

Aquella misma noche escribió al señor Plavicki anunciándole la llegada de su amiga, con la esperanza de que con este acto se haría acreedor á la gratitud de Marina.

Al día siguiente, muy de mañana, se hallaba ya en la estación. Mientras aguardaba la llegada del tren, paseábase arriba y abajo con paso rápido, para entrar en calor, porque la mañana era algo fría. La estación y las largas filas de vagones estaban envueltas en la niebla que apoyándose en el suelo,

iba dilatándose hacia arriba, adquiriendo un color de rosa pálido, precursor de un día hermoso. De improviso, dos figuras se destacaron de la niebla delante de él: la primera era la de Marina que venía á saludar á la señora Emilia; la otra la de la camarera que la acompañaba.

Aquel inesperado encuentro le puso de momento en gran apuro. Más luego se acercó á Marina y dijo tendiéndola la mano:

—Buenos días, señorita; ayer recibí el telegrama y me apresuré á enterar de él á su padre de usted, creyendo que le sería agradable esta noticia.

—Muchas gracias; verdaderamente me produjo una grata sorpresa.

—El tren no llega hasta dentro de media hora y le aconsejo que no lo espere usted aquí al aire libre, porque hace demasiado frío.

—Aguardaré en la sala de espera.

E inclinándose ligeramente se retiró.

Polaniecki volvió á emprender su paseo.

Poco después se oyó la señal de la llegada y empezó á distinguirse entre la niebla la masa del tren que avanzaba. La locomotora se detuvo resollando en la estación, mientras el vapor sobrante se escapaba silbando estrepitosamente por debajo de las ruedas delanteras. Polaniecki se acercó apresuradamente al vagón cama, y divisó, apoyada en los cristales del ventanillo el rostro de Litka, que, á la vista de su amigo se había animado de alegría. Hizole seña de que subiera, y pocos instantes después Polaniecki penetraba en el carruaje.

—¡Querida mía!—exclamó cogiendo la mano de

Litka.—¿Has dormido bien? ¿Y de salud, como vamos?

—Me siento mejor. Ahora ya no nos volveremos á separar, ¿verdad, señor Stach?

Junto á la niña estaba sentada la señora Emilia. Polaniecki la besó la mano con gran deferencia, diciendo apresuradamente:

—Buenos días, querida amiga. He tomado un coche y puede usted trasladarse en seguida á casa. Mi criada cuidará de llevarle los equipajes, y cuando entre usted á su casa, encontrará preparado el café. La señorita Plavicki está aquí.

Marina esperaba apoyada en el estribo del vagón. Esta y la señora Emilia se saludaron con gran efusión. De momento Litka miró á la joven con aire ceñudo; más al fin acabó por tenderla las manos para abrazarla.

—Marina nos acompaña á casa,—dijo la señora Emilia;—estamos de acuerdo, ¿verdad?

—Estaréis cansadas después de un viaje tan largo,—observó la joven.

—Hemos dormido toda la noche, y cuando nos hemos despertado apenas nos quedaba el tiempo necesario para hacer nuestro tocado. De consiguiente, estamos descansadas y no nos estorbas para nada. Ven, tomaremos juntas el café.

—Entonces acepto con mucho gusto.

Litka tiró del vestido á su madre.

—¿Y el señor Stach, mamá?—la preguntó.

—Claro está que también él está invitado.

Pocos instantes después, hallábanse reunidos los cuatro en un mismo coche.

Polaniecki, sentado frente á Marina y al lado de

Litka, estaba de muy buen humor. Parecíale que había despuntado para él una nueva aurora, presagio de mejores días.

—¿Qué ha pasado, Emilia,—preguntó Marina,—que ha vuelto tan pronto?

—Ha sido Litka que cada día me rogaba que partiéramos.

—¿Te aburrías en Reichenhall?—preguntó Polaniecki á la niña.

—Sí,—contestó ésta.

—¿De modo que deseabas volver á Varsovia?

—Sí.

—Y por mí, ¿verdad? Dime que sí, porque sino me voy á enfadar.

Litka miró sucesivamente á Marina, á su madre y á Polaniecki.

—Sí, por usted también, señor Stach.

—Pues muchas gracias,—replicó Polaniecki.

Y cogiendo las manecitas de la niña se las llevó á los labios.

Luego, dirigiéndose á Marina, añadió:

—Como usted ve, nos disputamos con frecuencia, pero eso no quita que nos amemos.

—Siempre sucede así,—respondió ésta.

—¡Ah! si esto fuese verdad... siempre...—exclamó él mirándola con fijeza en los ojos.

Marina se ruborizó, púsose seria pero no contestó; antes por el contrario, volvióse hacia la señora Emilia.

—¿Dónde está el profesor Vascovscki?—continuó Polaniecki dirigiendo la palabra á Litka; ¿ha partido tal vez para Italia?

—No, se ha quedado en Ezenstochan, y vuelve pasado mañana á Varsovia.

—¿Cómo sigue?

—Bien.

Litka, mientras iba contestando, observaba atentamente á su amigo; de pronto exclamó:

—¡Cómo ha adelgazado el señor Stach! ¿no es verdad, mamá?

—¡Es verdad! está usted algo pálido,—dijo la señora Emilia.

Efectivamente, Polaniecki había cambiado, porque apenas dormía, y la causa de su insomnio estaba sentada enfrente suyo. Más él lo atribuyó al exceso de trabajo y á los múltiples asuntos que le tenían ocupado.

Entretanto, habían llegado frente á la casa habitada por la señora Ewatovseki, y pocos minutos después, mientras la señora Emilia y su hija estaban en su habitación, Marina y Polaniecki se encontraron solos en el comedor.

—¿No tiene usted alguna otra amiga íntima, á más de la señora Emilia?—preguntó Polaniecki.

—No, ninguna.

—Esta es siempre buena y afable, y eso agrada mucho. Yo, por ejemplo, que soy solo, me hallo aquí como en mi casa.

Y con voz insegura, añadió:

—Estoy muy contento de que sea usted su amiga, porque así hay entre nosotros dos, algo de común, algo que nos une.

En sus miradas se transparentaba una muda plegaria; parecía querer decir: «No puedo vivir más

así, tiéndame usted su mano en señal de reconciliación».

Más precisamente porque él no le era indiferente, mostrábase ella más desdeñosa. Cuanto más se revelaba abiertamente á su buen corazón, cuanto más simpático se le aparecía, tanto más monstruosa le parecía su conducta para con ella y tanto más crecía su indignación.

Dotada de un sentimiento delicado, tímida por naturaleza, y previendo que una respuesta brusca podía destruir la armonía de aquellos momentos, la joven no contestó; más él pudo leer claramente en su mirada estas palabras: «Te afanas inutilmente, lo de antes no puede volver ya, y es mejor para los dos que permanezcamos separados uno de otro».

Instantáneamente desapareció su alegría; un amargo pesar oprimió de nuevo su corazón, y mirando el frío semblante de la joven, creyó que realmente la había perdido para siempre.

La reaparición de Litka puso término á esta penosa situación. La niña había entrado muy alegre y contenta, pero de improviso se detuvo y miró sorprendida á uno y otro. Después fué á sentarse silenciosa junto al velador donde estaba servido el té. También su alegría había desaparecido, apesar de que durante el desayuno, Polaniecki luchando con su propio dolor, trataba de aparecer sereno y sostener animada la conversación. Pero jamás se volvió hacia Marina, ocupándose únicamente de la señora Emilia y de Litka. Marina se apercibió de este detalle y lo tenía como una ofensa.

Por la tarde, la señora Emilia y su hija fueron á

tomar el té con Marina y su padre. El señor Plavicki había invitado también á Masko y á Polaniecki, pero este último no se dejó ver. Tan singular es el corazón humano, que Marina se disgustó de esta ausencia. Tanto el odio como el amor anhelan la proximidad del sér que es objeto de uno ú otro.

Durante una buena parte de aquella tarde, Marina dirigía á cada instante los ojos á la puerta; más al fin, persuadida de que Polaniecki ya no vendría, empezó á coquetear con Masko, cosa que sorprendió en gran manera á la señora Emilia.

XII

Masko, muy pagado de sí propio, debía estar convencido de la sinceridad de los actos de Marina para con él.

Indudablemente, el joven abogado le tenía mucho apego á la riqueza, pero, como no le faltaba talento, se había persuadido de que una señora de veras no le admitiría.

La señorita Plavicki no tenía dote, ó la tenía muy pequeña; más en cuanto se hubiese casado con ella, quedaba él libre de todas las cargas que se había impuesto en el acto de comprar Kerzemien. Emparentado con una familia noble podía obtener la clientela de la alta sociedad, llegando al objeto final á que había dedicado su ingenio. De esta manera habría acrecentado además su celebridad, y con el tiempo podría librar Kerzemien de todas sus cargas, y una vez rico al fin, abandonaría la abogacía, quedando convertido en un gran propietario rural, que era lo que vivamente deseaba.

Pensó en todo esto, y después de haber desechado todas las razones, en pro y en contra, se decidió á pedir la mano de la señorita Plavicki.

Masko había cumplido los treinta años, sin haber sabido jamás lo que era una verdadera pasión.

Sólo ahora comprendía la voluptuosidad que encerraba semejante amor, porque había acabado por enamorarse de Marina. También Marina había cambiado durante aquellos tiempos. La venta de Kerzemien le había quitado todas sus ocupaciones, y con éstas todo su trabajo de actividad.

A más de esto, había acumulado en su alma una fuerte dosis de amargura y de rencor. Todo esto sentía, y algunos días después de aquella tarde en que había esperado en vano á Polaniecki, se lo manifestó á la señora Emilia, mientras ésta se hallaba al anochecer en la sala inmediata al dormitorio de Litka.

—Ya sé,—dijo la joven,—que se ha turbado nuestra buena armonía de otro tiempo; no es esta la vez primera que deseaba hablar francamente contigo, pero no me he atrevido, porque me parecía que ya no era digna de tu amistad.

La señora Emilia atrajo á sus brazos á Marina y la besó en la frente.

—¡Qué dices Marina! Tú sigues siendo la niña sedada y dulce de antes.

—En Kerzemien era mejor que ahora. Tenía una ocupación, y me sustentaba la esperanza de que con el tiempo acaecería algo que me haría dichosa. Todo se ha desvanecido; en Varsovia no me sé orientar, y lo que es peor, no sé ser como antes. Tú te has extrañado al verme coquetear con Masko,

estoy segura de ello. Ni yo misma sé porque lo he hecho. Tal vez porque me he vuelto mala, tal vez porque estoy aburrida de mí misma, de él y de todo el mundo. No le amo y no me casaré nunca con él; por lo tanto obré mal, y ahora, al confesarlo me dá vergüenza; pero hay momentos en que encuentro un deleite singular en hacer daño á los demás. Ya no soy digna de ser amiga tuya.

Ardientes lágrimas se deslizaban por las mejillas de Marina.

La señora Emilia la estrechó tiernamente contra su pecho y trató de tranquilizarla.

—Masko,—la dijo luego,—tiene evidentes intenciones sobre tí. Hablándote con franqueza, creía que te casarías con él. Esta convicción me sorprendió en gran manera, porque no es un hombre apropiado para tí. Conociendo, sin embargo, el gran cariño que profesabas á Kerzemien, me había persuadido de que obrabas así para volver á ir allá.

—Al principio tuve este pensamiento. Quise convencerme á mí misma de que me gustaba y no le quise rechazar. Pero no lo he logrado; comprendo que no pueda conquistar Kerzemien en este precio; en esto cabalmente está mi falta. Yo no he tratado de desilusionar á Masko, antes bien le sigo engañando.

—Conozco las razones que te han hecho obrar así. Por enojo y coraje contra otro... ¿Lo he adivinado? Consuélate; todo se arreglará. Tu conducta con Masko tiene que ser tal, que le persuadas de que se ha equivocado, pero esto pronto, mientras estás aquí.

—Lo sé, Emilia, pero me parece que no solo las

palabras, sino hasta los hechos, nuestro modo de proceder nos han ligado; y él me lo podrá echar en cara.

—Tú le contestarás lisa y llanamente que has procurado convencerte á tí misma, pero que no lo has logrado. Advierte que no hay otra salida que esta.

Un breve silencio siguió á estas palabras; pero tanto Emilia como Marina comprendieron muy bien que hasta entonces ninguna de las dos habían osado tocar el punto que más les interesaba.

La señora Emilia se apoderó de las manos de Marina, y dijo:

—Ahora, Marina, confiesa que has coqueteado con Masko, porque estabas enojada con el señor Estanislao.

—Sí, por esto fué,—contestó Marina á media voz.

—¿De modo que no se ha borrado aún de tu memoria el recuerdo de su estancia en Kerzemien?

—No, pero habría sido mejor que no me hubiese acordado más.

Emilia acarició sus negros cabellos.

—Tú no puedes imaginarte cuan noble y generoso es Polaniecki. Tú no sabes que hizo venir de Mónaco un célebre médico cuando Litka se puso enferma en Reichenhall y que, para no afligirme, me hizo creer que el médico había venido para visitar á otro enfermo. ¿No es ésta una prueba de generosa bondad? Hay personas inteligentes, pero que carecen de energía; hay personas enérgicas pero que carecen de sentimientos delicados. En él lo encuentras reunido todo. Cuando estábamos á punto de perder todos nuestros bienes, y el herma-

no de mi marido trataba de salvarlos, éste halló un poderoso auxiliar en Polaniecki. Si Litka estuviese en edad de casarse, yo se la daría con gusto y con confianza. Yo no sé cómo enumerar todas las pruebas de amistad que hemos recibido de él.

—Si á vosotros os ha hecho tanto bien, ¡cuánto mal en cambio me ha hecho á mí!

—Pero no intencionadamente, Marina. ¡Si supieras cuanto sufre por su imprudencia, y como reconoce su falta!

—Me lo ha dicho—afirmó Marina:—mucho he pensado ya sobre esto, sí, quiero decir la verdad toda entera. En Kerzemien fué muy bueno conmigo, tan bueno (y esto te lo digo á ti sola, y hasta te lo debo haber escrito), que en la noche de aquel domingo no pude dormir, porque su imagen no se apartaba de mi mente. En aquel instante, sentía que una sola palabra suya habría bastado para que mi corazón quedase eternamente ligado al suyo. Parecíame que también él... Mas al día siguiente la cosa cambió totalmente de aspecto; recordé que él era el acreedor de mi padre, y de consiguiente acreedor mío también. Así partió. El por qué estaba tan convencida de que volvería ó de que cuando menos escribiría, no lo sé. Mas él no volvió, ni escribió siquiera. Una voz interior me decía que no me quitaría Kerzemien, y sin embargo me lo quitó. Después... Yo sé que Masko habló claramente delante de él y sé que le dió á entender y hasta le declaró esplicitamente que no tenía intención alguna conmigo. ¡Ob, Emilia mía! Esto no era solamente hacerme daño, era peor, mil veces peor. Por él, no fué solamente mi amada casa la que perdí, no;

fué mucho más: perdí la fe en los hombres, perdí la creencia de que el bien y la nobleza prevalecían sobre el mal y sobre la vulgaridad. Y hasta yo misma me volví mala. ¿Tenía razón él para proceder como ha procedido? Hasta puede ser. Me he formulado ya esta pregunta, y no he medido su falta; pero eso no quita que haya algo en mí que se ha desgarrado. ¿Qué tiene que ver el que después se haya operado en él un cambio, el que se arrepienta ahora de lo que ha hecho y el que hasta tal vez esté dispuesto á pedirme por esposa? ¿Qué importa que yo no le haya arrojado completamente de mi corazón, y que sienta una cierta aversión contra él? Esto es peor que si me fuera indiferente. ¿Cómo puedo tenderle la mano, teniendo tan lleno de hiel el corazón? Tú crees que no he sabido apreciarle bastante, y hasta esto podrá ser; pero cuanto más le veo, más comprendo cuan indiferente me ha llegado á ser: conozco que, si tuviera que escojer entre los dos, daría la preferencia á Masko, á pesar de serle muy inferior. Todo el bien que de él me has dicho, lo creo; pero yo ya no le amo, ni le amaré nunca más.

A Emilia se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Pobre señor Estanislao!—dijo como hablando consigo misma,

Tras una breve pausa, preguntó:

—¿De modo que no te duele?

—Me duele cuando me lo imagino tal como estuvo en Kerzemien, me duele cuando no lo veo; pero cuando se me presenta delante no siento más que aversión contra él.

—Porque tú no sabes cuan desgraciado es. No tiene á nadie en el mundo.

—Te tiene á tí por amiga, y quiere á Litka.

—Pero, Marina, esto es muy diferente. Tú sabes que él te ama de un modo muy distinto y mil veces más que á Litka.

La habitación donde se encontraban, estaba á la sazón completamente á oscuras. El criado trajo una lámpara encendida. Al aparecer súbitamente la luz, la señora Emilia distinguió una figura pálida, acurrucada en un sillón.

—¿Quién está ahí? ¿Eres tú, Litka?

—Sí, mamita.

La voz de la niña tenía un acento singular. La señora Emilia se levantó y aproximándose á su hija la preguntó:

—¿Cuándo has entrado aquí? Dí, ¿qué quieres?

—Estoy tan confusa...

La señora Emilia la tomó en sus brazos, y entonces notó que había llorado.

—Litka has llorado; pero, ¿qué tienes?

—Estoy tan afligida, tan afligida.

Y apoyando la cabeza en el hombro de su madre, púsose á llorar de nuevo.

Aquella misma noche, mientras se estaba desnudando para acostarse, entró resueltamente en la habitación de su madre y la dijo al oído:

—Mamita, tengo un gran pecado sobre mi conciencia.

—¡Pobrecita hija mía! Dime qué es lo que tanto te apena.

—Yo no quiero ya á Marina,—murmuró suavemente la niña.

XIII

La señora Emilia, Litka, lo propio que Marina y el señor Plavicki habían ido á comer en casa de Bigiel, que durante los meses de verano y á principios de otoño residía en una quinta situada á una hora de distancia de la ciudad. Era en un sereno día de otoño. La mayor parte de los árboles presentaban todavía un color verde hermoso y uniforme, solamente interrumpido á intervalos por algunas ramas despojadas de hojas ó con hojas de un color amarillo obscuro.

El señor Bigiel y su esposa, con todos sus hijos, habían recibido á los huéspedes. La señora Bigiel, que encontraba muy simpática á Marina, acogió tan cordialmente á la joven, que dejaba suponer la idea de conquistarla para Polaniecki, y que quería influir sobre ella al manifestar la efusión con que eran acogidos los amigos de este último.

El señor Plavicki, que había conocido á la familia Bigiel en casa de la señora Emilia, había tomado el aire afable de un gran señor, aire que le hacía aún más afectado que de costumbre. Besó la mano á la señora, y dirigiéndose á Bigiel, le dijo en tono de benévola protección.

—Hoy en día es una verdadera satisfacción encontrarse bajo el techo de un hombre como usted. Yo aprecio en gran manera sus cualidades, con tanto mayor motivo, cuanto que es usted el socio de mi primo, que también se ha dedicado al comercio.

—Polaniecki es un hombre activo,—respondió

sencillamente Bigiel mientras estrechaba la enaguantada mano del señor Plavicki.

Las señoras entraron en la casa para dejar los sombreros y luego volvieron á la galería.

—No ha venido el señor Polaniecki,—preguntó la señora Emilia.

—Sí, ha llegado esta mañana,—contestó la señora Bigiel,—solo que en este momento ha ido á hacer una visita á las señoras Kraslavski. Las señoras Hraslayski—añadió dirigiéndose á Marina,—son nuestras vecinas de campo.

—Recuerdo haber conocido en otras ocasiones á la señorita Terka Kraslavski, y hasta recuerdo que su rostro en extremo pálido me produjo una singular impresión.

—Oh, todavía está muy pálida hoy. Con motivo de su delicada salud, pasó en Pau el último invierno.

Mientras tanto, los hijos de Bigiel se habían apoderado de Litka y la habían invitado á jugar con ellos. Las pequeñuelas la enseñaron con orgullo su pequeño jardín, cuya vejetación dejaba bastante que desear, y trataban de espresarla su cariño, poniéndose de puntillas para darla de besos en las mejillas. Esta correspondía a sus caricias con la amabilidad y la ternura de una hermana mayor.

Pero los varones quisieron tener también su parte. Devastaron un pequeño banco de flores para hacer un ramo que ofrecieron á su joven amiga.

En este instante apareció Polaniecki al extremo del largo sendero que conducía á la quinta: de pronto no se apercibió de la presencia de Marina que se había unido á la tertulia que formaban los pequeños. Primeramente recorrió con la vista la

galería, después la parte del jardín que se extendía delante de la casa, y apretó el paso tan pronto como se presentaron á su vista las claras vestiduras de la joven. Litka, sabiendo que su madre se alarmaba en cuanto ella hacía un movimiento brusco, no se movió de su sitio, y siguió jugando con los demás niños; más estos, apenas divisaron á Polaniecki, abandonaron repentinamente sus cachivaches y se lanzaron al encuentro de su amigo, prorrumpiendo en fuertes gritos de alegría. Litka los quiso seguir pero retrocedió súbitamente, estremeciéndose todo su cuerpo y fijó sucesivamente en Polaniecki y en Marina sus grandes ojos llenos de tristeza.

—¿No quieres saludar al señor Polaniecki?—le preguntó esta última.

—No.

—¿Por qué, Litka?

—Porque...

Un ligero rubor coloreó las mejillas de la niña, sin que ella misma supiese el por qué no se atrevía á expresar su pensamiento.

Entre tanto Polaniecki se había acercado, rodeado de los niños y tratando de alejarlos riendo.

—No me apretéis tan de cerca, monines,—exclamaba,—porque sino es mando á todos á paseo.

Al mismo tiempo tendió sonriendo la mano á Marina; y volviéndose luego á Litka dijo:

—¿Cómo está mi pastorcilla?

Su mirada pareció influir favorablemente en la niña, pues esta le tendió sus manecitas y respondió:

—Muy bien, pero ayer estuve triste toda la no-

che porque no vino cierto señor Stach. Ahora tiene usted que venir en seguida á ver á mamá.

Todos volvieron á la galería.

—¿Ha hecho ya usted una visita á las señoras Kraslavscki?

—Sí, las señoras vendrán aquí después de comer.

Esperábase también al doctor Varcovski quien al fin llegó acompañado del señor Buckacki. Las intimas relaciones que éste tenía con Bigiel le autorizaban á venir sin estar invitado.

Saludó á la señora Emilia como de costumbre, bromeando y sin la menor sombra de sentimentalismo.

—¿No tenía usted intención de ir antes á Mónaco y después á Italia?—le preguntó esta última mientras se sentaba á la mesa.

—Sí, señora,—respondió Bukacki,—pero me olvidé de llevar conmigo el cortaplumas que me sirve para cortar las páginas de los libros que leo durante el viaje; y por esto regresé á Varsovia.

—¡Realmente es un motivo muy grave!

—No puede V. figurarse la grima que me da, el ver que los hombres únicamente obran por motivos importantes. ¿Acaso estos, tienen algún privilegio especial? Además, tenía el triste deber de acompañar á su última morada los restos de un amigo; he asistido á los funerales del pobre Sisoviez.

—¿Aquel *sportman* pequeño y flaco?—preguntó Bigiel.

—Sí,—contestó Bukacki:—puede usted creer que aún no me he recobrado de la sorpresa de que un hombre que durante toda su vida no hizo otra cosa que cometer locuras, se haya decidido á dar un pa-

so tan serio como lo es el de la muerte. En esto no lo he reconocido.

—A propósito,—dijo Polaniecki tomando la palabra;—las señoras Kraslavscki me han contado que Plozovski, aquel que trastornaba la cabeza á todas las mujeres de Varsovia, se ha abrasado los sesos en Roma.

—¡Es un pariente mío!—exclamó Plavicki.

Esta noticia afectó mucho á la señora Emilia. No había conocido personalmente á Plazovski, pero había estado en íntimas relaciones con una tía suya, y sabía que esta señora adoraba á su sobrino.

—¡Dios mío! ¡Qué desgracia!—exclamó.—¿Pero es cierto? ¡Un joven tan rico y dotado de tan buenas cualidades! ¡Pobre señorita Plozovski!

—Que lástima que queden sin herederos unos bienes tan cuantiosos,—añadió Bigiel.—Yo conozco la fortuna de la familia Ploszovski, porque estos radican cerca de Varsovia. La anciana señora Ploszovski no tenía más que dos parientes, este sobrino que se ha suicidado y la señora Kromicki que murió también. Pero dejemos á un lado los muertos y hablemos de los vivos... ¡Vaya! ¡á la salud de la señora Emilia!

—Y á la de Litka,—agregó Polaniecki.

Y volviéndose á Marina, prosiguió:

—Y á la de nuestras comunes amigas.

—¡De todo corazón!—prorrumpió la joven.

—Ya sabe usted—continuó él bajando la voz,—que yo considero á Emilia y á Litka, no sólo como amigas, sino además... como diré... como á mis patrocinadoras. Litka es todavía una niña, pero la se-

ñora Emilia sabe escoger sus amigos. Por lo tanto, si alguien tiene prevenciones contra mí, aún admitiendo que sean fundadas, por no haber obrado yo como debía, no debe considerarme como al peor de todos los hombres, pues sé cuanto me aflige esto y sobre todo porque sabe cuanta amistad y cuanta benevolencia me profesa la señora Emilia.

Marina quedó muy desconcertada y se sintió dominada por un sentimiento de involuntaria compasión, cuando él, en voz más baja todavía añadió:

—Esto es un tormento indecible y una amarga pesadumbre desgarrar mi corazón.

Antes que pudiese ella contestar, levantóse Plavicki para brindar por la señora Bigiel, haciendo un largo discurso en elogio de las mujeres en general y de la señora Bigiel en particular.

Polaniecki estaba fuera de sí y deseó de todo corazón que al prolijo orador le ahogaran sus propias palabras.

Habiase desvanecido su esperanza de obtener una benévola respuesta de Marina. La joven se levantó para hacer chocar su vaso con el de la señora Bigiel, y cuando se volvió á sentar, él no se atrevió á provocar una respuesta. Después de la comida comparecieron las señoras Kraslavski. La madre, de unos cincuenta años de edad, muy vivaracha y parlanchina; la hija, por el contrario, rígida y fría; por lo demás esta última tenía una figura muy graciosa, pero estaba tan pálida que parecía una Virgen de Hollbein.

Polaniecki, contrariado, entabló desde luego conversación con ella. De vez en cuando dirigía una

mirada al lozano rostro de Marina pensando para sus adentros:

—Si á lo menos tú, cruel, me hubieses dicho una palabra buena...

Y creció hasta tal punto su contrariedad, que, como la señorita Kraslavski que tenía el defecto de abusar de la *e*, hubiese dicho *meme* en lugar de *mama* se apresuró á preguntar:

—¿Á quién llamáis?

Pero la *meme* estaba muy atareada comentando el suicidio del joven Ploszovski.

—Le aseguro á usted,—decía animándose progresivamente,—que la cosa es clara: se ha matado por el dolor que le ha producido la muerte de la señora Kromicki, que era una gran coqueta. ¡Dios se apiade de su alma! Yo no podía soportarla, sobre todo cuando hacía la melindrosa en presencia de mi Terka. Un ejemplo muy peligroso para una jovencita inocente. Hasta la misma Terka no la podía soportar.

—Pero siempre he oído decir,—interrumpió la señora Emilia,—que la señora Kromicki era un ángel de bondad.

—Señora,—añadió Bukacki, dirigiéndose á la señora Kraslavski á pesar de no haber oído jamás hablar de la Kromicki.—Le doy á usted mi palabra de honor de que era un ser angelical.

La mamá de Terka guardó silencio por algunos instantes: no sabía que replicar. No quería ser descortés porque Bukacki era rico y de consiguiente un buen partido para su hija; y por lo tanto se limitó á contestar:

—Para los hombres, todas las mujeres hermosas

son ángeles. La señora Kromicki puede haber sido una excelente señora, pero carecía de todo: esto es positivo.

Como nadie replicó, la conversación tomó otro giro.

Al anochecer los invitados hicieron los preparativos de marcha. Litka se acercó á su madre y la echó los brazos al cuello, murmurando algo á su oído. Esta hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y, volviéndose á Polaniecki, le dijo:

—Señor Estanislao, si no tiene usted intención de pasar la noche aquí, puede usted venir con nosotras. A Litka la colocaremos entre Marina y yo y así quedará sitio para usted.

—Me es absolutamente imposible quedarme aquí, y de consiguiente, os quedo muy agradecido por la oferta—contestó Polaniecki.

Luego, volviéndose á la que había inspirado aquel pensamiento la tomó en sus brazos y murmuró dulcemente a su oído:

—¡Has sido tú, corazoncito mío, has sido tú!

Pocos minutos después, el carruaje avanzaba por el camino de Varsovia. Al hermoso día, hábale sucedido una noche espléndida, iluminada por la luna.

Polaniecki respiró con deleite el fresco aire de la noche, lleno de gozo el corazón por hallarse entre los seres que le eran más queridos. A la claridad de la luna distinguía perfectamente el rostro de Marina, que en aquel instante le parecía serena y tranquila. Tal vez entre sí pensaba: «Sus sentimientos y los míos son idénticos; su desdén tal vez se desvanece en la profunda paz que reina entre nosotros.

Litka se había acurrucado entre las dos mujeres; y parecía estar durmiendo. Polaniecki la cubrió cuidadosamente los piecitos con el chal de la señora Emilia. Un buen trecho del camino se recorrió en medio del más absoluto silencio. Al fin, la señora Emilia fué la primera en romperlo, diciendo:

—Este suicidio será probablemente el epílogo de alguna espantosa tragedia. Tal vez no le faltaba razón á la señora Kraslavseki al sostener que el suicidio del uno estaba legado á la muerte de la otra.

—Después de un suicidio, siempre se hacen mil comentarios,—respondió Marina,—y esto, á mi modo de ver, está mal hecho; parecé que no se le tiene compasión alguna al desgraciado.

—Antes que todo,—dijo á su vez Polaniecki,—hay que tener compasión para los que pueden experimentar todavía sus efectos; es decir, para los vivos.

Nuevamente quedó interrumpida la conversación. Sólo al cabo de algunos minutos, mientras el coche pasaba corriendo por delante de una casa cuyas ventanas estaban iluminadas, repuso Polaniecki:

—Es la quinta de las señoras Kravslavski.

—Yo,—observó la señora Emilia,—encuentro muy inconveniente la manera como aquella señora se ha expresado con respecto á la desdichada Kromicki.

—Es una hiena,—dijo Polaniecki.—¿Y sabe usted quién es la causa? Es su hija. Esta quisiera pintar de negro á todos los seres de este mundo, para que su hija apareciera con la cándida blancura de un

ángel. Como que tenía sus proyectos sobre el pobre Ploszovski y la señora Kromicki era un obstáculo para sus miras, por eso la odiaba de todo corazón.

—Por lo demás,—observó Marina,—la señorita Terka es bonita.

—Es una autómatas, cuyo corazón no palpita si á su madre se le olvida darle cuerda. De mujeres de esta clase hay una infinidad, por más que muchas de ellas á primera vista no lo parezcan. Es cosa increíble; sin embargo, un amigo mío, un joven médico, se enamoró locamente hace cerca de dos años, de aquella muñeca sin alma. Dos veces consecutivas pidió su mano, y á las dos veces fué rechazado porque aquellas señoras se habían formado otros proyectos, y él se expatrió á Holanda, donde murió de consunción. Al principio me escribía con regularidad para pedirme noticias de su autómatas; después dejé de recibir cartas suyas.

—¿Lo sabe ella?

—Lo sabe, porque siempre que tenía ocasión de verla, yo le hablaba del joven médico. Su recuerdo no ha alterado ni por un instante su serenidad. Habla de él como de cualquier persona extraña. Y pensar que mi pobre amigo era un escéptico, un materialista, ¡un verdadero hijo de nuestro siglo! Sin embargo sostenía que la pasión se burla de toda la filosofía de este mundo, y hasta una vez me dijo: «¿Qué quieres que te diga? prefiero ser desdichado con ella, á ser dichoso con otra.» Lo cual equivale á decir que la razón juzga con rectitud, pero que el alma, es eternamente esclava de las pasiones.

En aquel momento el coche recorría un camino

flanqueado de castaños, cuyas ramas, iluminadas por los faroles del coche, parecían encendidas.

—Y si á uno le sobreviene una desgracia semejante, tiene que resignarse,—observó de pronto Polaniecki,—como conclusión de un razonamiento que se hubiese hecho á sí mismo.

La señora Emilia se inclinó hacia Litka murmurando:

—¿Duermes?

—No, mamita,—contestó la niña.

XIV

—Yo no le tengo mucho apego al dinero,—decía el señor Plavicki,—pero si la Providencia hubiese decretado que nos tocara á nosotros una parte de esa importante herencia, es cosa segura que no la rechazaría.

—Le ruego á usted que considere,—observó fríamente Masko,—que ante todo, sus pretensiones de usted no tienen fundamento alguno.

—No por esto se tiene de renunciar á ellas.

—Y además, que la señorita Ploszovski vive aún.

—Sí, pero esa señorita es una especie de choza ruinosa y no puede vivir largo tiempo.

—Pero puede disponer de sus bienes para fines benéficos.

—También se pueden rebatir las disposiciones testamentarias.

—Y finalmente, que su parentesco de usted es de décimo á undécimo grado.

—Pero no hay parientes más próximos.

ángel. Como que tenía sus proyectos sobre el pobre Ploszovski y la señora Kromicki era un obstáculo para sus miras, por eso la odiaba de todo corazón.

—Por lo demás,—observó Marina,—la señorita Terka es bonita.

—Es una autómeta, cuyo corazón no palpita si á su madre se le olvida darle cuerda. De mujeres de esta clase hay una infinidad, por más que muchas de ellas á primera vista no lo parezcan. Es cosa increíble; sin embargo, un amigo mío, un joven médico, se enamoró locamente hace cerca de dos años, de aquella muñeca sin alma. Dos veces consecutivas pidió su mano, y á las dos veces fué rechazado porque aquellas señoras se habían formado otros proyectos, y él se expatrió á Holanda, donde murió de consunción. Al principio me escribía con regularidad para pedirme noticias de su autómeta; después dejé de recibir cartas suyas.

—¿Lo sabe ella?

—Lo sabe, porque siempre que tenía ocasión de verla, yo le hablaba del joven médico. Su recuerdo no ha alterado ni por un instante su serenidad. Habla de él como de cualquier persona extraña. Y pensar que mi pobre amigo era un escéptico, un materialista, ¡un verdadero hijo de nuestro siglo! Sin embargo sostenía que la pasión se burla de toda la filosofía de este mundo, y hasta una vez me dijo: «¿Qué quieres que te diga? prefiero ser desdichado con ella, á ser dichoso con otra.» Lo cual equivale á decir que la razón juzga con rectitud, pero que el alma, es eternamente esclava de las pasiones.

En aquel momento el coche recorría un camino

flanqueado de castaños, cuyas ramas, iluminadas por los faroles del coche, parecían encendidas.

—Y si á uno le sobreviene una desgracia semejante, tiene que resignarse,—observó de pronto Polaniecki,—como conclusión de un razonamiento que se hubiese hecho á sí mismo.

La señora Emilia se inclinó hacia Litka murmurando:

—¿Duermes?

—No, mamita,—contestó la niña.

XIV

—Yo no le tengo mucho apego al dinero,—decía el señor Plavicki,—pero si la Providencia hubiese decretado que nos tocase á nosotros una parte de esa importante herencia, es cosa segura que no la rechazaría.

—Le ruego á usted que considere,—observó fríamente Masko,—que ante todo, sus pretensiones de usted no tienen fundamento alguno.

—No por esto se tiene de renunciar á ellas.

—Y además, que la señorita Ploszovski vive aún.

—Sí, pero esa señorita es una especie de choza ruinosa y no puede vivir largo tiempo.

—Pero puede disponer de sus bienes para fines benéficos.

—También se pueden rebatir las disposiciones testamentarias.

—Y finalmente, que su parentesco de usted es de décimo á undécimo grado.

—Pero no hay parientes más próximos.

—También Polaniecki es pariente de usted.

—Pariente mío rigurosamente no lo es; es un primo lejano de mi primera mujer.

—¿Y Bukacki?

—Respecto á éste, puede usted estar completamente tranquilo; no es más que primo de un cuñado mío.

—¿Y no tiene usted otros parientes?

—Los Gatoski de Yalbrzikov se titulan parientes nuestros, pero no sé con qué derecho. La mayor parte de los hombres sostienen lo que más lisonjea su vanidad.

Masko al plantear todas estas dificultades, tenía su objeto.

—En nuestros pueblos,—repuso,—los hombres son codiciosos, y apenas huelen una herencia, aún cuando la mayor parte de las veces sean ilusorios sus derechos sobre ella, acuden como otros tantos buitres atraídos por el olor de la presa. En tales casos todo depende de la elección del individuo más adecuado para el despacho de asuntos tan complicados. El que mejor escoje, es el que tiene mayores probabilidades de éxito. Se requiere un hombre activo, práctico y enérgico, porque un hombre sin energía y poco familiarizado con estas cuestiones, difícilmente se saldría con la suya, aún cuando estuviera dotado de cierto ingenio.

—Lo sé por experiencia,—observó Plavicki.

—Sin contar con que se convertiría usted en un juguete en manos de los abogados, los cuales entienden al dedillo el arte de desplumar á sus clientes.

—Le designaré á usted que es amigo nuestro.

—Y hará usted bien,—apoyó Masko con tono enfático;—porque realmente, tanto á usted como á la señorita Marina les profeso una verdadera amistad y hasta una especie de cariño como si perteneciese á vuestra familia.

—Se lo agradezco en nombre de la huérfana,—repuso Plavicki, tan conmovido por sus propias palabras que no pudo continuar.

Masko con tono solemne prosiguió:

—Asumiré toda la responsabilidad de la gestión de este asunto,—prosiguió Masko con tono solemne,—á pesar de que dudo mucho del éxito; pero conviene que yo tenga el derecho de hacer todo esto.

Y cogiéndole la mano á Plavicki, el joven abogado prosiguió:

—De seguro que habrá usted adivinado de qué le quiero hablar: de consiguiente le suplico que me escuche usted con paciencia.

Aún cuando no había nadie en la habitación bajó la voz y se puso á hablar con tono enfático. De vez en cuando Plavicki entornaba los ojos, y cuando el otro hubo terminado su larga peroración, dijo:

—Vaya usted á la sala: le diré á Marina que vaya en seguida á reunirse con vos. No sé lo que ella le contestará á usted. Sea cual fuere el resultado de vuestra entrevista, yo le he apreciado á usted siempre, y por lo tanto...

Aquí el señor Plavicki abrió los brazos arrojándose Masko en ellos, y contestando sin manifestar gran emoción, pero con gran dignidad:

—Gracias.

A los pocos minutos hallábase en la sala esperando.

Marina, aparecía al fin algo pálida, pero tranquila. Masko la ofreció una silla; luego se sentó frente á ella y empezó diciendo:

—Estoy aquí con permiso de su padre de V. No sé si podré expresar mejor de palabra lo que en silencio le he dado ya á entender. Más ahora me parece llegado el momento de expresar con su verdadero nombre el dulce sentimiento que usted me ha inspirado y lo hago confiando en su corazón y en su carácter. La amo, soy un hombre, con cuyo apoyo puede V. contar, y le pido que sea V. mi mujer.

Marina no contestó en seguida; parecía que estuviera indecisa sobre la elección de las palabras. Más por último dijo:

—Siento tener que darle una respuesta franca y sincera. La confesión que hago me es penosa, muy penosa, pero no puedo seguir manteniendo en el error á una persona como usted: yo no le amo, y jamás podré ser su esposa de usted.

El rostro de Masko se puso más colorado, si posible era, de lo que lo solía estar, y sus ojos adquirieron una expresión dura y fría.

—Su respuesta de V. es muy categórica,—dijo haciendo un gran esfuerzo para dominarse,—y para mí es tan dolorosa como inesperada. ¿Para qué quiere usted rechazar tan súbitamente mi proposición? Deje usted que transcurran algunos días; así tendrá tiempo de pensarlo mejor.

—Esta resolución hace ya algún tiempo que la tengo tomada, y mi respuesta la he pensado suficientemente.

En este punto la voz de Masko adquirió un tono seco y fuerte.

—Júzguese usted á sí misma, señorita,—dijo,—y verá si no fué su conducta la que me ha dado el derecho de hacerle una oferta semejante.

Masko contaba que Marina le contestaría que se había equivocado al juzgar su conducta, y que jamás se habría imaginado haber despertado en él una esperanza semejante. Más ella fijó en él su límpida mirada y contestó:

—Mi conducta para con usted no ha sido la que debía ser; me reconozco culpable y le ruego que me perdone.

Masko se sintió derrotado.

Una mujer que reconoce su falta desarma á cualquier adversario que, al par desu carácter, al par de la educación que ha recibido posea algún sentimiento caballeresco.

La cólera y el amor propio lastimado hicieron estremecer sus nervios, pero se dominó, tomó el sombrero, se acercó á Marina, é inclinándose para besarla la mano dijo:

—Sabía que estaba usted muy encariñada con Kerzemien; lo compré con el único objeto de ponerlo á sus pies. Ahora me doy cuenta de que equivoqué el camino. Le ruego que me dispense por mi equivocación. Me es tan querido su sosiego, como mi felicidad, por lo cual, no le dirijo á usted reproche alguno y me limito á desear que sea usted dichosa.

Dicho esto, hizo una profunda reverencia, y se alejó.

Marina permaneció inmóvil durante un largo espacio de tiempo. En su pálido semblante se reflejaba un dolor profundo; jamás habría creído á Masko capaz de un sentimiento noble.

—Polaniecki,—pensaba,—me arrancó Kerzemien para recobrar su dinero; y Masko lo adquirió para ofrecérmelo.

Jamás había quedado Polaniecki tan rebajado á sus ojos como en aquel momento. Fué tal la impresión que en ella produjo la conducta de Masko que estaba á punto de llamarle, pero le faltó el valor por más que se decía á sí misma que aquél era su deber.

Por otra parte ella no se podía imaginar la violenta disposición de ánimo en que Masko se hallaba. Razón completa tenía éste para estar furioso. Fallidos todos sus planes velase próximamente á la ruina. Había comprado Kerzemien con buenas condiciones, pero la finca era demasiado grande para los reducidos medios con que contaba. Una vez casado con Marina, habría quedado libre de la renta vitalicia que se tenía que pagar al señor Plavicki, y hasta habría podido tomarse tiempo para desprenderse del producto de la venta de Magierov. En cambio ahora, Plavicki, Polaniecki y todos los que alegaban derechos sobre la hacienda tenían que ser pagados; pues de lo contrario, se iría por tierra para siempre todo su crédito conquistado palmo á palmo con tanto trabajo.

Y Masko comprendía de sobra todo esto.

Entretanto Plavicki había entrado en la sala donde se hallaba.

—Le has rechazado,—empezó á decir,—porque de no ser así, antes de marcharse habría venido á decirme algo.

—Sí, papá.

—¿Y qué ha contestado?

—Todo lo que una alma noble puede contestar.

—Una nueva desgracia,—observó con plañidero tono el señor Plavicki;—obrando así, tal vez me has quitado el último pedazo de pan. Ya sabía que no tendrías consideración alguna conmigo.

—No podía obrar de distinto modo.

—Está bien: adiós, ya sé á donde tengo que ir para dar libre curso á mi dolor, ya sé donde hallar quien comparta mis lágrimas.

Y se fué al café á ver jugar al billar.

Media hora después Marina iba á casa de la señora Emilia.

—Me he quitado un gran peso del corazón,—exclamó apenas hubo entrado.—Hoy he rechazado categóricamente la proposición de matrimonio que me ha hecho el señor Masko.

La señora Emilia la estrechó contra su pecho sin articular palabra.

—Me ha causado lástima,—continuó Marina.—Se portó con tanta nobleza, que si en mi corazón hubiera existido una sola chispa de amor por él, no habría tenido valor para negarle mi mano.

Y refirió á su amiga toda la conversación sostenida con Masko.

—Querida Emilia,—terminó Marina,—conozco la amistad que le tienes al señor Polaniecki, pero sé justa por una vez; compara á estos dos hombres, no según sus palabras, sino según su proceder.

—Jamás haré semejante comparación,—exclamó Emilia,—es imposible, son dos seres antitéticos. Yo coloco á Polaniecki muy por encima de Masko, y encuentro que al juzgarles eres injusta, y hasta no tienes razón al sostener que el uno te ha quitado Kerze-

mien y que el otro te lo ha querido devolver, Estanislao no te ha arrebatado Kerzemien, y te lo devolvería de muy buen grado si en su mano estuviera. Hablas contra él por sistema.

—No, Emilia, no. Yo juzgo por los hechos y estos no se pueden desmentir.

—Y yo, Marina, te digo,—replicó Emilia acercándose á su joven amiga,—que no puedes juzgar desapasionadamente. ¿Y sabes por qué? Porque Polaniecki no te es indiferente.

Marina se estremeció como si Emilia le hubiese tocado con aspereza una herida que manaba sangre aún, y al cabo de algunos minutos, respondió casi con tono duro:

—El señor Polaniecki no me es indiferente: tienes razón. Pero la simpatía que por él alimentaba, se ha trocado hoy en aversión.

Emilia inclinó dolorosamente la cabeza: Marina, arrepentida de lo brusco de su respuesta, la abrazó diciendo:

—Siento vivamente ser causa de disgustos para tí, pero tengo que decir la verdad. De sobra sé que acabarás por dejar de quererme también tú y precisamente cuando quizás tendré mayor necesidad de tu cariño.

Las dos amigas se separaron como de costumbre besándose y abrazándose; pero comprendiendo que entre ellas se había interpuesto algo incomprensible, y que se habían turbado para siempre sus cordiales relaciones.

Algunos días después la señora Emilia, cediendo á las insistentes súplicas de Polaniecki, creyó oportuno decirle la verdad toda entera.

Y el joven, después de haberla escuchado atentamente contestó:

—Le doy á usted las gracias. Si la señorita Plavicki sólo siente aversión por mí, ya nada me queda que hacer. He hecho hasta lo imposible para reconciliarme con ella; no puedo ir más allá. Sé que me esperan días de dolor, pero sabré encontrar el valor suficiente para reprimir mi amor: se lo puedo asegurar á usted.

—Lo creo, mas ¡cuánto sufrirá usted!

—¡Qué importa! Cuando no pueda más, la llamaré á V. en mi auxilio, y estoy seguro de que con esto lo sabré soportar todo. Tengo la seguridad de que Litka la ayudará en esta buena obra.

Dichas estas palabras Polaniecki se despidió.

Firme en su propósito se dedicó en cuerpo y alma al trabajo, buscando en éste el olvido: más, durante sus largas noches de insomnio, no podía alejar los pensamientos que llenaban su mente y una profunda pesadumbre oprimía su corazón.

Pero como el dolor es para el hombre lo que el orin es para el hierro, el estado de su ánimo empeoró de día en día. ¿Qué había sacado de toda su energía? Vacío y desierto se presentaba para él el porvenir, y él mismo se había labrado su propia desventura. Su amor por Marina adquirió con el dolor mayor intensidad, y se apoderó de él un intenso deseo de poseerla. A pesar de todo lo cual, la esquivaba. Pero habiéndose puesto enferma Litka, pasó días enteros en casa de la señora Emilia, y con este motivo tuvo ocasión de pasar, en compañía de Marina, largas horas de vela á la cabecera del lecho de la pequeña enferma.

XV

En su nueva recaída, la pobre Litka tardó mucho tiempo en rehacerse. Entonces, durante el día, reposaba en una camita que se le había colocado en la sala. Acompañada de su madre y de Polanieki daba muestras de estar tranquila y satisfecha; más en presencia de Marina, permanecía seria, y á veces, con los ojos insistentemente fijos en ella, parecía querer darle cuenta de algo que atormentaba su ingénua imaginación.

Una tarde, mientras se hallaba sola con su madre, la dijo de improviso como si despertase de un sueño:

—Mamita, siéntate por un instante, aquí, á mi lado.

La señora Emilia consintió inmediatamente.

La enfermita la echó los brazos al cuello, apoyó su rubia cabecita sobre su hombro y murmuró dulcemente á su oído:

—Quisiera pedirte una cosa, pero no sé cómo decirlo.

—¿De qué se trata, vida mía?

Litka permaneció un instante pensativa, y luego contestó:

—Mamá, ¿qué quiere decir eso de amar de veras á uno?

—¿Amar á uno, Litka?—repitió la señora Emilia que no había comprendido bien la pregunta de su hija.

—Sí, mamita.

—Amar á uno quiere decir desear que esté bue-

no, de la manera como yo desearía que tú no estuvieses enferma.

—¿Y qué más?

—Desear siempre estar con él, desear que sea dichoso y hasta ser amada de él.

—¡Ahora comprendo!—exclamó Litka lanzando un profundo suspiro.—Siempre me he figurado que debía ser una cosa así.

—¿Y por qué me has hecho esta pregunta?

—Mira, mamá, una vez... ¿te acuerdas? era en el lago de Thum... oí que decíais que el señor Stach amaba á Marina; y ahora comprendo que debe ser muy desgraciado, porque nunca habla de ella.

—No te conmuevas tanto, hija mía.

—No me conmuevo, mamá. Ahora lo comprendo todo. El quisiera que ella lo amase, pero ella no lo ama y quisiera que siempre estuviese con él, y ella por el contrario vive con su padre y no se quiere casar con él.

—No quiere ser su mujer...

—Por esto sufre tanto, ¿verdad, mamá?

—Verdad.

—Sí, ahora veo claro. Pero, ¿si fuese su mujer, podría aprender á conocerle?

—Sí, vida mía. ¡Un hombre tan bueno!

—Sí, sí, ahora lo sé todo.

La niña cerró los ojos, y la señora Emilia quedó inmóvil y silenciosa para que se durmiera; más al cabo de algunos minutos, Litka repuso:

—Si él se casara con Marina, ¿cesaría de amarnos?

—No, Litka, nos tendría el mismo amor que nos tiene ahora.

—¿Pero le tendrá más cariño á ella que á nosotras?

—Es natural; Marina estaría siempre más cerca de él. Pero, ¿para qué te preocupas tanto de eso?

—¿Hago mal?

—Eso nunca. Yo siempre estoy pensando en el señor Stach. Oye, mamá, no le digas nada de eso á Marina.

Algunos días después, Polaniecki se hallaba solo en la cabecera de la cama de Litka, todo atareado en hinchar un globo de goma que había traído para la enferma.

De pronto ésta dijo:

—Señor Stach, he notado que mi mamá está muy afligida porque estoy enferma.

Polaniecki dejó de ocuparse del globo y la contestó:

—Esta picaruela lo ve todo y lo observa todo. Por lo demás, es natural que tu madre desee que estés buena.

—¿Y cómo es que todos los otros niños están buenos y únicamente yo estoy enferma?

—También han estado muy enfermos los niños de Bigiel. La mayor parte de los niños están sujetos á enfermedades.

Litka sacudía la cabeza como quien no acababa de darse por convencida, y de pronto repuso:

—Anteayer, mientras estaba sola, he oído música en la calle, he mirado por la ventana y he visto que era un entierro, y se me ocurrió la idea de que también yo me moriría.

—No digas disparates, Litka,—exclamó Polaniecki.

Y para ocultar su turbación y para hacer creer á la niña que daba poco crédito á sus palabras, prosiguió su tarea de llenar de aire el globo. Pero la niña proseguía:

—Me siento tan enferma, hay momentos que me hace sufrir tanto el corazón... Mamá, cuando reza, siempre me hace decir: «Devuélveme la salud, Señora». Y yo lo repito de muy buen grado, porque tengo miedo de morir. Sè que el Paraíso es muy bonito, pero la mamita no está allá... y estaré sola, sola en el cementerio... y hasta de noche...

Polaniecki echó á un rincón el globo, se acercó vivamente á la enferma, y apoderándose de sus manecitas, le dijo:

—Litka, si amas á tu madre y quieres á tu Stach, no pienses en estas cosas, que no sirven más que para agitarte. Si tu mamá lo supiera, tendría un inmenso pesar.

Litka unió las manos en tono suplicante.

—Mi buen señor Stach,—dijo en idéntico tono,—permitame usted que le pida todavía una cosa, no más que una, la última.

—Dí, niña,—contestó él acariciando su rubia cabellera,—pero con la condición de que sea una cosa juiciosa.

—¿Llorará usted sobre mi tumba?

—Eres muy mala.

—¡Querido Stach, mi querido Stach, respóndame usted.

—Qué muchacha tan fatal. ¿Te tengo que responder? Tú sabes cuánto te quiero, cuán profundo

es el cariño que te tengo. ¡Dios te proteja! Nadie en el mundo llorará tanto como tu Stach. Y ahora te estás callada un buen rato.

—Sí, no volveré á hablar, mi buen Stach,—contestó Litka fijando sus ojos llenos de gratitud en el rostro de su amigo.

En aquel momento entró la señora Emilia y Polaniecki se levantó para marcharse.

—¿Esta usted enfadado conmigo, señor Stach?—le preguntó la niña con angustiado acento.

—No, Litka,—contestó él.

Al llegar á la antecámara, oyó llamar ligeramente á la puerta, porque la señora Emilia había hecho quitar la campanilla. Abrió y se encontró en frente de Marina. Después de haberse saludado, la joven le preguntó:

—¿Cómo está Litka?

—Como de costumbre.

—¿Ha venido el médico?

—Sí: no ha encontrado cambio alguno. ¿Permite usted que le ayude?

Esto diciendo, trataba de quitarle el abrigo. Y como ella procurase evitarlo, Polaniecki, que estaba afligido aún por las palabras de Litka, no pudo contenerse y dijo con amargo tono:

—Quería cumplir un simple deber de cortesía. Habría hecho lo mismo para cualquiera otra señora. Y además, puede usted estar segura de que en este momento no pienso en nadie más que en Litka.

Sorprendida Marina ante este reproche, detúvose mortificada frente á él, no sintiéndose ya con fuerzas para impedir que la quitase el abrigo. Mas con

gran asombro suyo, no se sintió ofendida por aquellas palabras, antes bien parecía que sólo un hombre claro y sensible podía expresarse en aquellos términos.

Su enérgico proceder ejerció sobre la delicada naturaleza femenina de la niña un gran efecto, y nunca como en aquel momento había producido una impresión semejante, pasajera si se quiere, sobre ella.

Marina alzó hasta él los ojos asombrada y respondió:

—Le ruego á usted que me dispense.

Polaniecki, que entre tanto se había calmado, y se había arrepentido de su arrebató, replicó:

—Yo soy quien debo pedirle que me dispense. Litka me acaba de hablar ahora mismo de su muerte, y me ha conmovido de tal manera, que casi he perdido la cabeza. Fácilmente comprenderá usted esto y me dispensará.

Dicho esto, y después de haberla saludado de nuevo, salió.

XVI

Al día siguiente, Marina le pidió á la señora Emilia que la permitiese pasar allí las noches, cuando menos hasta que la pequeña enferma se hubiese restablecido. Esta proposición tuvo asimismo el apoyo de Litka, la cual hizo que la señora Emilia consintiera.

El señor Plavicki no hizo, por su parte, oposición alguna; antes por el contrario, estaba muy contento de poder ir á comer al restaurant. Además, Ma-

rina iría todos los días un rato á su casa, para arreglarla, y para enterarse de la salud de su padre.

Polaniecki y Marina se veían todos los días, porque él en cuanto sus asuntos lo dejaban libre, iba en seguida á casa de la señora Emilia, para recibir á las personas que venían á preguntar por el estado de Litka. Así tuvo ocasión de conocer á Marina como á enfermera, y de apreciar su paciencia y su ternura para con la niña, que iba mejorando visiblemente.

El médico le dió permiso para levantarse cada día durante algunas horas, de andar por la habitación, y para que se la transportara sentada en un sillón hasta el pie de un balcón abierto, desde donde se distraía mirando á la gente que paseaba por la calle. A veces formulaba preguntas muy originales.

Cierto día pasaba un pesado carro cargado de grandes macetas, en las cuales había limoneros plantados, y al ver que se balanceaban con fuerza las cimas de los árboles á cada sacudida del carro, dijo:

—De seguro que estas plantas no padecen del corazón.

Y volviéndose á Polaniecki, añadió:

—¿Viven mucho las plantas, señor Stach?

—Mucho, pueden alcanzar hasta mil años.

—Pues me gustaría ser árbol. Marina, ¿qué árbol te gustaría ser?

—Un abedul.

—Entonces yo sería un abedul pequeño, y mamá

uno grande, y creceríamos juntas las dos. ¿Quisiera usted ser también un abedul, señor Stach.

—Sí, pero á condición de que pudiese crecer muy cerca del abedul pequeño.

Litka sacudía la cabeza con aire de incredulidad y repuso:

—No, no, ahora ya lo sé todo y sé cerca de quien el señor Stach querría crecer.

Marina se ruborizó. Polaniecki acarició la rubia cabellera de Litka murmurando:

—¡Ah, picarilla!

Litka se apoyó en el respaldo del sillón y cerró los ojos. Dos gruesas lágrimas aparecieron en sus cerradas pupilas y se deslizaron lentamente por sus mejillas; mas luego volvió á abrir los ojos y dijo con una sonrisa angelical.

—Yo amo á mamá más que á todos. Y también amo al señor Stach y á Marina.

XVII

El profesor Vascovski iba diariamente á casa de su amigo Estanislao para saber noticias de Litka, y cada vez traía flores frescas para ella. Un día en que Polaniecki le dió las gracias en nombre de la señora Emilia, le contestó:

—¡Cómo! no vale la pena de hablar de una cosa tan insignificante. ¿Cómo sigue hoy la pequeñuela?

—Ni mejora ni empeora. ¡Cuando pienso que esa pobre niña está destinada á morir!...

Polaniecki no pudo continuar, porque las lágrimas le hacían un nudo en la garganta. Solo haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, pudo continuar:

—Todavía puede esperarse en la divina misericordia. La razón natural dice que la persona que está enferma del corazón tiene que morir. ¡Qué pesar tan grande nos causará á todos!

En aquel momento llegó Bukacki, el cual, después de haberse enterado de la salud de Litka á quien quería con ternura, preguntó de qué se hablaba, y cuando lo supo, volvióse á Vascovski y dijo:

—No sé por qué los hombres han de estar siempre sometidos á un error, y no sé por qué se esfuerzan en sentar principios, desde el momento en que la ciega Providencia los puede reducir á la nada.

Mas el anciano pedagogo, contestó con sosegado acento:

—¿Pretendería usted acaso medir con su medida la sabiduría y la misericordia de Dios? ¿Quien anda aquí abajo en esta tierra, en medio de perpetuas tinieblas, tiene quizás el derecho de negar que más allá de las nubes está el cielo, de negar la existencia del sol y de la luz? ¿Y quien diga que la divina Providencia no ha encomendado á nuestra enfermita el cumplimiento de una misión, y que muera antes de que se haya cumplido?

—¡Misticismo!—exclamó Bukacki.

—Misticismo ó no, ojalá quisiera Dios que fuese fundada la suposición de Vascovski. Imposible me parece que esa pobre niña tenga que morir.

—¡Quién sabe!—repuso el profesor—¡quién sabe! tal vez alargará más que todos nosotros.

—Dios se apiade de la pobre madre y de la niña—continuó Polaniecki;—haría decir no una misa,

sino ciento, si supiera que han de servir para algo.

—Basta una, con tal que se diga con verdadera intención.

—Pues voy á hacerla decir. Respecto á la sinceridad de mis intenciones, puedo asegurar que no serian más sinceras si se tratase de mi propia vida.

Vascovski dijo con afable sonrisa:

—Está usted en el buen camino, porque su corazón es capaz de amar de veras.

Segulan hablando los tres amigos cuando entró Bigiel. Desde luego notó la apacibilidad de sus semblantes.

—Leo en vuestras caras que Litka ha mejorado,—exclamó.

—Sí, sí,—se apresuró á contestar Polaniecki,—el profesor nos ha dirigido palabras tan consoladoras que han sido un bálsamo para nosotros.

—Loado sea Dios. Mi mujer ha hecho celebrar una misa y luego ha ido á casa de la señora Emilia. Ya que Litka está mejor, quiero daros una gran noticia.

—¿Cuál?

—He encontrado á Masko que me ha dicho que vendría aquí dentro de poco; se casa.

—¿Con quién se casa?—preguntó Polaniecki.

—Con mi vecina, la señorita Kraslavski.

En aquel momento entró Masko. Mukacki se volvió hacia él y le acogió con estas palabras:

—*Te felix Masko nube.*

Llenáronle todos de felicitaciones, que él aceptó con gran dignidad.

—Queridos amigos míos,—dijo luego tomando la palabra,—os doy las gracias con todo corazón: no

dudo de que nuestros deseos se realizarán. Todos vosotros conocéis ya á mi novia.

—El negocio de Kerzemien se te presenta en el momento oportuno,—observó Polaniecki.

Polaniecki había dado en el blanco, porque efectivamente, sin eso jamás habría podido obtener la mano de la señorita pálida. Mas precisamente porque había estado acertado, Masko lo tomó á mal y contestó:

—Tú me facilitaste la compra; pero si alguna que otra vez te lo agradezco, hay momentos en que me vienen ganas de maldecirte.

—¿Por qué?

—Porque Playicki es el hombre más fastidioso é insoportable del mundo, y porque tu prima, la gran señora, se pasa todo el santo día llorando en todos los tonos su Kerzemien, su paraíso perdido. Cree que nada tiene de divertido.

Polaniecki se levantó de un salto y dijo formalizándose:

—Oye, Masko, yo he dicho lo que he dicho de mi pariente, mas no por eso puedo permitir á otro que lo repita, y mucho menos á tí que le deberías estar agradecido, porque por su medio has realizado un negocio excelente. En cuanto á Marina, su pesar por la pérdida del hogar paterno demuestra su buen corazón, demuestra que tiene sentimientos buenos, y que no es ninguna muñeca ó un monigote lleno de estopa, como cierta otra señorita que conocemos. ¿Has entendido?

Masko se puso colorado como una amapola. Había comprendido á quien Polaniecki aludía con aquellas palabras. Estremeciéronse sus labios, pero

supo contenerse. No era cobarde, pero por muy animado que un hombre sea, siempre hay otra persona con quien no se tienen ganas de venir á las manos.

Para Masko, esta otra persona era Polaniecki. De consiguiente, después de haberse encogido de hombros, respondió tranquilamente:

—¿Por qué te enfadas? Si mis palabras te han ofendido...

—Yo no estoy enfadado,—interrumpió Polaniecki, mirándole fijamente en la cara,—pero te aconsejo que otra vez peses bien tus palabras.

—Tendré presente tu advertencia,—replicó Masko,—pero permíteme que también yo te dé un consejo. Otra vez no te atrevas á emplear conmigo un lenguaje semejante, porque podría darse el caso de que te pusiera á raya.

—¡Vamos á ver!—gritó Bukacki,—¿qué mosca le ha picado á usted?

Polaniecki, cuya antipatía hacia Masko habíase aumentado durante los últimos tiempos, habría llevado tal vez en aquel momento la cosa al extremo, si de improviso no hubiese entrado la criada de la señora Emilia.

—Venga usted corriendo enseguida,—dijo anhelante ésta, dirigiéndose á Polaniecki,—la señorita se muere.

El joven palideció, tomó el sombrero y se lanzó fuera de la habitación. Un silencio angustioso siguió á su desesperación. Masko fué quien al fin rompió este silencio.

—He olvidado,—dijo,—que en estos momentos todo se le debía perdonar.

Vascovski se puso á rezar con la cabeza inclinada, y terminó su plegaria con estas palabras:

—Solo Dios puede alejar la muerte, solo Dios la puede salvar.

Quince minutos después, Bigiel recibía de su esposa un billete concebido en estos términos:

«Afortunadamente ha pasado la crisis.»

XVIII

Lleno de angustia, con el temor de no encontrar ya viva á Litka, Polaniecki corrió á casa de la señora Emilia. Sintió como si renaciera á la vida cuando ésta le acogió con estas palabras.

—Mejor, mejor.

—¿Está aquí el médico?

—Sí.

—¿Y la niña?

—Duerme.

A pesar de haber recobrado la esperanza, el rostro de la señora Emilia conservaba impresas las huellas de la angustia y de la inquietud. Tenía descoloridos los labios, brillantes y encendidos los ojos, las mejillas ardientes como tizonas. Debía estar rendida de fatiga, porque había pasado veinticuatro horas sin dormir.

El médico, un hombre joven y de energía, aseguraba que ya había pasado el peligro, y la pobre madre estaba pendiente de sus labios mientras él le decía á Polaniecki:

—Es preciso evitar una nueva crisis y la evitaremos,

A pesar de que esas palabras consoladoras que

rían significar que un nuevo ataque sería fatal, la madre se asió de la última esperanza, esto es la de poder evitar una crisis ulterior, ni más ni menos que el que está á punto de arrojarse á un abismo y trata de agarrarse á las débiles matas que crecen en su boca.

—Sí, la evitaremos,—repetía sin cesar la pobre señora estrechando las manos al doctor.

—Como le he dicho á usted,—repuso el médico dirigiéndose á la señora Emilia,—el peligro ha pasado, y por lo tanto de nada serviría aquí mi presencia; volveré mañana por la mañana. Pero usted debe procurar dormir, es indispensable, lo necesita usted.

—Es imposible,—objetó la señora Emilia.

Entonces el médico la miró fijamente con sus ojos de color azul pálido, y dijo con tono lento é incisivo.

—Dentro de una hora se acostará usted y dormirá, quiero que duerma usted durante siete ú ocho horas consecutivas. Mañana se sentirá usted más fuerte. Conque, buenas noches.

—Y si duermo, ¿quién le dará la medicina á Litka?

—Se busca otra persona que se la dé. Usted tiene que dormir. Buenas noches.

Despidióse con estas palabras y salió.

Cuando el médico hubo salido, Polaniecki le dijo á la señora Emilia:

—Ahora tiene usted que seguir la prescripción del doctor. Es absolutamente necesario que usted descanse un poco. Yo la reemplazaré. Voy ahora

Vascovski se puso á rezar con la cabeza inclinada, y terminó su plegaria con estas palabras:

—Solo Dios puede alejar la muerte, solo Dios la puede salvar.

Quince minutos después, Bigiel recibía de su esposa un billete concebido en estos términos:

«Afortunadamente ha pasado la crisis.»

XVIII

Lleno de angustia, con el temor de no encontrar ya viva á Litka, Polaniecki corrió á casa de la señora Emilia. Sintió como si renaciera á la vida cuando ésta le acogió con estas palabras.

—Mejor, mejor.

—¿Está aquí el médico?

—Sí.

—¿Y la niña?

—Duerme.

A pesar de haber recobrado la esperanza, el rostro de la señora Emilia conservaba impresas las huellas de la angustia y de la inquietud. Tenía descoloridos los labios, brillantes y encendidos los ojos, las mejillas ardientes como tizonas. Debía estar rendida de fatiga, porque había pasado veinticuatro horas sin dormir.

El médico, un hombre joven y de energía, aseguraba que ya había pasado el peligro, y la pobre madre estaba pendiente de sus labios mientras él le decía á Polaniecki:

—Es preciso evitar una nueva crisis y la evitaremos,

A pesar de que esas palabras consoladoras que

rían significar que un nuevo ataque sería fatal, la madre se asió de la última esperanza, esto es la de poder evitar una crisis ulterior, ni más ni menos que el que está á punto de arrojarse á un abismo y trata de agarrarse á las débiles matas que crecen en su boca.

—Sí, la evitaremos,—repetía sin cesar la pobre señora estrechando las manos al doctor.

—Como le he dicho á usted,—repuso el médico dirigiéndose á la señora Emilia,—el peligro ha pasado, y por lo tanto de nada serviría aquí mi presencia; volveré mañana por la mañana. Pero usted debe procurar dormir, es indispensable, lo necesita usted.

—Es imposible,—objetó la señora Emilia.

Entonces el médico la miró fijamente con sus ojos de color azul pálido, y dijo con tono lento é incisivo.

—Dentro de una hora se acostará usted y dormirá, quiero que duerma usted durante siete ú ocho horas consecutivas. Mañana se sentirá usted más fuerte. Conque, buenas noches.

—Y si duermo, ¿quién le dará la medicina á Litka?

—Se busca otra persona que se la dé. Usted tiene que dormir. Buenas noches.

Despidióse con estas palabras y salió.

Cuando el médico hubo salido, Polaniecki le dijo á la señora Emilia:

—Ahora tiene usted que seguir la prescripción del doctor. Es absolutamente necesario que usted descanse un poco. Yo la reemplazaré. Voy ahora

mismo al cuarto de Litka, y no me muevo de allí en toda la noche.

La señora Emilia, que solo pensaba en su hija, en vez de contestar directamente á Polaniecki, dijo:

Antes de que viniese la crisis, Litka no tenía otra cosa en la cabeza que su nombre de usted y el de Marina; me hizo preguntas muy raras, y entre ellas la de si era verdad que á los niños enfermos no se les podía negar nada. Naturalmente, la contesté que era cierto, pero con tal que fuese cosa que se pudiera conceder. Comprendíase que tenía algo en la imaginación, cuando vino Marina, me repitió la misma pregunta. Parecía muy contenta, pero casi en seguida la asaltó el mal. Por fortuna estaba presente el médico.

—La mayor fortuna es la seguridad que éste ha dado de que no se repetirá la crisis,—observó Polaniecki.

—Dios es tan misericordioso, tan bueno...—dijo la señora Emilia alzando los ojos al cielo.

Pocos minutos después, Polaniecki se hallaba solo en la estancia de la pobrecita enferma.

Litka se había dormido boca arriba de cara al techo; tenía sus enflaquecidos brazos tendidos á lo largo del cuerpo encima del cobertór, y en torno de sus hundidos ojos divisábase un ancho círculo negro. Su extremada palidez su boca abierta y su inmovilidad daban al rostro de la niña el aspecto de la muerte. Únicamente el ligero movimiento de los bordados que adornaban su camisón de noche, daban á conocer que la niña vivía y respiraba. Po-

laniecki se sentó al lado del lecho, con el corazón henchido de una inmensa tristeza.

Entre tanto había anochecido. La señora Emilia entró llevando una lamparilla.

—¿Duerme?—preguntó en voz baja.

—Sí,—contestó también en voz baja Polaniecki.

La señora Emilia fijó en la enferma una mirada escudriñadora.

—Mirad cuan tranquilamente y con cuanta regularidad respira,—murmuró el joven.—Mañana se encontrará mucho mejor.

—Así lo espero,—contestó la señora sonriendo tristemente.

—Pero ahora la mamá tiene que pensar en sí propia; id á acostaros, si no queréis que os riña de veras.

—Voy en seguida. Dentro de poco deben venir Marina y el profesor Vascovski. Marina está empeñada en pasar la noche aquí.

—Tanto mejor. La señorita Plavicki sabe cuidar muy bien á los niños. Con que, buenas noches.

—Buenas noches:

Polaniecki quedó solo en la habitación abrumado en sus pensamientos y en sus poco agradables recuerdos, hasta á la llegada de Marina. Al aparecer ésta, saludáronse ambos con una ligera inclinación de cabeza. Polaniecki cogió un sillón, empleando grandes precauciones para no hacer ruido, lo colocó junto al lecho, é hizo seña á Marina de que lo podía ir ocupar. Esta fué la que primero tomó la palabra.

—Ahora,—dijo,—puede Vd. ir á tomar el té. El profesor Vascovski le aguarda en la sala.

—¿Y la señora Emilia?

—No podía tenerse en pie. Por más que se esforzó en resistir el sueño, tuvo que ceder é irse á acostar.

—Ya sé yo el porqué.

—El médico ha tratado de hipnotizarla, y se vé que lo ha conseguido. La niña parece que está mejor. Si no se repite la crisis, cosa que esperamos todos creo que no tardará en restablecerse.

—Dios lo quiera. Pero, ¿no va V. á tomar una taza de té?

Polaniecki no acertaba á alejarse. ¡Sentíase tan contento junto á ella, y hablando con ella á media voz!

—Ahora no,—contestó,—quizás más tarde. ¿Cómo ha sabido V. la recaída de Litka?

—La he sabido cuando he venido aquí cabalmente para saber noticias.

—La señora Emilia me mandó llamar en seguida. Me hallaba en el restaurant junto con Bigiel Bukacki Vascovski y Masko. A propósito de Masko, ¿sabe V. la novedad?

—¿Qué novedad?

—Qué tiene novia. La noticia es oficial: él mismo nos la ha confirmado. Su novia es la señorita Kraslavski, que para Masko es indudablemente un buen partido.

Hubo un breve instante de silencio Marina después que hubo rechazado las proposiciones de Masko se reprochaba con frecuencia la conducta que con él había observado, con la convicción de que le había causado un profundo desengaño. De consiguiente, al saber que Masko se había consolado

tan pronto, habría sido natural que se hubiese alegrado de la noticia; pero no fué así, antes por el contrario la sorprendió y hasta la ofendió. La mayoría de las mujeres, cuando sienten compasión hacia un hombre, quieren que éste la merezca, es decir, que sea verdaderamente desgraciado, y no quieren que otros tengan que consolarles. A más de esto, el amor propio de Marina recibía un duro golpe. Jamás se habría figurado que un hombre hubiera podido olvidarse tan fácilmente de ella y se apercibió entonces de que Masko no era aquel hombre especial que su fantasía se había creado. De esta opinión se había formado ella un arma contra Polaniecki y ahora se quedaba sin ella, y se sentía humillada. A pesar de lo cual, aseguró á Polaniecki que aquella noticia le había producido una profunda alegría; por más que en el fondo le causaba una nueva mortificación.

Un prolongado silencio sucedía á este nuevo diálogo. Al exterior percíbiase el viento que azotaba la ventana, presagiando una mala noche. Parecía como que el cielo quisiera identificarse con los pensamientos de aquellos dos jóvenes. El aspecto de la estancia donde la enferma reposaba iba poniéndose cada vez más triste. Parecía como si la muerte desapiadada estuviese en acecho en uno de sus oscuros ángulos. Las horas se iban sucediendo lentamente unas á otras. Polaniecki lanzó sobre la niña una mirada llena de tristeza.

—Tú no me debes abandonar, cándida niña,—murmuró indoluntariamente:—tú no sabes cuán necesaria nos eres á tu pobre mamá y á mí. ¡Dios nos

libre de un golpe semejante! ¿Qué sería nuestra vida sin tí?

De repente se apercibió de que la enferma había abierto sus grandes ojos y que los tenía fijos en él. Creyó que era víctima de una alucinación y no se movió; pero la niña hizo un movimiento y murmuró:

— Señor Stach.

— ¿Qué deseas, vida mía? ¿Cómo te encuentras?

— Bien. ¿Dónde está mamá?

— Vendrá pronto, la hemos convencido de que le convenia descansar un poco. ¡Estaba tan fatigada!

Litka se volvió y, notando la presencia de Marina, dijo:

— También está aquí la tía Marina.

Marina se levantó, tomó la botella de la medicina y se puso á contar las gotas dejándolas caer en una cuchara, la ofreció á la enferma, y apoyó los labios en su frente.

Al cabo de un rato, prosiguió la niña, como si hablara consigo misma:

— La mamá no se debe haber despertado.

— No, — contestó Polaniecki — nadie la despertará. Haremos lo que nuestra Litka quiera.

Esto diciendo, el joven acariciaba sus diminutas manos. Litka lo miraba con ternura repitiendo:

— Señor Stach... querido señor Stach...

Desde el interior de la habitación percibiase el ruido de la lluvia.

— ¿Cómo te encuentras, Litka? — preguntó Marina.

Litka juntó las manos, y con voz casi ininteligible respondió:

— Tendría que hacer una gran súplica á la tía Marina, pero no me atrevo á hacérsela.

Marina se inclinó hacia la niña, y con cariñoso acento la dijo:

— Habla, prenda, dime todo lo que tengas en este corazoncito.

Litka se apoderó de una de sus manos, se la llevó á los labios y murmuró:

— Tía Marina prométeme que amarás al señor Stach.

El profundo silencio que siguió á estas palabras solo estaba interrumpido por la respiración acelerada de la enferma. Por fin Marina contestó con voz clara:

— Sí, vida mía.

Polaniecki sintió en la garganta una opresión que amenazaba ahogarle. Desgarrábasele el corazón á la vista de aquella niña que, enferma, extendida y casi moribunda, pensaba todavía en él.

Litka, continuó:

— Tía Marina, prométeme que te casaras con el señor Stach.

A la pálida luz de la lámparilla de noche, el rostro de Marina parecía blanco como la nieve y temblábanle los labios; pero respondió sin vacilar:

— ¡Sí, alma mía!

Litka cubrió de besos su mano y apoyó luego la cabecita sobre la almohada, y gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

Sucedió un silencio lleno de angustia. Marina y Polaniecki permanecían callados no atreviéndose á mirarse. Comprendían que su destino podía depen-

der de aquella noche y estaban como atontados por lo que había pasado.

En medio de aquel profundo silencio iban sucediéndose las horas una tras otra. Las dos de la mañana daban en el reloj, cuando la señora Emilia apareció como una sombra en la habitación.

—¿Duerme Litka?—preguntó en voz baja.

—No, mamita,—respondió la niña.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien.

Y cuando la señora Emilia se sentó encima del lecho junto á su hija, ésta le echó los brazos al cuello, y apoyando la cabeza contra el pecho de su madre dijo:

—Mamita, mira, realmente es cierto que á una niña enferma no se le puede rehusar lo que pide. Ahora lo sé positivamente.

Durante algunos minutos permaneció abrazada á su madre como si se hubiese dormido; más luego, como despertándose, repuso:

—El señor Stach ya no estará triste nunca más; te diré el porque, mamita.....

Más de pronto calló, su cabeza se apoyó pesadamente sobre el pecho de su madre, y ésta que sintió en su mano la impresión de un sudor frío que bañaba la frente de la niña.

—¡Hija mía!—gritó aterrada y con voz trémula la señora Emilia.

—Siento una cosa extraña, una fatiga...—murmuró Litka cuyos pensamientos se confundían.

Un instante después prorrumpió:

—¡Oh! ¡viene el mar! un mar grande, muy grande y todos nadamos... ¡Mamá, mamá!

Sobrevenía una nueva crisis. Violentas contracciones asaltaron á la niña que se echó hacia atrás, hundiéndosele los ojos en sus órbitas.

Ya no era posible hacerse ilusiones: la muerte se acercaba; verdaderamente estaba acurrucada en uno de los ángulos de aquella estancia, se la veía irse aproximando á la pálida claridad de la lámparilla de noche, se la percibía en el viento que silbaba fuera de la ventana.

Polaniecki se precipitó como un loco fuera de la habitación en busca de un médico. Quince minutos después estaba ya de vuelta. Primero entró en la habitación Polaniecki seguido del doctor. Frente á la puerta hallábanse los criados con el rostro soñoliento y angustioso. Reinaba un silencio absoluto.

De pronto, Marina salió de la estancia con el rostro densamente pálido y con voz entrecortada por los sollozos, exclamó:

—¡Está muerta!

XIX

Melancólico pero tranquilo como el rostro de una enferma atacada de tisis sonreía el sol á fines de otoño. En uno de éstos días tuvieron lugar los funerales de Litka. Polaniecki, muy ocupado en los preparativos estaba profundamente afligido y totalmente concentrado en los recuerdos de aquella niña tan querida. Hasta entonces no había medido aún toda la inmensidad de su dolor. Este únicamente se mide cuando el sér amado reposa ya en la triste mansión de los muertos, y se vuelve á entrar solo en la morada desierta. Con la muerte de su hija,

la señora Emilia había perdido aquella elasticidad, que es el impulso por el cual el hombre piensa decide y obra. El golpe fué demasiado fuerte para la pobre madre. Por fortuna, semejantes dolores, sobradamente agudos, llevan en sí mismos el remedio; éstos anonadan el corazón y lo incapacitan para cualquier otro sentimiento. Así había acaecido con la señora Emilia. Polaniecki había observado que sus facciones habían adquirido una expresión árida y rígida. Había derramado muchas lágrimas pero sus palabras y sus lamentos salían de sus labios como un murmullo ligero, melancólico, casi infantil. Su mente no se había dado cuenta aún de la inmensidad de su desdicha, y en efecto se ocupaba sin cesar en mil pequeñeces inherentes á su hija, y obraba con ella como si viviera aún.

Litka yacía como dormida sobre su lecho de muerte, que estaba totalmente cubierto de flores. Nada le faltaba, pero su madre estaba cavilando sin cesar, temerosa de que le faltase algo.

Cuando se trató de obligarla á alejarse del cadáver, no opuso resistencia alguna pero perdió todo claro conocimiento de las cosas y empezó á lamentarse y á llorar como si su dolor fuera superior á sus fuerzas. Sin embargo quiso acompañar á su hija á la última morada: ni Polaniecki, ni Marina lograron disuadirla y tuvieron que ceder.

Cuando se colocó el pequeño ataúd delante de la abierta fosa y resonó el desgarrador *Requiem eternam* y el *Anima Ejus* Polaniecki, aún cuando en aquel momento todos sus pensamientos y todos sus sentimientos estaban como oscurecidos, entrevió como entre neblinas el rostro y los ojos rígidos de

la señora Emilia, las lágrimas de Marina, las pálidas mejillas de Bukacki en cuyas facciones se podía ver claramente que en aquel momento había dejado toda su filosofía en la puerta del cementerio, y el ataúd de Litka. Siguiendo el ejemplo de los demás, arrojó como un autómeta un puñado de tierra sobre la tapa del ferétro, pero cuando hubo bajado la caja al fondo de la fosa y ésta quedó llena, sintió como si una mano le hubiese agarrado por el cuello, le pareció que todo lo que había pensado y hecho hasta aquel momento se hubiese desvanecido en la nada.

—¡Hasta la vista Litka!—repitió mentalmente.

Y todo terminó.

A llegar á la puerta del cementerio, Polaniecki se decía:

—Es una fortuna que la madre se encuentre en este estado de amodramiento pues de no ser así, cuan vivo sería el dolor que ella experimentaría en este momento ante la idea de que su hija se queda sola aquí. Los muertos nos abandonan, pero nosotros les abandonamos también á ellos.

Cuando hubo subido á su coche experimentó cierto alivio el pensar que al fin había terminado un acto doloroso y pesado y que á este debía seguir una poca de paz. Su habitación le pareció vacía, desierta y desprovista de luz, pero en cuanto hubo tomado el té y se hubo arrellanado en un sillón sintióse por segunda vez aliviado, al pensar que habían terminado ya los funerales de Litka.

Al anochecer se consideró en el deber de ir á enterarse del estado de la señora Emilia que interinamente se hospedaba en casa de los Plavicki. Al

salir de su cuarto se apercibió del retrato de Litka que estaba colocado encima de un velador; lo cogió lo contempló conmovido, y lo dejó luego de nuevo en su lugar, después de haber estampado en él un beso. Un cuarto de hora después, llamaba á la puerta de la morada de los señores Plavicki.

El criado le dijo que el señor había salido, pero que se encontraban allí, á más de la señora Ewotovski, el provesor Vascovski y el padre Eilak.

En el salón halló á Marina, que en aquel momento con el cabello descompuesto y los ojos encarnados, casi le pareció fea. La conducta de la joven para con él había cambiado por completo, como si la terrible desgracia de la muerte de Litka hubiese hecho desaparecer en ella todo vestigio de cólera.

—Emilia está aquí,—murmuró,—está mejor; á lo menos comprende lo que se le dice. El profesor Vascovski le hace compañía: el buen señor le habla con tanto cariño que sabe hacerse escuchar. ¿Quiere V. verla?

—No; he venido para saber como se encontraba. Tengo que volverme en seguida.

—Podría ser que quisiera hablarle á V. aguarde un momento: voy á decirla que está V. aquí. Litka le quería á V. mucho y tal vez por eso deseará su presencia.

—Está bien,—dijo Polaniecki.

Marina pasó á la pieza inmediata dejando la puerta abierta. Polaniecki oyó únicamente la voz de Vascovski que con expresivas frases y con profunda convicción se esforzaba en romper la dura corteza que envolvía el corazón de la pobre madre.

—Viene á ser,—decía Vascovski,—como si se ha-

biera ido á jugar á la habitación del lado para volver luego. Ella no volverá, pero V. camina hacia ella. La niña vive y está contenta. Comparada con la eternidad, esta separación tan solo es momentánea. Litka vive,—volvía á decir con piadosa convicción, vive y es dichosa. Ella vé que V. le tiende los brazos ansiosa de abrazarla, pero sabe que dentro de poco tiempo os irá V. á reunirse con ella, porque ella se halla junto á Dios y no puede experimentar dolor alguno. Pronto estará V. también allá, y entonces ninguna enfermedad, ninguna muerte podrá separarla de ella. Se acabará el mundo y vosotras estaréis unidas todavía.

—Serían frases verdaderamente consoladoras,—pensaba con amargura Polaniecki, si se pudiera tener la seguridad de que son ciertas.

Y casi en seguida se dijo á si mismo.

—Si pudiera pensar así, consentiría en partir inmediatamente para el otro mundo.

Embebido en estos pensamientos, penetró en la habitación, sin esperar el regreso de Marina. Comprendía que su deber era el asistir en aquellos momentos á la señora Emilia.

—Para no oír los gritos de dolor de los demás, los hombres se tapan las orejas, y luego se excusan sosteniendo que, en las grandes desventuras, no hay palabra alguna que las pueda aliviar.

Todo esto se dijo Polaniecki y se sintió avergonzado de permanecer allá afuera.

La señora Emilia estaba sentada en el sofá y Vascovski se hallaba á su lado teniendo cogida una de sus manos. Polaniecki la cogió la otra mano, é inclinándose se la llevó silenciosamente á los labios.

La señora Emilia, como si despertara de un profundo sueño díjole con placentero acento.

—¿Se acuerda V, de cuando mi niña?...

Sojuzgada por el dolor, llevóse las manos al corazón, como si este estuviera á punto de estallar á impulsos del pesar, y luego la abandonaron las fuerzas y se desmayó. Apenas la hubieron tendido en el lecho de Marina, recobró los sentidos.

Polaniecki y Vasovski se querían retirar, pero los detuvo el señor Plauicki que llegaba precisamente en aquel instante.

—No es muy divertido, —dijo, — tener en casa á una señora que está de luto, cuando se tienen tantos disgustos, como tengo yo; cabalmente ahora que necesito un poco de tranquilidad, pero, ¿qué se ha de hacer? Nunca se hará caso de mí; tal es mi destino.

Cosa de media hora después entró Marina diciendo que la señora Emilia se había puesto tranquila. Entonces Polaniecki y Vasovski se despidieron.

Al día siguiente Bigiel fué á ver á Polaniecki, con el pretexto de despachar algunos asuntos urgentes, pero más que todo para distraerlo.

Pusiéronse á trabajar pero no tardó en venir á estorbarles Bukacki, que iba á despedirse de ellos.

—Hoy salgo para Italia, —dijo, — y sólo Dios sabe cuando estaré de vuelta; por eso he venido á saludaros. La muerte de esa pobre niña me ha impresionado más de lo que habría podido creer.

—¿Estarás ausente por mucho tiempo?

—¿Quién sabe? Mira, se puede ser lo que se quiere, budhista, escéptico... todo lo que queráis; pero

en el fondo se cree en la misericordia de un Sér Supremo. A diario nos apercibimos de cuán en contradicción está eso con la cruel realidad, y todo esto nos ocasiona incesantes dolores y aflicciones. Aquí sucede siempre algo, de suerte que, quien está dotado de buen corazón se halla en la necesidad de desazonarse por los pesares de los demás. No quiero saber más de ellos, quiero librarme de este martirio.

—¿Y crees que en Italia no es lo mismo que aquí?

—Allí á lo menos brilla un sol ardiente y se encuentran tesoros de arte; esto entre nosotros no podría ser. Beberé Chianti, que curará mi catarro intestinal; además, allí no conozco á ser viviente y aun cuando los hombres tuviesen que caer como moscas, no me conmoviera poco ni mucho. Admiraré los cuadros, compraré el que me agrade y podré cuidar mis reumatismos y mi jaqueca. Créeme, esta vida es la mejor. Aquí no puedo estar tan embrutecido como quisiera.

—Tienes razón, Bukacki. ¿Ves? nosotros dos trabajamos como locos y esto para distraernos, para no tener que pensar en otra cosa.

—Entonces, hasta que nos volvamos á ver en Emaus.

Cuando se hubo marchado, Polaniecki observó: —No deja de estar algo acertado. Yo, por ejemplo, sería mucho más dichoso si no tuviese tanto cariño á aquella pobre niña y á la señora Emilia. Pero en esto somos incorregibles, y nos echamos á perder la vida porque así se nos antoja. Seremos siempre desgraciados, porque nuestro romanticis-

mo sentimental se parece á una enfermedad hereditaria.

—En cambio, el viejo Plavicki sólo se tiene cariño á sí propio.

—Puede ser, pero le falta valor á inteligencia para confesar que quiere ser así; por el contrario, está persuadido que debe mostrarse completamente distinto. Aquí entre nosotros, hasta estas naturalezas se ven obligadas á fingir para hacer creer que son sensibles.

—¿Vas á ver hoy á la señora Emilia?

—Naturalmente. Si me dijese por ejemplo que tengo calentura, esto no me consolaría.

En efecto, aquel día fué dos veces á ver á la señora Emilia.

La primera vez no encontró en casa á las señoras, y al preguntarle al señor Plavicki dónde estaba su hija, éste respondió con tono resignado y con gran énfasis:

—Ya no tengo hija.

La segunda vez, al anoecer, no encontró más que á Marina, la cual le dijo que la señora Emilia había dormido por vez primera desde la muerte de su hija.

Mientras hablaba tuvo abandonada su mano en la de Estanislao, y cuando él la miró en los ojos, notó que estaba ligeramente ruborizada.

—Hemos estado en el cementerio,—repuso Marina después que ambos hubieron tomado asiento,—y he prometido á Emilia que la acompañaría todos los días.

—No me parece del todo conveniente renovar cada día esta herida.

—Para esta clase de heridas no hay bálsamo alguno, y luego que yo no tendría el valor de reharsarla. Al principio también opinaba yo así, pero luego me he convencido de lo contrario. Ante la tumba de su hija ha llorado mucho, pero luego se ha encontrado mejor. Al volver recordaba las palabras del señor Vascovski, y su único consuelo es el convencimiento de que ha de volver á ver á su hija.

—Tanto mejor.

—Habla sin cesar de Litka y esto parece que la alivia, de modo que la podéis hablar de ella sin temor.

Luego, bajando la voz, continuó:

—No cesa de reprocharse el que la última noche, siguiendo los consejos del médico, se fuera á acostar. Hoy, al regresar del cementerio, empezó á dirigirme preguntas sobre todos los más pequeños detalles de aquella noche; qué aspecto tenía la niña, cuánto tiempo había dormido, si había hablado mucho y al fin me conjuró á que la repitiera todo lo que ella había dicho.

—¿Y se lo contasteis todo?

—Sí.

—¿Y qué impresión le produjo?

—Lloró mucho.

Hubo unos instantes de silencio, y luego Marina repuso:

—Voy á ver cómo sigue.

No tardó en volver, y dijo:

—Duerme, gracias á Dios.

Aquella noche Polaniecki no pudo ver á la señora Emilia.

Antes de que se marchara, Marina le estrechó de nuevo la mano, y dijo con tono casi humilde:

—¿No estáis enfadado conmigo, porque la he explicado el último deseo de Litka?

—En estas ocasiones no pienso en mí mismo,— contestó Polaniecki.—Sólo la señora Emilia ocupa mi atención, y de consiguiente, si lo que le habéis dicho la ha consolado, os lo agradezco muchísimo.

—Entonces, hasta mañana, ¿verdad?

—Sí, hasta mañana.

Mientras bajaba la escalera, Polaniecki iba pensando:

—Se considera como novia mía.

Y no se equivocaba: él jamás le había sido indiferente, y su cólera era ni más ni menos que la consecuencia de lo mucho que se interesaba por él. En el fondo, su corazón ansiaba vivamente el amar y ahora, desde que junto al lecho de muerte de Litka se había comprometido á amarle y á casarse con él, parecíala que este era realmente su deber, y por consiguiente, ya no se conceptuaba libre con respecto á él. Era una naturaleza no muy rara en nuestros tiempos, una de esas naturalezas para quienes la vida y el deber se confunden, y que por eso están dotadas de una constante buena voluntad. Semejante buena voluntad lleva á un amor, que persée la luz y el calor del sol, y es tranquilo como el azul del cielo.

Esta capacidad para la vida feliz, ella educada en la sencillez del campo, la poseía en sumo grado. Pero la muerte de Litka y los acontecimientos de

aquellos últimos días, habían alejado á Marina del corazón y de la mente de Polaniecki. Ahora empezó á pensar en ella, y en su propio porvenir, y volvía á entablarse en él la lucha entre los distintos sentimientos.

—¿No sería mejor,—pensaba,—que yo liquidara mis negocios con Bigiel y que, una vez realizado todo mi capital, me marchase á Italia ó á otro sitio cualquiera, donde brille un sol más ardiente, donde el vino sea bueno y donde existan hombres cuya felicidad ó cuyos dolores me sean indiferentes, y cuya muerte no me haga derramar una sola lágrima?

XX

A pesar de la gran turbación del espíritu de Polaniecki, los asuntos de su negocio con Bigiel no experimentaron menoscabo alguno, antes por el contrario, el nombre de la Casa se consolidó y adquirió fama universal, gracias al espíritu recto y práctico de Bigiel.

También, sin embargo, Polaniecki, aunque no trabajaba con la tranquilidad de antes, contribuyó, con su férrea actividad jamás desmentida ni por un sólo instante, al buen resultado y al incremento de los negocios. Semejante actividad servía poderosamente para hacerle olvidar los graves disgustos que quedaban sofocados bajo la multiplicidad de los trabajos.

—Aquí,—decíale á Bigiel,—sé á qué atenerme, aquí á lo menos el objeto es evidente. Bien es verdad que el ejercicio de mi vocación no me compen-

sa de todos los disgustos que he pasado, pero me proporciona algún alivio.

Polaniecki, sin embargo, poseía una alma demasiado tierna para que pudiera hacerse rápidamente indiferente á todo lo que antes interesaba su corazón.

Por esto de vez en cuando hacía una visita á la tumba de Litka. En el cementerio encontrábase á menudo con la señora Emilia y con Marina, y cierto día que las acompañó al regresar, se sorprendió de la tranquilidad con que la primera habló de su hija.

—Estoy convencida,—decía esta,—que mi amada hija considera como momentánea nuestra separación. ¡No puede usted figurarse cuánto me consuela el saber que á lo menos ya no sufre!

Llegados á casa, la señora Emilia le invitó á subir.

Luego, como esta se hubiese retirado á su habitación, él quedó solo con Marina.

—Emilia no sabe ocuparse de otra cosa que de Litka,—empezó diciendo Marina;—vive con la única esperanza de poderla ver, y habla de ella como si viviera todavía.

—Es una fortuna para ella,—contestó Polaniecki;—esta persuasión se la debe á Vascovski.

—Si habla de la posibilidad de volverla á ver, tiene perfectamente razón, porque...

—No podría contestar yo á esta pregunta,—interrumpió Polaniecki.

Una sombra pasó por el semblante de Marina para no dejar traslucir la mala impresión que aque-

llas escépticas palabras habían producido en ella, mudó de conversación.

—No sé si le he dicho á usted que he hecho ampliar el retrato de Litka,—dijo reanudando la conversación.—Ayer recibí tres copias; la una la quiero regalar á Emilia. Aguarde usted un instante, se las quiero enseñar.

Esto diciendo se aproximó á un armario y tomó de él un paquete envuelto en papel blanco; invitó á Polaniecki á que se sentara junto á la mesa y junto á ella, y extendió las fotografías.

—Ayer Emilia se acordaba de cuando Litka, poco tiempo antes de morir, le preguntaba á usted si los árboles vivían mucho; ¿Lo recuerda usted?

—Perfectamente. Litka se admiraba de que los árboles pudieran vivir tanto tiempo, y deseaba ser un abedul como su mamá.

—Y usted le contestó que le gustaría ser también un abedul, con tal que pudiera crecer junto á ellas. Yo he querido dibujar estas plantas en el margen de la fotografía; mire usted, he empezado ya, pero no lo he conseguido, porque hace ya mucho tiempo que no manejo el pincel, y además no sé pintar de memoria.

Al decir esto, le mostraba un grupo de árboles pintados á la aguada; pero como era algo corta de vista, se inclinó tanto sobre el dibujo que su mejilla rozó la de Polaniecki.

Aun cuando Marina no era ya para él la de antes y habían pasado aquellos tiempos en que ella se había hecho dueña tan absoluta de su corazón y de sus sentidos, sin embargo, la sangre le subía á la

cabeza al percibir su tibio aliento y aquella mejilla ligeramente sonrosada tan inmediata á la suya.

—Si la besara en los labios,—pensaba,—¿qué diría? De seguro que se ofendería en gran manera, pero así me vengaría de todos los dolores que me ha causado.

Pero se contuvo, y Marina, sin sospechar ni remotamente lo que en aquel instante había pasado por la imaginación de su compañero, continuó:

—Hoy mi pintura me parece más fea aún.

—No tal,—observó Polaniecki;—me parece que no ha salido del todo mal. Pero dígame usted, si los árboles tienen que representar á la señora Emilia, á Litka y á mí, ¿por qué ha pintado usted cuatro abedules en lugar de tres?

—El cuarto... soy yo,—contestó algo confusa Marina.—También yo he deseado ser un abedul y crecer junto á los otros tres.

Polaniecki, sorprendido, la miró en los ojos, mas esta, envolviendo rápidamente la fotografía, se sus-
trajo á su mirada interrogadora y prosiguió:

—¿Acaso todos mis recuerdos no me ligan á aquella niña? Puede decirse que desde muy niña he vivido siempre con ella y con su madre. Ahora Emilia es mi más querida amiga. Estoy ligada á ellas como lo estáis vos... No sé cómo expresarme. Antes éramos cuatro, ahora somos tres unidos al recuerdo de Litka. Ahora cuando pienso en aquella niña, aparécense en mi mente otras dos personas, Emilia y usted. Por esto pinté cuatro abedules y son tres las fotografías, una para Emilia otra para mí y una para usted.

—Se lo agradezco con toda mi alma,—contestó Polaniecki tendiéndole la mano.

Marina correspondió muy expresivamente á aquel apretón, y añadió:

—No podemos honrar mejor la memoria de aquel ser querido, que olvidando los pasados resentimientos.

—En esto—contestó Polaniecki,—estamos completamente de acuerdo y por mi parte habría deseado que hubiese sido mucho tiempo antes de la muerte de Litka.

—Si no fué, mía es la culpa, pero le pido perdón de ello,—declaró Marina tendiéndole á su vez la mano.

El joven estuvo indeciso entre si debía ó no besar aquella mano, pero se limitó á contestar sencillamente.

—Pues entonces, paz y amistad.

—¿Y amistad?

En el rostro de Marina se reflejaba la alegría que llenaba su corazón y miró á su compañero con tanta confianza y cordialidad, que éste creyó de pronto tener ante él á aquella Marina de un día, la Marina de Kerzemien.

Pero desde la muerte de Litka, habíase jurado ahogar en su pecho toda elase de sentimiento y se puso vivamente de pie para despedirse.

—¿No quiere usted pasar la velada con nosotras?—le preguntó Marina.

—No, tengo que volver á casa.

—Tenga usted la bondad de esperar un momento, quiero decir á Emilia que se va usted.

Y abrió la puerta de la habitación inmediata.

—Parece que está rezando,—observó Polaniecki.—le ruego que no la interrumpa. Puede ser que vuelva mañana.

—Mañana, y todos los días... ¿verdad? Piense usted que ahora también para nosotras es usted el señor Stach.

Mientras volvía hacia su casa, Polaniecki iba pensando.

—Su conducta para conmigo ha cambiado por completo. Se considera como mía; porque no solamente está decidida á cumplir la palabra dada á Litka moribunda, sino que está convencida que tiene el deber de amarme. Conozco muchos de estos caracteres de hielo pero de cabeza exaltada, que obran únicamente por principio y por deber. Podría morir como un perro á sus pies sin alcanzar nada; pero ésta trata de amarme por un sentimiento de deber. Mas yo quiero que se me ame por mí mismo.

Y se acostó y se durmió entregado á estos pensamientos. Y durante toda la noche soñó en abedules, en retratos, en ojos azules y serenos, en un rostro encantador y en una personilla llena de vida y de juventud.

XXI

Algunos días después disponíase Polaniecki á salir cuando se presentó Masko en su casa y pidió tener una conferencia con él.

—Necesito hablarte de varias cosas, y antes que todo de mi deuda.

—Si tienes que hablarme de negocios, este no es

el lugar apropiado; los trato únicamente en mi despacho.

—Es que el asunto de que quiero hablar es de índole completamente privada y por esto he venido aquí. Tú sabes que me caso, y precisamente por esto necesito dinero. He tenido que hacer tantas cosas como cabellos tengo en la cabeza. Está próxima la fecha para el pago del primer plazo de la contrata sobre la cesión del crédito sobre Kerzemien. ¿Puedes darme una prórroga de otros tres meses?

—Te hablaré con tanta franqueza como has hablado tú conmigo,—respondió Polaniecki,—puedo, pero no quiero.

—¿Y qué harás si no te pago?

—En este mundo hay remedio para todo. Pero tú me has tomado por un tonto; yo sé que pagarás.

—¿Y cómo lo haces para saberlo perfectamente?

—Te vas á casar dentro de poco, y de seguro no querrás pasar por mal pagador.

—Donde no hay hasta el rey pierde su derecho.

—Ahora estamos á solas los dos, y de consiguiente puedo decirte que tú siempre has sabido hacer hasta lo imposible, y que también ahora sabrás salir de apuros.

—Es que ahora sé como tengo mis cosas. He pretendido obtener de tí un favor, pero reconozco que no tengo derecho alguno á que me lo hagas. Ahora estoy, como suele decirse, con el agua al cuello. Dame aunque sólo sean dos meses de prórroga, y luego la cosa ya será distinta. ¿No me los quieres conceder? Está bien. Tengo todavía un poco de

—Parece que está rezando,—observó Polaniecki.—le ruego que no la interrumpa. Puede ser que vuelva mañana.

—Mañana, y todos los días... ¿verdad? Piense usted que ahora también para nosotras es usted el señor Stach.

Mientras volvía hacia su casa, Polaniecki iba pensando.

—Su conducta para conmigo ha cambiado por completo. Se considera como mía; porque no solamente está decidida á cumplir la palabra dada á Litka moribunda, sino que está convencida que tiene el deber de amarme. Conozco muchos de estos caracteres de hielo pero de cabeza exaltada, que obran únicamente por principio y por deber. Podría morir como un perro á sus pies sin alcanzar nada; pero ésta trata de amarme por un sentimiento de deber. Mas yo quiero que se me ame por mí mismo.

Y se acostó y se durmió entregado á estos pensamientos. Y durante toda la noche soñó en abedules, en retratos, en ojos azules y serenos, en un rostro encantador y en una personilla llena de vida y de juventud.

XXI

Algunos días después disponíase Polaniecki á salir cuando se presentó Masko en su casa y pidió tener una conferencia con él.

—Necesito hablarte de varias cosas, y antes que todo de mi deuda.

—Si tienes que hablarme de negocios, este no es

el lugar apropiado; los trato únicamente en mi despacho.

—Es que el asunto de que quiero hablar es de índole completamente privada y por esto he venido aquí. Tú sabes que me caso, y precisamente por esto necesito dinero. He tenido que hacer tantas cosas como cabellos tengo en la cabeza. Está próxima la fecha para el pago del primer plazo de la contrata sobre la cesión del crédito sobre Kerzemien. ¿Puedes darme una prórroga de otros tres meses?

—Te hablaré con tanta franqueza como has hablado tú conmigo,—respondió Polaniecki,—puedo, pero no quiero.

—¿Y qué harás si no te pago?

—En este mundo hay remedio para todo. Pero tú me has tomado por un tonto; yo sé que pagarás.

—¿Y cómo lo haces para saberlo perfectamente?

—Te vas á casar dentro de poco, y de seguro no querrás pasar por mal pagador.

—Donde no hay hasta el rey pierde su derecho.

—Ahora estamos á solas los dos, y de consiguiente puedo decirte que tú siempre has sabido hacer hasta lo imposible, y que también ahora sabrás salir de apuros.

—Es que ahora sé como tengo mis cosas. He pretendido obtener de tí un favor, pero reconozco que no tengo derecho alguno á que me lo hagas. Ahora estoy, como suele decirse, con el agua al cuello. Dame aunque sólo sean dos meses de prórroga, y luego la cosa ya será distinta. ¿No me los quieres conceder? Está bien. Tengo todavía un poco de

bosque en Kerzemien, lo haré cortar y con esto te pago.

—¿Un poco de bosque en Kerzemien? Pero si el viejo Plavicki lo ha desmontado todo.

—Del lado de Nisdzialko existe todavía un pequeño encinar.

—Si, tienes razón, ahora recuerdo.

—Sé que vuestra casa trata también en maderas. ¿No podríais tú y Bigiel comprarme el bosque? Así me evitáis el trabajo de buscar comprador, y vosotros no dejaréis de hacer vuestro negocio.

—Hablaré con Bigiel,

—¿De modo que no rechazas mi oferta?

—No la rechazo, si tú pretendes un precio arreglado. Pero en esta clase de negocios hay que obrar con mucha circunspección, y calcular bien las pérdidas y los beneficios. ¿Cuántos árboles puedes hacer cortar?

—Dentro de una hora te podré dar detalles fijos.

—Y yo antes de la noche te dará una respuesta definitiva.

Pero debo hacerte una observación, y es que no podrás desmontar el bosque hasta dentro de dos meses.

—¿Y por qué?

—Porque Kerzemien sin aquel bosquecillo, merece considerablemente, y por lo tanto desearé que esté en pie hasta después de mi casamiento.

—No habrá inconveniente en esto.

—Después hay la marga de Kerzemien. Ya recordarás que tu mismo me habías hablado de ella. Plavicki la evaluaba en millones. Comprendo que

sería un disparate evaluarla en este precio. Pero si se ocupasen de ello hombres prácticos, podría resultar un negocio excelente. Hasta de eso os podríais encargar.

—Nuestra casa jamás ha rechazado un buen negocio.

—De éste hablaremos más adelante. Ahora lo más importante es el negocio del bosque. Si éste se realiza, me habré quitado otro peso de encima,—dijo Masko pasándose una mano por la frente.—Hazte cargo de que esta frase me la repito diez ó doce veces al día; hasta me veo en la necesidad de sostener el papel de novia, una necesidad que...

Masko se interrumpió de repente, sacudió la cabeza, y lanzando un gran suspiro continuó:

—...que no es ligera.

Polaniecki lo miró sorprendido. Una confesión como esta, hecha de Masko, un hombre de mundo que sabía pesar las cosas antes de decirlas, era inaudito.

—Pero es inútil pensar en eso,—prosiguió el joven abogado.—Ya recordarás que poco antes de morir Litha tuvimos una disputa. No se me había ocurrido que tu le profesabas gran cariño á aquella niña, y que por eso debías estar muy affigido; á haberlo calculado, no habría sido tan descortés contigo. La culpa fué mía, y de consiguiente te pido que me dispenses.

—Tiempo ha que lo he olvidado todo,—respondió Polaniecki.

—Te lo recuerdo, porque necesito que me hagas un servicio. ¿Quieres ser mi padrino?... No tengo parientes ni amigos, y no sé á quién dirigirme.

Además, me conviene que la persona que haga este papel lleve un apellido distinguido, á las señoras también les gusta mucho esto. Contéstame, pues: ¿quieres?

—Si me hubieses pedido este servicio en otra ocasión, no te lo habría rehusado: yo no llevo el luto en el sombrero, pero puedo asegurarte que si se me hubiese muerto una hija no sería más fuerte para mí el luto.

—Tienes razón,—repuso Masko;—dispénsame.

Involuntariamente Polaniecki le compadeció y repuso:

—Pero, si tanto te empeñas, lo pensaré... Si no logras encontrar otro... porque francamente te digo, en mi actual disposición de ánimo, me sería doloroso ir á bodas. Pero, ¿sabes Masko que te hallo cambiado? Dicen que el matrimonio cambia al hombre, pero ahora me parece que para esto basta con tener novia.

—Ah, caro amigo, hay casos en que es preciso quitarse la máscara.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que hay dos categorías de hombres: pertenecen á la primera los que toman el mundo tal cual es y se adaptan á las circunstancias; á la segunda los que han adoptado un sistema y obran de conformidad con él. Yo pertenezco á ésta segunda categoría. A mí, por ejemplo me gusta guardar las apariencias, y de tal manera me he acostumbrado á este sistema, que ha llegado á ser para mí una segunda naturaleza. Pero cuando se viaja en verano, con un calor sofocante, á muchos les acontece que llega el momento en que no pue-

den aguantar más, y no solo se quita el sobretodo, sino hasta la levita. Pues bien, para mí ha llegado este momento.

—¿De veras?

—De veras, en este momento estoy haciéndote mi confesión. En cierta ocasión tú me diste á entender con tono irónico, que mi novia se la podía comparar á la maquinaria de un reloj, que para que pueda andar, necesita que se le dé cuerda todos los días, ó en otros términos á un autómatas. Pues bien, es cierto, completamente cierto. Pero no quiero que tu me juzgues más bribón de lo que soy. Yo no amo á mi novia. Amé á la señorita Plavicki y fui rechazado, y ahora me caso con la otra por interés. Si tú sostienes que esto es una inconveniencia, te contestaré que esto lo hacen á diario personas respetables, á quienes se estrecha la mano sin vacilar, y que, si en su matrimonio no son completamente felices tampoco son desgraciadas. Los que se casan en estas condiciones viven juntos durante largos años, se habitan á esta vida, y une á los dos esposos un cierto cariño nacido precisamente de la vida común que llevan: después, los hijos hacen lo demás. Si yo me hubiese decidido á no pasar de un humilde leguleyo, contentándome con ganar mucho dinero, habría logrado ya mi objeto, y desde ahora estaría asegurada ya la posición de mi hija. Pero no me he creído en el deber de amar á mis hijos antes de que hubieran venido al mundo. No quise ser rico, quise ser algo, ocupar un puesto de cierta importancia en la sociedad, y esto hizo que lo que el abogado ganaba se lo comía el gran señor. Por lo tanto me quedé sin

un sueldo y fué cuando me resolví casarme con la señorita Kraslavski. Y ésta, ¿sabes porque se casa conmigo? Porque yo hago el papel del gran señor que en apariencia ejerce la abogacia. Ya ves, pues, que somos tal para cual, el uno no engaña al otro, á tomándolo al revés, los dos nos engañamos lo mismo. Así están las cosas, y ahora tú desprecia-me si te parece bien.

—¡Nada de eso! Ahora te aprecio más que nunca,—contestó Polavicki.—No solamente admiro tu franqueza sino también tu valor.

—Comprendo que me felicites por mi franqueza, pero no por mi valor.

—¿Acaso no realizas un acto de valor casándote con la señorita Kraslavski, á pesar de conocerla tan bien como la conoces?

—Sé muy bien lo que hago. Verdad es que tengo necesidad de dinero, pero no creas que esta necesidad me ponga en el caso de tener que casarme con la primera mujer que se me viene delante, de ningún modo. Casándome con la señorita Kraslavski, sé perfectamente lo que hago. Esta joven posee todas aquellas cualidades que yo considero absolutamente necesarias para que una mujer pueda llegar á ser mi esposa. La señorita Kraslavski resultará una esposa fría, descortés y nada agradable; hasta tal vez será altiva conmigo, salvo el caso en que yo le cause miedo. Pero es como su madre una observadora rígida de las conveniencias sociales, está dotada de sentimientos religiosos, y por lo tanto sabrá distinguir lo conveniente de lo inconveniente. Esto ya es algo. Además, como no es ni romántica ni exaltada, evitará las aventu-

ras y yo estaré al abrigo de escándalos. Así, si no soy dichoso, á lo menos estaré tranquilo. Tú, amigo mio, cuando escojas mujer, procura tener siempre por máxima que el mayor de los bienes es la tranquilidad. De la amante lo puedes exigir todo: ingenio, buen carácter, una naturaleza poética; pero de tu mujer exige ante todo principios sólidos.

—Jamás te he tenido por loco,—repuso Polaniecki;—pero ahora observo que eres muy prudente y muy juicioso.

—Observa nuestras mujeres,—prosiguió Masko,—y especialmente las que pertenecen al mundo financiero, que siguen escrupulosamente el último figurín de la moda de París. Para éstas en el mundo nada más existe que su propia persona. El marido ó es un cero, ó le hacen protagonista de una tragedia cualquiera conyugal.

—Tu teoría se refiere únicamente á las mujeres de la plutocracia, que no tienen tradiciones,—replicó Polaniecki.

—Pero también esa otra sociedad elegante, ávida de diversiones, superficialmente amante del arte, y hasta si quieres piadosa, no produce á la verdad mujeres que sean modelos de virtud.

—Pero, aquí entre nosotros, esto no se puede decir.

—En absoluto, tal vez no. Bien es verdad que hay excepciones muy dignas de respeto, como por ejemplo, la señorita Plavicki. A ésta si que la considero capaz de hacer la felicidad de cualquier hombre, y por esto tuve un verdadero pesar cuando se negó á ser mi esposa.

—Masko, me haces pasar de sorpresa en sorpresa; no te habría creído, también entusiasta.

—¡Entusiasta! He amado á la señorita Plavicki y ahora me caso con la señorita Kraslavski. Conque, ¿quieres ser mi padrino?

—Déjame tiempo para pensarlo un poco.

Parto dentro de tres días.

—¿Hacia donde?

—Voy á Petersburgo, y es probable que esté ausente dos semanas.

—Cuando vuelvas sabré darte una contestación.

—Está bien.

Cuando Masko hubo salido, Polaniecki se fué á su despacho y consultó á su amigo Bigiel. Los dos asociados resolvieron en principio aceptar la proposición de Masko; y comprar el bosque de Kerzemies, siempre que las condiciones les pudieran convenir.

Después Polaniecki se fué á almorzar al restaurant, donde solía ir, y encontró allí al profesor Vascovski. Supuso desde luego que el anciano pedagogo debía estar muy preocupado, porque mientras comía iba hablando extensamente consigo mismo con gran asombro de los camareros. Miró á Polaniecki como si no lo hubiese reconocido: parecía como si en aquel momento hubiese perdido la memoria. Al fin dijo, como si despertara de un sueño:

—Ella declaró que, haciéndolo así, se acercaría más á su hija.

—¿Quién le declaró á usted eso?

—La señora Emilia.

—¿Y porqué?

—Porque quiere hacerse Hermana de la Caridad.

Al oír estas palabras, Polaniecki estuvo unos instantes sin acertar á articular palabra; más al fin dijo con acento de indignación.

—Únicamente usted puede haberla decidido á dar un paso semejante. Ahora tiene usted sobre su conciencia la vida de esa pobre señora. Ella no puede tener fuerzas suficientes para desempeñar un cargo tan pesado, y sucumbirá antes de un año. ¿Me comprende usted?

—Me acusa usted, amigo mío,—observó Vascovski, sin haberme escuchado hasta el fin.—Ayer la señora Emilia me participó esa intención suya. Esto fué para mí una cosa inesperada y de consiguiente le pregunté: «¿Pero, señora, tendrá usted valor suficiente para seguir una vocación semejante?» Sonrióse ella y me contestó: «No trate usted de disuadirme, porque en esta resolución mía he de hallar mi salvación, mi felicidad. Si no soy bastante robusta no me admitirán; si me admiten, y luego mis fuerzas no son suficientes, tanto mejor, me reuniré más pronto con mi hija». ¿Qué otra cosa podía hacer yo, que admirar tanta fuerza de voluntad? ¿Qué habría usted contestado? ¿Habría usted tenido acaso el valor de insinuar una duda en su alma, de persuadirla de que su hija había dejado de existir y de que una vida de sacrificios y de privaciones, no podía ir á hacerla reunir con Litka? ¿Dígame usted habría usted hecho esto?

—No, contestó Polaniecki.

Y poco después repuso:

—Vea usted ahí lo que sacamos de este mundo, nada más que disgustos.

—Tal vez,—contestó Vascovski con aire pensativo;—si pudiera convencerla de que entrase en alguna orden religiosa contemplativa, en vez de hacerse Hermana de la Caridad... Existen ciertos conventos, en los cuales el miserable átomo hombre se compenetra de tal manera en Dios, que llega á formar con él una sola cosa, hasta el punto de hacer cesar todo sentimiento personal y todo dolor propio.

Polaniecki hizo un gesto desdenoso y contestó:

—Ciertas cosas yo no las comprendo, y por esto no me ocupo de ellas.

—Precisamente tengo aquí un librito de recuerdos de Nazareth,—dijo el profesor desabrochándose la levita, y buscándose los bolsillos... ¿Donde diablos lo habré metido este librito?

—Déjelo usted; á mi me tienen sin cuidado los recuerdos de Nazareth.

No se desanimó por esto el señor Vascovski: buscó también en los bolsillos del chaleco, y luego quedó inmóvil y pareció recordar.

—¿Pero, ¿qué busco?—dijo golpeándose la frente.—¡Ah, sí! el librito italiano. Le participo que dentro de pocos días salgo para Roma. Desde largo tiempo Roma es la antecámara del otro mundo, y para mí ha llegado la hora de trasladarme á esa divina antecámara. ¡Cuán contento habría estado yo, si la señora Emilia me hubiese ocompañado! Pero no quiere alejarse de la tumba de su hija. Si pudiera decidirla á que entrase en la orden de las Nazarenas... de seguro que esas le gustarían; lle-

van una vida sencilla como la de los primeros cristianos.

—Profesor, abróchese usted la levita,—interrumpióle Polaniecki.

—Está bien, me la abrocho en seguida; pero tengo algo más que decirle. Es usted un hombre furibundo, pero tiene usted alma. Créame usted el cristianismo no ha llegado á su término, como suponen ciertos filósofos; tiene aún mucho camino que seguir, y...

—Mi querido profesor,—le interrumpió de nuevo Polaniecki con acento amistoso;—estoy dispuesto á escuchar pacientemente todo lo que me quiera usted decir, más no en este momento; ahora estoy demasiado apesadumbrado por la extraña resolución de la señora Emilia.

Aquí el diálogo terminó, ó más bien quedó reducido á un monólogo del profesor, que se hizo á sí mismo un largo discurso sobre Roma y sobre el cristianismo.

Al salir para volver á sus respectivos domicilios, anduvieron un rato juntos. Era una hermosa noche de invierno. La luz de los faroles se reflejaba centelleando sobre la nieve recién caída; á lo lejos se percibía el sonido de las campanas de los trineos.

Quando Polaniecki entró en su habitación, vió encima del velador el retrato de Litka que Marina le había mandado durante su ausencia. Su vista le conmovió profundamente. La niña le sonreía y parecía querer decirle: «¿Ha vuelto usted al fin señor Stak?» Sobre del marco blanco se destacaban los cuatro abedules pintados por Marina. Vinieron á distraerle de su contemplación los pasos del criado

que había llevado el retrato, y que se había quedado á aguardarle para entregarle un billete de Marina concebido en estos términos:

«Papá me encarga que le ruegue que pase usted esta noche por casa. Emilia ha regresado á su casa. Le mando el retrato de Litka, y uno mi ruego al de mi padre, porque tengo de hablarle de muchas cosas que se refieren á Emilia. Como papá ha invitado también al señor Bigiel, usted y yo podremos hablar sin que nos estorben».

Polaniecki se apresuró á mudar de traje y se encaminó á casa de los señores Plavicki.

Bigiel estaba ya allí, jugando á la brisca con el viejo, mientras Marina estaba cosiendo sentada en una silla baja. Polaniecki, después de saludar, fué á sentarse al lado de ella.

—Ante todo,—empezó diciendo,—he de darle las gracias por la fotografía. Cuando entré en mi cuarto y se me ha presentado delante aquel rostro querido, he experimentado una violenta conmoción. En semejantes momentos es cuando se conoce la grandeza del dolor. Gracias también por los adornos que ha hecho usted al retrato. En cuanto á los planos de la señora Emilia, los conozco ya, por haberme hablado de ellos Vascovski. ¿Cree usted que no es posible hacerla desistir de esta grave resolución?

—A mi modo de entender, no.

—¿Que piensa usted de ella?

Marina le miró, como si quisiera que él la aconsejara, y luego respondió:

—Creo que le faltará la fuerza física para una vocación semejante.

Polaniecki hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

He reprochado á Vascovski, porque creía que había influido en la resolución de la señora Emilia, pero me he convencido de su inocencia. Ahora veo claro en las intenciones de nuestra amiga. Está cansada de vivir y desea la muerte, pero como no quiere faltar á los preceptos de la religión, quiere imponerse deberes que la llevarían á la tumba.

—Así es,—afirmó Marina en voz baja.

Al pronunciar estas palabras, inclinó vivamente la cabeza sobre su trabajo, como si quisiera ocultar su rostro, pero Polaniecki pudo notar que se desprendían gruesas lágrimas de sus ojos, cayendo sobre la labor que tenía delante.

—Señorita Marina,—dijole él en igual diapason de voz.—¿Usted llora?

La joven fijó en él sus humedecidos ojos.

—Sé que hago mal,—contestó;—pero es más fuerte que yo; el destino de Emilia me aflige demasiado.

Polaniecki se apoderó instintivamente de una de sus manos, y por vez primera estampó un beso en ella. Marina púsose á llorar de nuevo, se levantó precipitadamente y corrió á ocultarse á su habitación.

Polaniecki se volvió hacia los jugadores, en el preciso momento en que Plavicki deciale con tono algo afable á su adversario:

—Es un verdadero paso del Rubicón; difícil, muy difícil, usted representa los tiempos nuevos, y yo los viejos, de consiguiente, seré derrotado.

— Nada tienen que ver los tiempos con la brisca, — objetó Bigiel.

Pocos momentos después entró Marina anunciando que el té estaba servido. Tenía aún los ojos encarnados, pero su semblante aparecía tranquilo y sereno. Una vez tomado el té, Plavicki reanudó la interrumpida partida y Marina se puso á hablar con Polaniecki con aquel aire confidencial que se emplea únicamente con las personas con quienes se está estrechamente ligado.

Estaba ya muy adelantada la noche, cuando Polaniecki volvió á tomar el camino de su casa. Desde la muerte de Litka, jamás se había sentido tan tranquilo. Detúvose de nuevo ante el retrato de Litka, é involuntariamente pensó que una fuerza oculta estrechaba cada día más los lazos que Litka había formado al rededor de él y de Marina.

En vez de irse á acostar en seguida, fué á sentarse á su escritorio, para poner en claro el negocio de Masko, cosa que no lograba realizar. Ante sus ojos veía siempre la cabeza inclinada de Marina, y sus ojos bañados en llanto. Al día siguiente compró con ventajosas condiciones el bosque de Kerzemien.

XXII

Quince días después, Masko regresó de Petersburgo, muy satisfecho del giro que habían tomado sus asuntos. Era portador de una noticia importante que había sacado, (á lo menos así lo afirmaba, de fuente seguro y que de momento nadie conocía aún.

La última cosecha de granos había sido muy escasa en toda la Rusia; y de consiguiente, en algunas provincias empezaba ya á dejarse sentir el hambre, la cual dejaba prever que al principiar la primavera la carestía se habría hecho general. Esta noticia impresionó á Polaniecki.

Durante algunos días consecutivos, no se movió de su mesa de trabajo con el lápiz en la mano y haciendo cálculos sobre cálculos. El resultado de todo este trabajo fué proponer á Bigiel, emplear no solo todo su capital, si no además hacer uso de todo su crédito para comprar todo el grano que pudieran. Al principio Bigiel se resistía con tanto mayor motivo cuanto que Polaniecki no le ocultó, que si la empresa les resultaba completamente perjudicial, podía ser la ruina de la casa. No había probabilidades de un desastre, mientras que si les salía bien la operación, se enriquecerían de golpe y porrazo. El precio del grano tenía que subir á la fuerza. Polaniecki había resuelto todas las dificultades, y cuando al fin presentó á Bigiel todos sus cálculos, este se dejó convencer. Inmediatamente se envió al jefe de los comisionistas de la casa para á acaparar el grano, y Bigiel en persona se trasladó á Prusia con este objeto. Polaniecki quedó solo en Varsovia al cuidado de los asuntos de la casa. Trabajaba sin descanso desde la mañana hasta la noche, y, á excepción de la señora Emilia y de la familia Plavicki, no veía á nadie más en el mundo.

Rápido pasó el tiempo para él. El trabajo le proporcionaba alegría. Podía al fin abrigar la esperanza de que lograría el objeto que desde tanto tiempo se afanaba por lograr.

Nunca había dejado de visitar á la señora Emilia, pero en los últimos tiempos acaecía con frecuencia que no la encontraba en casa. Cuando Marina le anunció que hacía algunos días que había empezado el noviciado, corrió á casa de su amiga. Por muy doloroso que le fuera, quería despedirse de ella.

Esta vez la encontró, y la encontró sola.

Acogióle ella con tranquila serenidad pero el aspecto que la pobre señora presentaba impresionó dolorosamente á Polaniecki. Su rostro habíase puesto tan descarnado que se distinguían las venas á través de la sutil piel de sus mejillas. Hablóle ella de la resolución que tenía tomada de hacerse hermana de la Caridad, como si fuese ya una cosa convenida, y de una manera tal, que Polaniecki comprendió desde luego que no habría medio alguno de disuadirla.

—Pero, ¿se quedará usted en Varsovia?—la preguntó.

—Sí, quiero estar cerca de Litka. La madre superiora me ha prometido colocarme en la Casa de Maternidad, durante el noviciado; y, transcurrido éste, se me destinará á un hospital de la ciudad. De esta manera, durante los primeros tiempos, podré visitar cada domingo la tumba de Litka.

Polaniecki se mordió los labios y guardó silencio; contemplaba las delicadas y cerúleas manos de su amiga y se preguntaba á sí mismo cómo podría cuidar con aquellas manos á los enfermos. Pero recordó que ella quería y deseaba ardientemente morir para poder ir á reunirse con Litka.

El momento de la separación fué inmensamente

doloroso para Polaniecki. La idea de que debía perder á aquella mujer que desde tan largos años estaba unida á él con tan estrecha amistad, le producía un dolor agudo é indecible. Trató de dominar su emoción, apoderóse de sus manos y se las besó fervorosamente.

—¡Amiga mía, querida amiga mía!—dijo al fin con voz trémula y conmovida,—¡qué Dios la proteja y la consuele!

También ella estaba profundamente conmovida. Sin soltarle las manos, lo miró con los ojos humedecidos por el llanto y respondió con débil acento:

—Usted ha sido siempre para mí un verdadero amigo, Litka le ha amado á usted siempre y por eso le estimo yo todavía más. Jamás olvidaré lo que ha hecho usted por mi hija. El último deseo de mi pobrecita hija fué su unión con Marina. Seréis dichosos, porque Dios habló por su boca. Cuando estéis unidos estaré contenta pensando que vuestra felicidad es obra de mi hija. Dios os proteja y os bendiga á los dos.

Polaniecki partió sin poder contestar ni una sola palabra. No podía más, y, para ponerse sobre sí, dió un largo paseo al aire libre.

Al llegar á su casa, encontró un billete de Mas-ko, que decía:

«Hoy he venido dos veces á verte. En presencia de mi pasante, he sido insultado por un tal Gatovski, un loco, á consecuencia de la oferta que te hice de aquel pedazo de bosque. Tengo que hablarte y volveré al anochecer.»

Apenas había transcurrido una hora, cuando oyó llamar á la puerta; entró Masko visiblemente sobreexcitado y preguntó en seguida á Polaniecki:

—¿No conoces á este Gatovski?

—Sí: es pariente y vecino de Plavicki. ¿Qué ha pasado?

Masko se quitó el sombrero y el abrigo, y luego respondió:

—No puedo comprender como ha llegado á enterarse de esta venta. Yo no he hablado de ella á sér viviente, porque me convenia que nadie se enterara.

—Tal vez habrá sido nuestro agente cuando fué á Kerzemien para examinar el bosque.

—Oye lo que me ha pasado. Hoy, mientras me hallaba en mi despacho, el criado me ha anunciado el señor Gatovski. Yo no sabía quien era, y de consiguiente le hice decir que podía pasar. Entró una especie de oso, se me plantó delante, y me preguntó si era cierto que yo había vendido el bosque y que quería colonizar una parte de Kerzemien. Naturalmente le dije que porque me lo preguntaba y me respondió que tenía conocimiento del compromiso que tengo de abonar una pensión vitalicia al viejo Plavicki, pero que, si seguía echando á perder sistemáticamente la hacienda, nunca estaría en disposición de poderla pagar. Con mucha cortesía le aconsejé que tomara el sombrero y que se volviera al lugar de donde había venido. Entonces ha empezado á insultarme groseramente delante de mi pasante, y antes de salir, me dijo que si tenia que comestarle algo, podría irle á la fonda Saski. ¿Entiendes tú lo que eso significa?

—Efectivamente Gatovski es un hombre grosero; y como está enamorado de la señorita Plavicki, probablemente habrá querido hacer el papel de protector.

—Ya sabes,—repuso Masko,—que yo no pierdo fácilmente mi sangre fría; y sin embargo ya ves cuan agitado estoy.

—¿Qué te propones hacer? El viejo Plavicki persuadirá á Gatovski de que te debe pedir perdón.

El rostro de Masko adquirió una expresión tal de dureza y frialdad, que Polaniecki la notó, y pensó que el *osezno* se había enredado en un mal paso.

—Nadie me ha insultado jamás impunemente,—repuso el joven abogado.—¿Quieres servirme de testigo?

—Es un servicio que no se puede negar.

—Gracias. Gatovski se aloja en la fonda Saski.

—Mañana iré á buscarle.

En cuanto quedó solo, Polaniecki se mudó el traje y se dirigió á casa de los Plavicki. Por el camino pensaba en Masko y en la desagradable posición en que éste se encontraba. El casamiento con la señorita Kraslavski era su última tabla de salvación, y aun ésta insegura. El asunto de Gatovski podía llegar á ser la causa de la ruina del joven abogado.

—Que qué me importa á mí,—acabó diciendo para sí,—él y todos los hombres, y que les importo á ellos yo.

Pero de pronto sintió que, á pesar de todo, habla en la tierra un sér que le interesaba y que le era más querido que todos los demás: Marina. Cuando

se halló en presencia de ésta, cuando la besó la mano, su corazón experimentó un inefable bienestar. Marina, después de haber correspondido á su saludo, le dijo con su voz clara y melodiosa:

—Su visita de usted no me sorprende, me figura que vendría usted. Mire usted, ya está preparada la taza para usted. Gatovski está aquí y está hablando con papá.

XXIII

Aquella noche, Polaniecki tal vez porque estuviere presente Gatovski, estuvo extraordinariamente amable con Marina: no se ocupó más que de ella.

Por un momento, mientras Marina estaba preparando el té en la habitación vecina, y el señor Plavicki habla salido de la sala en busca de un cigarro, quedaron solos los dos jóvenes. Polaniecki aprovechó esta oportunidad para decirle á Gatovski.

—Cuando salgamos de aquí, estímaré que tenga usted la bondad de acompañarme. Necesito hablarle sobre la contienda que ha tenido con Marko.

—Está bien,—contestó con sequedad Gatovski, adivinando que Polaniecki era el padrino de su adversario.

Terminado el té, Plavicki tomó por su cuenta á Gatovski, y le propuso jugar una partida de ajedrez.

El oso consintió no de muy buena gana y para mayor tormento suyo, mientras iba jugando podía ver

á Marina y á Polaniecki sentados uno junto al otro y conversando amigablemente.

—Debe usted estar contenta de la venida de Gatovski; le habrá traído noticias de Kerzemien.

Marina le miró sorprendida.

—Ya no pienso en Kerzemien,—contestó ésta, con acento que denotaba lo contrario de lo que decía;—esa ha sido la manzana de nuestra discordia, y ahora, lo que deseo es que entre nosotros dos reinen la paz y la concordia.

Al decir esto, miraba á Polaniecki, con aquella graciosa coquetería que todas las mujeres saben emplear tan perfectamente cuando aman.

—Usted posee una arma terrible contra mí,—la hizo notar Polaniecki,—con su bondad me podría usted llevar hasta el infierno. Pero es tarde y tengo que volver á casa.

Pocos minutos después, él y Gatovski se hallaban en la calle.

—¿Sabía usted que era yo quien había comprado el bosque de Kerzemien?

—Sí,—contestó Gatovski.

—Pues entonces, porque la ha emprendido usted con Marko y no conmigo?

—Si quiere usted ponerme en aprieto, se equivoca,—replicó Gatovski.—Usted no es el propietario de Kerzemien. En cambio Marko con los productos de aquella hacienda tiene que pagar una pensión vitalicia al señor Plavicki; pero si continúa haciendo con lo demás lo que ha hecho con el bosque, adiós pensión vitalicia. Quería usted saber la causa de mi cólera contra Marko; pues bien ahora ya la conoce usted.

Polaniecki tuvo que reconocer que aquel joven no tenía toda la culpa, á lo menos por aquella parte, y por lo tanto juzgó oportuno de cambiar de conversación y dijo:

—El señor Marko me ha rogado que sea su padrino, y con este carácter iré mañana á verle. Pero en este momento le hablo á usted por lo que á mí me puede interesar como pariente de Plavicki, y de consiguiente le digo á usted que obrando como ha obrado con Masko ha prestado usted un flaco servicio á la señorita Marina. Si esta se halla más adelante en situación apurada, podrá agradecersele á usted.

—¡A mí! ¡si se encuentra en situación apurada! —exclamó Gatovski abriendo desmesuradamente los ojos.

—Ni más ni menos,—replicó Polaniecki.—Aun cuando ahora se pudiese evitar el duelo, eso no quitaría que toda esa historia acabe teniendo fatales consecuencias. Usted ha arruinado al señor Plavicki y le ha quitado á él y á su hija los medios de vivir.

Gatovski perdió totalmente la cabeza. Detúvose espantado con la boca abierta, y exclamó:

—¿Cómo? ¡Qué! ¡Los medios de vivir! Esto no puede ser. Les cederé todas mis fincas...

Polaniecki no le dejó terminar.

—Dejemos á un lado las palabras inútiles, señor Gatovski,—le dijo,—conozco sus haciendas de usted desde niño, sé lo que valen, y sé además que parte le toca á usted.

Efectivamente, todos los bienes de Gatovski estaban completamente hipotecados. De todos sus

bienes, lo único que le pertenecía de verdad eran sus deudas.

Pero Gatovski aparentó no comprenderle, y respondió:

—No comprendo que quiere usted decir... Dios me es testigo de que preferiría arruinarme yo á ser la causa de la ruina de Plavicki. Usted sabe con cuanto gusto retorcería el cuello á Masko; pero en tratándose del bien de Plavicki, soy capaz de hacer todo lo que el diablo quiera. Después de la escena entre yo y Masko, he estado á ver al señor Yamiz, que se halla hospedado en mi misma fonda, y le conté lo que pasaba. Me dijo que había hecho una bestialidad, y me reprendió. Si se tratara de mi cabeza le aseguro á usted que no daría un solo paso para salvarla; pero tratándose de cosas tan graves quiero aconsejarme nuevamente con Yamiz y obrar como sea debido.

Llegado á su casa, Polaniecki encontró á Masko que le esperaba y que, después de haberle saludado, le dijo:

—Kreszokski será mi segundo padrino.

—He hablado con Gatovski.

—¿Y qué? ¿Le dijistes algo en mi nombre?

—No. Como á pariente de Plavicki, me he limitado á hacerle observar que había prestado á este último un flaco servicio. Por lo que he podido comprender está dispuesto á aceptar todas tus condiciones. Por fortuna se ha aconsejado con el señor Yamiz que es un hombre que tiene mucha inteligencia.

—Está bien,—replicó Masko,—Hazme el favor de darme pluma y papel.

—Hallarás de todo en el escritorio.

Sentóse Masko y se puso á escribir. Cuando hubo concluido, entregó el papel á Polaniecki, y éste leyó lo que sigue:

«Declaro que cuando insulté al señor Masko me hallaba en completo estado de embriaguez. Hallándome de nuevo en estado de poder raciocinar, reconozco, en presencia de mis padrinos y de los del señor Masko, como también ante todas las personas que presenciaron la escena, que obré como un miserable y como un insensato, y humildemente me recomiendo á la generosidad del señor Masko, pidiéndole que me perdone. Confieso además francamente que la conducta del señor Masko para conmigo fué la de un hombre educado y noble.»

—Esta declaración la tiene que leer en alta voz y la tiene de firmar,—dijo Masko.

—No habrá quien quiera firmar una declaración semejante,—observó Polaniecki.

—¿No sabes quizás las graves consecuencias que tendrá para mí esta cuestión? Yo las sé, y no te digo sino que las Kraslavski retirarán su palabra, y que yo me quedaré compuesto y sin novia, ni más ni menos.

—¡Diantre!

—¿No comprendes que yo tengo que desahogar mi cólera sobre alguien, y que Gatoski tendrá que expiar de un modo ú otro, mi afrenta.

—A mí me tiene sin cuidado,—dijo Polaniecki encogiéndose de hombros.

—Kreszovski estará aquí mañana á las nueve,

—Está bien.

—Pues hasta la vista. Si ves á Plavicki, puedes decirle que la señorita Ploszovski, aquella pariente de quien espera heredar, ha muerto en Roma. Su testamento se halla en poder del notario Rozvadi y se abrirá mañana.

—Ya lo sabe.

Cuando quedó solo, Polaniecki pensó involuntariamente en Litka en la señora Emilia y en Marina, y no pudo menos de reconocer la inmensa diferencia que existía entre aquellas nobles y puras criaturas y los hombres continuamente agitados y luchando continuamente que agotan sus propias fuerzas para alcanzar un objeto preferente, el poder ó la riqueza. Si Polaniecki hubiera estado versado en las Sagradas Escrituras de seguro se habría repetido las palabras de Jesús á Marta: «María ha escogido la parte mejor.»

XXIV

Al día siguiente, Kreszovski se hizo esperar más de una hora. Pertenece á esa clase de gente que desgastan las piedras de las calles con la suela de sus zapatos, es decir que no hace nada. Su nombre era bastante conocido. A pesar de que se había comido toda su gran hacienda, era sin embargo bien acogido por todas partes. El elemento financiero le invitaba á sus banquetes, á sus cenas, á sus bautizos y hasta á sus bodas, porque como tenia aire distinguido y tipo de polaco, servía como de ornamento en las mesas. Tenía un carácter irritable, pero al mismo tiempo poseía una buena dosis de

—Hallarás de todo en el escritorio.

Sentóse Masko y se puso á escribir. Cuando hubo concluido, entregó el papel á Polaniecki, y éste leyó lo que sigue:

«Declaro que cuando insulté al señor Masko me hallaba en completo estado de embriaguez. Hallándome de nuevo en estado de poder raciocinar, reconozco, en presencia de mis padrinos y de los del señor Masko, como también ante todas las personas que presenciaron la escena, que obré como un miserable y como un insensato, y humildemente me recomiendo á la generosidad del señor Masko, pidiéndole que me perdone. Confieso además francamente que la conducta del señor Masko para conmigo fué la de un hombre educado y noble.»

—Esta declaración la tiene que leer en alta voz y la tiene de firmar,—dijo Masko.

—No habrá quien quiera firmar una declaración semejante,—observó Polaniecki.

—¿No sabes quizás las graves consecuencias que tendrá para mí esta cuestión? Yo las sé, y no te digo sino que las Kraslavski retirarán su palabra, y que yo me quedaré compuesto y sin novia, ni más ni menos.

—¡Diantre!

—¿No comprendes que yo tengo que desahogar mi cólera sobre alguien, y que Gatoski tendrá que expiar de un modo ú otro, mi afrenta.

—A mí me tiene sin cuidado,—dijo Polaniecki encogiéndose de hombros.

—Kreszovski estará aquí mañana á las nueve,

—Está bien.

—Pues hasta la vista. Si ves á Plavicki, puedes decirle que la señorita Ploszovski, aquella pariente de quien espera heredar, ha muerto en Roma. Su testamento se halla en poder del notario Rozvadi y se abrirá mañana.

—Ya lo sabe.

Cuando quedó solo, Polaniecki pensó involuntariamente en Litka en la señora Emilia y en Marina, y no pudo menos de reconocer la inmensa diferencia que existía entre aquellas nobles y puras criaturas y los hombres continuamente agitados y luchando continuamente que agotan sus propias fuerzas para alcanzar un objeto preferente, el poder ó la riqueza. Si Polaniecki hubiera estado versado en las Sagradas Escrituras de seguro se habría repetido las palabras de Jesús á Marta: «María ha escogido la parte mejor.»

XXIV

Al día siguiente, Kreszovski se hizo esperar más de una hora. Perteneía á esa clase de gente que desgastan las piedras de las calles con la suela de sus zapatos, es decir que no hace nada. Su nombre era bastante conocido. A pesar de que se había comido toda su gran hacienda, era sin embargo bien acogido por todas partes. El elemento financiero le invitaba á sus banquetes, á sus cenas, á sus bautizos y hasta á sus bodas, porque como tenia aire distinguido y tipo de polaco, servía como de ornamento en las mesas. Tenía un carácter irritable, pero al mismo tiempo poseía una buena dosis de

humorismo y sabía encontrar el lado ridículo de las cosas. En este punto no tenía miramientos con nadie, ni consigo mismo.

En cuanto llegó á casa de Polaniecki, trató de excusarse por su retraso; más éste le interrumpió diciéndole.

—Hablemos si le parece á usted del asunto de Masko.

—Está bien. Masko me ha mandado una declaración escrita, para que se la hagamos suscribir á Gatoski. Como no es posible que éste consienta en firmar una cosa semejante creo inevitable el duelo.

—Gatoski hará lo que le aconseje el señor Jamiz, hombre partidario de la paz, que de seguro le habrá aconsejado que se someta á todas las condiciones y...

—Y Gatoski es el verdadero tipo del badulaque, —concluyó Kreszovski. —Vamos pues, porque es tarde ya.

Pocos minutos después su trineo se detuvo frente á la fonda Saski. Aguardábales el señor Yamiz, que les recibió en traje de casa, por hallarse algo indispuerto.

—Tenga usted la bondad de tomar asiento. Llegué hace tres días y me alegro de no haber partido, porque tal vez lograré evitar un duelo que podría tener fatales consecuencias.

Luego, volviéndose á Polaniecki continuó:

—¿Cómo sigue la familia Plavicki? No he estado todavía en su casa, á pesar de que tengo muchas ganas de volver á ver á mi querida Marina.

—La señorita Marina, está bien, —respondió Polaniecki.

—Hace pocos días murió una parienta suya muy rica, de quien el señor Plavicki esperaba heredar, pero he oído decir que esa señora ha dispuesto de todos sus bienes para fines benéficos.

—Probablemente habrá dejado algo á Marina. Pero volvamos al asunto que nos ha traído aquí. No necesito asegurarnos que nuestro más vivo deseo es el de que todo se arregle á entera satisfacción de ambas partes.

—Reconozco, —respondió el señor Yamiz, —que Gatoski no se ha portado como debía con el señor Masko, y es justo y lógico que sufra las consecuencias; y por lo tanto, estoy dispuesto á dar al señor Masko las debidas satisfacciones.

Kerszovski se sacó un papel del bolsillo y sonriéndose lo entregó al señor Yamiz diciendo:

—El señor Masko exige que el señor Gatoski lea esta declaración en presencia de los cuatro padrinos y de las demás personas que fueron testigos del suceso, y que luego ponga su firma al pié de dicho documento.

El señor Jamiz se puso los anteojos y empezó á leer. A medida que iba avanzando en la lectura, cambiaba la expresión de su semblante; primero se puso colorado, y al fin reveló una expresión de cólera y de desdén. Terminada la lectura volviéndose á los dos padrinos, y dijo con alterada voz.

—Señores, mi primo obró como atolondrado y hasta como un loco; pero es un caballero y de consiguiente, ved ahí lo que contesto en su nombre al señor Masko.

Esto diciendo rompió en mil pedazos el papel y lo arrojó al suelo.

Kreszovski no se esperaba esto, y por lo tanto su rostro tomó de pronto una expresión dura y ofensiva; más Polaniecki á quien no desagradó el arranque del señor Jamiz, dijo:

— Señor consejero, nuestro patrocinado recibió una ofensa muy grave, y es menester que la reparación sea adecuada. Al traerle á usted esa declaración nos esperábamos una respuesta como la que acaba usted de darnos, y esto no hace sino aumentar el aprecio que usted nos inspira.

El anciano que padecía algo de asma, se dejó caer sobre una silla respirando con cierta dificultad. Cuando se hubo calmado contestó:

— Os habría ofrecido una satisfacción por parte de Gatovski, pero redactado, naturalmente bajo una forma muy distinta. Veo, sin embargo, que es inútil que perdamos el tiempo, y que ahora es necesario resolver la cuestión con las armas. El señor Vilkovski, que es el otro padrino estará aquí dentro de poco, y si tiene usted la bondad de aguardar un momento, fijaremos las condiciones del duelo.

A mediodía estaba terminado todo, y Polaniecki se fué á comer al restaurant á donde acostumbraba ir, esperando encontrar allí á Masko. Pero la primera persona que se le presentó á la vista fué el señor Plavicki, atildado y elegante como siempre, pero con el semblante ceñudo y malhumorado.

— ¿Que le ha pasado á usted?—le preguntó Polaniecki.

— He tenido un disgusto muy serio, y no he querido ir á comer en casa para no afligir á Marina. Por lo demás, yo me contento con poco: me basta

con una ala de pollo, y una cucharada de composta. Sentáos á mi lado.

— ¿Pero, que le ha pasado?—le volvió á preguntar Polaniecki.

— Perdiéronse ya las viejas tradiciones: esto es lo que ha sucedido.

— ¡Bah! esto no es una gran desgracia para usted.

Plavicki le miró, y dijo con voz sorda.

— Hoy se ha abierto el testamento.

— Y qué.

— Y la gente dice que ha favorecido hasta á los parientes más lejanos. ¿Sabe usted lo que le ha dejado á Marina? Un legado vitalicio de cuatrocientos rublos. A los criados les ha dejado más.

— ¿Y á usted?

— Ni un céntimo. Las viejas tradiciones han pasado ya de moda... ¡Cuántos había que se hacían ricos por medio de una herencia! Pero entonces los parientes estaban ligados, no solo por el cariño sino hasta por las tradiciones y por la comunidad de intereses.

— Sin embargo, yo conozco á muchas personas que han obtenido grandes herencias.

— Lo creo. Pero desgraciadamente yo no soy del número de estos. No comprendo porque hayan de ser los otros los que tengan todas las fortunas. ¡Siempre seré únicamente yo el desgraciado!

Polaniecki, con ánimo de consolarle, observó:

— Esta señora murió en Roma y el testamento que se ha abierto lleva una fecha muy atrasada. Y he oído decir también, que antes de éste existía

otro ¿Quién sabe si en Roma no ha agregado algún codicilo, y quién sabe también si al mejor día vá usted á despertar millonario.

—Crees tú que pueda ser eso.

—¿Porqué nó? Nada tendría de extraño.

Plavicki echó una mirada en torno suyo para asegurarse de que estaban solo. Hizo atrás su silla y poniéndose una mano sobre el corazón exclamó:

—¡Ven acá querido joven!

Polaniecki se inclinó hacia Plavicki, quien le besó dos veces sucesivas, y continuó luego con acento conmovido:

—Me has vuelto á la vida, has reanimado mis fuerzas y mis esperanzas. Ahora puedo confesarte que una vez le escribí, sólo para recordarle que todavía estábamos vivos. El testamento pudo haber sido hecho antes de que yo escribiera esta carta, y de seguro que en Roma se habrá acordado de mí y de mi pobre hija. ¿Crees tú de veras, que esto pueda ser? ¡Dios te bendiga!

Plavicki estaba radiante de satisfacción: apoyó las manos en las rodillas de Polaniecki, y repuso:

—¿Quieres que bebamos una botella á la salud del codicilo?

—No puedo,—contestó Polaniecki sintiendo haber hecho concebir al viejo una esperanza tan loca.

—¡No has de poder!

—Le aseguro á usted que no, tengo mucho que hacer, y no quisiera atrapar mi dolor de cabeza bebiendo á hora intempestiva.

—Testárudo. Tendré que beber yo media botella solo.

Pidió el vino y repuso:

—¿Pero que tienes que hacer, que no quieres beber conmigo?

—Tengo que arreglar ciertos asuntos que por cierto están muy embrollados, y en cuanto haya comido iré á ver al profesor Vascovski.

—¿Que clase de tipo es ese Vascovski?

—Es un hombre que dá todo lo que tiene á los pobres.

—¿Se lo dá todo á los pobres? Ya, pero frecuenta los mejores restaurants. Yo adoro á los filántropos y si tuviera dinero haría lo mismo.

—Ha estado por mucho tiempo enfermo. Y el médico le ha ordenado que se cuide bien. Esto no quita que procure gastar lo menos posible para su sustento. Vive en un camaranchón obscuro y reducido, y vive allí en compañía de sus pajaritos. Al lado de la suya hay dos grandes habitaciones, y ¿sabéis para que le sirven? para dar asilo á los niños pobres que encuentra abandonados por la calle.

—Se me figura,—dijo el viejo tocándose la frente con la mano,—que le debe faltar algo aquí dentro.

Polaniecki no encontró á Vascovski en casa, y después de haber ido en busca de Masko, á esto de las cinco volvió á casa Marina. Sentía que le recordaría la biblia por lo que había dicho á Plavicki.

—Ya, se decía á sí mismo,—le he metido en la cabeza la necia esperanza de ese codicilo. Empezará á contraer deudas mientras espera que llegue la

herencia, y acabará por comerse lo poco que tiene. De consiguiente, tengo que disuadirle.

Marina se disponía á salir, para ir á casa de la señora Bigiel; pero le pidió que se quedara un rato.

—La felicito á usted por la herencia,—dijo Polaniecki.

—Estoy contenta de tener una herencia positiva,—contestó ella.—En nuestra actual situación esta tiene mucha importancia. Confieso que desearía ser rica, muy rica...

—¿Por qué?

—¿No se acuerda usted que una vez me dijo usted que su mayor deseo habría sido el de tener un capital suficiente para fundar un establecimiento y para poder abandonar sus negocios actuales? Ahora quisiera tener mucho dinero, mucho.

Temiendo haber dicho demasiado, y haberse hecho traición á sí misma, se puso colorada como una amapola y bajó la cabeza, haciendo como que se arreglaba los pliegues de la falda.

—He venido para pedirle á usted que me dispense por una locura que he cometido,—dijo Polaniecki.—Hoy, durante la comida, he hecho confesar á su padre de usted la esperanza de que la señorita Plaszkowski podía tal vez haber cambiado su testamento en favor de él. Esto lo dije en broma, pero con gran sorpresa mía, su padre de usted lo ha tomado en serio. Yo no debo dejarle con esta ilusión, y por lo tanto, si usted me lo permite, entraré por un momento en su cuarto para tener una explicación con él.

Marina se sonrió.

—Ya le he desilusionado yo, y por cierto que esto me ha valido una solemne reprimenda. Como usted ha sido la causa de esto, es preciso que me pida usted perdón.

—Esto es lo que precisamente le pido.

Y apoderándose de las manos de la niña las cubrió de besos.

Marina le dejó hacer, mientras que con tono burlesco, por más que en el fondo estaba vivamente emocionada le decía:

—Es usted muy malo señor Stach, muy malo.

Aquella noche, Polaniecki, mientras se disponía á acostarse se repetía á sí misma con profunda convicción.

—Es hora ya de que tome una resolución.

XXV

Kreszkowski y el médico ocupaban un carruaje, teniendo al lado, sobre las almohadas la caja de las pistolas. Polaniecki y Masko ocupaban otro. Dirigíanse á Bielavi.

El día era frío y la niebla baja se extendía por todos lados, dejando entrever el sol que la daba un color rosa claro. La nieve helada crujía bajo las ruedas y bajo los cascos de los caballos, cubiertos de una blanca escarcha. De los árboles colgaban gruesos témpanos de nieve.

—Hace un frío terrible,—decía Masko;—los dedos se van á helar al ponerse en contacto con el gatillo de las pistolas.

—No será muy agradable tener que quitarse el abrigo,—dijo Polaniecki.—

Masko se quitó los anteojos y, mientras los limpiaba, observó:

—Antes que llegemos, el sol habrá despejado completamente la niebla y nos cegará el reflejo de la nieve.

—¿Sabes lo que en este momento me preocupa? Que en este mundo hay un factor, con el cual nadie cuenta, pero que á veces es de una importancia capital: la estupidez de los hombres. Supongamos por un instante que yo tenga mil veces más de talento del que verdaderamente tengo; supongamos que ya no soy Masko, sino que soy un gran hombre político, un Bismarck, un Cavour que para lograr un objeto determinado haya reunido todas las fuerzas de mi ingenio, y que haya formado mi plan sin olvidar nada, absolutamente nada. De repente viene una bestia cualquiera, cuyas intenciones ni remotamente se habían podido prever, y lo echa todo á rodar. La cosa reclama la venganza, más eso no quita que la bestia haya inutilizado el trabajo de toda una vida.

Entre tanto habían llegado á la localidad elegida para verificar el duelo. Casi al mismo tiempo que ellos, llegaba el coche que conducía al señor Jamiz y á Vilkovski. Toda la comitiva, compuesta de siete personajes, incluso el médico, se internó en el bosque.

El señor Jamiz se acercó á Polaniecki y le preguntó:

—¿Estamos muy distantes del sitio donde ha de tener lugar la cosa?

—Dentro de algunos momentos estaremos allá.

Después de estas palabras, siguieron avanzando todos en silencio.

El sol se levantaba por encima del bosque, y los árboles proyectaban una sombra parduzca sobre la nieve que caía lenta y silenciosa, formando agudos montículos debajo de los árboles. La paz y el silencio reinaban en aquellos parajes, y los hombres habían venido á interrumpirlos, para matarse friamente.

En el extremo opuesto del bosque, éste se dilataba y allí fué donde precisamente se detuvo la comitiva.

El señor Jamiz hizo una breve alocución sobre la gravedad de aquellos momentos, y sobre los deberes de los dos adversarios. Masko y Gatovski le escuchaban en silencio, con las manos en los bolsillos y la cabeza media oculta en el alzacuello de su abrigo. Luego mientras Kreszovski cargaba las pistolas, los dos adversarios se quitaron las pelli-
zas, y se colocaron uno frente al otro. Gatovski respiraba fatigosamente, tenía el rostro encendido y sus bigotes estaban ligeramente cristalizados por el hielo. Desprendíase de su aspecto que hacia poderosos esfuerzos para no arrojarse sobre su adversario y abrirle la cabeza con la culata de su pistola. Masko, que al principio no se había ocupado de Gatovski, le miraba ahora con una expresión de odio, cólera y desprecio: pero sabía dominarse mejor que Gatovski, y con su largo gabán, su alto sombrero y sus largos bigotes, tenía el aspecto de un comediante encargado de representar el papel de caballero.

—Matará al *osezno* como si fuera un perro rabioso,—pensó Polaniecki.

A la tercera vez resonaron á un mismo tiempo dos disparos. Luego Masko se volvió tranquilamente hacia Kreszovski y dijo tranquilamente.

—Hacedme el obsequio de cargar las pistolas. Más en aquel instante mismo, una gran mancha de sangre enrojeció la nieve á sus piés.

—Está usted herido,—le dijo el médico acercándose apresuradamente á él.

—Podrá sér... Hágame usted el obsequio de cargar.

No pudo continuar. Vaciló y habría caído en tierra si no hubiesen acudido á sostenerle. La bala de su adversario le había destrozado el hueso de la rodilla izquierda.

Había terminado el duelo. Gatovski permaneció por unos instantes inmóvil en su puesto, con mirada de toro furioso, sin comprender lo que había pasado. Después que se hubo practicado la primera cura á Masko, Gatovski se aproximó á él y le dijo:

—En este momento confieso que obré mal con usted, retiro todo cuanto puedo haberle dicho y le suplico que me perdone. Siento mucho que esté usted herido.

Luego, mientras se alejaba con sus padrinos, se le oyó que decía:

—Tan cierto como existe Dios, ha sido pura casualidad, porque yo quería disparar por encima de su cabeza.

Bigiel que había regresado de Prusia, donde había cerrado gran número de contratas, al enterarse de lo que había sucedido dijo:

—No cabe duda que Masko es un hombre inteligente, pero tiene como todos, un ramo de locura. Así por ejemplo, con el crédito que goza, habría podido encargarse de procesos importantes y hacerse un capital: pero no quiere esperar, quiere comprar una hacienda colosal, encargarse del papel de gran señor, y hacer en una palabra todo lo contrario de lo que debería hacer. Con frecuencia se me ocurre la idea de que la vida no sería tan corta si nosotros no nos empeñáramos en correr en pos de cosas quiméricas é imposibles. Estoy convencido de que Masko tiene talento y energía, pero francamente, se me figura que ahí arriba le falta algo.

Bigiel acompañaba esas palabras llevándose expresivamente la mano á la cabeza.

Entre tanto Masko estaba en la cama apretando los dientes, porque la herida le hacía sufrir de un modo atroz. Aquella noche se desmayó dos veces mientras Polaniecki estaba con él. Cuando el médico le hubo curado de nuevo, pasó unos instantes sosegado, como meditabundo y luego dijo volviéndose á su amiga:

—No puedo quejarme de la fortuna: me veo insultado, herido y arruinado de un solo golpe.

—Esta no es la ocasión más oportuna para pensar en estas cosas,—respondió Polaniecki.

Masko dió con la mano un golpe en la almohada y quejándose con fuerza á impulsos del dolor continuó:

—No me vengas á dar más tormentos. Es la última vez que hablo á un hombre como es debido. De aquí á ocho ó quince días perteneceré á esta

categoría de personas, cuya presencia se procura evitar... ¿Qué me importa la herida? En medio de esta ruina completa, lo que se me hace más insupportable es el convencimiento de que un estúpido cualquiera podrá decir: «Hace tiempo que lo había previsto.» Sí, todos prevenen las cosas cuando ya han sucedido.

Polaniecki pensó involuntariamente en las palabras de Bigiel, y Masko prosiguió, como si quisiera poner de relieve aquellas palabras:

—Tú te figuras que yo había querido atreverme demasiado, que había tratado de ser más de lo que soy. Habré obrado neciamente, pero eso no quita que sin aquel loco, sin este duelo, yo habría logrado mi objeto. Si me hubiese contentado con ser un simple abogado, jamás me habría podido casar con la señorita Kraslavski. Aquí entre nosotros te diré que conviene ser algo comediante. Tú no conoces á aquellas mujeres. A falta de partido mejor, y solo porque no podían echarle en cara cosa alguna al señor Masko, es por lo que se decidieron á aceptarme. Pero, en cuanto haya perdido mi posición ya verás como renegarán despiadadamente de mí, y huirán de mí como de un leproso, lanzando invectivas contra mi memoria para que el mundo se ponga de su parte. La señorita Kraslavski no es Marina.

Un largo silencio sucedió á estas palabras, silencio que interrumpió el mismo Masko, prosiguiendo:

—Esta me habría podido salvar. Me había enamorado de ella como un escolar, más ella prefirió la lucha contigo que el amor conmigo. Es inútil pensar en ella.

—No comprendo,—dijo Polaniecki con cierta impaciencia;—como un hombre de tu energía lo pueda considerar perdido todo. Estás derrotado, te han herido, es muy cierto; pero dentro de ocho días estarás bueno y sano, y por otra parte tu novia no ha declarado aún que quiera acabar contigo. En vez de desesperarte, la deberías advertir de lo que ha pasado. ¿Quieres que vaya yo mañana á verla? Después ella hará lo que quiera, pero á lo menos habrá sabido la verdad de boca de un testigo, en vez de saberlo por boca de algún chismoso parlanchín.

Masko reflexionó un instante y luego contestó:

—Quería escribir á mi novia; pero creo que será mejor que vayas tú directamente. Te agradezco la oferta... Nada le digas de mis apuros... Respecto á la venta del bosque, hazla creer que yo había consentido en ella para complacerte. No se te olvide decirle que Gatovski me ha pedido perdón.

—Pues hasta la vista.

—Adiós: te vuelvo á dar las gracias.

—Adiós y descansar.

Polaniecki salió. Y mientras se alejaba iba pensando en Masko.

No tiene nada de romántico,—decía para sí,—y sin embargo siente mucho. Realmente estaba enamorado de Marina, y con ésta pagó su tributo al romanticismo. Lo cual no impide que un mes más tarde, le hiciese la corte á otra y se la hiciese por interés.

—¡Bah! yo no comprendo estas cosas y no creo en una pasión que se extingue tan deprisa.

Al llegar á su casa encontróse con una carta de

Bukacki y un billete de Marina: ésta última le pedía noticias del resultado del duelo y le rogaba que le mandara esas noticias á la mañana siguiente temprano.

Escribió en seguida la contestación á este billete, y luego abrió la carta de Bukacki. Este escribía lo que sigue:

«Sakya-Muni y la bendita Nirwana, puedan conservarte en su gracia. Dile al señor Hatzlaner que no me envíe á Florencia los tres mil rublos, sino que los guarde á mi disposición. En estos últimos días he decidido hacerme vegetariano. Si se realiza esta decisión mía y mis fuerzas me lo permiten, habré dejado de ser un sucio antropófago. Lo cual además, hará que sean menores mis gastos.

»He descubierto el porqué los esclavos tienen disposiciones para la síntesis y no las tienen para el análisis: es porque son perezosos y el análisis lleva consigo un trabajo fatigoso. El sintetizar es cosa fácil, sobre todo después de comer y con el cigarro en la boca. Aquí en Florencia hace calor, sobre todo en el Lungarno. Trate de explicarme la escuela florentina por el método sintético.

»En Varsovia experimenté profundo dolor por la muerte de la pobre Litka, y aquí tampoco la puedo olvidar. ¡Qué locura es todo esto! ¿Qué hace la señora Emilia? A todo ser humano le está predestinado su papel, y el papel que le tocó á ella fué el de angel adolorido. ¿Por qué fué tan altruista y virtuosa? A no ser así, habría podido llevar una vida alegre y agradable.

»En cuanto á tí, hombre, una cosa sola te encomiendo. Te conjuro á que no te cases. Considera

que si te casas, tendrás un hijo por el cual te volverás loco trabajando, para crearle una posición ó para hacer de él... ¿qué? Para hacer de él un hombre como yo, una persona excelente, eso sí, pero atormentada sin cesar por las dudas que le vuelven loco. Hombre enérgico y activo, te saludo. A tí, negocio personificado, á tí compañero inteligente, á tí incansable trabajador, te saludo.

»Abraza en mi nombre á Varcovski. También este es sintético.

»Que Sakia-Muni pueda iluminar tu mente para que reconozcas que al sol hace calor y que á la sombra hace fresco, y que se está mejor sentado que de pie.

»Siempre tuyo,

»BUKACKI.»

—¡Vaya un loco!—se dijo Polaniecki.

Y luego, volviendo á leer aquella parte de la carta que más le interesaba, murmuró:

—Pues, sí señor, mi querido joven, me caso, y me caso con la señorita Marina Plavieki; ¿lo tienes entendido? Crearé una posición y, si tengo un hijo, haré de él un hombre fuerte y activo, y no un hombre como tú, ¿comprendes?

Aquella misma noche, rompió el primer billete que había escrito á Marina y le escribió otro, concebido en estos términos:

«Estimada señorita.

»Masko está ligeramente herido. Su adversario le pidió perdón sobre el terreno y la cosa no tendrá consecuencias. Hoy no he podido ir á su casa; pero

mañana, si usted me lo permite, iré para besar sus adoradas manos.

»POLANIECKI.»

Terminada la carta, consultó el reloj, y viendo que eran las once, mandó al criado que la llevara inmediatamente á su destino.

—Extraña cosa sería,—dijo,—que no acertase ella el objeto de mi visita de mañana.

XXVI

La señora Kraslavski recibió á Estanislao Polaniecki sin ocultar la extrañeza que le producía aquella visita inesperada. El joven entró desde luego en el asunto y le puso al corriente de lo acaecido, procurando presentar bajo buen aspecto la conducta de Masko. Cuando hubo terminado, la señora contestó:

—En todo esto hay algo que no aparece bastante claro; así es que no comprendo por qué el señor Masko ha de haber vendido el bosque, que era lo que embellecía Kerzemien.

—El bosque estaba demasiado lejos de la casa,—replicó Polaniecki,—hacia demasiada sombra con gran perjuicio para el cultivo, y Masko, como hombre práctico se deshizo de él. A más de eso, debo confesaros que yo tengo algo de culpa. Como negociante en maderas, me convenía aquel bosque, y Masko, obedeciendo á un sentimiento de amistad, me lo ha vendido.

—No comprendo, entonces, por qué aquel joven...

—Usted conoce al consejero Yamiz,—interrumpió Polaniecki;—pues ese señor le dirá que aquel joven es un loco, y que como tal se le conoce en todo el país.

—Siendo así, no había necesidad de que el señor Masko se batiera con él.

—Señora,—objetó Polaniecki que empezaba á perder la paciencia,—en estos asuntos vuestras ideas son muy diferentes de las nuestras.

—Hágame usted el obsequio de aguardarse un momento; quiero hablar con mi hija.

Polaniecki quedó solo, esperó durante un breve espacio de tiempo, al cabo del cual comparecieron la madre y la hija.

La señorita iba vestida de blanco con marinera. Aún cuando tenía los ojos algo encarnados, y su peinado estuviera algo descuidado, á Polaniecki no le pareció fea. No se leía conmoción alguna en su semblante.

Después de haber saludado á Polaniecki con aire tranquilo é indiferente, dijo:

—Le ruego á usted que diga al señor Masko que la noticia de su duelo me ha asustado y conmovido. ¿La herida es verdaderamente ligera?

—Sí, señorita.

—He pedido á mi mamá que fuera á verle. Yo la acompañaré y esperaré abajo en el coche las noticias que ella me traiga. Cada día haré lo mismo, hasta que esté completamente restablecido.

Un ligero rubor, apenas perceptible, cubría el rostro de la señorita. Polaniecki, que no esperaba estas palabras, la miró lleno de asombro. En aquel momento, casi le parecía hermosa, y cuando se ale-

mañana, si usted me lo permite, iré para besar sus adoradas manos.

»POLANIECKI.»

Terminada la carta, consultó el reloj, y viendo que eran las once, mandó al criado que la llevara inmediatamente á su destino.

—Extraña cosa sería,—dijo,—que no acertase ella el objeto de mi visita de mañana.

XXVI

La señora Kraslavski recibió á Estanislao Polaniecki sin ocultar la extrañeza que le producía aquella visita inesperada. El joven entró desde luego en el asunto y le puso al corriente de lo acaecido, procurando presentar bajo buen aspecto la conducta de Masko. Cuando hubo terminado, la señora contestó:

—En todo esto hay algo que no aparece bastante claro; así es que no comprendo por qué el señor Masko ha de haber vendido el bosque, que era lo que embellecía Kerzemien.

—El bosque estaba demasiado lejos de la casa,—replicó Polaniecki,—hacia demasiada sombra con gran perjuicio para el cultivo, y Masko, como hombre práctico se deshizo de él. A más de eso, debo confesaros que yo tengo algo de culpa. Como negociante en maderas, me convenía aquel bosque, y Masko, obedeciendo á un sentimiento de amistad, me lo ha vendido.

—No comprendo, entonces, por qué aquel joven...

—Usted conoce al consejero Yamiz,—interrumpió Polaniecki;—pues ese señor le dirá que aquel joven es un loco, y que como tal se le conoce en todo el país.

—Siendo así, no había necesidad de que el señor Masko se batiera con él.

—Señora,—objetó Polaniecki que empezaba á perder la paciencia,—en estos asuntos vuestras ideas son muy diferentes de las nuestras.

—Hágame usted el obsequio de aguardarse un momento; quiero hablar con mi hija.

Polaniecki quedó solo, esperó durante un breve espacio de tiempo, al cabo del cual comparecieron la madre y la hija.

La señorita iba vestida de blanco con marinera. Aún cuando tenía los ojos algo encarnados, y su peinado estuviera algo descuidado, á Polaniecki no le pareció fea. No se leía conmoción alguna en su semblante.

Después de haber saludado á Polaniecki con aire tranquilo é indiferente, dijo:

—Le ruego á usted que diga al señor Masko que la noticia de su duelo me ha asustado y conmovido. ¿La herida es verdaderamente ligera?

—Sí, señorita.

—He pedido á mi mamá que fuera á verle. Yo la acompañaré y esperaré abajo en el coche las noticias que ella me traiga. Cada día haré lo mismo, hasta que esté completamente restablecido.

Un ligero rubor, apenas perceptible, cubría el rostro de la señorita. Polaniecki, que no esperaba estas palabras, la miró lleno de asombro. En aquel momento, casi le parecía hermosa, y cuando se ale-

jó para ir á casa de Masko para ir á llevarle aquella agradable noticia, pensaba entre sí.

—Es mejor de lo que parece; hasta creo que no está completamente desprovista de corazón. Hasta ahora Masko no la ha conocido, ya experimentará una gran sorpresa. Si la señora Kraslavski va á visitarle, verá á toda aquella colección de obispos y guerreros colgados de las paredes, y acabará por creer en la ilustre ascendencia de su futuro yerno.

Pocos minutos se detuvo Polaniecki en casa de de Masko, porque tenía intención de ir á saludar al profesor Vascovski que partía para Italia. Por el camino compró un ramo de flores y dió orden de que fuera llevado á casa de la señorita Plavicki. La idea de que Marina recibiría muy gozosa aquellas flores y de que por la noche le esperaría ansiosa, le causaron tal placer que llegó muy alegre y satisfecho á casa Vascovski.

—Vengo á saludarle; ¿cuando se marcha V.?

—Tengo que retrasar un par de días mi partida, contestó Vascovski.—Ya sabes que, durante el invierno doy asilo á pobres niños abandonados.

—Sí, á bribonzuelos de esos que saben sacar las carteras de los bolsillos ajenos.

—No, no; son buenos... y ya ves que no los puedo abandonar así; necesito uno que me substituya, que venga á vivir en mi casa.

—Para hacerse tostar. ¿Cómo puede V. resistir un calor semejante?

—Estoy en mangas de camisa, y ya me permitirás que esté así. Realmente hace un poco de calor, pero esto hace bien á mis pajaritos.

Polaniecki miró en torno suyo. En aquella habi-

tación había por lo menos media docena de curru-cas, jilgueros y otros, sin contar los gorriones que andaban sueltos, y que, acostumbrados á su pasto diario, aguardaban en el antepecho de la ventana, á la parte de fuera de la misma. Colgadas de las paredes estaban las jaulas que no servían, únicamente por la noche, porque de día los pájaros volaban libremente por la habitación, con una charla incesante, y dejando las huellas de su presencia encima de los libros y manuscritos que habían esparcidos por doquier.

Aunque acostumbrado á aquel espectáculo, Polaniecki alzó los hombros y dijo:

—Todo esto será muy bonito y muy bueno, pero dejarles en libertad de volar por donde quieran, me parece demasiada libertad.

—De eso tiene la culpa San Francisco de Asis; contestó Vascovski;—de él he aprendido á tener cariño á las avecillas.

—Es probable que se encuentre V. con Bukacki, dijo Polaniecki;—he recibido carta suya. Miradla.

—¿Puedo leerla?

—Claro está que sí, para esto la he traído.

Vascovski, cuando hubo terminado su lectura dijo:

—Es un buen muchacho, pero tiene algo maleada la cabeza.

—Es muy raro lo que me pasa, exclamó Polaniecki;—figúrese usted, mi querido profesor, que de algunos días á esta parte oigo de continuo que el uno dice del otro que tiene algo averiados los

sesos; estoy por creer que esto es una especie de epidemia.

—Todos tenemos nuestra racioncita de locura.

Por lo que á Bukacki se refiere, ¿sabe usted la manera como me propongo seguir sus consejos? Casándome en seguida... Es decir, me casaré si no me rechazan.

Vascoyksi le abrazó:

—Dios atienda todos tus deseos y te bendiga. Era lo que Litka deseaba. Me consta. Recuerdas cuando te dije que no moriría hasta haber cumplido su misión? Dios os bendiga á entrambas. Marina tiene un corazón de oro.

—Y yo le deseo á usted un buen viaje y un regreso feliz.

Polaniecki bajó á la calle, hizo venir un coche de plaza y se hizo llevar á casa Plavicki. Por el camino se consultó á sí mismo sobre lo que tenía que decir á Marina y sobre la manera como se debía expresar.

Las ventanas no estaban iluminadas aún, apesar de que hacía ya un rato que se había puesto el sol. De seguro que Marina le esperaba.

—¿Ha recibido usted la carta y las flores?

—Sí.

—¿Y ha adivinado usted el porqué se las he mandado?

Latíale con tal fuerza el corazón á Marina, que no pudo contestar.

Polaniecki continuó con tono insinuante:

—¿Quiere V. que se cumpla el deseo de Litka?

¿Quiere usted ser mía?

—Sí,—respondió á media voz Marina.

Comprendía él que tenía que darle las gracias por tal consentimiento, más no acertó á dar con las palabras adecuadas para expresar sus sentimientos. Estrechó con fuerza sus manos, la atrajo hacia sí, la abrazó con efusión y trató de besarla en los labios. Más ella volvió la cabeza de manera que él solo pudo tocarle los cabellos que le cubrían las sienes. Durante algunos instantes, solo se oyó su respiración, hasta que al fin Marina se desprendió de sus brazos.

En aquel instante entraba el criado trayendo la lámpara.

Polaniecki, asustado de su propia osadía, miró con ansiedad á Marina, con ánimo de pedirle perdón, si ésta hubiese dado muestras de estar ofendida; más vió con gran sorpresa que en el rostro de la joven no aparecía vestigio alguno de enojo. Sus ojos inclinados hacia el suelo y sus mejillas encendidas, revelaban tan solo la dulce turbación que experimenta la mujer amante cuando sacrifica algo, pero qué concede gustosa porque ama y porque comprende que ese es su deber.

Apoderóse de Polaniecki un intenso sentimiento de gratitud. Llevó respetuosamente á sus labios una de las manos de la joven y dijo:

—Sé que no soy digno de su bondad; pero pongo á Dios por testigo de que haré por usted todo lo que mi fuerza y mi voluntad me permitan.

Marina le miró con los ojos humedecidos y respondió:

—Me basta que sea usted dichoso.

—Lo seré con usted. En Kerzemien la conocí en seguida, pero ya sabe usted lo que pasó. Estaba

conyencido de que se casaría usted con Masko, y esto me causó profunda pena.

—Reconozco que obré mal y le pido perdón... mi querido señor Stach...

—Hoy me decía el profesor Vascovski: «Marina, tiene un corazón de oro...» Es usted una joya, adorada mía, es usted un tesoro.

Miróle ella conmovida. Vino á interrumpir su diálogo el señor Plavicki, que acababa de entrar en aquel momento.

—¿Estáis solos?—les preguntó.

Marina se acercó á su padre, apoyó las manos en su hombro, y presentándole la frente para que se la besara dijo:

—Sí; nos hemos prometido, papá.

—¿Qué dices?—preguntó asombrado Plavicki dando un paso atrás.

—Digo,—repuso Marina mirándole tranquilamente los ojos,—que el señor Estanislao me ha pedido por esposa, y que yo soy muy dichosa.

Polaniecki abrazó al señor Plavicki y añadió:

—Sí, tío, con tal que usted lo permita.

—¡Hijos míos!—exclamó Plavicki, acercándose con inseguro paso al sofá dejándose caer pesadamente en él:—permitidme que me siente; la emoción... pero no es nada, no hagáis caso de mí, hijos míos... Si este es vuestro deseo, os bendigo de todo corazón.

Y uniendo la acción á la palabra, bendijo á los dos amantes. Su voz era entrecortada y se expresaba con gran dificultad, que solo se pudieron coger estas frases:

—Un rinconcito á vuestro lado para el pobre vie-

jo que ha trabajado toda su vida,.. para el bienestar de su única hija...

Supieron tranquilizarle tan bien los dos jóvenes, que poco después el señor Plavicki dijo con tono jovial, golpeando ligeramente la espalda á Polaniecki:

—¡Pícaro! De modo que pensabas en Marina ¿eh? Y yo que me figuraba que tú...

El resto de la frase la pronunció en voz baja en el oído de Polaniecki. Púsosele encarnado á éste el rostro; á impulsos de la cólera contestó:

—Lo perdono porque es usted, pero si otro se hubiese atrevido á hacerme semejante observación...

—Vaya, vaya,—repuso Plavicki sonriendo,—no hay humo sin fuego.

Aquella misma noche, cuando Polaniecki se disponía á marcharse, Marina le dijo:

—¿Quiere usted hacerme un favor?

—¿Qué desea usted?

—Un día hice la promesa de que, en cuanto llegase ese día .. el día de hoy, haría una visita en compañía de usted, á la tumba de Litha.

—Qué buena es usted,—exclamó Polaniecki.

—Creo que en este momento Litka nos está viendo y ruega por nosotros.

—Si es nuestra pequeña santa protectora.

—Buenas noches.

—Buenas noches. Hasta mañana,—dijo el joven besándole las manos,—y pasado mañana y siempre, hasta... el día de nuestra boda.

Polaniecki se alejó. Confusos pensamientos acumulábanse en su mente, variados sentimientos agitaban su corazón, pero entre todas estas sensacio-

nes había una que dominaba á las demás. Y esta sensación, este pensamiento era el de que había acaecido algo extraordinario que había decidido de su suerte, de que había pasado la hora de las dudas y de las indecisiones, y de que al fin empezaba para él una nueva vida.

A la mañana siguiente se dirigió temprano á su despacho para comunicar la nueva á Bigiel. Este, después de haberle abrazado, le dijo con su calma habitual:

—Es la cosa más cuerda que habrás hecho en toda tu vida. Ahí tienes,—continuó señalando varios papeles que había encima del escritorio, una porción de negocios que, gracias á tu inteligencia y actividad, han tenido un resultado excelente; pues bien, todo eso es nada, comparado con el más que excelente que has hecho ahora.

—¿Verdad que sí?—prorrumpió alegremente Polaniecki.

—Corro á participarle á mi mujer tan grata nueva,—dijo Bigiel.

—Está bien,—contestó Polaniecki.—Mientras tanto yo voy á ver á Masko y luego tengo que ir á casa de Marina, á quien he prometido acompañar á la tumba de Litka.

—Es vuestro deber para con aquella pobre niña. Por el camino compró flores y las mandó á su novia, advirtiéndole al mismo tiempo que iría pronto á su casa, y luego entró en la de Masko.

Cuando éste se enteró de la novedad, estrechó la mano de su amigo y le dijo visiblemente conmovido:

—Una sola cosa te digo, y es que no sé si ella se-

rá feliz contigo, pero es seguro que tú lo serás con ella.

—Las mujeres son mejores que nosotros,—observó Polaniecki;—los últimos acontecimientos de tu vida deben haberte convencido de esta verdad.

—Te confieso que estoy cada vez más sorprendido. Mi novia y su madre se mostraron buenas conmigo, pero en su vida hay algo de misterioso que...

Interrumpióse Masko como el que no está seguro de la conveniencia de seguir, mas al fin continuó:

—Tú sabes callar y además en estos últimos tiempos me has dado muestras de amistad; de consiguiente no quiero tener secretos para tí. Ayer, después que te hubiste marchado, recibí una carta anónima, (ya sabes que entre nosotros existe el noble uso de las cartas anónimas), y esta carta contenía la noticia de que el padre de la señorita Kraslavski vive aún.

—Será obra de algún chismoso.

—Tal vez sí y tal vez no. Podría muy bien ser que realmente viviese en América. Recibí la carta mientras estaba aquí presente la señora Kraslavski, disimulé, y al cabo de un rato, aprovechando la oportunidad de que ella se enteraba de mis ascendientes, la pregunté cuanto tiempo llevaba de viudez, y ella me contestó únicamente estas palabras: «Hace nueve años que estoy sola con mi hija, pero esta es una historia muy triste, de la cual hoy no quiero hablar. Ya comprenderás que no juzgué conveniente insistir.

—Sí, ¿y qué?

—Que creo que si verdaderamente el padre vive

aún, éste debe ser un individuo de quien no se deberá hablar con mucho gusto. Por lo demás, todo esto me importa poco. Es lo mismo que no existiese y espero que mi casamiento se realizará sin entorpecimientos, porque cuando uno tiene secretos que ocultar tiene menos pretensiones.

—Perdóname mi indiscreción,—dijo Polaniecki tomando el sombrero,—pero en este momento se trata de mi capital y de los intereses del señor Plavicki; ¿estás seguro de que las señoras Kraslavski son ricas?

—Parece que poseen un capital bastante considerable, pues una vez la madre me dijo que su hija no necesitaba un hombre rico. Conozco á los judíos de Varsovia y estoy seguro de que ninguno de ellos acredita un solo céntimo de esas señoras. Tienen una preciosa quinta cerca de la de Bigiel; esto también lo sabes tú.

—Pero, ¿no conoces tú á cuanto asciende fijamente su fortuna?

—He procurado con cautela averiguar alguna cosa, y he podido comprender que poco más ó menos no baja de doscientos mil rublos lo que poseen.

Polaniecki se despidió, y una hora más tarde hallábase con Marina en el cementerio.

Al volver de visitar la tumba de Litka, Marina observó:

—Páreceme ahora como si la pobre niña hubiese bendecido nuestra unión.

Cogióla él de una mano y la dijo:

—Si estás convencida de que seremos felices, ¿para qué diferir nuestra felicidad? Yo, vida mía, creo en un porvenir dichoso; no vacilemos más.

Abrese para nosotros una nueva vida; empecémosla lo más pronto posible.

—Como tú quieras, con toda mi alma seré completamente feliz.

Abrazóla él contra su pecho y cambió con ella un apasionado beso.

XXVII

Había llegado para Polaniecki el momento decisivo de su vida. Jamás se hubiera imaginado que los preparativos de una cosa tan sencilla como un casamiento, tuviese que proporcionarle tanto trabajo; más no por eso decreció su buen humor. Miraba lleno de confianza el porvenir. Sabía que Marina poseía un corazón excelente, una mente sana y un carácter noble; sabía que podía confiar ciegamente en ella. Con frecuencia acudiale á la imaginación la respuesta de un amigo de su madre, cuando se le preguntó si le daba más en que pensar el porvenir de un hijo ó el de una hija.

—El de los hijos,—había dicho,—porque á mis hijas lo peor que les puede suceder es que sean desgraciadas.

Con esas palabras, aquel hombre había dicha una gran verdad. Así es, en efecto. A los hijos se les educa en la escuela de la vida y pueden fácilmente echarse á perder, dejar de ser honrados. A las hijas se las educa en las virtudes domésticas, se las hace adquirir sólidos sentimientos de virtud y de honestidad, y de consiguiente, aún en la peor de las hipótesis, únicamente pueden ser desgraciadas.

Pero si Polaniecki analizaba las buenas cualida-

des y virtudes de su novia, lo hacía más con el amor y la predilección de un joyero con sus propias joyas, que con el método severo de un sabio que estudia un fenómeno desconocido.

Aún cuando creía conocer el carácter de Marina, un día, sin embargo, tuvo con ella un serio altercado. La causa fué una carta del profesor Vascovski, que Estanislao leyó delante de ella.

La carta decía:

«Amigo mío.»

«Vivo en la calle del Triton, (*pensión française*). Ten la bondad de llegarte á mi casa, para asegurarte de como van mis protegidos y de si los pajaritos de San Francisco están suficientemente provistos de grano y de agua. Deseo que en los primeros días de primavera se abran las jaulas y las ventanas. Los que prefieran el encierro se quedarán, los que prefieren la libertad se marcharán.

«Cada día ruego á Dios por vosotros dos, por tí y por la señorita Marina. Con mucho gusto asistiría á vuestra boda, pero no estoy seguro que mis compromisos me dejarán libre por Pascua. Por consiguiente, debo escribirte lo que quiero y debo deciros; este es el objeto de esta carta. Chocheas de viejo pedagogo. Ya sabes que durante mucho tiempo ejercí mi carrera de maestro. En ese tiempo tuve ocasión de conocer muchas verdades, y la experiencia me ha enseñado muchas cosas. Fíjate pues, en mis consejos, y presta atención á mis palabras.

«Si llegáis á tener hijos, no los atormentéis con el estudio excesivo; dejadlos crecer lozanos y alegres según la divina voluntad. En nuestros días, un

niño tiene ocupadas más horas que un adulto, que un empleado. Además debes considerar que un empleado, durante sus horas de oficina, se puede distraer con sus colegas y puede fumar un poco, mientras que el niño durante todas las horas de clase, tiene que estar con la imaginación ocupada y atenta para poder hacerse cargo de lo que el maestro le enseña, y para no perder el hilo y la conexión de las enseñanzas que se le dan.

«Si sacas la cuenta de las horas de estudio á que un pobre muchacho se ve obligado á someterse diariamente, verás que no bajan de doce. ¡Doce horas de trabajo para un niño! ¿Comprendes esto, amigo mío? ¿no se te ha ocurrido jamás la idea de que tales niños únicamente podrán salir hombres gastados de salud y de inteligencia? ¿y qué mientras tanto vuestros cementerios está poblados de niños muertos antes de tiempo, y que mientras tanto las ideas más estrambóticas y estafalarias hallan sostenedores y adictos?

«Se ha pensado en la reducción de horas de trabajo de los trabajadores de las fábricas; una ley regula el trabajo de los niños; pero de los pobres niños que estudian jamás nadie se ha ocupado. ¡Qué campo tan vasto para un reformador! ¡cuán agradecida tendría que estarle la posteridad.

«Te ruego que no obligues á tus hijos ha hacer estudios en demasía, á excesivos trabajos mentales. Prometédmelo tú y Marina. Créeme, no hablo por hablar, como sostiene Bukacki, hablo porque te quiero bien. Una reforma en este sentido es el deber más grande de nuestro siglo, será la obra más humanitaria después de la de Cristo.

«En Perugia me han acaecido cosas extrañas. Pero eso ya te lo escribiré otro día. Entre tanto te doy un estrecho apretón de manos.»

Marina escuchaba esta carta con evidente perplejidad. Polaniecki la miró sonriendo y dijo:

—¿Ha oído usted alguna vez una cosa parecida? No estamos casados aún, y el profesor ya se preocupa de nuestros hijos.

Esto diciendo, se había inclinado hacia Marina para verla los ojos y la preguntó:

—¿Qué me dice usted de esta carta?

Al hacer esta pregunta, Polaniecki se encontraba en uno de esos momentos desgraciados en que el hombre se manifiesta tal como no es en realidad. Verdaderamente, él tenía un carácter algo rudo, pero no grosero; pero en aquel momento no supo prever cuan fino y delicado podía ser el sentimiento de una niña. Marina sabía como todas las otras muchachas, que los hijos son la consecuencia del matrimonio; más ella pensaba en esta posibilidad futura como en una especie de cosa vaga, indeterminada, como de un misterio del cual se tenía que hablar con los debidos miramientos. El tono burlón y claro con que Polaniecki tocó inopinadamente aquel delicado asunto, no solamente la ofendió, sino que la produjo una dolorosa impresión. Involuntariamente se le ocurrió este pensamiento: ¿Por qué no comprende esto? Y desmintiendo á su vez su propio carácter, como precisamente puede acaecerle á la persona más tranquila, en aquel momento de perplejidad se enojó por una insignificancia y casi sin motivo.

—¿Cómo puede usted hablar de tal manera en mi presencia?—exclamó con aire ofendido.

Polaniecki soltó una carcajada figurándose tal vez que saldría de su comprometida situación manifestando una alegría afectada.

—¿Por qué se enfada usted así?—la preguntó.

—Su conducta para conmigo no es la que debería ser.

—Francamente, no comprendo lo que quiere usted decir.

—Tanto peor para usted.

La cólera hizo subir los colores al rostro de Polaniecki.

—Puede ser que yo tenga la culpa,—dijo con el tono de quien no sabe pesar sus propias palabras,—pero nada me es tan antipático como el que una persona se dé por ofendida sin motivo. De este modo no es posible vivir. Quien de una cosa de nada hace un caso grave, tiene indudablemente más culpa que yo, y como mi presencia le desagrada, me voy.

Y tomando con ademán colérico el sombrero, inclinóse ligeramente y se lanzó fuera de la habitación.

Marina no trató de detenerle; por algunos instantes el enojo ahogó en ella todos los demás sentimientos. Luego sintió como si hubiese recibido un fuerte golpe en la nuca, y se dijo como presa de viva turbación:

—Todo ha terminado; ya no volverá jamás.

Todo aquel edificio tan bello que en su mente se había levantado, acababa de desplomarse encima de ella; se le preparaba una vida árida y desierta.

¡Cuán dichosa habría podido ser! Todo esto había acaecido tan inesperadamente, que ella no podía darse aún una idea clara de su situación. Al fin se levantó y se adelantó con lentitud hacia el escritorio. Maquinalmente, pero con cierta viveza, puso encima de él algunas hojas y papel para cartas, acercó la silla, sentóse, y apoyó la cabeza entre las manos. Sus miradas encontraron involuntariamente el retrato de Litka, y un nuevo rayo de esperanza la iluminó. El corazón le latía con violencia; levantóse y dió algunos pasos por la habitación, reflexionando sobre lo que tenía que hacer. El enojo había desaparecido por completo. Únicamente sentía el amor inmenso que profesaba á Polaniecki, y se apoderó de ella un profundo arrepentimiento. Pero, ¿qué debía hacer? En su corazón sostenían una ruda lucha el temor y la esperanza. Por un lado esperaba que el buen corazón de Polaniecki le llevaría de nuevo á sus brazos. Por otro lado conocía la obstinación de su novio, su amor propio y su singularidad en querer ser tenido por inflexible.

Al cabo de media hora estaba convencida de haber sido ella la única culpable del deplorable incidente, y resolvió escribirle algunas frases conciliadoras. Si el cruel hubiese venido, habría visto cuan arrepentida estaba ella. Parecíale cosa sumamente fácil escribir un par de palabras de esas que brotan del corazón; más cuando intentó realizarlo, se encontró con dificultades insuperables. En la carta no podía poner unos ojos tiernos y humedecidos por el llanto, ni un semblante que sabe aparecer triste y sonriente á la vez. Una hoja de papel escrita no tiene la voz entrecortada por la emoción, no tiene dos

manos que, juntas y levantadas en alto, imploran perdón. Una carta puede ser leída y hasta puede ser comprendida, cuando se pone en ello un poco de buena voluntad, pero no se puede exigir más de una hoja de papel blanco, fría, indiferente y cubierta de palabras negras.

Marina había roto ya dos cartas, cuando su padre sacó la cabeza por la puerta entreabierta.

—¿No está Polaniecki aquí?—la preguntó.

—No, papá.

—¿Cuándo volverá?

—No lo sé, papá,—respondió la niña suspirando.

—Si vuelve, hazme el obsequio de decirle que dentro de una hora estaré de vuelta y que tengo de hablarle.

—¡Ah!—pensó Marina,—cuan contenta estaría también yo de poderle hablar.

Empezó otra carta, pero también esta tuvo el mismo fin de las dos anteriores. Tomó una cuarta hoja y discurrió si tal vez lo mejor sería tomar la cosa á broma ó bien pedirle sencillamente perdón. Apretóse las sienes con las manos, y se puso á recorrer la habitación en todas direcciones. De repente sonó la campanilla. A Marina le dió un salto el corazón.

—¿Si fuese él?—se preguntó.

Abrióse la puerta, y efectivamente, era él. Entró perplejo, con aire sombrío, visiblemente indeciso sobre la manera como sería acogido. La joven corrió al encuentro de su prometido con el rostro radiante de alegría, dichosa, conmovida porque había vuelto: se acercó á él y le echó los brazos al cuello.

—¡Qué bueno es usted! ¡cuánto le quiero!—murmuró.—¿Sabe usted que le quería escribir?

Polaniecki la miró por un instante en las niñas de los ojos y luego, de improviso, la estrechó convulsivamente contra su pecho rebotando cariño, y cubrió de ardientes besos la boca, los ojos y los cabellos de la mujer amada.

—Es usted demasiado buena,—la dijo al fin con tierno acento:—pero precisamente su bondad es la que me subyuga. Perdone usted, no me niegue usted este perdón. Mi cólera se ha desvanecido en seguida y me he dirigido serios reproches á mí mismo. He pasado varias veces por debajo de sus ventanas, con la esperanza de ver y leer en sus ojos y en su rostro que podía volver á su lado. Al fin no he podido contenerme más y aquí me tiene usted.

—Quién debe pedirle perdón soy yo, que fui la causa de la equivocación. Mire usted cuantas hojas de papel rotas. He escrito y he vuelto á escribir.

Polaniecki apenas oía lo que ella estaba diciendo. Sus ojos fascinados se fijaban en la niña, la cual, con la cara encarnada y los ojos brillantes de alegría y de felicidad, estaba delante de él tratando de arreglarse los cabellos que se habían descompuesto con aquel apasionado abrazo.

—¿De veras me quería usted escribir?—repuso Polaniecki.

—Esas hojas rotas hablan por mí.

—Marina, es usted demasiado buena.

—Oh, no,—contestó ésta mirándole con ternura.—Sola yo tuve la culpa de todo, nadie más que yo. Y al cabo de un instante prosiguió, ruborizándose cada vez más y con los ojos bajos:

—El profesor Vascovski tiene mucha razón en lo que escribe en su carta.

El aire humilde y bondadoso de Marina desarmó todavía más á Polaniecki, que se sentía hechizado.

—Jamás podré consolarme de haber obrado con usted de esta manera,—la dijo;—con su bondad hará usted de mí un esclavo.

—¡Cómo!—exclamó ella sacudiendo la cabeza.—¿Se burla usted? Medrosa y tímida como soy...

—¿Medrosa y tímida?... Voy á contarle á usted una historieta. En Bélgica conocí dos señoritas apellidadas las señoritas Wantres. Estaban tan prendadas de un gato que poseían, que tenían la convicción de que era el más acabado y perfecto modelo de la apacibilidad y de la bondad, y no se cansaban de cantar las alabanzas de su favorito. Un día recibieron como regalo una liebre doméstica, ¿y qué sucedió? Que fué tanto el miedo que la liebre causó al gato, que éste corrió á esconderse debajo de los muebles. Tan convencidas estaban de este miedo las señoritas, que cierto día en que habían salido, como se acordaran de que la liebre y el gato habían quedado solos en casa, dijeron entre sí: «El minino no le puede causar daño alguno á la liebre; ¡si la tiene un miedo!...» Y continuaron tranquilamente su paseo. Al cabo de una hora regresaron á casa, y ¿á qué no adivina usted lo que había sucedido? Pues lo sucedido fué que el gato se había comido á la liebre, y de ésta no quedaban más que las orejas. Este es precisamente el caso de nosotros dos. En apariencia usted me tiene miedo, pero al fin del cuento á mí no me quedarán más que las orejas.

Polaniecki miró riendo á Marina, más ésta protestó enérgicamente de aquella aserción.

—No,—acabó por decir la joven,—yo no tengo un carácter semejante.

—Tanto mejor,—contestó Polaniecki;—¿sabe usted que es lo que la experiencia me ha enseñado? Que el más egoísta es el que siempre tiene razón.

—Así se podría decir que el amor más grande se sacrifica siempre por el más pequeño.

—Es lo mismo. Por lo demás, confieso que si me encontrase en presencia de un Herodes, no vacilaría un instante en hacerlo así.

Aquí Polaniecki tendió los dedos de la mano y luego los dobló hacia adentro, haciéndolos chocar con fuerza contra la palma de la misma.

—Pero cuando uno tiene que habérselas con una tortolilla como usted, la cosa es muy diferente. Mas bien conviene privarle á usted de pensar demasiado en los demás, privarla de sacrificarse. Todas las personas que la conocen á usted son de ese parecer. Masko, que por cierto no es un Salomón, me dijo en cierta ocasión: «Ella podrá ser desgraciada con usted; pero usted con ella jamás.» Y tiene perfectamente razón. Tengo viva curiosidad por saber como se encontrará él después de casarse. Es hombre que sabe aguantar muy bien las riendas.

—¿Está enamorado de su novia?

—No mucho, positivamente menos de cuando se enamoró de cierta señorita que coqueteaba con él.

—Porque él no se había portado tan mal como cierto señor Stach.

—Será un matrimonio curioso. La esposa no es fea, aún cuando esté tan pálida y tenga casi siempre los ojos encarnados. Masko se casa con ella por interés. Este se empeña en sostener que no es ama-

do, y hasta después de su entrevista con Gatovski, estaba convencido de que aquellas señoras romperían toda clase de relaciones con él. Pero ha sucedido todo lo contrario y esto á Masko, en vez de alegrarle le pone pensativo. Parece que en la familia hay algo que no es bastante claro, especialmente respecto al señor Kraslavski. Únicamente Dios sabe lo que habrá pasado. Si Masko es dichoso en su matrimonio, su dicha no será por cierto por el estilo de la que deseo para mí.

—¿Y cómo se la figura usted la dicha deseada por usted?—preguntó Marina.

—Creo que la verdadera felicidad consiste en poseer una mujer como usted, una mujer en cuya compañía puede afrontarse tranquilamente y sin temor el porvenir.

—Y yo creo que la felicidad consiste en verse amada, en la confianza recíproca y en trabajar unidos para un objeto común.

XXVIII

Las señoras Kraslavski no solo procuraban no disgustarse con Masko, sino que le trataban con tales miramientos, que éste se iba poniendo cada día más receloso. Como que desde hacía algún tiempo ya no tenía secretos para Polaniecki, un día le dijo con franqueza y hasta con cierto cinismo:

—Amigo mío, son unos ángeles de bondad; temo que haya gato encerrado.

—A mí, por lo contrario, me parece que debes dar gracias al cielo.

—Si digo que son verdaderos ideales, sin defec-

tos y sin el menor rastro de vanidad. Ayer, por ejemplo, se hablaba del porqué me había hecho yo abogado; en un momento dado, emití la opinión de que un joven, aún perteneciendo á una de las familias más distinguidas, tiene el deber de abrazar una profesión, ¿y sabes lo que contestaron? Que se debe estimar cualquier trabajo, y que únicamente las naturalezas débiles y mezquinas deben avergonzarse de ejercer una profesión. Créelo, hay en ellas algo que me choca; la historia del papá debe entrar en parte en eso. He procurado enterarme sobre esto último y he sabido que vive en Bordeaux ocultándose bajo el nombre de Langlais, con un familia extra-legal, que mantiene con la pensión anual que la señora Kraslavski le abona.

—¿Pero á tí que te importa todo eso?

—¿A mí? nada.

—Esta noticia prueba que son dos mujeres desgraciadas y dignas de ser compadecidas.

—Si á lo menos fuera seguro que son tan ricas como desgraciadas...

—También yo reconozco que estos momentos tu situación es difícil en extremo. Ante todo nos tienes que pagar á mi y á Plavicki, y ya sabes que yo, en tratándose de negocios soy inflexible. No tardará mucho en llegar el plazo.

—Haré uso de mi crédito, y si es menester, lo llevaré hasta el extremo. Por lo demás, el crédito de vosotros dos está asegurado hipotecariamente sobre Kerzemien. Tal vez durante la fiesta de nuestros esponsales lograré saber algo de cierto sobre su capital. Parece imposible que un hombre práctico como yo, se pierda en un laberinto semejante. To-

das las personas á quienes he interrogado, me han asegurado que las señoras Kraslavski son ricas, pero ¿qué quieres que te diga? son demasiado buenas.

—Se me figura que en esto tienes miedo de un fantasma,—repuso impaciente Polaniecki.—Como acaece amenudo que te falsificas á tí mismo, quieres suponer que los demás hacen lo mismo.

Pocos días después se celebraron las fiestas para los esponsales de Masko.

La señorita Kraslavski, que miraba con buenos ojos al señor Plavicki, le invitó á la fiesta junto con Marina. Masko había enviado las invitaciones á todos sus conocidos que llevaban algún nombre importante, por lo cual asistieron á la ceremonia gran número de jóvenes algunos de ellos imberbes todavía, gastando lentes y con la cabeza peinada á la última moda. La parte inteligente de las relaciones de Masko estaba representada por Polaniecki y por el señor Kreszovski.

La señora Kraslavski había invitado á algunas señoras casadas y á sus respectivas hijas, en torno de las cuales se agitaban con ridícula gravedad los jóvenes pisaverdes.

La señorita Kraslavski estaba graciosa con su vestido de seda blanco. Su rostro de una impasibilidad sorprendente, ejercía cierto atractivo que Masko supo apreciar, lo propio que la franqueza con que aquella joven sabía estar en sociedad.

Aquella noche, Polaniecki descubrió que era celoso. Hasta entonces no había sabido que cosa eran los celos, por lo cual se reprochó á sí mismo al sentirlos por vez primera, viendo á un guapo joven

llamado Kopovski que se ocupaba casi exclusivamente de Marina, y notando que ésta contestaba sonriendo á las frases más ó menos tontas del pisa-verde. Sin embargo, acabó por experimentar una cólera sorda, al ver el interés que ésta parecía manifestar á Kopovski, y durante toda la comida estuvo de malhumor.

—No quiero desvanecer la buena impresión que Kopovski le ha producido á V.—respondió á Marina cuando ésta le pidió su parecer sobre la fiesta.

—Pero, ¿no encuentra V. que es un hombre que merece ser observado?—continuó esta con una ligera sonrisa provocada por sus celos.

—Sí, sí, en efecto; se pavonea por la calle y anda con la punta de la nariz hacia arriba, á riesgo de cojer un torticoli.

Marina se habría reído de muy buen grado, pero supo dominarse.

—¿Qué! ¿Acaso sería usted celoso?

—¿Yo? nada de eso.

—¿Quiere V. que le cuente el asunto de nuestra conversación? Fué el caso que ayer, durante el concierto, ocurrió un caso de catalepsia. Le he preguntado al señor Kopovski si había visto al cataleptico, y ¿á qué no acierta V. lo que me ha contestado? Oigalo V.: «Cada cual es libre de tener sus convicciones». ¿No le parece que es un hombre singular?

Polaniecki no pudo menos de reirse, y durante el resto del día ya no volvió á perder su acostumbrado buenhumor.

Como el coche del señor Plavicki no tenía más que dos asientos, Polaniecki no los pudo acompa-

ñar á casa. Después de haberse despedido de ellos, disponíase á alejarse, cuando Marina, inclinándose hacia él le preguntó:

—¿El señor mal genio vendrá mañana, después de comer, á encontrarme?

—Sí, vendrá, porque la quiere á V. tanto...—murmuró Polaniecki mientras le arreglaba la pelliza alrededor de los pies.

XXIX

Bukacki estaba invitado también á la boda de Polaniecki. La respuesta á esta invitación estaba concebida en estos términos:

«Arrancar las fuerzas creadoras de la Naturaleza de su estado normal de quietud, y obligarlas por medio del matrimonio á traer al mundo cierto número de seres que necesitan una cuna, y cuya única ocupación consiste en chuparse el dedo pulgar, se tiene que considerar como un delito.

»A pesar de esto, he decidido aceptar vuestra invitación, porque ahí las estufas son más calientes que en Italia.

BUKACKI.»

En efecto, ocho días después de la fecha señalada para el matrimonio, regresó á Varsovia. A Polaniecki le trajo como regalo una especie de pergamino parecido á un anuncio de defunción, artísticamente pintado y encima del cual se leía esta inscripción: «Estanislao Polaniecki, tras una larga y pesada vida de soltero, etc.»

llamado Kopovski que se ocupaba casi exclusivamente de Marina, y notando que ésta contestaba sonriendo á las frases más ó menos tontas del pisa-verde. Sin embargo, acabó por experimentar una cólera sorda, al ver el interés que ésta parecía manifestar á Kopovski, y durante toda la comida estuvo de malhumor.

—No quiero desvanecer la buena impresión que Kopovski le ha producido á V.—respondió á Marina cuando ésta le pidió su parecer sobre la fiesta.

—Pero, ¿no encuentra V. que es un hombre que merece ser observado?—continuó esta con una ligera sonrisa provocada por sus celos.

—Sí, sí, en efecto; se pavonea por la calle y anda con la punta de la nariz hacia arriba, á riesgo de cojer un torticoli.

Marina se habría reído de muy buen grado, pero supo dominarse.

—¿Qué! ¿Acaso sería usted celoso?

—¿Yo? nada de eso.

—¿Quiere V. que le cuente el asunto de nuestra conversación? Fué el caso que ayer, durante el concierto, ocurrió un caso de catalepsia. Le he preguntado al señor Kopovski si había visto al cataleptico, y ¿á qué no acierta V. lo que me ha contestado? Oigalo V.: «Cada cual es libre de tener sus convicciones». ¿No le parece que es un hombre singular?

Polaniecki no pudo menos de reirse, y durante el resto del día ya no volvió á perder su acostumbrado buenhumor.

Como el coche del señor Plavicki no tenía más que dos asientos, Polaniecki no los pudo acompa-

ñar á casa. Después de haberse despedido de ellos, disponíase á alejarse, cuando Marina, inclinándose hacia él le preguntó:

—¿El señor mal genio vendrá mañana, después de comer, á encontrarme?

—Sí, vendrá, porque la quiere á V. tanto...—murmuró Polaniecki mientras le arreglaba la pelliza alrededor de los pies.

XXIX

Bukacki estaba invitado también á la boda de Polaniecki. La respuesta á esta invitación estaba concebida en estos términos:

«Arrancar las fuerzas creadoras de la Naturaleza de su estado normal de quietud, y obligarlas por medio del matrimonio á traer al mundo cierto número de seres que necesitan una cuna, y cuya única ocupación consiste en chuparse el dedo pulgar, se tiene que considerar como un delito.

»A pesar de esto, he decidido aceptar vuestra invitación, porque ahí las estufas son más calientes que en Italia.

BUKACKI.»

En efecto, ocho días después de la fecha señalada para el matrimonio, regresó á Varsovia. A Polaniecki le trajo como regalo una especie de pergamino parecido á un anuncio de defunción, artísticamente pintado y encima del cual se leía esta inscripción: «Estanislao Polaniecki, tras una larga y pesada vida de soltero, etc.»

Este rasgo de ingenio gustó mucho á Polaniecki, y al día siguiente, se llevó el pergamino para enseñárselo á Marina. Habíasele olvidado que aquel día era domingo, y tuvo una desagradable sorpresa al encontrar á Marina vestida para salir.

—¿Sale V. de casa?—la preguntó.

—Sí, voy á misa. Hoy es domingo.

—¡Domingo!... Sí, es verdad. Habría estado tan contento de poder charlar un poco con usted.

La joven alzó hacia él sus apacibles ojos y le dijo con tono sencillo.

—¿Y el servicio de Dios?

Polaniecki no podía figurarse que estas sencillas palabras debían tener luego cierta influencia sobre la transformación de su espíritu que no estaba todavía bastante perfeccionado, por cuya razón no se fijó en ellas, y contestó casi maquinalmente:

—¡El servicio de Dios! ¡es verdad! Tengo libre el tiempo; vamos juntos.

Marina le miró sorprendida, y por el camino, le dijo:

—Cuanto más dichosa soy, más obligada me creo para con Dios.

—Es una cosa que le honra, no es necesario acordarse de Dios únicamente cuando Dios es necesario.

En la iglesia, á Polaniecki le acudió á la mente el recuerdo de su estancia en Kerzemien, cuando él y Plavicki asistieron á la misa mayor en la iglesia de Vataré. En aquel momento le perseguía la idea de que no es posible ponerse de acuerdo con la vida, si uno no se reconcilia con la muerte, y sin una firme creencia en la vida futura esto es abso-

lutamente imposible. Una vez admitida la fe en una vida de ultratumba todo está superado, porque, ¿qué más se puede desear? La esperanza en una nueva vida proporciona la seguridad, la tranquilidad y la paz. La mejor prueba de esta verdad la ofrecía en aquel momento Marina. Por razón de su miopía tenía inclinada la cabeza sobre el libro de oraciones, pero cuando levantaba la cabeza Polaniecki se sentía profundamente conmovido, ante la tranquila, serena, casi angelical expresión del rostro de la joven.

Mientras regresaban de la iglesia Polaniecki le dijo á Marina:

—En la iglesia parecía V. tan serena, tan beatíficamente feliz que me recordaba V. los cuadros de Fray Angelico.

—Realmente soy feliz ¿y sabe V. por qué? Porque me he vuelto más buena. He sufrido mucho por tristes circunstancias, sentía una profunda indignación, y una amargura cada día más creciente invadía mi alma. Sostiénese que la desgracia ennoblece á las naturalezas escogidas, pero yo no soy una naturaleza escogida y la amargura y el abatimiento me consumen, me envenenan el alma.

—¿De modo que me ha odiado V. mucho?

—Tanto, que mi odio me hacía pensar siempre en usted.

—Masko lo había adivinado. «Ella, me dijo cierto día, quiere más odiarte á tí que amarme á mí.»

—Es verdad.

Polaniecki la acompañó hasta su casa y llegado allí le mostró el pergamino de Bukacki. A ella no le gustó la broma.

Para ella el matrimonio era una cosa sagrada y de consiguiente dijo:

—Sobre ciertas cosas no se debería bromear.

Después de comer, compareció Bukacki. Se había puesto más flaca, una prueba contra la virtud del Chianti contra el catarro intestinal, su nariz había adelgazado todavía más; su rostro irónico, risueño y humorístico había tomado cierto aspecto apergaminado y á duras penas alcanzaba las dimensiones del puño de un hombre. Como era pariente tanto de Polaniecki como de Marina, con ellos, hablaba todavía con más libertad que con las demás personas,

Apenas había cruzado el dintel de la puerta había empezado ya á gritarles que la locura del día se había hecho general, y que de consiguiente no era de estrañar que se hubiesen prometido; pero que en cambio tenía que compadecerles en gran manera. El había abrigado siempre la esperanza de salvarles, pero comprendía que había llegado demasiado tarde y que de consiguiente no tenía más remedio que resignarse. Marina le miraba cada vez más disgustada: Polaniecki más indulgente, le gritó:

—Guarda tus bromas para el discurso que tendrás que pronunciar el día de la boda, y cuéntanos ahora algo de nuestro profesor.

—Se ha vuelto completamente loco,—contestó Bukacki.

—¿Pero cuándo acabaréis de bromear?—le preguntó Marina con aire de reproche.

Pero Bukacki, como si nada hubiese oído continuó:

—El profesor Varcovski se ha vuelto loco y voy á daros la prueba ahora mismo. En primer lugar está dando vueltas por Roma, ó más bien daba vueltas porque actualmente se halla en Perugia, con la cabeza al aire; en segundo lugar, se ha peleado con una joven y graciosa inglesita, sosteniendo que los ingleses no más son cristianos en su casa y que habrían debido tratar algo más cristianamente á los irlandeses; en tercer lugar ha hecho imprimir una memoria en la cual expone la opinión de la juventud arriana. Y me parece que con esto hay bastante.

—Todas estas cosas las sabía yo antes de que partiera, y si no le ha acaecido nada peor, espero volverle a ver pronto en buena salud.

—No piensa volver.

Polaniecki sacó del bolsillo un libro de notas, y con el lápiz escribió en él algunas palabras, y después lo entregó á Marina, diciendo:—Léalo V. y luego dígame si aprueba lo que he escrito.

—Cuando alguien escribe en mi presencia, quiere decir que me tengo de retirar,—observó Bukacki.

—No, no; no tenemos secretos.

Marina se sonrojó de gozo, no acertando á creer á sus propios ojos.

—¿Es cierto? ¿de veras? ¿sí?

—Depende de usted, adorada señorita.

—¡Oh, señor Stach! ni me habría atrevido á soñarlo. Corro á decírselo á papá.

Dicho esto, salió corriendo de la habitación.

—Si yo fuese poeta,—observó Bukacki,—me ofendería.

—¿Y por qué?

—Porque dos palabras trazadas en un pedazo de papel por la mano de un socio de la Casa Bigiel y Compañía, producen mayor impresión que el mejor soneto de este mundo. De modo que más vale ser mozo de molino que poeta.

Marina en su alegría, había dejado encima de la mesa el libro de notas. Polaniecki lo recogió y lo entregó á Bukacki, diciendo:

—Lee.

—«Después de casados, Venecia, Florencia, Roma, Nápoles. ¿Estás contenta?» —leyó Bukacki, añadiendo:—ó lo que es lo mismo, un viaje por Italia.

—Figúrate que la pobrecita no ha ido jamás al extranjero. Italia es el país que más ha deseado visitar; por lo tanto su alegría es natural, y yo estoy contento por ella.

—¡Amar á Italia! ¡Dios mío! ¡Qué antiguo es eso!

—Pero siempre es nuevo. Enamórate y verás como tengo razón.

—Amigo mío, ahora se trata, no de lo que no me gusta todavía, sino de lo que no gusta ya. Hace mucho tiempo que he exhumado la esfinge de la arena donde estaba sepultada. Ya no existen enigmas para mí.

—Créeme, Bukacki, cástate.

—No puedo, tengo demasiado débiles los ojos y el estómago más débil todavía.

—Esto no puede ser un impedimento.

—Mira, á la mujer se la puede comparar con una delgada hoja de papel blanco, escrita por una cara por un demonio y por la otra por un ángel. Como

queel papel es delgado, las dos escrituras se confunden, y nadie entiende una palabra.

—Nada hay sagrado para tus bromas.

—Y sin embargo tendré que morir, como morirás tú que te casas...

La aparición de Marina, que en aquel momento entraba en compañía de su padre, le vino á interrumpir. Plavicki corrió al encuentro de Polaniecki y le abrazó, diciendo:

—Marina me ha dicho que después de casados queréis hacer un viaje á Italia.

—Si mi futura señora lo consiente.

—La futura señora,—exclamó Marina,—no sólo lo consiente, sino que se á vuelto loca de alegría, y de buena gana se pondría á saltar por aquí como una chiquilla de diez años.

—Si la bendición de un pobre viejo puede seros útil durante ese largo viaje,—empezó á decir Plavicki con solemne acento,—hago sobre vosotros la señal de la cruz y os deseo un buen viaje.

Esto diciendo miró al techo y estendió la diestra, con gran risa de Bukacki; pero Marina le cogió suavemente el brazo y besándole la mano dijo riendo.

—Aún hay tiempo papá, no partiremos hasta después de casados.

—Y en el fondo, ¿qué es un viaje?—preguntó Bukacki.—Se toma una guía, se arregla el equipaje, y todo se ha concluido.

Plavicki se volvió hacia su joven amigo dirigiéndole una mirada de reproche, y con tono enfático le dijo.

—A tal punto ha llegado usted, que desprecia la bendición de un anciano, de un padre cariñoso.

Bukacki sin hacer tantas ceremonias abrazó á Plavicki, le besó la orla del vestido y dijo:

—Supongo que el venerable anciano querrá jugar una partida de brisca, á fin de que así estas dos cabezas de chorlito podrán hablar á sus anchas.

—Con mucho gusto,—contestó el viejo.

—Tomadme en calidad de guía para vuestro viaje en Italia,—repuso Bukacki dirigiéndose á los novios.

—Por nada del mundo,—contestó Polaniecki.—Conozco poco la Italia, pero deseo ver lo que á mí me acomode sin que me vengas á influir tú. Conozco lo bastante tu modo de pensar, y sé que en conclusión tenéis en más estima vuestras opiniones que el arte mismo. Así son,—prosiguió dirigiéndose á Marina:—pierden el conocimiento del arte noble y verdadero, están hastiados y únicamente se interesan por lo que en su juicio colocan bajo un punto de vista favorable. No se interesan por los grandes Maestros que nosotros podemos conocer solos, y no se cuidan más que de individuos insignificantes cuyos nombres jamás han llegado á oídos de nadie. Si lo tomáramos por guía, no podríamos visitar las iglesias; á donde nos llevaría sería á ver esas curiosidades que tienen que observarse con el microscopio. Estos señores, Marina, son unos seres sobrenaturales hastiados de todo, mientras que nosotros somos unos simples mortales.

Marina miró enorgullecida á su novio como si quisiera decir.

—Eso se llama hablar.

—Yo no soy un inteligente en cosas de arte,—replicó Bukacki.

—Vaya si lo eres.

—No, lo que hay es que tengo mis ideas propias, más no por esto quiero influir en los gustos de los demás. Usted, señorita Marina, tiene que creerme á mí y no á Polaniecki.

—Eso no, yo creo á Polaniecki.

—Era de prever,—observó Bukacki.

Marina miraba perpleja ora al uno ora al otro: afortunadamente en aquel instante entró Plavicki con la baraja, á invitó á Bukacki á tomar sitio en el velador.

Los dos novios prosiguieron su diálogo.

Bukacki empezó a aburrirse; su buen humor había desaparecido, su cara minúscula se achicó todavía más, y la nariz se le puso todavía más delgada.

Mientras se dirigían á sus respectivos domicilios, díjole Polaniecki:

—Has perdido todo tu ingenio.

—Sí,—respondió Bukacki,—yo me parezco á una máquina: mientras tengo combustible, ando desahogadamente; pero en cuanto se me acaba el carbón, me paro.

Polaniecki levantó los ojos hacia él.

¿Qué combustible empleas?

—Hay varias clases de carbón. Ven á mi casa, beberemos una buena taza de café; esto no me lo puedes rechazar.

—Escucha; tengo que hablarte de un asunto muy delicado. Me dijeron que eres uu morfinómano.

—De poco tiempo para acá,—respondió Bukacki.—Si tú supieras cuán espléndidas visiones proporciona la morfina.

—Y como proporciona además una muerte lenta ¿Será que no temes la muerte?

—¿Una muerte lenta? Oye, dime con franqueza, ¿no se te ha ocurrido jamás, que se pueda sentir la nostalgia de la muerte?

—No, más bien comprendo lo contrario.

—No te asustes,—repuso Bukacki tras una breve pausa:—no te daré ni morfina ni opio. Beberemos una buena taza de café y una botella de Bordeaux excelente. Será una orgía de buen género.

Pocos minutos después llegaron á casa de Bukacki. Desde luego se notaba que era una mansión señorial, por todas partes veíanse colocados objetos de arte, cuadros al óleo, grabados al acero, etcétera, etc., pero la impresión que en conjunto producía era una impresión de tristeza y de vacío.

En todas las habitaciones estaban encendidas las luces, Bukacki, ni durmiendo podía soportar la obscuridad.

Ordenó á su criado que trajera una botella de Bordeaux, encendió fuego debajo de la maquinilla del café, y después de haber invitado á su amigo que tomara asiento, se tendió en el sofá.

—¿De modo que tú crees que no le tengo pizca de miedo á la muerte?—preguntó de improviso Bukacki á su amigo.

—Observo,—contestó Polaniecki,—que te complaces en engañar á los demás y en engañarte también á tí mismo. En el fondo, todo eso no es más que un artificio, un papel estudiado.

—La estupidez humana me divierte.

—Si tú te tienes por tan sabio, me sorprende cómo puedes llevar una vida tan miserable; porque á pesar de todos tus libros y de todos tus cuadros, vives miserablemente. Tú perteneces á la categoría de los que se falsifican. Tú quieres aparentar, y ahí está todo.

—Bien puede ser; pero con el tiempo viene á ser como una segunda naturaleza,—declaró Bukacki, que bajo la influencia del Burdeos parecía revivir.

—Créeme, todo lo que me has dicho, ya me lo he repetido yo otras veces. Llevo la vida más estúpida y monótona que se puede concebir, rodéame un vacío espantoso, que yo trato de llenar con todas esas fruslerías que he amontonado en mi casa. Pero conmigo nada tiene que hacer el miedo á la muerte. ¿Por qué había de tenerle miedo á la muerte, sabiendo que con esta se acaban todos los sentimientos y todos los pensamientos, y sabiendo que por medio de ella viene uno á convertirse en una pequeña parte de la nada? Pero no todos pueden darse cuenta de esa nada, ni explicársela. Por eso mi salud está en malas condiciones, y esto me quita toda mi energía. Me falta el combustible y por esto me lo tengo que proporcionar artificialmente. En cuanto tomo este combustible, en seguida me pongo á considerar la vida por su lado ridículo, y me olvido de que estoy enfermo. Esto me va bien, y ahora creo haber desarrollado completamente la tesis.

—Si tú te pudieras decidir á abrazar una profesión,—empezó á decir Polaniecki.

—Déjame en paz, es inútil hablar de eso. En primer lugar, no sería capaz de ejercerla, á pesar de que tenga cierta instrucción; en segundo lugar estoy enfermo; en tercer lugar, de nada serviría aconsejar á un cojo que ande derecho, y basta con eso.

Vacia tu vaso y hablemos de tí. La señorita Plavicki es una real moza y haces bien en casarte con ella, porque te quiere con toda su alma.

Bukacki, á quien el vino hacia efecto, iba animándose por grados, y se hacia comunicativo.

—Todo lo que durante el día voy diciendo,— continuó,—son cosas supersticiales y no vale la pena de que se las tenga en cuenta. Pero ahora ha llegado la noche; bebamos un vaso de buen vino y pasemos una hora en plena confianza. De consiguiente puedes leer en el fondo de mi alma. No sé qué es lo que proporciona la gloria porque no la he conseguido, y como el templo de Efeso fué ya incendiado, tampoco tengo esperanza alguna de poderla conseguir. Pero, si realmente el ser rico es cosa agradable, lo sé porque soy rico. He recorrido las cuatro partes del mundo, y por esto conozco el placer de los viajes. Sé lo que es la libertad, porque soy libre yo; me atrevo á emitir un juicio sobre las mujeres, porque las conozco suficientemente. Puedo juzgar un libro, porque he leído muchísimos; á más de todo eso, poseo cuadros al óleo, miniaturas y varios objetos antiguos. Y ahora aguza el oído y préstame atención. Todo esto es nada, todo esto es vano, todo eso es tonto si se compara con un corazón que nos ame, Aquí tienes el resultado de todas mis observaciones, resultado que sólo ahora he logrado, al revés de los hombres normales que sostienen lo mismo en cuanto empiezan á raciocinar.

—Lástima que á pesar de esta convicción, no quieras hacerte amar y no quieras casarte.

—Juzgar con acierto y obrar también con acierto son dos cosas muy sencillas. Yo sería un excelente candidato para el matrimonio,—dijo Bukacki echándose á reír expansivamente. Había recobrado todo su buen humor.

—He oído hablar de locuras,—dijo Polaniecki casi con tono colérico,—pero de locuras como esta,

nunca. Es deplorable que vosotros, tú y tus congéneres, no lo queréis reconocer, sólo por la manía de ser originales.

XXX

El gran momento, la *catástrofe*, como la llamaba Bukacki, había llegado. Si existe un día en que el hombre no puede darse cuenta de sus propios pensamientos, este es el día de la boda. Ideas confusas é indistintas se agrupaban en el cerebro de Polaniecki. Parecía comprender que empezaba una nueva época para él y que estaba á punto de asumir grandes deberes; pero al mismo tiempo se extrañaba de que el coche no hubiese llegado todavía. Estaba contento, mas al mismo tiempo experimentaba un verdadero temor para el porvenir. Percibía en cierto modo la grandeza de aquel momento, y sin embargo, mientras estaba jabonándose para afeitarse, declase que habría sido más conveniente hacerse afeitar por un barbero. Pensaba que en aquel momento Marina se estaría vistiendo también, que se hallaba en su cuarto frente al espejo, y que el corazón le palpitaba inquieto.

—Mas nada temas, preciosa y querida criatura,—decía á media voz,—no tendrás para qué quejarte de mí.

Y se prometía ser siempre bueno y solícito para con ella.

Al mismo tiempo pensaba que el tiempo era muy hermoso, pero que en la iglesia haría frío; que dentro de una hora estaría allá, de rodillas al lado de Marina, que era mejor ponerse una corbata blanca de nudo hecho, que una corbata suelta; que el matrimonio es una ceremonia santa y grave, pero que por eso no hay necesidad de perder la cabeza; que dentro de una hora todo habría concluido, que al día siguiente partiría con Marina, y que se tenía que comprar una guía de ferro-carriles.

En aquel momento vino á interrumpirle en sus pensamientos el ruido de un coche que se había parado.

Poco después entraba en la habitación su agente Abdalski, que, junto con Bukacki, tenía que ser uno de los testigos.

Era un hombre guapo, de estatura elevada. Refirió que todos los hijos de Bigiel querían venir á la boda, pero que como los señores Bigiel hubiesen acordado llevar únicamente á los dos mayores, habíase originado una sublevación, que había reprimido en seguida la señora, distribuyendo un par de bofetones por rebelde.

Polaniecki lo llevó á mal y dijo.

—Yo lo remediaré. ¿Han salido ya de casa los Bigiel?

—Se disponían á subir al coche.

—Está bien. Yo iré en busca de esos chiquitines y los llevaré á casa de mi novia.

Y en efecto, tomó el coche y se hizo conducir á casa de Bigiel.

La camarera no se atrevió á oponerse, y por lo tanto, media hora más tarde Polaniecki compareció en casa de los Plavicki al frente de una verdadera compañía de pequeños Bigiel, vestidos con las ropas de diario, con gran asombro de la madre de aquellos pequeñuelos, que no cabían en sí de gozo. Polaniecki fué al encuentro de su novia y, después de haberla besado la mano, la dijo:

—La señora Bigiel quería dejar en casa á los niños. ¿No es verdad que he hecho bien en traerlos?

Marina se alegró de aquella prueba de buen corazón de su novio y recibió muy contenta á los pequeñuelos.

Los invitados hallaron esto muy original; pero la señora Bigiel, mientras procuraba poner orden en las desgredadas cabezas de sus hijos, no pudo menos que exclamar:

—¿Quién es capaz de impedirle á ese hombre hacer locuras.

Los dos novios estaban tan ocupados uno de otro en aquel momento, que para ellos nadie había en torno suyo. Mirábala él con una especie de admiración porque con su blanco vestido de desposada, su verde corona y su largo velo le parecía otra, la encontraba casi fea. La corona verde no sienta bien á todas las mujeres, y además, sus ojos, rojos á fuerza de llorar, parecían más rojos todavía, vestida como estaba completamente de blanco.

Polaniecki sintió que se apoderaba de él un sentimiento de compasión. Pensó que en aquel momento el corazón de Marina debía palpitar como el de un pájaro hecho prisionero.

Trató de animarla con palabras dulces que brotaban espontáneamente de sus labios. Cogidos de la mano, mirábanse ahora en los ojos con amor intenso y con íntima confianza para el porvenir. Unos cuantos minutos más, y luego habría principiado ya su vida en común.

Al fin volvieron á ponerse en orden sus pensamientos, y al aproximarse la ceremonia religiosa, una reflexión grave y solemne reemplazó á la viva inquietud de antes. Polaniecki pudo juzgar sus propios pensamientos, y observó con sorpresa, que á pesar de su escepticismo, sentíase totalmente emocionado por el acto que estaba á punto de realizarse. En el fondo empero no era escéptico. En lo profundo de su alma sentía un vivo anhelo de la fe religiosa, y si hasta entonces no se había decidido completamente por ella, debíase dar la culpa á la costumbre y á la incoherencia del espíritu.

Ante de contraer matrimonio, tuvo que someterse á otra ceremonia casi tan solemne como la otra. Tuvo que arrodillarse delante del viejo Plavicki, hacerse bendecir por él y escuchar el discurso de su futuro suegro.

Este parecía completamente conmovido, tenía trémula la voz, y con gran trabajo se pudo comprender que conjuraba á Polaniecki á que hiciese dichosa á Marina y á que de cuando en cuando visitara la tumba de su anciano padre y rogara por él.

Pero la solemnidad de aquel momento la vino á echar á perder Jozio, el hijo de Bigiel. Al ver éste á Plavicki con los ojos llenos de lágrimas y á Polaniecki y á Marina arrodillados delante de él, se le figuró, por lo que le pasaba á él cuando su padre quería obligarle á pedir perdón, que debía tratarse de un castigo que se les imponía á los dos, y empezó á chillar desaforadamente, coreándole casi en seguida con gritos y lágrimas sus hermanitas y hermanitos.

Cuando se hubo logrado sosegar á los chiquitines, todos los presentes salieron para ir á la ceremonia religiosa.

Frente á la iglesia Marina rogó á Dios en silencio que la ayudara á hacer dichoso á su marido. Después dió el brazo á Polaniecki y entraron juntos en el templo por entre dos filas de curiosos y de invitados, á quienes los novios entreveían como en medio de una espesa niebla.

Reconocieron empero á la señora Emilia, que, envuelta en su velo de religiosa, les sonreía con los ojos llenos de lágrimas. Los dos jóvenes desposados pensaron que era Litka que en aquel momento les conducía al altar.

Empezó la ceremonia. Polaniecki, que tenía á Marina cogida por la mano, se sentía asaltado de una profunda emoción que no había vuelto á experimentar desde que su madre lo llevó á hacer su primera comunión. Comprendía que aquella ceremonia no era una ceremonia vulgar y que no solamente le daba el derecho sobre una mujer, sino que una fuerza oculta y sobrenatural presidía á

aquella unión de las manos y á aquel juramento de amor y de felicidad.

En medio del profundo silencio que les rodeaba, resonaron las solemnes palabras: «*Quod Deus junxit, homo non disjungat*», y Polaniecki se dió cuenta de que Marina se había transformado en una parte de él, como él mismo se había transformado también en una parte de ella.

El coro entonó el *Veni Creator*, y luego después los nuevos esposos abandonaron el templo, no sin haber recibido las felicitaciones de la señora Emilia.

—Dios os bendiga,—les dijo.

Y mientras los dos volvían á su casa, ella se fué sola al cementerio para anunciar á Litka que el señor Stach y Marina se habían casado.

XXXI

Dos semanas más tarde, el portero de la fonda Bauer, de Venecia, entregaba al señor Polaniecki una carta que llevaba el sello de Varsovia. Disponíase éste á entrar en una góndola, en compañía de su mujer para ir á la iglesia de Santa María della Salute, donde tenían que asistir á la misa que mandaban rezar con motivo del aniversario de la muerte de la madre de Marina.

Como Polaniecki no esperaba noticias importantes de Varsovia, metióse la carta en el bolsillo y le dijo á su esposa:

—Me parece que es temprano para ir á la iglesia.

—Sí,—contestó ella,—aun tenemos media hora de tiempo.

—Entonces nos podemos hacer llevar hasta el puente de Rialto.

Marina consentía siempre en todo. Jamás había ido al extranjero y todo cuanto veía producíale un

Este parecía completamente conmovido, tenía trémula la voz, y con gran trabajo se pudo comprender que conjuraba á Polaniecki á que hiciese dichosa á Marina y á que de cuando en cuando visitara la tumba de su anciano padre y rogara por él.

Pero la solemnidad de aquel momento la vino á echar á perder Jozio, el hijo de Bigiel. Al ver éste á Plavicki con los ojos llenos de lágrimas y á Polaniecki y á Marina arrodillados delante de él, se le figuró, por lo que le pasaba á él cuando su padre quería obligarle á pedir perdón, que debía tratarse de un castigo que se les imponía á los dos, y empezó á chillar desaforadamente, coreándole casi en seguida con gritos y lágrimas sus hermanitas y hermanitos.

Cuando se hubo logrado sosegar á los chiquitines, todos los presentes salieron para ir á la ceremonia religiosa.

Frente á la iglesia Marina rogó á Dios en silencio que la ayudara á hacer dichoso á su marido. Después dió el brazo á Polaniecki y entraron juntos en el templo por entre dos filas de curiosos y de invitados, á quienes los novios entreveían como en medio de una espesa niebla.

Reconocieron empero á la señora Emilia, que, envuelta en su velo de religiosa, les sonreía con los ojos llenos de lágrimas. Los dos jóvenes desposados pensaron que era Litka que en aquel momento les conducía al altar.

Empezó la ceremonia. Polaniecki, que tenía á Marina cogida por la mano, se sentía asaltado de una profunda emoción que no había vuelto á experimentar desde que su madre lo llevó á hacer su primera comunión. Comprendía que aquella ceremonia no era una ceremonia vulgar y que no solamente le daba el derecho sobre una mujer, sino que una fuerza oculta y sobrenatural presidía á

aquella unión de las manos y á aquel juramento de amor y de felicidad.

En medio del profundo silencio que les rodeaba, resonaron las solemnes palabras: «*Quod Deus junxit, homo non disjungat*», y Polaniecki se dió cuenta de que Marina se había transformado en una parte de él, como él mismo se había transformado también en una parte de ella.

El coro entonó el *Veni Creator*, y luego después los nuevos esposos abandonaron el templo, no sin haber recibido las felicitaciones de la señora Emilia.

—Dios os bendiga,—les dijo.

Y mientras los dos volvían á su casa, ella se fué sola al cementerio para anunciar á Litka que el señor Stach y Marina se habían casado.

XXXI

Dos semanas más tarde, el portero de la fonda Bauer, de Venecia, entregaba al señor Polaniecki una carta que llevaba el sello de Varsovia. Disponíase éste á entrar en una góndola, en compañía de su mujer para ir á la iglesia de Santa María della Salute, donde tenían que asistir á la misa que mandaban rezar con motivo del aniversario de la muerte de la madre de Marina.

Como Polaniecki no esperaba noticias importantes de Varsovia, metióse la carta en el bolsillo y le dijo á su esposa:

—Me parece que es temprano para ir á la iglesia.

—Sí,—contestó ella,—aun tenemos media hora de tiempo.

—Entonces nos podemos hacer llevar hasta el puente de Rialto.

Marina consentía siempre en todo. Jamás había ido al extranjero y todo cuanto veía producíale un

verdadero entusiasmo. En la plenitud de su alegría, á veces echaba los brazos al cuello de su marido, como si Venecia hubiese sido fabricada por él y como si á él se le debieran agradecer todas aquellas bellezas.

Como era temprano, había poco movimiento; la laguna estaba tranquila como si dormitase, no se percibía ni un soplo de viento, y el Canal Grande resplandecía con toda su belleza en aquel día tranquilo y sin sol. Reinaba la quietud de un cementerio, y los palacios parecían vacíos y desiertos. Admirábase en silencio, como por temor de interrumpir aquel silencio general. Así se conducía Marina, pero Polaniecki menos sensible, sacó la carta del bolsillo y se puso á leerla.

—¡Ah!—dijo.—Masko se casó dos días después de nuestra partida.

—¿Qué has dicho?—preguntó Marina cual si despertase.

—¡Oh, qué soñadora! Decía que Masko se ha casado.

—¡Y á mí qué me importa Masko! Tengo mi Stach,—dijo Marina, apoyando la cabeza en el hombro de su marido y mirándole en los ojos.

Polaniecki se sonrió como hombre que está persuadido de que es amado, y por eso no se admira de que se lo digan. Besó distraidamente la frente de Marina y siguió la lectura.

De pronto experimentó una especie de sacudida y exclamó:

—Esto sí que es grave.

—¿Qué ha pasado?

—La señora Kraslavski no tiene más que una renta vitalicia de nueve mil rublos, que le dejó un tío suyo; nada más.

—Me parece mucho.

—¿Mucho? Oye lo que me dice Masko: «La bancarrota es inevitablemente una cuestión de tiempo.»

¿Comprendes? se han engañado mutuamente. El uno contaba con la fortuna del otro.

—Pero á lo menos tienen de qué vivir.

—Lo sé; pero Masko no podrá pagar sus deudas, y esta es una desgracia para nosotros, para mí y para tu padre... se puede perder todo.

Aquí Marina se puso pensativa de veras.

—Stach,—dijo,—si es necesaria tu permanencia en Varsovia, partamos en seguida. ¡Qué golpe recibirá mi pobre papá!

Escribiré en seguida á Bigiel, y éste salvará todo lo que pueda. Por lo demás, no te asustes tanto, niña mía. Yo poseo lo suficiente para nosotros dos y para tu padre.

Marina lo abrazó exclamando:

—¡Que bueno eres! Con un hombre como tú se está siempre seguro.

—Quizás se pueda salvar algo. Masko me escribe que proponga á Bukacki la compra de Kerzemien. Bukacki sale esta noche para Roma y le he convidado á comer con nosotros. Masko termina su carta con estas palabras: «He enterado completamente á mi mujer de mi situación. Esta me ha escuchado con calma, pero mi suegra se ha puesto furiosa.» Añade que en estos últimos momentos ha puesto cariño en su esposa y que sentiría un verdadero pesar si esta le abandonaba.

—No le abandonará,—dijo Marina.

—Esto no se puede saber; ¿hagamos una apuesta?

—No, porque tendría la seguridad de ganar. Tú como que eres malo, no conoces á las mujeres.

Las conozco muy bien, y sé que no todas se parecen á la adorada mujercita que se encuentra ahora en esta góndola.

—Con su querido y adorado Stach.

Entre tanto habían llegado á la iglesia.

Al volver de misa, se encontraron con Bukacki, que llevaba un traje de viaje de color gris con gran.

verdadero entusiasmo. En la plenitud de su alegría, á veces echaba los brazos al cuello de su marido, como si Venecia hubiese sido fabricada por él y como si á él se le debieran agradecer todas aquellas bellezas.

Como era temprano, habla poco movimiento; la laguna estaba tranquila como si dormitase, no se percibía ni un soplo de viento, y el Canal Grande resplandecía con toda su belleza en aquel día tranquilo y sin sol. Reinaba la quietud de un cementerio, y los palacios parecían vacíos y desiertos. Admirábase en silencio, como por temor de interrumpir aquel silencio general. Así se conducía Marina, pero Polaniecki menos sensible, sacó la carta del bolsillo y se puso á leerla.

—¡Ah!—dijo.—Masko se casó dos días después de nuestra partida.

—¿Qué has dicho?—preguntó Marina cual si despertase.

—¡Oh, qué soñadora! Decía que Masko se ha casado.

—¡Y á mí qué me importa Masko! Tengo mi Stach,—dijo Marina, apoyando la cabeza en el hombro de su marido y mirándole en los ojos.

Polaniecki se sonrió como hombre que está persuadido de que es amado, y por eso no se admira de que se lo digan. Besó distraidamente la frente de Marina y siguió la lectura.

De pronto experimentó una especie de sacudida y exclamó:

—Esto sí que es grave.

—¿Qué ha pasado?

—La señora Kraslavski no tiene más que una renta vitalicia de nueve mil rublos, que le dejó un tío suyo; nada más.

—Me parece mucho.

—¿Mucho? Oye lo que me dice Masko: «La ban-carrota es inevitablemente una cuestión de tiempo.»

¿Comprendes? se han engañado mutuamente. El uno contaba con la fortuna del otro.

—Pero á lo menos tienen de qué vivir.

—Lo sé; pero Masko no podrá pagar sus deudas, y esta es una desgracia para nosotros, para mí y para tu padre... se puede perder todo.

Aquí Marina se puso pensativa de veras.

—Stach,—dijo,—si es necesaria tu permanencia en Varsovia, partamos en seguida. ¡Qué golpe recibirá mi pobre papá!

Escribiré en seguida á Bigiel, y éste salvará todo lo que pueda. Por lo demás, no te asustes tanto, niña mía. Yo poseo lo suficiente para nosotros dos y para tu padre.

Marina lo abrazó exclamando:

—¡Que bueno eres! Con un hombre como tú se está siempre seguro.

—Quizás se pueda salvar algo. Masko me escribe que proponga á Bukacki la compra de Kerzemien. Bukacki sale esta noche para Roma y le he convidado á comer con nosotros. Masko termina su carta con estas palabras: «He enterado completamente á mi mujer de mi situación. Esta me ha escuchado con calma, pero mi suegra se ha puesto furiosa.» Añade que en estos últimos momentos ha puesto cariño en su esposa y que sentiría un verdadero pesar si esta le abandonaba.

—No le abandonará,—dijo Marina.

—Esto no se puede saber; ¿hagamos una apuesta?

—No, porque tendría la seguridad de ganar. Tú como que eres malo, no conoces á las mujeres.

Las conozco muy bien, y sé que no todas se parecen á la adorada mujercita que se encuentra ahora en esta góndola.

—Con su querido y adorado Stach.

Entre tanto habían llegado á la iglesia.

Al volver de misa, se encontraron con Bukacki, que llevaba un traje de viaje de color gris con gran-

des cuadros; demasiado grandes para su minúscula personalidad, con zapatos amarillos y una corbata fantástica mal anudada.

—Parto hoy mismo,—dijo después de haber saludado á Marina;—¿queréis que os busque hospedaje en Florencia, ó preferís que os alquile un verdadero palacio?

—¿Qué! ¿no va usted directamente á Roma?

—No, y la culpa la tiene el café negro, que en Italia es malo en todas partes, pero que en cambio en Florencia, en casa de Giaseta, vía Tornabuoni, es excelente. Por lo demás, esta es la única cosa de valor que hay en aquella ciudad.

—Pero ¿por qué se obstina usted en hablar de un modo completamente opuesto á lo que realmente piensa?

—No hay tal; y en prueba de eso, que pienso alquilar para nosotros una bonita habitación sobre el Lungarno.

—Es que nosotros nos detendremos antes en Verona.

—¿Por Romeo y Julieta? Id allá, mientras tu mujer no se encoje aún de hombros pensando en Julieta. De aquí á un mes será demasiado tarde.

Marina le miró entre risueña y enfadada y dijo, volviéndose á su marido.

—Stach, prohíbele á este hombre hablar de ese modo.

—Le retorceré el pescuezo,—respondió Polaniecki,—pero después de comer.

Bukacki empezó á declamar:

«Il giorno é ancor lontano
Fu l' usignolo e non l' allodola.»

Y volviéndose luego á Marina, la preguntó.

—¿Polaniecki no le ha dedicado á usted nunca algún soneto?

—No.

—Mala señal, Tenéis un balcón frente á vuestro alojamiento. ¿No le ha dado á usted nunca una serenata con mandolina?

—Tampoco.

—Todavía peor. Aquí en Italia hay en el aire no sé qué cosa que hace que cuando uno está enamorado es preciso que á su amada le dedique ó versos ó una serenata con mandolina. Si esto depende de la posición geográfica, de la corriente marina ó bien de la composición química del agua ó del aire, nadie lo puede decir; pero ello es cierto que quien no hace versos y no dá serenatas no puede estar enamorado. A este propósito podría citaros la obra de un gran sabio.

—Veo que me veré precisado á retorcerle el cuello antes de comer,—dijo Polaniecki.

Pero la terrible amenaza no pudo realizarse porque en aquel momento sirvieron la comida.

—He recibido una carta de Masko,—dijo de repente Polaniecki.

—Yo también,—replicó Bukacki.

—¿También tú? parece que la cosa se pone seria. ¿Sabes de qué se trata?

Bukacki, que sabía que Kerzemien había sido la causa de profunda disidencia entre Marina y Polaniecki, se habría guardado muy bien de pronunciar este nombre; pero Polaniecki, que lo observó, dijo tranquilamente:

—Hubo una época en que para nosotros el nombre de Kerzemien era causa de disgustos, mas ahora la puedes pronunciar con entera libertad: eso no ha de durar toda la vida.

Bukacki le miró fijamente en la cara. Marina se ruborizó lijera y dijo:

—Stach tiene razón. Se trata de la compra de Kerzemien. ¿No es verdad?

—Sí.

—¿Y qué?—preguntó Polaniecki.

—No la quiero comprar, porque no quiero que la señora se figure que nos la echamos el uno al otro como una pelota.

—Yo ya no pienso en Kerzemien,—observó Marina, ruborizándose más todavía.

Después miró á su marido, éste inclinó la cabeza en señal de consentimiento y dijo:

—Esto demuestra que eres una mujer juiciosa.

—Si Masko no puede conservar Kerzemien la hacienda será subdividida en porciones y caerá en manos de los usureros, y sea lo que quiera, siempre será para mí un pesar.

—¡Ah!—dijo Bukacki.—¿Pues no dice usted que ya no se acuerda de Kerzemien?

Marina miró de nuevo á su marido, y está vez con una especie de angustia; más éste se echó á reír, y dijo:

—Te has dejado coger, Marina;—luego volviéndose á Bukacki, dijo;—Masko ha puesto en tí su última esperanza.

—Es que ya no soy un áncora de salvación. Basta mirarme para convencerse de ello. Quien, por temor de ahogarse, se agarra á una astilla en busca de salvación, se va á fondo. Si yo salvase á Masko, él podría seguir haciendo el papel de lord inglés y su mujer el de gran señora, y yo me vería obligado á asistir, á costa mía, á una comedia enojosa, que me está haciendo bostezar ya desde tiempo inmemorial. En cambio, si no le ayudo, Masko se irá á pique, nacerán conflictos interesantes, y hasta tal vez una tragedia, y yo podré gozar de este espectáculo sin haber desembolsado un céntimo.

—¡Oh!—exclamó Marina;—¿cómo puede usted hablar de esta manera?

—Es que no me limito á decirlo, sino que además se lo escribiré. El me engañó de una manera indigna.

—¿Cómo?

—Siempre he pensado que es un sér muy vulgar; tiene todos los caracteres del bribón. Ese hombre no tiene ni corazón ni conciencia. Y en cambio me ha engañado, porque en el fondo es un hombre honrado y que tiene ganas de pagar sus deudas; á más de eso se ha encaprichado con esa muñeca de ojos orlados de color rojo que ha tomado por mujer, y sería desgraciada si éste le abandonase. En nuestro país es imposible fiarse de nadie; y esto me irrita tanto, que estoy decidido á no repatriarme jamás.

—Como veo que estás inspirado para decir tonterías, y que como de costumbre expresas sentimientos que por fortuna no son los tuyos, considero inútil proponerte la compra de Kerzemien.

Estaba servido ya el café. Polaniecki absorbió el contenido de su taza y luego continuó:

—Por lo demás, es innegable que Masko, después de casado, se ha vuelto poeta.

—Lo verdaderamente extraño es que se haya vuelto poeta, prescindiendo de que haya sido después del matrimonio. Un poco de poesía después de la boda... Dispensadme, iba á decir una cosa sensata. Os prometo que no os molestaré más. El café, que estaba hirviendo, me ha escaldado la lengua; pero me lo he tenido que beber caliente para ver si me alivia la jaqueca que en este instante me está atormentando de todas veras.

Apoyó la frente en la mano, permaneció inmóvil por algunos segundos y continuó:

—Uno va charlando hasta que duele la cabeza. Me habría marchado ya, si no hubiese tenido que aguardar al pintor Svirski, un famoso acuarelista con quien parto para Florencia. Mirale, ahora viene.

Como evocado por un conjuro, Svirski entraba á la sazón en la sala. En cuanto vió á Bukacki se aproximó á la mesa. Era un hombre membrudo, de

pecho ancho, de tez morena y de cabellos negros; se le podía tomar por italiano. Sus facciones eran más bien vulgares, pero la expresión de su semblante era seria y buena. Bukacki le presentó á Marina con las siguientes palabras:

—El pintor Svirski, una especie de genio que no solamente tiene mucho talento, sino que procura perfeccionarlo en pró de la humanidad en vez de malgastarlo como otros muchos. El prefiere llenar el mundo con su fama.

—Bien quisiera yo que todo esto fuera verdad,—dijo sonriendo el pintor.

—¿Quiere usted saber por qué no ha derrochado su talento?—prosiguió Bukacki.—Por razones meramente burguesas, porque está demasiado encariñado con Pagnebin, su país natal. Si hubiese nacido en Guadalupe, estaría encariñado con Guadalupe. Semejantes sentimientos no se adaptan á un artista juicioso, y por esto me irrita este hombre. ¿Le parece á usted natural eso, señora?

—El señor Bukacki no es tan malo como parece,—contestó Marina fijando sus azules ojos en el pintor;—antes de su llegada ha hecho de usted los mejores elogios.

—Juzgado mal en todo; hay para reventar,—murmuró Bukacki para sus adentros.

Entretanto Svirski contemplaba atentamente á Marina, cosa que le está permitido á un artista y que en el marido no ofende, y por último dijo á media voz:

—Aquí en Venecia sería imposible encontrar una cabeza semejante.

—¿Qué dice usted?—preguntó Bukacki.

—Digo, señora, que usted representa el verdadero tipo polaco. Esta, por ejemplo,—dijo el pintor pasándose el índice de la mano con un movimiento rápido por la nariz, la boca y la barba.—¡Qué pureza de líneas!

—¿Verdad que sí?—exclamó satisfecho Polaniecki.—Siempre he pensado lo mismo.

—Pues yo apuesto,—replicó Bukacki,—á que jamás se le había ocurrido.

Polaniecki, enorgullecido por el interés que su esposa había despertado en el artista, prosiguió sin hacer caso del amigo:

—Si desea usted hacer su retrato, tendré en ello una verdadera satisfacción.

—Lo haría con mucho gusto,—contestó sencillamente el pintor;—pero hoy tengo que salir para Roma, donde he empezado ya el retrato de la señora Osnovski.

—Dentro de diez días, á más tardar, estaremos nosotros también en Roma.

—Entonces, acepto.

Marina se puso colorada como una amapola.

Bukacki se levantó y le dijo á Svirski:

—¿Vamos á tomar un vaso de cognac en el café Florian?

—¡Qué pareja tan simpática!—observó el pintor en cuanto estuvieron en la calle.

—Son recién casados.

—Parece que él está muy enamorado. Cuando yo hacía el elogio de ella, el marido no cabía en sí de gozo.

—Ella le ama cien veces más á él.

—¿Cómo puede usted saberlo?

Bukacki miró al aire y contestó como hablando consigo mismo:

—El matrimonio y el amor me cargan: por un lado hay el placer, el goce; por el otro, el sacrificio. Polaniecki es un buen hombre, pero eso es todo. Ella tiene tanto ingenio y tanto carácter como él; pero su amor es más grande, más generoso y menos egoísta, y por eso él acabará por figurarse que es el sol, que se digna iluminar y calentar al planeta obligado á girar en torno suyo. Hasta creo que

han llegado ya á este punto. El consentirá en amarla, considerando este amor como una gran virtud exclusivamente suya; mas ella le amará por él mismo, y considerará el amor como una felicidad, como un deber.

Llegados al café Florian, sentáronse uno en frente del otro y se hicieron servir el cognac.

Svirski, que se acordaba aún de los dos esposos, dijo:

—Pero si ella está contenta de su papel... ¿qué más quiere usted exigir del amor?

—¿Del amor? Nada. Llévase el diablo al que quiera exigir algo del amor. Si yo no fuese quien soy, quisiera dar una definición exacta del amor, y sostendría que...

—Explíquese usted.

—Que éste debe consistir en una mezcla de deseo y de cariño recíprocos.

Después de haber absorbido su cognac continuó:

—Tal vez habré dicho una cosa acertada, pero la considero tonta. De todos modos para mí es lo mismo.

—¡Bah! no es una tontería.

—Lo será ó no lo será, pero para mí es lo mismo.

FIN DEL TOMO PRIMERO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

